La semana que viene voy a dar el retiro a los sacerdotes de la vecina prelatura de Moyobamba y he preparado unos temas sobre la doctrina del Papa Francisco sobre el sacerdocio.

Me he limitado a coleccionar los textos más importantes sobre el tema y os estoy enviando el archivo por si les interesa a ustedes. A mí me han gustado mucho y espero que también les guste a ustedes.

Juan Manuel Martín-Moreno, s.j.

**EL PAPA FRANCISCO**

**A PASTORES Y SACERDOTES**

1. **A Obispos**

**1.-** [**A obispos argentinos en asamblea plenaria**](#argentinos)

**2.-** [**Profesión de fe a conferencia episcopal italiana**](#italiana)

**3.-** [**Para obispos nuevos**](#nuevo)

**4.-** [**No entráis en la corte. A cardenales**](#cardenales)

**5.-** [**A la congregación de obispos**](#congregación)

**6.-** [**A obispos del Camerún sobre la tentación del dinero**](#Camerún)

**7.-** [**A los obispos mejicanos en visita ad limina**](#mexicanos)

**8.-** [**A la Conferencia episcopal italiana**](#conferencia)

**9.- Las quince enfermedades de la Curia**

1. **A SACERDOTES**

**10.-** [**En el inicio de su Pontificado. José custodio**](#inicio)

**11.-** [**En la misa crismal de 2013. La unción**](#crismal)

**12.-** [**Ordenación de 10 nuevos sacerdotes**](#ordenación)

**13.-** [**El sacerdote según el Papa Francisco**](#según)

**14.-** [**La alegría de la paternidad sacerdotal**](#paternidad)

**15.-** [**A obispos, sacerdotes y seminaristas en Río**](#Río)

**16.-** [**Sacerdotes sin esperanza**](#esperanza)

**17.-** [**A consejos pastorales en Asís**](#Asís)

**18.-** [**A pobres en Asís. ¿De qué tiene que desnudarse la Iglesia?**](#desnudarse)

**19.-** [**Discípulos de Cristo, no de ideologías**](#ideología)

**20.-** [**El ocaso del apóstol. Sobre sacerdotes ancianos**](#ocaso)

**21.-** [**El poder de las llaves. La confesión**](#llaves)

**22.-** [**Cuando los sacerdotes no son noticia**](#noticia)

**23.-** [**La misericordia del sacerdote**](#misericordia)

**24.-** [**Apacentar con amor el rebaño**](#apacentar)

**25.-** [**El Papa se confiesa y confiesa**](#confiesa)

**26.-** [**Misa crismal de 2014. Ungidos con óleo de alegría**](#óleo)

**27.-** [**No os canséis de ser misericordiosos**](#canséis)

**28.-** [**El celibato de los sacerdotes**](#celibato)

**29.-** [**En Getsemaní. Fidelidad a Jesús**](#Getsemaní)

**30.-** [**La misericordia corazón del evangelio. Sacerdote y confesión**](#corazón)

**31.-** [**El sacerdote comunicador, buen samaritano**](#samaritano)

**32.-** [**Catequesis a sacerdotes y obispos**](#catequesis)

1. **A SEMINARISTAS**

**33.-** [**A los seminaristas del Leoniano de Anagni**](#leoniano)

**34.-** [**A Alumnos de los Pontificios colegios de Roma. Preguntas**](#pontificios)

1. **ENTREVISTAS**

**35.-** [**Al diario La Repubblica**](#reppublica)

**36.-** [**A la Civiltà Catolica**](#Civilta)

**37.-**[**Al Corriere della Sera**](#Corriere)

**38.- Rueda de prensa en el avió al regreso de Río**

1. **OBISPOS**

**1.- Carta del papa a obispos** **argentinos en asamblea plenaria**

25 de marzo de 2013

Queridos Hermanos:

Van estas líneas de saludo y también para excusarme por no poder asistir debido a “compromisos asumidos hace poco” (¿Suena bien?) Estoy espiritualmente junto a Ustedes y pido al Señor que los acompañe mucho en estos días.

Les expreso un deseo: Me gustaría que los trabajos de la Asamblea tengan como marco referencial al **Documento de Aparecida** y “**Navega mar adentro**”. Allí están las orientaciones que necesitamos para este momento de la historia. Sobre todo les pido que tengan una especial preocupación por crecer en la misión continental en sus dos aspectos: misión programática y misión paradigmática. Que toda la pastoral sea en clave misionera. Debemos salir de nosotros mismos hacia todas las periferias existenciales y crecer en parresía.

**Una Iglesia que no sale, a la corta o a la larga, se enferma en la atmósfera viciada de su encierro.** Es verdad también que a una Iglesia que sale le puede pasar lo que a cualquier persona que sale a la calle: **tener un accidente**. Ante esta alternativa, les quiero decir francamente que **prefiero mil veces una Iglesia accidentada que una Iglesia enferma**. La enfermedad típica de la Iglesia encerrada es la autorreferencial; mirarse a sí misma, estar encorvada sobre sí misma como aquella mujer del Evangelio. Es una especie de narcisismo que nos conduce a la mundanidad espiritual y al clericalismo sofisticado, y luego nos impide experimentar “la dulce y confortadora alegría de evangelizar”.

Les deseo a todos Ustedes esta alegría, que tantas veces va unida a la Cruz, pero que nos salva del resentimiento, de **la tristeza y de la solteronoría clerical**. Esta alegría nos ayuda a ser cada día más fecundos, gastándonos y **deshilachándonos en el servicio** al santo pueblo fiel de Dios; esta alegría crecerá más y más en la medida en que tomemos en serio la conversión pastoral que nos pide la Iglesia.

Gracias por todo lo que hacen y por todo lo que van a hacer. Que el Señor nos libre de **maquillar nuestro episcopado con los oropeles de la mundanidad, del dinero y del “clericalismo de mercado**”. La Virgen nos enseñará el camino de la humildad y ese trabajo silencioso y valiente que lleva adelante el celo apostólico.

Les pido, por favor, que recen por mí, para que no me la crea y sepa escuchar lo que Dios quiere y no lo que yo quiero. Rezo por Ustedes.

Un abrazo de hermano y un especial saludo al pueblo fiel de Dios que tienen a su cuidado. Les deseo un santo y feliz tiempo pascual. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide.

Fraternalmente,

Vaticano, 25 de marzo de 2013

**2.-** [**Profesión de fe con los obispos de la conferencia** **italiana**](http://www.vatican.va/news_services/liturgy/libretti/2013/20130523-libretto-professio-fidei-cei.pdf)

[*Basílica Vaticana*](http://www.vatican.va/various/basiliche/san_pietro/index_it.htm) *Jueves 23 de mayo de 2013*

Agradezco a vuestra eminencia este saludo, y felicidades también por el trabajo de esta Asamblea. Muchas gracias a todos vosotros. Estoy seguro de que el trabajo ha sido intenso porque tenéis muchas tareas. Primero: la Iglesia en Italia —todos—, el diálogo con las instituciones culturales, sociales, políticas, que es una tarea vuestra y no es fácil. También el trabajo de hacer fuertes las Conferencias regionales, para que sean la voz de todas las regiones, tan diversas; y esto es bonito. El trabajo fatigoso también, sé que existe una Comisión, para reducir un poco el número de las diócesis. No es fácil, pero existe una Comisión para esto. Seguid adelante con fraternidad, que la Conferencia episcopal siga adelante con este diálogo, como dije, con las instituciones culturales, sociales, políticas. Es vuestra tarea. ¡Adelante!

*Queridos hermanos en el episcopado:*

Las lecturas bíblicas que hemos escuchado nos hacen reflexionar. A mí me hicieron reflexionar mucho. He hecho como una meditación para nosotros Obispos, primero para mí, Obispo como vosotros, y la comparto con vosotros.

Es significativo —y estoy por ello especialmente contento— que nuestro primer encuentro tenga lugar precisamente aquí, en el sitio que custodia no sólo la tumba de Pedro, sino la memoria viva de su testimonio de fe, de su servicio a la verdad, de su entrega hasta el martirio por el Evangelio y por la Iglesia.

Esta tarde este altar de la Confesión se convierte de este modo en nuestro lago de Tiberíades, en cuyas orillas volvemos a escuchar el **estupendo diálogo entre Jesús y Pedro**, con las preguntas dirigidas al Apóstol, pero que deben resonar también en nuestro corazón de obispos.

«¿Me amas tú?». «¿Eres mi amigo?» (cf. Jn 21, 15 ss).

La pregunta está dirigida a un hombre que, a pesar de las solemnes declaraciones, se dejó llevar por el miedo y había negado.

«¿Me amas tú?». «¿Eres mi amigo?».

La pregunta se dirige a mí y a cada uno de nosotros, a todos nosotros: si evitamos responder de modo demasiado apresurado y superficial, la misma nos impulsa a mirarnos hacia adentro, a volver a entrar en nosotros mismos.

«¿Me amas tú?». «¿Eres mi amigo?».

Aquél que escruta los corazones (cf. *Rm* 8, 27) se hace mendigo de amor y nos interroga sobre la única cuestión verdaderamente esencial, preámbulo y condición para apacentar sus ovejas, sus corderos, su Iglesia. Todo ministerio se funda en esta intimidad con el Señor; vivir de Él es la medida de nuestro servicio eclesial, que se expresa en la disponibilidad a la obediencia, en el abajarse, como hemos escuchado en la *Carta a los Filipenses*, y a la donación total (cf. 2, 6-11).

Por lo demás, la consecuencia del amor al Señor es darlo todo —precisamente todo, hasta la vida misma— por Él: esto es lo que debe distinguir nuestro ministerio pastoral; es el papel de tornasol que dice con qué profundidad hemos abrazado el don recibido respondiendo a la llamada de Jesús y en qué medida estamos vinculados a las personas y a las comunidades que se nos han confiado. No somos expresión de una estructura o de una necesidad organizativa: también con el servicio de nuestra autoridad estamos llamados a ser signo de la presencia y de la acción del Señor resucitado, por lo tanto a edificar la comunidad en la caridad fraterna.

No es que esto se dé por descontado: también el amor más grande, en efecto, cuando no se alimenta continuamente, se debilita y se apaga. No sin motivo el apóstol Pablo pone en guardia: «**Tened cuidado de vosotros y de todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo** os ha puesto como guardianes para pastorear la Iglesia de Dios, que Él se adquirió con la sangre de su propio Hijo» (*Hch* 20, 28).

**La falta de vigilancia —lo sabemos— hace tibio al Pastor**; le hace distraído, olvidadizo y hasta intolerante; le seduce con la perspectiva de la carrera, la adulación del dinero y las componendas con el espíritu del mundo; **le vuelve perezoso, transformándole en un funcionario, un clérigo preocupado más de sí mismo, de la organización y de las estructuras que del verdadero bien del pueblo de Dios**. Se corre el riesgo, entonces, como el apóstol Pedro, de negar al Señor, incluso si formalmente se presenta y se habla en su nombre; se ofusca la santidad de la Madre Iglesia jerárquica, haciéndola menos fecunda.

¿Quiénes somos, hermanos, ante Dios? ¿Cuáles son nuestras pruebas? Tenemos muchas; cada uno de nosotros conoce las suyas. ¿Qué nos está diciendo el Señor a través de ellas? ¿Sobre qué nos estamos apoyando para superarlas?

Como lo fue para Pedro, la pregunta insistente y triste de Jesús puede dejarnos doloridos y más conscientes de la debilidad de nuestra libertad, tentada como lo es por mil condicionamientos internos y externos, que a menudo suscitan desconcierto, frustración, incluso incredulidad.

No son ciertamente estos los sentimientos y las actitudes que el Señor pretende suscitar; más bien, se aprovecha de ellos el Enemigo, el Diablo, para aislar en la amargura, en la queja y en el desaliento.

**Jesús, buen Pastor, no humilla ni abandona en el remordimiento**: en Él habla la ternura del Padre, que consuela y relanza; hace pasar de la disgregación de la vergüenza —porque verdaderamente la vergüenza nos disgrega— al entramado de la confianza; vuelve a donar valentía, vuelve a confiar responsabilidad, entrega a la misión.

Pedro, que purificado en el fuego del perdón pudo decir humildemente «Señor, Tú conoces todo; Tú sabes que te quiero» (*Jn* 21, 17). Estoy seguro de que todos nosotros podemos decirlo de corazón. Y Pedro purificado, en su primera Carta nos exhorta a apacentar «el rebaño de Dios [...], mirad por él, no a la fuerza, sino de buena gana [...], no por sórdida ganancia, sino con entrega generosa; no como déspotas con quienes os ha tocado en suerte, sino convirtiéndoos en modelos del rebaño» (*1 P* 5, 2-3).

Sí, ser Pastores significa creer cada día en la gracia y en la fuerza que nos viene del Señor, a pesar de nuestra debilidad, y asumir hasta el final la responsabilidad de caminar*delante* del rebaño, libres de los pesos que dificultan la sana agilidad apostólica, y sin indecisión al guiarlo, para hacer reconocible nuestra voz tanto para quienes han abrazado la fe como para quienes aún «no pertenecen a este rebaño» (*Jn*10, 16): estamos llamados a hacer nuestro el sueño de Dios, cuya casa no conoce exclusión de personas o de pueblos, como anunciaba proféticamente Isaías en la primera Lectura (cf. *Is* 2, 2-5).

Por ello, ser Pastores quiere decir también disponerse a caminar *en medio*y*detrás* del rebaño: capaces de escuchar el silencioso relato de quien sufre y sostener el paso de quien teme ya no poder más; atentos a volver a levantar, alentar e infundir esperanza. Nuestra fe sale siempre reforzada al compartirla con los humildes: dejemos de lado todo tipo de presunción, para inclinarnos ante quienes el Señor confió a nuestra solicitud. Entre ellos, reservemos un lugar especial, muy especial, a nuestros sacerdotes: sobre todo para ellos que nuestro corazón, nuestra mano y nuestra puerta permanezcan abiertas en toda circunstancia. Ellos son los primeros fieles que tenemos nosotros Obispos: nuestros sacerdotes. ¡Amémosles! ¡Amémosles de corazón! Son nuestros hijos y nuestros hermanos.

Queridos hermanos, la profesión de fe que ahora renovamos juntos no es un acto formal, sino renovación de nuestra respuesta al «Sígueme» con el que concluye el evangelio de Juan (21, 19): lleva a desplegar la propia vida según el proyecto de Dios, comprometiendo todo de sí mismo por el Señor Jesús. Que de aquí brote ese discernimiento que conoce y se hace cargo de los pensamientos, de las expectativas y necesidades de los hombres de nuestro tiempo.

Con este espíritu, agradezco de corazón a cada uno de vosotros vuestro servicio, vuestro amor a la Iglesia.

¡La Madre está aquí! Os pongo, y también yo me pongo, bajo el manto de María, Nuestra Señora.

*Madre del silencio, que custodia el misterio de Dios,
líbranos de la idolatría del presente, a la que se condena quien olvida.
Purifica los ojos de los Pastores con el colirio de la memoria:*

*volveremos a la lozanía de los orígenes, por una Iglesia orante y penitente.*

*Madre de la belleza, que florece de la fidelidad al trabajo cotidiano,
despiértanos del torpor de la pereza, de la mezquindad y del derrotismo.
Reviste a los Pastores de esa compasión que unifica e integra: descubriremos la alegría de una Iglesia sierva, humilde y fraterna.*

*Madre de la ternura, que envuelve de paciencia y de misericordia,
ayúdanos a quemar tristezas, impaciencias y rigidez de quien no conoce pertenencia.*

*Intercede ante tu Hijo para que sean ágiles nuestras manos, nuestros pies y nuestro corazón: edificaremos la Iglesia con la verdad en la caridad.*

*Madre, seremos el Pueblo de Dios, peregrino hacia el Reino. Amén.*

**3.- Para obispos de** **nuevo nombramiento**

**Sala Clementina Jueves 19 de septiembre de 2013**

**El obispo hombre de comunión, principio y fundamento de unidad**

El Salmo nos dice: «Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos» (*Sal*132, 1).

Pienso que habéis experimentado la verdad de estas palabras en los días que habéis pasado aquí en Roma viviendo una experiencia de fraternidad; fraternidad que es favorecida por la amistad, por conocerse, por estar juntos, pero que es dada sobre todo por los vínculos sacramentales de la comunión en el Colegio episcopal y con el Obispo de Roma. Que este formar un «único cuerpo» os oriente en vuestro trabajo cotidiano y os impulse a preguntaros: ¿cómo vivir el espíritu de colegialidad y de colaboración en el episcopado? ¿Cómo ser constructores de comunión y de unidad en la Iglesia que el Señor me ha confiado? El obispo es hombre de comunión, es hombre de unidad, «principio y fundamento perpetuo y visible de unidad» (cf. Conc. Vat. II, [***Lumen gentium***](http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html), 23).

Queridos hermanos en el episcopado, os saludo uno por uno, obispos latinos y orientales: vosotros mostráis la gran riqueza y variedad de la Iglesia. Doy las gracias al cardenal Marc Ouellet, prefecto de la Congregación para los obispos, por el saludo que me ha dirigido también en vuestro nombre y por haber organizado estas jornadas en las que sois peregrinos ante la Tumba de Pedro para reforzar la comunión y para orar y reflexionar sobre vuestro ministerio. Con él saludo al cardenal Leonardo Sandri, prefecto de la Congregación para las Iglesias orientales, y al cardenal Luis Antonio Tagle, arzobispo de Manila, y a monseñor Lorenzo Baldisseri, infatigable trabajador para estas cosas.

«Pastoread el rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, mirad por él, no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere; no por sórdida ganancia, sino con entrega generosa; no como déspotas con quienes os ha tocado en suerte, sino convirtiéndoos en modelos del rebaño» (*1 Pe* 5, 2-3). ¡Que estas palabras de san Pedro se esculpan en el corazón! Somos llamados y constituidos pastores, no pastores por nosotros mismos, sino por el Señor, y no para servirnos a nosotros mismos, sino al rebaño que se nos ha confiado, servirlo hasta dar la vida como Cristo, el Buen Pastor (cf. *Jn* 10, 11).

¿Qué significa pastorear, tener «cuidado habitual y cotidiano de sus ovejas» ([***Lumen gentium***](http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html), 27)? Tres breves pensamientos. Pastorear significa: acoger con magnanimidad, caminar con el rebaño, permanecer con el rebaño. Acoger, caminar, permanecer.

1. ***Acoger con magnanimidad***.

Que **vuestro corazón sea tan grande como para saber acoger a todos los hombres** y las mujeres que encontraréis a lo largo de vuestras jornadas y que iréis a buscar cuando os pongáis en camino en vuestras parroquias y en cada comunidad. Desde ahora preguntaos: los que llamen a la puerta de mi casa, ¿cómo la encontrarán? Si la encuentran abierta, a través de vuestra bondad, vuestra disponibilidad, experimentarán la paternidad de Dios y comprenderán cómo la Iglesia es una buena madre que siempre acoge y ama.

1. ***Caminar con el rebaño***.

Acoger con magnanimidad, caminar. Acoger a todos para caminar con todos. El obispo está en camino *con* y *en* su rebaño. Esto quiere decir ponerse en camino con los propios fieles y con todos aquellos que se dirigirán a vosotros, compartiendo sus alegrías y esperanzas, dificultades y sufrimientos, como hermanos y amigos, pero más aún como padres, que son capaces de escuchar, comprender, ayudar, orientar. El caminar juntos requiere amor, y el nuestro es un servicio de amor, *amoris officium* decía san Agustín (*In Io. Ev. tract.* 123, 5: pl 35, 1967).

Y en el caminar desearía recordar ***el afecto hacia vuestros sacerdotes***. **Vuestros sacerdotes son el primer prójimo**; el sacerdote es el primer prójimo del obispo —amad al prójimo, pero el primer prójimo es ese—, indispensables colaboradores de quienes hay que buscar el consejo y la ayuda, a quienes hay que cuidar como padres, hermanos y amigos. Entre las primeras tareas que tenéis está el cuidado espiritual del presbiterio, pero no olvidéis las necesidades humanas de cada sacerdote, sobre todo en los momentos más delicados e importantes de su ministerio y de su vida. Nunca es tiempo perdido el que se pasa con los sacerdotes. Recibidles cuando lo piden; no dejéis sin respuesta una llamada telefónica. Yo he oído —no sé si es verdad, pero lo he oído muchas veces en mi vida— de sacerdotes, cuando daba ejercicios a sacerdotes: «¡Bah! He llamado al obispo y el secretario me dice que no tiene tiempo para recibirme». Y así durante meses y meses y meses. No sé si es verdad. Pero si un sacerdote llama al obispo, el mismo día, o al menos al día siguiente, la llamada telefónica: «He oído, ¿qué deseas? Ahora no puedo recibirte, pero intentemos buscar juntos la fecha». Que oiga que el padre responde, por favor. Al contrario, el sacerdote puede pensar: «Pero a éste no le importa; éste no es padre, es jefe de oficina». Pensad bien en esto. Sería un buen propósito: ante una llamada de un sacerdote, si no puedo este día, al menos responder al día siguiente. Y después ver cuándo es posible encontrarle. Estar en continua cercanía, en contacto continuo con ellos.

Después *la presencia en la diócesis*. En la homilía de la Misa Crismal de este año decía que los pastores deben tener «el **olor de las ovejas**». Sed pastores con el olor de las ovejas, presentes en medio de vuestro pueblo como Jesús Buen Pastor. Vuestra presencia no es secundaria, es indispensable. ¡La presencia! La pide el pueblo mismo, que quiere ver al propio obispo caminar con él, estar cerca de él. Lo necesita para vivir y para respirar. No os cerréis. **Bajad en medio de vuestros fieles, también en las periferias de vuestras diócesis** y en todas esas «periferias existenciales» donde hay sufrimiento, soledad, degradación humana. Presencia pastoral significa caminar con el Pueblo de Dios: caminar delante, indicando el camino, indicando la vía; caminar en medio, para reforzarlo en la unidad; caminar detrás, para que ninguno se quede rezagado, pero, sobre todo, para seguir el olfato que tiene el Pueblo de Dios para hallar nuevos caminos. Un obispo que vive en medio de sus fieles tiene los oídos abiertos para escuchar «lo que el Espíritu dice a las Iglesias» (*Ap*2, 7) y la «voz de las ovejas», también a través de los organismos diocesanos que tienen la tarea de aconsejar al obispo, promoviendo un diálogo leal y constructivo. No se puede pensar en un obispo que no tenga estos **organismos diocesanos: consejo presbiteral, los consultores, consejo pastoral, consejo de asuntos económicos**. Esto significa estar precisamente con el pueblo. Esta presencia pastoral os permitirá conocer a fondo también la cultura, los hábitos, las costumbres del territorio, la riqueza de santidad que allí está presente. ¡Sumergirse en el propio rebaño!

Y aquí desearía añadir: que ***el estilo de servicio* al rebaño sea el de la humildad**, diría también de la austeridad y de la esencialidad. Por favor, nosotros pastores **no somos hombres con la «psicología de príncipes**» —por favor—, hombres ambiciosos, que son esposos de esta Iglesia en espera de otra más bella o más rica. ¡Esto es un escándalo! Si viene un penitente y te dice: «Yo estoy casado, vivo con mi mujer, pero miro continuamente a aquella mujer que es más bella que la mía: ¿es pecado, padre?». El Evangelio dice: es pecado de adulterio. **¿Existe un «adulterio espiritual**»? No sé, pensadlo vosotros. No estar a la espera de otra más bella, más importante, más rica. ¡Estad bien atentos en no caer en el espíritu del **carrerismo**! ¡Eso es un cáncer! No es sólo con la palabra, sino también y sobre todo con el testimonio concreto de vida como somos maestros y educadores de nuestro pueblo. El anuncio de la fe pide conformar la vida con lo que se enseña. Misión y vida son inseparables (cf. Juan Pablo II, [***Pastores gregis***](http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_20031016_pastores-gregis_sp.html), 31). Es una pregunta para hacernos cada día: ¿lo que vivo se corresponde con lo que enseño? **Acoger, caminar**

1. **Y el tercer y último elemento: *permanecer con el rebaño***.

Me refiero a la *estabilidad*, que tiene dos aspectos precisos: «permanecer» en la diócesis y permanecer en «ésta» diócesis, como he dicho, sin buscar cambios o promociones. No se puede conocer verdaderamente como pastores al propio rebaño, caminar delante, en medio o detrás de él, cuidarlo con la enseñanza, la administración de los sacramentos y el testimonio de vida, si no se permanece en la diócesis. En esto, Trento es actualísimo: residencia. El nuestro es un tiempo en que se puede viajar, moverse de un punto a otro con facilidad, un tiempo en el que las relaciones son veloces, la época de internet. Pero la antigua ley de la residencia no ha pasado de moda. Es necesaria para el buen gobierno pastoral (cf. Directorio [***Apostolorum Successores***](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cbishops/documents/rc_con_cbishops_doc_20040222_apostolorum-successores_sp.html), 161). Cierto, existe una solicitud por las demás Iglesias y por la universal que pueden pedir ausentarse de la diócesis, pero que sea por el estricto tiempo necesario y no habitualmente. Ved, la residencia no es requerida sólo para una buena organización, no es un elemento funcional; tiene una raíz teológica. Sois esposos de vuestra comunidad, ligados profundamente a ella. Os pido, por favor, que **permanezcáis en medio de vuestro pueblo**. Permanecer, permanecer... **Evitad el escándalo de ser «obispos de aeropuerto**». Sed pastores acogedores, en camino con vuestro pueblo, con afecto, con misericordia, con dulzura del trato y firmeza paterna, con humildad y discreción, capaces de mirar también vuestras limitaciones y de tener una dosis de buen humor. Esta es una gracia que debemos pedir nosotros, obispos. Todos debemos pedir esta gracia: Señor, **dame sentido del humor**. Encontrar el medio de reírse de uno mismo, primero, y un poco de las cosas. Y permaneced con vuestro rebaño.

Queridos hermanos, al regresar a vuestras diócesis llevad mi saludo a todos, en particular a los sacerdotes, a los consagrados y a las consagradas, a los seminaristas, a todos los fieles, y a quienes tienen más necesidad de la cercanía del Señor. La presencia —como ha dicho el cardenal Ouellet— de dos obispos sirios nos impulsa una vez más a pedir juntos a Dios el don de la paz. ¡Paz para Siria, paz para Oriente Medio, paz para el mundo! Por favor, acordaos de orar por mí; yo lo hago por vosotros. A cada uno y a vuestras comunidades doy de corazón mi bendición. Gracias.

**4.- Entráis en la Iglesia de Roma, no en una corte**

**A 16 nuevos** **cardenales 14 2 23**

En la homilía de la Misa del domingo 23 de febrero en la basílica de San Pedro

Con afecto pero a la vez con gran firmeza, el Papa pidió a los nuevos cardenales “ayudémonos unos a otros a **evitar hábitos y comportamientos cortesanos: intrigas, habladurías, camarillas, ‘cordadas’**, favoritismos y preferencias”. En la primera misa solemne en la basílica de San Pedro les advirtió, ante todo el colegio cardenalicio: “**Entráis en la Iglesia de Roma. ¡No entráis en una corte**!”.

Dirigiéndose a los 16 nuevos cardenales electores y los tres cardenales octogenarios que recibieron la birreta purpura el sábado, el Papa Francisco fue extremadamente claro en un punto con frecuencia “tabú”, un peligro que menciono hace varios meses: “**La corte es la lepra del Papado”.**

Sus palabras no resultaban severas pues comenzó la homilía haciendo notar que “**Jesús no vino para ensenarnos buenos modales, modales de salón**... Para eso no era necesario que bajara del cielo y muriera en la cruz. Cristo vino para salvarnos, para mostrarnos el camino, el único camino para salir de las arenas movedizas del pecado, y ese camino es el camino de la misericordia”.

Al cancelar la ley del “ojo por ojo y diente por diente”, Jesús pide más, y lo pide a todos pues “ser santos no es un lujo, es necesario para la salvación del mundo”.

Los cardenales están **llamados a dar ejemplo**, y el Papa les indicó **algunos terrenos muy explícitos**: “bendigamos a quien habla mal de nosotros, saludemos con una sonrisa al que tal vez no lo merece, no pretendamos hacernos valer, respondamos con mansedumbre a la prepotencia, olvidemos las humillaciones recibidas…”.

Era una invitación a vivir el Evangelio en el mundo contemporáneo, pues “el Señor Jesús y la Madre Iglesia nos piden testimoniar con mayor celo y ardor esas actitudes de santidad”. E insistió: “Precisamente en ese suplemento de entrega gratuita consiste la santidad de un cardenal”.

Es decir, el polo opuesto a actitudes palaciegas, anticuadas y fuera de lugar que, por fortuna, están desapareciendo con rapidez.

**5.- Lo que el Papa Francisco quiere que sean los obispos**

**A la** **Congregación de obispos**

14 2 27

**Lo que el Papa Francisco quiere que sean los obispos: sembradores humildes de la verdad, portadores de la mirada de Dios**

*Discurso del Papa Francisco en la reunión de la Congregación para los Obispos (27-2-2014)*

 En la celebración de la ordenación de un obispo, la Iglesia congregada, tras invocar al Espíritu Santo, pide que sea ordenado el candidato presentado. Quien preside pregunta entonces: **«¿Tenéis el mandato**?». En esta pregunta resuena el eco de lo que hizo el Señor: «Llamó a los Doce y los fue enviando de dos en dos…» (Mc 6, 7). En el fondo, la pregunta podría expresarse también así: «¿Estáis seguros de que su nombre ha sido pronunciado por el Señor? ¿Estáis seguros de que ha sido el Señor quien lo ha incluido entre los llamados a estar con él de manera singular y para encomendarle una misión que no es suya, sino que el Padre ha confiado al Señor?».

**1. Lo esencial en la misión de la Congregación de Obispos**

**Esta Congregación existe para ayudar a escribir este mandato**, que seguidamente resonará en tantas Iglesias y llevará alegría y esperanza al Pueblo santo de Dios. Esta Congregación existe para asegurarse de que el nombre de quien es elegido haya sido  pronunciado antes por el Señor. Esta es la gran misión encomendada a la Congregación para los Obispos, su cometido más importante: identificar a aquellos a los que el Espíritu Santo mismo confía la dirección de su Iglesia.

De los labios de la Iglesia se recogerá en todo tiempo y lugar la petición: **¡Danos un obispo!** El Pueblo santo de Dios sigue hablando: Necesitamos a uno que nos vigile desde lo alto; necesitamos a uno que nos mire con la amplitud del corazón de Dios; no nos sirve un gerente, un administrador delegado de una empresa, y ni siquiera uno que esté al mismo nivel de nuestras mezquindades o pequeñas pretensiones. Necesitamos a uno que sepa elevarse a la altura de la mirada de Dios sobre nosotros para guiarnos hacia él. Solo en la mirada de Dios está nuestro futuro. Necesitamos a alguien que, conociendo la amplitud del campo de Dios más que la del propio y estrecho jardín, nos garantice que aquello a lo que aspiran nuestros corazones no es una promesa vana.

La gente recorre cansinamente la llanura de lo diario, y necesita ser guiada por quien es capaz de ver las cosas desde lo alto. Por eso no debemos perder nunca de vista las necesidades de las Iglesias particulares a las que tenemos que proveer. No existe un pastor estándar para todas las Iglesias. Cristo conoce la singularidad del pastor que cada Iglesia requiere para que responda a sus necesidades y la ayude a realizar sus potencialidades. Nuestro reto estriba en entrar en la perspectiva de Cristo, teniendo en cuenta esta singularidad de las Iglesias particulares.

**2. El horizonte de Dios determina la misión de la Congregación**

Para escoger a semejantes ministros, todos nosotros necesitamos elevarnos, subir nosotros también al «piso de arriba». No podemos dejar de subir; no podemos conformarnos con medidas bajas. Debemos elevarnos     más allá y por encima de nuestras eventuales preferencias, simpatías, pertenencias o tendencias, para entrar en la amplitud del horizonte de Dios y para encontrar a esos portadores de su mirada desde lo alto: no hombres condicionados por el miedo a lo bajo, sino pastores dotados de parresía, capaces de asegurar que en el mundo hay un sacramento de unidad (Const. Lumen gentium, n. 1) y que, por lo tanto, la humanidad no está destinada   a la desbandada y al extravío.

Este gran objetivo, delineado por el Espíritu, es el que determina la forma en que se desarrolla esta tarea generosa y laboriosa, por la que estoy inmensamente agradecido a cada uno de vosotros, empezando por el cardenal prefecto Marc Ouellet e incluyéndoos a todos vosotros, cardenales, arzobispos y obispos miembros. Una palabra especial de gratitud, por la generosidad de su labor, quisiera dirigirla a los oficiales del dicasterio, que silenciosa y pacientemente contribuyen al buen fin del servicio de proveer a la Iglesia de los pastores que necesita.

**Al firmar el nombramiento de cada obispo, quisiera poder palpar la autoridad de vuestro discernimiento y la grandeza de horizontes con que madura vuestro consejo.** De ahí que el espíritu que preside vuestros cometidos, desde la ardua tarea de los oficiales hasta el discernimiento de los superiores y miembros de la Congregación, no pueda ser otro que el humilde, silencioso y laborioso proceso llevado a cabo bajo la luz que viene de lo alto. Profesionalidad, servicio y santidad de vida: si nos apartamos de este trinomio, decaeremos de esa grandeza a la que estamos llamados.

**3. La Iglesia Apostólica como fuente**

¿Dónde encontrar, pues, esa luz? La altura de la Iglesia se encuentra siempre en los abismos profundos de sus cimientos. **En la Iglesia Apostólica se encuentra lo alto y profundo**. El mañana de la Iglesia reside siempre en sus orígenes.

Por eso os invito a hacer memoria y a «visitar» la Iglesia Apostólica para buscar en ella algunos criterios. Sabemos que el Colegio Episcopal, en el que, por medio del sacramento, quedarán insertados los obispos, sucede al Colegio Apostólico. El mundo necesita saber que existe esta sucesión ininterrumpida. Por lo menos en la Iglesia, semejante vínculo con la arjé divina no se ha roto. Las personas tienen ya la sufrida experiencia de tantas rupturas: necesitan encontrar en la Iglesia esa permanencia indeleble de la gracia inicial.

**4. El obispo como testigo del Resucitado**

Examinemos, pues, el momento en que la Iglesia Apostólica ha de reconstituir el Colegio de los Doce, después de la traición de Judas. Sin los Doce no puede descender la plenitud del Espíritu. Hay que buscar a su sucesor entre quienes han seguido desde el inicio el itinerario de Jesús, para que, «asociado a nosotros» se convierta en «testigo de su resurrección» (cf. Hch 1, 21-22). **Es preciso escoger entre los seguidores de Jesús a los testigos del Resucitado.**

De aquí se deriva el **criterio esencial**  para delinear el rostro de los obispos que queremos tener. **¿Quién es un testigo del Resucitado?** Es quien **ha seguido a Jesús desde el principio** y es constituido, junto con los Apóstoles, testigo de su resurrección. También para nosotros este es el criterio unificador: el obispo es aquel que sabe **actualizar todo lo que le acaeció a Jesús** y que, sobre todo, sabe, en unión con la Iglesia, convertirse en **testigo de su resurrección.** El obispo es, ante todo, **un mártir del Resucitado**. **No un testigo aislado, sino en unión con la Iglesia**. Su vida y su ministerio deben hacer creíble la Resurrección. Al unirse a Cristo en la cruz de la verdadera entrega de sí, permite que dimane, para la propia Iglesia, la vida que no muere. La valentía de morir, la generosidad de ofrecer la propia vida y de consumirse por el rebaño,  están inscritos en el **ADN del episcopado**. La renuncia y el sacrificio son connaturales con la misión episcopal. Y esto quiero subrayarlo: la renuncia y el sacrificio son connaturales con la misión episcopal. El episcopado no es para sí mismo, sino para la Iglesia, para el rebaño, para los demás: sobre todo para cuantos, según el mundo, hay que desechar.

Por lo tanto, para individuar a un obispo, no sirve la contabilidad de las dotes humanas, intelectuales, culturales, y ni siquiera pastorales. **El perfil de un obispo no es la suma algebraica de sus virtude**s. Es verdad que necesitamos a alguien que sea insigne (CIC, can. 378 § 1):

su integridad humana asegura la capacidad de relaciones sanas, equilibradas, para no proyectar sobre los demás las propias carencias y convertirse en factor de inestabilidad;

su solidez cristiana resulta esencial para fomentar la fraternidad y la comunión;

su comportamiento recto da fe de la medida alta de los discípulos del Señor;

su preparación cultural le permite dialogar con los hombres y con sus culturas;

su ortodoxia y fidelidad a la Verdad íntegra custodiada por la Iglesia hace de él una columna y un punto de referencia;

su disciplina interior y exterior le permite dominarse a sí mismo y abre espacio para la acogida y la orientación de los demás;

su capacidad de gobernar con paternal firmeza garantiza la seguridad de la autoridad que ayuda a crecer;

su transparencia y su desprendimiento en la administración de los bienes de la comunidad le dan autoridad y le granjean la estima de todos.

Todas estas dotes imprescindibles deben ser, no obstante, una declinación del testimonio central del Resucitado, y estar **subordinadas a tan prioritario empeño**. Es el Espíritu del Resucitado el que hace a sus testigos, el que integra y eleva cualidades y valores, edificando al obispo.

**5. La soberanía de Dios, autor de la elección**

Pero volvamos al texto apostólico. Al arduo discernimiento le sigue la oración de los Apóstoles: «Señor, tú que penetras el corazón de todos, muéstranos a cuál […] has elegido» (Hch 1, 24), y «les repartieron suertes» (Hch 1, 26). Aprendamos cuál es el ambiente de nuestra labor y quién el verdadero Autor de nuestras elecciones. No podemos alejarnos de este «muéstranos tú, Señor». Siempre es imprescindible asegurar la soberanía de Dios. Las elecciones no pueden estar dictadas por nuestras pretensiones, condicionadas por eventuales banderías, camarillas o hegemonías. Para garantizar dicha soberanía hay dos actitudes fundamentales: el tribunal de la propia conciencia ante Dios y la colegialidad. Y esto es una garantía.

Desde los primeros pasos de nuestra compleja labor (desde las nunciaturas hasta el trabajo de los oficiales, miembros y superiores), estas dos actitudes resultan imprescindibles: la conciencia ante Dios y el compromiso colegial. No el albedrío, sino el discernimiento juntos. Nadie puede abarcarlo todo; cada uno inserta, con humildad y honradez, su propia tesela en un mosaico que pertenece a Dios.

Esta visión fundamental nos impulsa a abandonar el pequeño cabotaje de nuestras barcas para seguir el rumbo de la gran nave de la Iglesia de Dios, su horizonte universal de salvación, su brújula firme en la Palabra y en el ministerio, la certeza del soplo del Espíritu que la impulsa y la seguridad del puerto que la aguarda.

**6. Obispos «kerigmáticos»**

Otro criterio lo enseña Hch 6, 1-7: los Apóstoles imponen las manos a quienes deben servir las mesas, porque **no pueden «descuidar la Palabra de Dios**». Como la fe procede del anuncio, necesitamos obispos kerigmáticos. Hombres que hagan accesible ese «por vosotros» del que habla San Pablo. Hombres **custodios de la doctrina no para medir lo distante que vive el mundo de la verdad que esta contiene, sino para fascinar al mundo**, para cautivarlo con la belleza del amor, para seducirlo con el ofrecimiento de la libertad que da el Evangelio. **La Iglesia no necesita apologetas de sus propias causas ni cruzados** de sus propias batallas, sino **sembradores humildes y confiados de la verdad**, que sepan que esta les es nuevamente encomendada una y otra vez y que se fíen de su poder. Obispos conscientes de que, incluso cuando sea de noche y la fatiga de la jornada los encuentre cansados, en el campo las semillas estarán germinando. **Hombres pacientes**, porque saben que la cizaña nunca será tanta como para llenar el campo. El corazón humano está hecho para el trigo; ha sido el enemigo quien, a escondidas, ha arrojado la mala semilla. Pero la hora de la cizaña ya está irrevocablemente fijada.

Quisiera subrayar bien esto: ¡Hombres pacientes! Dicen que el cardenal Siri solía decir: «Cinco son las virtudes del obispo: la primera, la paciencia; la segunda, la paciencia; la tercera, la paciencia; la cuarta, la paciencia, y la última, la paciencia con quienes nos invitan a tener paciencia».

Por lo tanto, hay que trabajar, más bien, en la preparación del terreno, en la amplitud de la siembra. Actuar como sembradores confiados, evitando el miedo de quien cree que la cosecha solo depende de él, o la actitud desesperada de los escolares que, si no han hecho los deberes, gritan que ya no hay nada que hacer.

**7. Obispos orantes**

El mismo texto de Hch 6, 1-7 se refiere a la oración como a una de las dos tareas esenciales del obispo: «Por tanto, hermanos, escoged a siete de vosotros, hombres de buena fama, llenos de espíritu y de sabiduría, y los encargaremos de esta tarea: **nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la Palabra»** (vv. 3-4). He hablado de obispos kerigmáticos; ahora señalo el otro rasgo de la identidad del obispo: hombre de oración. La misma **parresía** que ha de tener **en el anuncio** de la Palabra, ha de tenerla **en la oración**, tratando con Dios nuestro Señor  del bien de su pueblo, de la salvación de su pueblo. Valiente en la oración de intercesión como Abrahán, que negociaba con Dios la salvación de aquella gente (cf. Gn 18, 22-23); como Moisés, cuando se siente impotente para guiar al pueblo (Nm 11, 10-15), cuando el Señor está harto de su pueblo (cf. Nm 14, 10-19), o cuando le dice que va a destruir al pueblo y le promete que lo hará jefe de otro pueblo. ¡Esa valentía de decir que no –no negocio con mi pueblo– en su misma presencia! (cf. Ex 32, 11-14. 30-32). Un hombre que no tenga **el valor de discutir con Dios en beneficio de su pueblo** no puede ser obispo –esto lo digo de corazón, estoy convencido de ello–, ni tampoco el que no sea capaz de asumir la misión de llevar al Pueblo de Dios hasta el lugar que él, el Señor, le indica (cf. Ex 32, 33-34).

Y esto vale también para la paciencia apostólica: la misma **hypomoné** que ha de ejercer en la predicación de la Palabra (cf. 2 Cor 6, 4) ha de tenerla **en su oración**. El obispo ha de ser capaz de «entrar en paciencia» ante Dios, mirando y dejándose mirar, buscando y dejándose buscar, encontrando y dejándose encontrar, pacientemente ante el Señor. Muchas veces durmiéndose ante el Señor, ¡pero esto es bueno, viene bien!

**Parresía e hipomoné en la oración** forjan el corazón del obispo y lo acompañan en la parresía y en la hipomoné que ha de tener en el anuncio de la Palabra en el kerigma. Esto es lo que entiendo cuando leo el versículo 4 del capítulo 6 de los Hechos de los Apóstoles.

**8. Obispos pastores**

En las palabras que dirigí a los representantes pontificios, tracé el siguiente perfil de los candidatos al episcopado: «Que sean padres y hermanos; que sean apacibles, pacientes y misericordiosos; que amen la pobreza: interior como libertad para el Señor, y también exterior como sencillez y austeridad de vida; que no tengan una psicología de “príncipes”; […] que no sean ambiciosos, […] que no busquen el episcopado […]. Y que sean esposos de una Iglesia, sin andar constantemente en busca de otra –esto se llama adulterio–. Que sean capaces de “vigilar” el rebaño que se les confíe, es decir, que velen por todo aquello que lo mantenga unido; […] capaces de “desvelarse” por el rebaño» (21-6-2013: Ecclesia 3.685 [2013/II], págs. 1135-1136).

 Reitero que la Iglesia necesita pastores auténticos; y quisiera ahondar en este perfil del pastor. Veamos el testamento del apóstol Pablo (cf. Hch 20, 17-38). Se trata del único discurso, de los que el Apóstol pronuncia en el libro de los Hechos, que está dirigido a los cristianos. No habla a sus adversarios fariseos, ni a los sabios griegos, sino a los suyos. Nos habla a nosotros. Encomienda a los pastores de la Iglesia «a la palabra de la gracia, que tiene poder para construiros y haceros partícipes de la herencia». Por lo tanto, no amos de la Palabra, sino entregados a ella, siervos de la Palabra. Solo así es posible construir y obtener la herencia de los santos. A cuantos se atormentan con el interrogante sobre su propia herencia –«¿cuál es el legado de un obispo? ¿el oro o la plata?»–, Pablo les responde: la santidad. La Iglesia permanece cuando se dilata la santidad de Dios en sus miembros. Cuando de su corazón íntimo, que es la Trinidad Santísima, dicha santidad fluye y llega a todo el cuerpo. Es preciso que la unción que procede de lo alto discurra hasta la orla del manto. Un obispo no debería renunciar jamás al ansia por que el aceite del Espíritu de santidad llegue hasta el borde más extremo de la vestidura de su Iglesia.

El Concilio Vaticano II afirma que a los obispos «se les confía plenamente el oficio pastoral, o sea el cuidado habitual y cotidiano de sus ovejas» (Lumen gentium, n. 27). Hay que detenerse más ante estos dos calificativos del cuidado de las ovejas: habitual y cotidiano. En nuestro tiempo, la asiduidad y la cotidianidad se ven frecuentemente asociadas a la rutina y al aburrimiento. De ahí que en no pocas ocasiones se intente huir hacia un «otro lugar» permanente. Esta es una tentación de los pastores, de todos los pastores. Nuestros padres espirituales deben explicárnoslo bien, para que lo entendamos y no caigamos en ello. Por desgracia, tampoco en la Iglesia estamos exentos de este peligro. De ahí la importancia de reiterar que la misión del obispo exige asiduidad y cotidianidad. Creo que, en este tiempo nuestro de encuentros y de congresos, resulta muy actual el decreto de residencia del Concilio de Trento: es muy actual, y sería bonito que la Congregación de los Obispos escribiera algo al respecto. El rebaño necesita encontrar sitio en el corazón del pastor. Si este no está firmemente anclado en sí mismo, en Cristo y en su Iglesia, se verá continuamente zarandeado por las olas en busca de efímeras compensaciones, y no proporcionará al rebaño amparo alguno.

**Conclusión**

Al final de estas palabras mías, me pregunto: ¿Dónde podemos encontrar hombres así? No resulta fácil. ¿Los hay? ¿Cómo seleccionarlos? Pienso en el profeta Samuel, que va en busca del sucesor de Saúl (cf. 1 Sam 16, 11-13) y le pregunta al anciano Jesé: «¿No hay más muchachos?», y al oír que el pequeño David está pastoreando el rebaño, le ordena: «Manda a buscarlo». Tampoco nosotros podemos dejar de otear los campos de la Iglesia buscando a quién presentar al Señor para que él te diga: «¡Úngelo, pues es este!». Estoy seguro de que los hay, porque el Señor no abandona a su Iglesia. Tal vez somos nosotros los que no recorremos lo suficiente los campos en busca de ellos. Acaso nos sirva la advertencia de Samuel: «No nos sentaremos a la mesa, mientras no venga». De esta santa inquietud quisiera que viviese esta Congregación.

**6.- Cuiden a sus sacerdotes de la tentación del poder y el dinero**

**Papa Francisco a obispos de** **Camerún**

8 Septiembre de 2014

El clero debe dar testimonio de una [vida](http://www.aciprensa.com/vida) coherente con el Evangelio, señaló este lunes el Papa Francisco al recibir **a los obispos de Camerún en visita ad limina**, a quienes exhortó a **ser padres atentos de sus sacerdotes para que éstos eviten las tentaciones “del poder, de los honores y del dinero”.**

En su discurso, el Pontífice dijo que es esencial que el clero ''de testimonio de una **vida habitada por el Señor, coherente** con las exigencias y los principios del Evangelio''. En ese sentido, invitó a los obispos a ser padres atentos de sus sacerdotes para que éstos eviten las tentaciones “del poder, de los honores y del dinero”.

“En este último caso, el testimonio contrario que pueda derivarse de una mala gestión de los bienes, del **enriquecimiento personal o del despilfarro**, sería particularmente **escandaloso** en una región donde muchas personas carecen de lo necesario”, advirtió.

De igual modo, señaló que “**la unidad del clero es un elemento indispensable del testimonio debido al Cristo resucitado... tanto si se trata de la unidad de los obispos**, que se confrontan a menudo con los mismos retos y llamados a dar soluciones comunes y concertadas, como de **la unidad del 'presbiterium'** que el Señor llama a construir cada día, dejando de lado cualquier prejuicio, como son los de carácter étnico”.

“**Unidad y diversidad son para ustedes realidades que hay que mantener firmemente enlazadas** para dar cabida a la riqueza humana y espiritual de sus diócesis que se expresa en múltiples formas”, señaló el Pontífice.

En su discurso, el Santo Padre también pidió dar una atención especial a las **familias que son “sometidas a duras pruebas,** sea la pobreza que el desplazamiento de personas, sea la falta de seguridad o la tentación de regresar a prácticas ancestrales incompatibles con la fe cristiana así como nuevos estilos de vida propuestos por un mundo secularizado”.

Asimismo, los invitó a **desarrollar con los musulmanes “un diálogo de vida, con espíritu de confianza mutua** porque en nuestra época es indispensable para mantener un clima de coexistencia pacífica y para evitar el desarrollo de la violencia de que los cristianos son víctimas en algunas regiones del continente”.

Francisco también destacó la buena **colaboración entre la**[**Iglesia**](http://www.aciprensa.com/iglesia/index.html)**, el Estado y la sociedad de Camerún**, tal como lo demuestra la firma de un acuerdo marco entre la [Santa Sede](http://www.aciprensa.com/santasede/index.html) y ese país. El Papa pidió a los obispos ponerlo en práctica “porque el reconocimiento jurídico de numerosas instituciones eclesiales aumentará su radio de acción en beneficio no solo de la Iglesia sino de toda la sociedad camerunesa”.

“El **compromiso en las obras sociales** forma parte integrante de la evangelización porque existe un estrechísimo lazo entre evangelización y promoción humana que se debe manifestar en toda la acción evangelizadora”, señaló.

Finalmente renovó su aliento a los consagrados cuya vida es siempre ''un testimonio profético y un modelo en materia de reconciliación, de justicia y de paz''. Además alentó a los obispos a no temer las dificultades y a proseguir llevando la Buena Nueva con espíritu misionero renovado '' a todos los que todavía la esperan o que más la necesitan''.

**7.- A los obispos** **mexicanos**

**en visita Ad limina Apostolorum**

19 de mayo de 2014

Les agradezco la visita. Gracias al Presidente de la Conferencia, el **Cardenal Robles**. El memorial que yo firmé se los van a dar a cada uno escrito, así los puedo saludar uno por uno, como despedida. Gracias por la cercanía de ustedes. Yo aprendí mucho de lo que me iban diciendo. Me quedaron preocupaciones serias de las Iglesias de ustedes, algunas **sufren mucho los problemas** que el Señor Cardenal acaba de mencionar. Son problemas serios, pero veo que las Iglesias de ustedes están como consolidadas sobre un cimiento muy fuerte. En ustedes parece que es más fuerte la Madre del Señor... Y eso es muy importante, ¡muy importante! María no os va a dejar solos frente a tantos problemas y dolorosos... Parte de sus hijos que cruzan la frontera, todos los problemas de la emigración, los que no llegan al otro lado... Son hijos que mueren, muertos por sicarios alquilados...Todo ese problema serio de la droga que hoy en día se está ofreciendo muy seriamente; o cuando un campesino te dice: **"¿Y qué querés que haga? Si cultivando maíz vivo todo el mes, cultivando amapola vivo todo el año".** Y ustedes con su pueblo siempre, por eso, la única recomendación que yo les diría es ésta, de corazón, –las escritas son también de corazón, pero esta es más de corazón –: la **doble trascendencia**. **Trascender, en la oración al Señor. ¡**No dejen la oración!, ese negociar con Dios del Obispo por su pueblo. No lo dejen. Y **la segunda trascendencia: cercanía con su pueblo**. Esas dos cosas. Adelante, y con esa doble tensión, adelante. Y recen por mí que yo rezo por ustedes y muchas gracias.

Queridos hermanos en el episcopado:

Reciban mi más cordial bienvenida con motivo de la visita *ad limina Apostolorum.* Agradezco las amables palabras que el Cardenal José Francisco Robles, Arzobispo de Guadalajara y Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano, me ha dirigido en nombre de todos, como testimonio de la comunión que nos une en el auténtico anuncio del Evangelio.

En estos últimos años, la celebración del Bicentenario de la Independencia de México y del Centenario de la Revolución Mexicana ha constituido una ocasión propicia para unir esfuerzos en favor de la paz social y de una convivencia justa, libre y democrática. A esto mismo los animó mi predecesor Benedicto XVI invitándolos a "no dejarse amedrentar por las fuerzas del mal, a ser valientes y trabajar para que la savia de sus propias raíces cristianas haga florecer su presente y su futuro" (*Despedida en el Aeropuerto de Guanajuato,* 26 marzo 2012).

Como en muchos otros países latinoamericanos, la historia de México no puede entenderse sin los valores cristianos que sustentan el espíritu de su pueblo. No es ajena a esto Santa María de Guadalupe, Patrona de toda América, que en más de una oportunidad, con ternura de Madre, ha contribuido a la reconciliación y a la liberación integral del pueblo mexicano, no con la espada y a la fuerza, sino con el amor y la fe. Ya desde el principio, la "Madre del verdaderísimo Dios por quien se vive" pidió a San Juan Diego que le construyera "una Casita" en la que pudiera acoger maternalmente tanto a los que "están cerca" como a los que "están lejos" (*Nican Mopohua,* n. 26).

En la actualidad, las múltiples violencias que afligen a la sociedad mexicana, particularmente a los jóvenes, constituyen un renovado llamamiento a promover este espíritu de concordia a través de la cultura del encuentro, del diálogo y de la paz. A los Pastores no compete, ciertamente, aportar soluciones técnicas o adoptar medidas políticas, que sobrepasan el ámbito pastoral; sin embargo, no pueden dejar de anunciar a todos la Buena Noticia: que Dios, en su misericordia, se ha hecho hombre y se ha hecho pobre (cf. *2 Co* 8, 9), y ha querido sufrir con quienes sufren, para salvarnos. La fidelidad a Jesucristo no puede vivirse sino como solidaridad comprometida y cercana con el pueblo en sus necesidades, ofreciendo desde dentro los valores del Evangelio.

Conozco vuestros desvelos por los más necesitados, por quienes carecen de recursos, los desempleados, los que trabajan en condiciones infrahumanas, los que no tienen acceso a los servicios sociales, los migrantes en busca de mejores condiciones de vida, los campesinos… Sé de vuestra preocupación por las víctimas del narcotráfico y por los grupos sociales más vulnerables, y del compromiso por la defensa de los derechos humanos y el desarrollo integral de la persona. Todo esto, que es expresión de la "íntima conexión" que existe entre el anuncio del Evangelio y la búsqueda del bien de los demás (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium,* 178), coopera, sin duda, a dar credibilidad a la Iglesia y relevancia a la voz de sus Pastores.

**No tengan reparo en destacar el inestimable aporte de la fe a "la ciudad de los hombres para contribuir a su vida común"** (Carta enc. *Lumen fidei,* 54).

En este contexto, la tarea de los **fieles laicos es insustituible. Su apreciada colaboración intraeclesial no debería implicar merma alguna en el cumplimiento de su vocación específica: transformar el mundo según Cristo.**

La misión de la Iglesia no puede prescindir de **laicos, que, sacando fuerzas de la Palabra de Dios, de los sacramentos y de la oración, vivan la fe en el corazón de la familia, de la escuela, de la empresa, del movimiento popular, del sindicato, del partido y aun del gobierno, dando testimonio de la alegría del Evangelio.** Los invito a que promuevan su responsabilidad secular y les ofrezcan una adecuada capacitación para hacer visible la dimensión pública de la fe. Para eso, la Doctrina social de la Iglesia es un valioso instrumento que puede ayudar a los cristianos en su diario afán por edificar un mundo más justo y solidario.

De esta forma también se superarán las dificultades que surgen en la transmisión generacional de la fe cristiana. Los jóvenes verán con sus propios ojos testigos vivos de la fe, que encarnan realmente en su vida lo que profesan sus labios (cf. Carta enc. *Lumen fidei,* 38). Y, además, se irán generando espontáneamente **nuevos procesos de evangelización de la cultura**, que, a la vez que contribuyen a **regenerar la vida social**, hacen que **la fe sea más resistente a los embates del secularismo** (Exhort. ap. *Evangelii gaudium,* 68, 122).

En este sentido, **el potencial de la piedad popular**, que es "el modo en que la fe recibida se encarnó en la cultura y se sigue transmitiendo" (*íbid.,* 123), constituye "un imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más profunda" (Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia,* n. 64).

La **familia**, célula básica de la sociedad y "primer centro de evangelización" (III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Documento de Puebla,* n. 617), es un medio privilegiado para que el tesoro de la fe pase de padres a hijos. Los momentos de diálogo frecuentes en el seno de las familias y la oración en común permiten a los niños experimentar la fe como parte integrante de la vida diaria. Los animo, pues, a intensificar la pastoral de la familia –seguramente, el valor más querido en nuestros pueblos– para que, frente a la cultura deshumanizadora de la muerte, se convierta en promotora de la cultura del respeto a la vida en todas sus fases, desde su concepción hasta su ocaso natural.

En la hora presente, en la que las mediaciones de la fe son cada vez más escasas, **la pastoral de la iniciación cristiana** adquiere un relieve especial para facilitar la experiencia de Dios. Para ello es necesario que cuenten con catequistas apasionados por Cristo, que, habiéndose encontrado personalmente con Él, sean capaces de cultivar una fe sincera, libre y gozosa en los niños y en los jóvenes.

No quiero dejar de destacar la importancia que tiene **la parroquia** para vivir la fe con coherencia y sin complejos en la sociedad actual. Ella es "la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas" (Juan Pablo II, Exhort. ap. Postsinodal *Christifideles laici*, 438), el ámbito eclesial que asegura el anuncio del Evangelio, la caridad generosa y la celebración litúrgica. En esta tarea, los sacerdotes son sus primeros y más preciosos colaboradores para llevar a Dios a los hombres y los hombres a Dios. Además de **promover espacios de formación y capacitación permanente**, no olviden el encuentro personal con cada uno de ellos, para interesarse por su situación, alentar sus trabajos pastorales y proponerles una y otra vez como modelo, de palabra y con el ejemplo, a Jesucristo Sacerdote, que nos invita a despojarnos de los oropeles de la mundanidad, del dinero y del poder.

No se cansen de **sostener y acompañar en su camino a los consagrados y consagradas**. Ellos, con la riqueza de su espiritualidad específica y desde la común tensión a la perfecta caridad, pertenecen "indiscutiblemente a la vida y santidad" de la Iglesia (*Lumen Gentium*, 44). Por tanto, su integración en la pastoral diocesana es también incuestionable, como ‘centinelas’ que mantienen vivo en el mundo el deseo de Dios y lo despiertan en el corazón de tantas personas con sed de infinito.

Finalmente, pienso con esperanza en los jóvenes que sienten el llamado de Cristo. Cuiden especialmente la promoción, selección y formación de las vocaciones al sacerdocio y la vida consagrada. Son expresión de la fecundidad de la Iglesia y de su capacidad de generar discípulos y misioneros que siembren en el mundo entero la buena simiente del Reino de Dios.

Queridos hermanos, me alegra ver que, en sus planes pastorales, han asumido las indicaciones de Aparecida, de la que en estos días se cumple el 7º aniversario, destacando la importancia de la Misión continental permanente, que pone toda la pastoral de la Iglesia en clave misionera y nos pide a cada uno de nosotros crecer en *parresía.* Así podremos dar testimonio de Cristo con la vida también entre los más alejados, y salir de nosotros mismos a trabajar con entusiasmo en la labor que nos ha sido confiada, manteniendo a la vez los brazos levantados en oración, ya que la fuerza del Evangelio no es algo meramente humano, sino prolongación de la iniciativa del Padre que ha enviado a su Hijo para la salvación del mundo.

Antes de despedirme, les ruego que lleven mi saludo al pueblo mexicano. Pidan a sus fieles que recen por mí, pues lo necesito. Y también les pido que le lleven un saludo mío, saludo de hijo, a la Madre de Guadalupe. Que Ella, Estrella de la nueva evangelización, los cuide y los guíe a todos hacia su divino Hijo. Con el deseo de que la alegría de Cristo Resucitado ilumine sus corazones, les imparto la Bendición Apostólica.

**8.- A la 66 asamblea general de la** **conferencia episcopal italiana**

Aula del Sínodo
Lunes 19 de mayo de 2014

A mí siempre me ha impresionado cómo termina este diálogo entre Jesús y Pedro: «¡Sígueme!» (*Jn* 21, 19). La última palabra. Pedro había pasado por muchos estados de ánimo, en ese momento: la vergüenza, porque se acordaba de las tres veces que había negado a Jesús, y luego un poco de turbación, no sabía cómo responder, y después la paz, se quedó tranquilo, con ese «¡Sígueme!». Pero más tarde, llegó el tentador otra vez, la tentación de la curiosidad: «Dime, Señor, y de este [el apóstol Juan] ¿qué puedes decirme? ¿Qué pasará con este?». «A ti no te importa. Tú, sígueme». Yo quisiera marcharme de aquí con este mensaje, solamente... Lo oí mientras escuchaba esto: «A ti no te importa. Tú, sígueme». Ese *seguir a Jesús*: ¡esto es importante! Es más importante para nosotros. A mí siempre, siempre me ha conmovido esto...

Os agradezco esta invitación, doy las gracias al presidente por sus palabras. Agradezco a los miembros de la presidencia... Un periódico decía, de los miembros de la presidencia, que «este es hombre del Papa, este no es hombre del Papa, este es hombre del Papa...». Pero la presidencia, de cinco o seis, son todos hombres del Papa, para hablar con este lenguaje «político»... Nosotros, en cambio, debemos usar el lenguaje de la comunión. La prensa a veces inventa muchas cosas, ¿no?

Al prepararme para esta cita de gracia, he reflexionado varias veces en las palabras del Apóstol, que expresan lo que tengo —*lo que tenemos todos*— en el corazón: «Tengo ganas de veros, para comunicaros algún don espiritual que os fortalezca; para compartir con vosotros el mutuo consuelo de la fe común: la vuestra y la mía» (*Rm*1, 11-12).

He vivido este año tratando de ponerme en los pasos de cada uno de vosotros: en los encuentros personales, en las audiencias así como en las visitas en el territorio, he escuchado y compartido el relato de esperanzas, cansancios y preocupaciones pastorales; partícipes de la misma mesa, nos hemos reconfortado al volver a encontrar en el pan partido el perfume de un encuentro, razón última de nuestro ir hacia la ciudad de los hombres, con el rostro alegre y la disponibilidad a ser presencia y evangelio de vida.

En este momento, junto al reconocimiento por vuestro generoso servicio, quisiera ofrecer algunas reflexiones con las cuales reconsiderar el ministerio, para que se conforme cada vez más a la voluntad de Aquel que nos ha puesto como guía de su Iglesia.

A nosotros nos mira el pueblo fiel. El pueblo nos mira. Recuerdo una película: «Los niños nos miran», era hermoso. El pueblo nos mira. Nos mira para que le ayudemos a captar la singularidad de su vida cotidiana en el contexto del designio providencial de Dios. Nuestra misión es una misión ardua: requiere conocer al Señor, hasta permanecer en Él; y, al mismo tiempo, tener un lugar en la vida de nuestras Iglesias particulares, hasta conocer los rostros, las necesidades y las potencialidades. Si la síntesis de esta doble exigencia se confía a la responsabilidad de cada uno, algunos rasgos son en cualquier caso comunes; y hoy quisiera indicar tres de ellos, que contribuyen a delinear nuestro perfil de Pastores de una Iglesia que es, ante todo, comunidad del Resucitado, por lo tanto, su cuerpo y, por último, anticipo y promesa del Reino.

De este modo deseo también ir al encuentro —al menos indirectamente— de cuantos se preguntan cuáles son las expectativas del obispo de Roma acerca del episcopado italiano.

**1. Pastores de una Iglesia que es comunidad del Resucitado**

Preguntémonos, por lo tanto: ¿Quién es Jesucristo para mí? ¿Cómo ha marcado la verdad de mi historia? ¿Qué dice de Él mi vida?

La fe, hermanos, es memoria viva de un encuentro, alimentado con el fuego de la Palabra que plasma el ministerio y unge a todo nuestro pueblo; la fe es un sello puesto en el corazón: sin esta custodia, sin la oración asidua, el Pastor está expuesto al peligro de avergonzarse del Evangelio, terminando por diluir el escándalo de la cruz en la sabiduría mundana.

Las tentaciones, que tratan de oscurecer el primado de Dios y de su Cristo, son «legión» en la vida del Pastor: van desde la tibieza, que deriva en la mediocridad, a la búsqueda de una vida tranquila, que esquiva renuncias y sacrificio. Es *tentación* la prisa pastoral, al igual que su hermanastra, esa acedia que conduce a la impaciencia, como si todo fuese sólo un peso. *Tentación* es la presunción de quien se ilusiona de poder contar sólo con sus propias fuerzas, con la abundancia de recursos y de estructuras, con las estrategias organizativas que sabe poner en práctica. *Tentación* es acomodarse en la tristeza, que mientras apaga toda expectativa y creatividad, deja insatisfechos y, por lo tanto, incapaces de entrar en la vida de nuestra gente y de comprenderla a la luz de la mañana de Pascua.

Hermanos, si nos alejamos de Jesucristo, si el encuentro con Él pierde su lozanía, acabamos tocando con la mano sólo la esterilidad de nuestras palabras y de nuestras iniciativas. Porque los proyectos pastorales sirven, pero nuestra confianza está puesta en otra parte: en el Espíritu del Señor, que —en la medida de nuestra docilidad— nos abre de par en par continuamente los horizontes de la misión.

Para evitar encallarnos en los escollos, nuestra vida espiritual no puede reducirse a algunos momentos religiosos. En la sucesión de los días y de las estaciones, en el alternarse de las edades y de los acontecimientos, entrenémonos en considerarnos a nosotros mismos mirando a Aquel que no pasa: *espiritualidad* es regreso a lo esencial, a ese bien que nadie puede quitarnos, la única cosa verdaderamente necesaria. También en los momentos de aridez, cuando las situaciones pastorales se hacen difíciles y se tiene la impresión de haber sido dejados solos, ella es *manto de consolación* mayor que toda amargura; es *medida de libertad* del juicio del así llamado «sentido común»; es *fuente de alegría*, que nos hace acoger todo de la mano de Dios, hasta contemplar su presencia en todo y en todos.

No nos cansemos, por lo tanto, de buscar al Señor —*de dejarnos buscar por Él*—, de cuidar en el silencio y en la escucha orante nuestra relación con Él. Mantengamos fija la mirada en Él, centro del tiempo y de la historia; hagamos lugar a su presencia en nosotros: es Él el principio y el fundamento que envuelve de misericordia nuestras debilidades y todo lo transfigura y lo renueva; es Él lo más precioso que estamos llamados a ofrecer a nuestra gente, si no queremos dejarla a merced de una sociedad de la indiferencia, tal vez de la desesperación. De Él —incluso si lo ignorase— vive todo hombre. En Él, Hombre de las Bienaventuranzas —página evangélica que vuelve diariamente en mi meditación— pasa la medida alta de la santidad: si queremos seguirlo, no se nos ofrece otro camino. Recorriéndolo con Él, nos descubrimos pueblo, hasta reconocer con estupor y gratitud que todo es gracia, incluso las fatigas y las contradicciones de la vida humana, si se viven con corazón abierto al Señor, con la paciencia del artesano y con el corazón del pecador arrepentido.

La memoria de la fe es así compañía, pertenencia eclesial: he aquí el segundo rasgo de nuestro perfil.

**2. Pastores de una Iglesia que es cuerpo del Señor**

Intentemos, de nuevo, preguntarnos: ¿qué imagen tengo de la Iglesia, de mi comunidad eclesial? ¿Me siento su hijo, además de Pastor? ¿Sé dar gracias a Dios, o percibo sobre todo sus retrasos, los defectos y las faltas? ¿En qué medida estoy dispuesto a sufrir por ella?

Hermanos, la Iglesia —en el tesoro de su Tradición viva, que en el último tiempo resplandece en el testimonio santo de Juan XXIII y de Juan Pablo II— es la otra gracia de la cual hemos de sentirnos profundamente deudores. Por lo demás, si hemos entrado en el Misterio del Crucificado, si hemos encontrado al Resucitado, es en virtud de su cuerpo, que en cuanto tal no puede ser más que uno. La unidad es don y responsabilidad: el ser sacramento configura nuestra misión. Requiere un corazón desprendido de todo interés mundano, lejano de la vanidad y de la discordia; un corazón acogedor, capaz de sentir con los demás y también de considerarlos más dignos que uno mismo. Así nos aconseja el apóstol.

En esta perspectiva suenan más actuales que nunca las palabras con las que, hace exactamente cincuenta años, el venerable Papa Pablo VI—a quien tendremos la alegría de proclamar beato el próximo 19 de octubre, al concluir el Sínodo extraordinario de los obispos sobre la familia— se dirigía precisamente a los miembros de la Conferencia episcopal italiana y proponía como «cuestión vital para la Iglesia» el servicio a la unidad: «Ha llegado el momento (¿y deberemos nosotros dolernos de esto?) de darnos a nosotros mismos y de imprimir a la vida eclesiástica italiana un fuerte y renovado espíritu de unidad». Se os entregará hoy este discurso. Es una joya. Es como si hubiese sido pronunciado ayer, es así.

Estamos convencidos de ello: la falta o en cualquier caso la pobreza de comunión constituye el mayor escándalo más grande, la herejía que desfigura el rostro del Señor y destroza a su Iglesia. Nada justifica la división: mejor ceder, mejor renunciar —dispuestos a veces incluso a cargar sobre uno mismo la prueba de una injusticia— antes que lacerar la túnica y escandalizar al pueblo santo de Dios.

Por ello, como Pastores, debemos huir de las tentaciones que de otra manera nos desfiguran: la gestión personalista del tiempo, como si pudiese existir un bienestar prescindiendo del de nuestras comunidades; las habladurías, las medias verdades que se convierten en mentiras, la letanía de los lamentos que descubren íntimas decepciones; la dureza de quien juzga sin implicarse y el laxismo de quienes condescienden sin hacerse cargo del otro. Y más: la erosión de los celos, la ceguera inducida por la envidia, la ambición que genera corrientes, camarillas, sectarismo: qué vacío está el cielo de quien está obsesionado de sí mismo... Y, luego, el repliegue que va a buscar en las formas del pasado las seguridades perdidas; y la pretensión de quienes quisieran defender la unidad negando las diversidades, humillando así los dones con los que Dios sigue haciendo joven y hermosa a su Iglesia...

Respecto a estas tentaciones, precisamente la experiencia eclesial constituye el antídoto más eficaz. Emana de la única Eucaristía, cuya fuerza de cohesión genera fraternidad, posibilidad de acogerse, perdonarse y caminar juntos; Eucaristía, de donde nace la capacidad de hacer propia una actitud de sincera gratitud y de conservar la paz incluso en los momentos más difíciles: esa paz que permite no dejarse abrumar por los conflictos —que luego, a veces, se revelan crisol que purifica—, así como también no acunarse en el sueño de recomenzar siempre en otro lugar.

Una espiritualidad eucarística llama a participación y colegialidad, para un discernimiento pastoral que se alimenta en el diálogo, en la búsqueda y en la fatiga del pensar juntos: no por nada Pablo VI, en el discurso citado —después de definir el Concilio «una gracia», «una ocasión única y feliz», «un incomparable momento», «cima de caridad jerárquica y fraterna», «voz de espiritualidad, de bondad y de paz a todo el mundo»— señala en él, como «nota dominante», la «libre y amplia posibilidad de investigación, de discusión y de expresión». Y esto es importante en una asamblea. Cada uno dice lo que siente, cara a cara, a los hermanos; y esto edifica a la Iglesia, ayuda. Sin vergüenza, decirlo, así...

Este es el modo, para la Conferencia episcopal, de ser espacio vital de comunión al servicio de la unidad, en la valorización de las diócesis, incluso de las más pequeñas. A partir de las Conferencias regionales, pues, no os canséis de tejer entre vosotros relaciones caracterizadas por la apertura y la estima recíproca: la fuerza de una red está en las relaciones de calidad, que derriban las distancias y acercan los territorios con la confrontación, el intercambio de experiencias, la tendencia a la colaboración.

Nuestros sacerdotes, vosotros lo sabéis bien, a menudo están probados por las exigencias del ministerio y, a veces, también desanimados por la impresión de la exigüidad de los resultados: eduquémoslos a no detenerse en calcular entradas y salidas, en verificar si cuanto se cree haber dado se corresponde luego con la cosecha: nuestro tiempo —más que de balances— es el tiempo de esa paciencia que es el nombre del amor maduro, la verdad de nuestra humilde, gratuita y confiada entrega a la Iglesia. Preocupaos de asegurarles cercanía y comprensión, haced que en vuestro corazón puedan sentirse siempre en casa; cuidad en ellos la formación humana, cultural, afectiva y espiritual; la Asamblea extraordinaria de noviembre próximo, dedicada precisamente a la vida de los presbíteros, constituye una oportunidad que se debe preparar con especial atención.

Promoved la vida religiosa: ayer su identidad estaba vinculada sobre todo a las obras, hoy constituye una preciosa *reserva de futuro*, a condición de que sepa presentarse como signo visible, estímulo para todos a vivir según el Evangelio. Pedid a los consagrados, a los religiosos y a las religiosas que sean testigos gozosos: no se puede hablar de Jesús de forma quejumbrosa; tanto es así que, cuando se pierde la alegría, se acaba por leer la realidad, la historia y la propia vida bajo una luz distorsionada.

Amad con generosa y total entrega a las personas y a las comunidades: ¡son vuestros miembros! Escuchad al rebaño. Fiaos de su sentido de fe y de Iglesia, que se manifiesta también en numerosas formas de piedad popular. Tened confianza en que el pueblo santo de Dios tiene el pulso para identificar los caminos justos. Acompañad con generosidad el crecimiento de una corresponsabilidad laical; dejad espacios de pensamiento, de proyección y de acción a las mujeres y a los jóvenes: con sus intuiciones y su ayuda lograréis no limitaros una vez más a una pastoral de conservación —de hecho genérica, dispersiva, fragmentada y poco influyente— para asumir, en cambio, una pastoral que ponga el acento en lo esencial. Como sintetiza, con la profundidad de los sencillos, santa Teresa del Niño Jesús: «Amarlo y hacerlo amar». Que sea el centro también de las *Orientaciones para el anuncio y la catequesis* que afrontaréis en estas jornadas.

Hermanos, en nuestro contexto a menudo confuso y disgregado, la primera misión eclesial sigue siendo la de ser levadura de unidad, que fermenta al hacerse prójimo y en las diversas formas de reconciliación: sólo juntos lograremos —y este es el rasgo conclusivo del perfil del Pastor— ser profecía del Reino.

**3. Pastores de una Iglesia anticipo y promesa del Reino**

Al respecto, preguntémonos: ¿Tengo la mirada de Dios sobre las personas y los acontecimientos? «Tuve hambre..., tuve sed..., fui forastero..., estuve desnudo..., enfermo..., en la cárcel» (*Mt* 25, 31-46): ¿temo el juicio de Dios? Como consecuencia, ¿me entrego para esparcir con amplitud de corazón la semilla de trigo bueno en el campo del mundo?

También aquí se asoman tentaciones que, junto a aquellas de las que ya hemos hablado, obstaculizan el crecimiento del Reino, el proyecto de Dios sobre la familia humana. Se manifiestan sobre la distinción que a veces consentimos hacer entre «los nuestros» y «los demás»; en las cerrazones de quien está convencido de tener suficiente con sus problemas, sin tener que preocuparse también de las injusticias que son la causa de los problemas de los demás; con la expectativa estéril de quien no sale de su propio recinto y no cruza la plaza, sino que se queda sentado a los pies del campanario, dejando que el mundo vaya por su camino.

Es totalmente otra la trascendencia que anima a la Iglesia. La Iglesia es continuamente convertida por el Reino que anuncia y del cual es anticipo y promesa: *Reino* que es y que viene, sin que alguien pueda presumir de definirlo de modo exhaustivo; *Reino* que sigue estando más allá, más grande que nuestros esquemas y razonamientos, o que —tal vez más sencillamente— es tan pequeño, humilde y oculto en la masa de la humanidad, porque despliega su fuerza según los criterios de Dios, revelados en la cruz del Hijo.

Servir al Reino comporta vivir descentrados respecto a sí mismos, abiertos al encuentro que es además el camino para volver a encontrar verdaderamente aquello que somos: anunciadores de la verdad de Cristo y de su misericordia. Verdad y misericordia: no las separemos. ¡Jamás! «La caridad en la verdad —nos ha recordado el Papa Benedicto XVI— es la principal fuerza impulsora del auténtico desarrollo de cada persona y de toda la humanidad» (Enc. [***Caritas in veritate***](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20090629_caritas-in-veritate_sp.html), 1). Sin la verdad, el amor se reduce a una caja vacía, que cada uno llena según el propio arbitrio: y «un cristianismo de caridad sin verdad se puede confundir fácilmente con una reserva de buenos sentimientos, provechosos para la convivencia social, pero marginales», que en cuanto tales no inciden en los proyectos y en los procesos de construcción del desarrollo humano (*ibid.*, 4).

Con esta claridad, hermanos, que vuestro anuncio se vea acompañado por la elocuencia de los gestos. ¡Por favor!: la elocuencia de los gestos.

Como Pastores, sed sencillos en el estilo de vida, desprendidos, pobres y misericordiosos, para caminar ligero y no interponer nada entre vosotros y los demás.

Sed interiormente libres, para poder ser cercanos a la gente, atentos a aprender de ellos el lenguaje, para acercarse a cada uno con caridad, acompañando a las personas a lo largo de las noches de sus soledades, sus inquietudes y sus fracasos: acompañadlas, hasta caldear su corazón y provocarles de este modo que vuelvan a emprender un camino de sentido que restituya dignidad, esperanza y fecundidad a la vida.

Entre los «lugares» en los cuales vuestra presencia me parece mayormente necesaria y significativa —y respecto a los cuales un exceso de prudencia condenaría a la irrelevancia— está ante todo la *familia*. Hoy la comunidad doméstica está fuertemente penalizada por una cultura que privilegia los derechos individuales y transmite una lógica de lo provisional. Sed voz convencida de la que es la primera célula de toda sociedad. Testimoniad su centralidad y belleza. Promoved la vida desde la concepción así como la del anciano. Apoyad a los padres en el difícil y apasionante camino educativo. Y no descuidéis de inclinaros con la compasión del samaritano sobre quien está herido en los afectos y ve comprometido su proyecto de vida.

Otro espacio que hoy no se puede abandonar es la sala de espera abarrotada de *desocu­pa­dos*:*desempleados, beneficiarios del fondo de desempleo, precarios*, donde el drama de quien no sabe cómo llevar a casa el pan se encuentra con el de quien no sabe cómo llevar adelante la empresa. Es una emergencia histórica, que interpela la responsabilidad social de todos: como Iglesia, ayudemos a no ceder al catastrofismo y a la resignación, sosteniendo con toda forma de solidaridad creativa la fatiga de quienes con el trabajo se sienten privados incluso de la dignidad.

Por último, la barca que se debe calar es el abrazo acogedor a los *inmigrantes*: huyen de la intolerancia, de la persecución, de la falta de futuro. Que nadie dirija la mirada hacia otro lugar. La caridad, que nos testimonia la generosidad de mucha gente, es nuestro modo de vivir y de interpretar la vida: en virtud de este dinamismo, el Evangelio seguirá difundiéndose por atracción.

Más en general, que las difíciles situaciones vividas por muchos contemporáneos nuestros, os encuentre atentos y partícipes, dispuestos a reexaminar un modelo de desarrollo que explota la creación, sacrifica a las personas en el altar del beneficio y crea nuevas formas de marginación y de exclusión. La necesidad de un nuevo humanismo lo grita una sociedad privada de esperanza, turbada en muchas de sus certezas fundamentales, empobrecida por una crisis que, más que económica, es cultural, moral y espiritual.

Considerando este escenario, que el discernimiento comunitario sea el alma del itinerario de preparación para la Asamblea eclesial nacional de Florencia del año próximo: que ayude, por favor, a no detenerse en el nivel —aun siendo noble— de las ideas, sino que se ponga gafas capaces de captar y comprender la realidad y los caminos para gobernarla, tratando de hacer más justa y fraterna la comunidad de los hombres.

Id al encuentro de todo el que os pida razón de la esperanza que hay en vosotros: acoged su cultura, presentadles con respeto la memoria de la fe y la compañía de la Iglesia, o sea, los signos de la fraternidad, la gratitud y la solidaridad, que anticipan en los días del hombre el reflejo del Domingo que no tiene ocaso.

Queridos hermanos, es una gracia nuestro encuentro de esta tarde y, más en general, esta asamblea vuestra; es experiencia de compartir y de sinodalidad; es motivo de renovada confianza en el Espíritu Santo: a nosotros corresponde captar el soplo de su voz para secundarlo con la entrega de nuestra libertad.

Os acompaño con mi oración y mi cercanía. Y vosotros rezad por mí, sobre todo en vísperas de este viaje que me ve peregrino a Amán, Belén y Jerusalén a 50 años del histórico encuentro entre el Papa Pablo VI y el Patriarca Atenágoras: llevo conmigo vuestra cercanía partícipe y solidaria con la Iglesia Madre y a las poblaciones que habitan la tierra bendecida en la que Nuestro Señor vivió, murió y resucitó. Gracias.

**9.- Las quince** **enfermedades de la Curia**

22 12 14

"Tú estás sobre los querubines, tu que has cambiado la miserable condición del mundo cuando te has hecho como nosotros" (San Atanasio).

Queridos hermanos, Al término del Adviento nos encontramos para los tradicionales saludos. En pocos días tendremos la alegría de celebrar la Navidad del Señor; el evento de Dios que se hace hombre para salvar a los hombres; la manifestación del amor de Dios que no se limita a darnos alguna cosa o a enviarnos algún mensaje o ciertos mensajeros, sino que se nos da a sí mismo; el misterio de Dios que lleva sobre sí mismo nuestra condición humana y nuestros pecados para revelarnos su Vida divina, su gracia inmensa y su perdón gratuito. Es la cita con Dios que nace en la pobreza de la gruta de Belén para enseñarnos el poder de la humildad. De hecho, la Navidad es también la fiesta de la luz que no viene acogida de la gente ‘elegida' sino de la gente pobre y simple que esperaba la salvación del Señor.

Ante todo, quisiera desear a todos ustedes -colaboradores, hermanos y mujeres, representantes pontificios esparcidos por el mundo- y a todos sus queridos, una santa Navidad y un feliz Año Nuevo. Deseo agradecerles cordialmente por su compromiso cotidiano al servicio de la Santa Sede, de la Iglesia Católica, de las Iglesias particulares y del Sucesor de Pedro.

Puesto que somos personas y no números o denominaciones, recuerdo de manera especial aquellos que, durante este año, han terminado su servicio por razones de edad o por haber asumido otros roles, o porque han sido llamados a la Casa del Padre. También a todos ellos y sus familias van mis pensamientos y gratitud.

Deseo elevar con ustedes al Señor un profundo y sincero agradecimiento por el año que termina, por los acontecimientos vividos y por todo el bien que Él ha querido realizar generosamente a través del servicio de la Santa Sede, pidiéndole humildemente perdón por las faltas cometidas "en pensamientos, palabras, obras y omisiones".

Y partiendo de este pedido de perdón, desearía que nuestro encuentro y las reflexiones que voy a compartir con ustedes se conviertan, para todos nosotros, en un apoyo y un estímulo para un verdadero examen de conciencia para preparar nuestro corazón para la Navidad.

Pensando en este encuentro he recordado la imagen de la Iglesia como Cuerpo Místico de Jesucristo. Es una expresión que, como explicó el Papa Pío XII, "fluye y casi brota de lo que exponen con frecuencia las Sagradas Escrituras y los Santos Padres." En este sentido, San Pablo escribió: "Porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo" (1 Cor 12,12).

En este sentido, el Concilio Vaticano II nos recuerda que "en la estructura del cuerpo místico de Cristo existe una diversidad de miembros y oficios. Uno es el Espíritu, que para la utilidad de la Iglesia distribuye sus diversos dones con generosidad proporcionada a su riqueza y a las necesidades de los ministerios (1 Cor 12,1-11)." Por lo tanto, "Cristo y la Iglesia forman el "Cristo total" - Christus Totus -. La Iglesia es una con Cristo."

Es hermoso pensar en la Curia Romana como un pequeño modelo de la Iglesia, es decir, como un "cuerpo" que intenta seriamente y cotidianamente ser más vivo, más sano, más armonioso y más unido en sí mismo y con Cristo.

En realidad, la Curia Romana es un cuerpo complejo, compuesto de muchos Dicasterios, Consejos, Oficinas, Tribunales, Comisiones y numerosos elementos que no tienen todos la misma tarea, pero que se coordinan para poder funcionar en modo eficaz, edificante, disciplinado y ejemplar, a pesar de las diferencias culturales, lingüísticas y nacionales de sus miembros.

De todos modos, siendo la Curia un cuerpo dinámico, no puede vivir sin alimentarse y cuidarse. De hecho, la Curia - como la Iglesia - no puede vivir sin tener una relación vital, personal, auténtica y equilibrada con Cristo. Un miembro de la Curia que no se alimenta todos los días con aquel Alimento se convertirá en un burócrata (un formalista, un funcionalista, un simple empleado): una rama que se seca y muere lentamente y se tira lejos. La oración diaria, la participación regular en los sacramentos, especialmente la Eucaristía y la reconciliación, el contacto diario con la Palabra de Dios y la espiritualidad traducida en caridad vivida son el alimento vital para cada uno de nosotros. Que sea claro a todos nosotros que sin Él no podemos hacer nada (cf. Jn 15, 8).

Como resultado, la relación viva con Dios nutre y refuerza también la comunión con los demás, o sea, cuanto más estrechamente adherimos a Dios, más estamos unidos entre nosotros, porque el Espíritu de Dios nos une y el espíritu maligno divide.

La Curia está llamada a mejorar, siempre mejorar y crecer en comunión, santidad y sabiduría para realizar plenamente su misión. Sin embargo, como cada cuerpo, como todo cuerpo humano, está expuesto a la enfermedad, al mal funcionamiento. Y aquí me gustaría mencionar algunas de estas enfermedades probables, enfermedades de la curia. Las enfermedades más frecuentes en nuestra vida de la Curia son las enfermedades y tentaciones que debilitan nuestro servicio al Señor. Creo que nos va a ayudar el "catálogo" de las enfermedades - como los Padres del Desierto, que hacían catálogos - de las que hablamos hoy: nos ayudará a prepararnos para el Sacramento de la Reconciliación, que será un bello paso para todos nosotros para prepararnos para la Navidad.

**1. La enfermedad de sentirse "inmortal", "inmune**" o incluso "indispensable" descuidando los necesarios y habituales controles. Una Curia que no se autocrítica, que no se actualiza, que no trata de mejorarse es un cuerpo enfermo. Una ordinaria visita a los cementerios podría ayudarnos a ver los nombres de tantas personas, de las que cuales algunas tal vez creíamos que eran inmortales, inmunes e indispensables. Es la enfermedad del rico insensato del Evangelio que pensaba vivir eternamente (cfr. Lc 12, 13-21) y también de aquellos que se transforman en patrones y se sienten superiores a todos y no al servicio de todos. Esta deriva frecuentemente de la patología del poder, del ‘complejo de los Elegidos', del narcisismo que mira apasionadamente la propia imagen y no ve la imagen de Dios impresa en el rostro de los otros, especialmente de los más débiles y necesitados. El antídoto a esta epidemia es la gracia de sentirnos pecadores y de decir con todo el corazón: ‘Somos siervos inútiles. Hemos hecho lo que teníamos que hacer' (Lc 17,10).

**2. Otra: es la enfermedad del ‘martalismo'** (que viene de Marta), de la excesiva laboriosidad: es decir de aquellos que se sumergen en el trabajo descuidando, inevitablemente, ‘la parte mejor': sentarse al pie de Jesús (Cfr Lc 10, 38-42). Por esto Jesús ha llamado a sus discípulos a ‘descansar un poco', (cfr. Mc 6,31) porque descuidar el necesario reposo lleva al estrés y a la agitación. El tiempo de reposo, para quien ha terminado la propia misión, es necesario, debido y va vivido seriamente: en el transcurrir un poco de tiempo con los familiares y en el respetar las vacaciones como momentos de recarga espiritual y física; es necesario aprender lo que enseña Eclesiastés que "hay un tiempo para cada cosa" (3,1-15).

**3. También está la enfermedad de la ‘fosilización' mental y espiritual**. Es decir, aquellos que poseen un corazón de piedra y ‘tortícolis' (At 7,51-60); de aquellos que, en el camino, pierden la serenidad interior, la vivacidad y la audacia y se esconden bajo los papeles convirtiéndose en ‘máquinas de prácticas' y no ‘hombres de Dios' (cfr. Eb 3,12). Es peligroso perder la sensibilidad humana necesaria para llorar con quienes lloran y alegrarse con aquellos que se alegran. Es la enfermedad de quienes pierden ‘los sentimientos de Jesús' (cfr. Fil 2,5-11) porque su corazón, con el pasar del tiempo, se endurece y se convierte en incapaz de amar incondicionadamente al Padre y al prójimo (cfr. Mt 22, 34-40). Ser cristiano, de hecho, significa ‘tener los mismos sentimientos que fueron de Jesucristo' (Fil 2,5), sentimientos de humildad y de donación, de desapego y de generosidad.

**4. La enfermedad de la excesiva planificación y del funcionalismo**. Cuando el apóstol planifica todo minuciosamente y cree que si hace una perfecta planificación las cosas efectivamente progresan, convirtiéndose de esta manera en un contador. Preparar todo bien es necesario, pero sin caer nunca en la tentación de querer encerrar o pilotear la libertad del Espíritu Santo que es siempre más grande, más generosa que cualquier planificación humana (cfr. Jn 3,8). Si cae en esta enfermedad es porque ‘siempre es más fácil y cómodo permanecer en las propias posturas estáticas e inmutables. En realidad, la Iglesia se muestra fiel al Espíritu Santo en la medida en que no tiene la pretensión de regularlo y de domesticarlo... -domesticar al Espíritu Santo- Él es frescura, fantasía, novedad.

**5. La enfermedad de la mala coordinación**. Cuando los miembros pierden la comunión entre ellos y el cuerpo pierde su armonioso funcionamiento y su templanza, se convierten en una orquesta que produce ruido porque sus miembros no colaboran y no viven el espíritu de comunión y de equipo. Cuando el pie dice al brazo: ‘no te necesito' o la mano dice a la cabeza ‘mando yo', causa malestar y escándalo.

**6. La enfermedad del ‘Alzheimer espiritual'**, es decir el olvido de la ‘historia de la salvación', de la historia personal con el Señor, del ‘primer amor' (Ap 2,4). Se trata de una disminución progresiva de las facultades espirituales que en un más o menos largo período de tiempo causa serias discapacidades a la persona haciéndola incapaz de desarrollar alguna actividad autónoma, viviendo en un estado de absoluta dependencia de sus concepciones, a menudo imaginarias. Lo vemos en aquellos que han perdido la memoria de su encuentro con el Señor; en quienes no tienen sentido deuteronómico de la vida; en aquellos que dependen completamente de su presente, de las propias pasiones, caprichos y manías, en quienes construyen a su alrededor muros y hábitos se convierten, cada vez más, en esclavos de los ídolos que han esculpido con sus propias manos.

**7. La enfermedad de la rivalidad y de la vanagloria**. Cuando la apariencia, los colores de la ropa o las medallas honoríficas se convierten en el primer objetivo de la vida, olvidando las palabras de San Pablo: ‘No hagan nada por rivalidad o vanagloria, sino que cada uno de ustedes, con humildad, considere a los otros superiores a sí mismo. Cada uno no busque el propio interés, sino también el de los otros (Fil 2,1-4). Es la enfermedad que nos lleva a ser hombres y mujeres falsos y a vivir un falso ‘misticismo' y un falso ‘quietismo'. El mismo San Pablo los define ‘enemigos de la Cruz de Cristo' porque se jactan de aquello que tendrían que avergonzarse y no piensan más que a las cosas de la tierra (Fil 3,19).

**8. La enfermedad de la esquizofrenia existencial**. Es la de quienes viven una doble vida, fruto de la hipocresía típica del mediocre y del progresivo vacío espiritual que licenciaturas o títulos académicos no pueden llenar. Una enfermedad que sorprende frecuentemente a los que abandonan el servicio pastoral, se limitan a las cosas burocráticas, perdiendo de esta manera el contacto con la realidad, con las personas concretas. Crean así un mundo paralelo, en donde ponen de parte todo lo que enseñan severamente a los demás e inician a vivir una vida oculta y a menudo disoluta. La conversión es muy urgente e indispensable para esta gravísima enfermedad (cfr. Lc 15, 11-32).

**9. La enfermedad de los chismes, de las murmuraciones y de las habladurías**. De esta enfermedad ya he hablado en muchas ocasiones, pero nunca lo suficiente. Es una enfermedad grave, que inicia simplemente, quizá solo por hacer dos chismes y se adueña de la persona haciendo que se vuelva ‘sembradora de cizaña' (como Satanás), y, en muchos casos casi ‘homicida a sangre fría' de la fama de los propios colegas y hermanos. Es la enfermedad de las personas cobardes que, al no tener la valentía de hablar directamente, hablan a las espaldas de la gente. San Pablo nos advierte: hacer todo sin murmurar y sin vacilar, para ser irreprensibles y puros (Fil 2,14.18). Hermanos, ¡cuidémonos del terrorismo de los chismes!

**10. La enfermedad de divinizar a los jefes: es la enfermedad de los que cortejan a los superiores, esperando obtener su benevolencia.** Son víctimas del carrerismo y del oportunismo, honran a las personas y no a Dios (cfr. Mt 23-8.12). Son personas que viven el servicio pensando únicamente en lo que deben obtener y no en lo que deben dar. Personas mezquinas, infelices e inspiradas solamente por el propio egoísmo (cfr. Gal 5,16-25). Esta enfermedad podría golpear también a los superiores cuando cortejan a algunos de sus colaboradores para obtener su sumisión, lealtad y dependencia psicológica, pero el resultado final es una verdadera complicidad.

**11. La enfermedad de la indiferencia hacia los demás**. Cuando cada uno sólo piensa en sí mismo y pierde la sinceridad y el calor de las relaciones humanas. Cuando el más experto no pone su conocimiento al servicio de los colegas menos expertos. Cuando se sabe algo se posee para sí mismo en lugar de compartirlo positivamente con los otros. Cuando, por celos o por astucia, se siente alegría viendo al otro caer en lugar de levantarlo y animarlo.

**12. La enfermedad de la cara de funeral**. Es decir, la de las personas bruscas y groseras, quienes consideran que para ser serios es necesario pintar el rostro de melancolía, de severidad y tratar a los demás -sobre todo a los que consideran inferiores- con rigidez, dureza y arrogancia. En realidad, la severidad teatral y el pesimismo estéril son a menudo síntomas de miedo y de inseguridad de sí. El apóstol debe esforzarse para ser una persona cortés, serena, entusiasta y alegre que transmite felicidad en donde se encuentra. Un corazón lleno de Dios es un corazón feliz que irradia y contagia con la alegría a todos los que están alrededor de él: se ve inmediatamente. No perdamos, por lo tanto, el espíritu alegre, lleno de humor e incluso auto-irónicos, que nos convierte en personas amables, también en las situaciones difíciles. Qué bien nos hace una buena dosis de un sano humorismo. Nos hará muy bien rezar frecuentemente la oración de Santo Tomás Moro: yo la rezo todos los días, me hace bien.

**13. La enfermedad de la acumulación**: cuando el apóstol trata de llenar un vacío existencial en su corazón acumulando bienes materiales, no por necesidad, sino solo para sentirse al seguro. En realidad, no podremos llevar nada material con nosotros porque ‘el sudario no tiene bolsillos' y todos nuestros tesoros terrenos -también si son regalos- no podrán llenar nunca aquel vacío, y lo harán más exigente y más profundo. A estas personas el Señor repite ‘tú dices soy rico, me he enriquecido, no tengo necesidad de nada. Pero no sabes que eres un infeliz, un miserable, un pobre, un ciego y desnudo... Sé pues celoso y conviértete' (Ap 3,17-19). La acumulación pesa solamente y ralentiza el camino inexorable. Pienso en una anécdota: un tiempo, los jesuitas españoles describían a la Compañía de Jesús como la ‘caballería ligera de la Iglesia'. Recuerdo la mudanza de un joven jesuita, mientras cargaba el camión de sus posesiones: maletas, libros, objetos y regalos, y escuchó, con una sabia sonrisa, de un anciano jesuita que lo estaba observando: ¿Esta sería la caballería ligera de la Iglesia? Nuestras ‘mudanzas' son signos de esta enfermedad.

**14. La enfermedad de los círculos cerrados** en donde la pertenencia al grupito se vuelve más fuerte de la pertenencia al Cuerpo y, en algunas situaciones, a Cristo mismo. También esta enfermedad comienza siempre de buenas intenciones, pero, con el paso del tiempo, esclaviza a los miembros convirtiéndose en un ‘cáncer' que amenaza la armonía del Cuerpo y causa tanto mal -escándalos- especialmente a nuestros hermanos más pequeños. La autodestrucción o el ‘fuego amigo' de las comilonas es el peligro más sutil. Es el mal que golpea desde dentro, y como dice Cristo, ‘cada reino dividido en sí mismo va a la ruina' (Lc 11,17).

**15. Y la última, la enfermedad del provecho mundano, del exhibicionismo, cuando el apóstol transforma su servicio en poder,** y su poder en mercancía para obtener provechos mundanos o más poderes. Es la enfermedad de las personas que buscan infatigablemente el multiplicar poderes y por este objetivo son capaces de calumniar, de difamar y de desacreditar a los demás, incluso en periódicos y en revistas. Naturalmente para exhibirse y demostrarse más capaces que los demás. También esta enfermedad hace mucho daño al Cuerpo porque lleva a las personas a justificar el uso de cualquier medio para alcanzar tal objetivo, a menudo en nombre de la justicia y de la transparencia. Recuerdo un sacerdote que llamaba a los periodistas para decirles -e inventar- cosas privadas y reservadas de sus hermanos y parroquianos. Para él, lo que contaba era verse en las primeras páginas, porque así se sentía ‘poderoso y vencedor', causando tanto mal a los otros y a la Iglesia. ¡Pobrecito!

Hermanos, estas enfermedades y tentaciones son naturalmente un peligro para cada cristiano y para cada curia, comunidad, congregación, parroquia, movimiento eclesial, y pueden golpear sea a nivel individual que comunitario.

Es necesario aclarar que es sólo el Espíritu Santo -el alma del Cuerpo Místico de Cristo, como afirma el Credo: ‘Creo... en el Espíritu Santo, Señor y vivificador'- quien cura cada enfermedad. Es el Espíritu Santo quien sostiene cada sincero esfuerzo de purificación y de cada buena voluntad de conversión. Es Él quien nos da a entender que cada miembro participa en la santificación del cuerpo y a su debilitamiento. Es Él el promotor de la armonía: ‘Ipse harmonia est', dice San Basilio. San Agustín nos dice: ‘Hasta que una parte se adhiere al cuerpo, su curación no es desesperada; aquello que fue cortado, no puede curarse ni sanar'.

La curación es también fruto de la conciencia de la enfermedad y de la decisión personal y comunitaria de curarse soportando pacientemente y con perseverancia la curación. Por lo tanto, estamos llamados -en este tiempo de Navidad y para todo el tiempo de nuestro servicio y de nuestra existencia- a vivir ‘según la verdad en la caridad, tratando de crecer en cada cosa hacia Él, que es el jefe, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien compaginado y conectado, mediante la colaboración de cada empalme, según la energía propia de cada miembro, recibe fuerza para crecer en manera de edificar a sí mismo en la caridad (Ef 4, 15-16).

Queridos hermanos, Una vez he leído que los sacerdotes son como los aviones: sólo hacen noticia cuando caen, pero hay muchos que vuelan. Muchos critican y pocos rezan por ellos. Es una frase muy simpática y muy cierta, porque indica la importancia y la delicadeza de nuestro servicio sacerdotal, y cuánto mal podría causar un solo sacerdote que ‘cae' a todo el cuerpo de la Iglesia. Por lo tanto, para no caer en estos días en los que estamos preparándonos a la Confesión, pidamos a la Virgen María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia, curar las heridas del pecado que cada uno de nosotros lleva en su corazón y de sostener a la Iglesia y a la Curia de modo que sean sanos y re sanadores, santos y santificantes, a gloria de su Hijo y para nuestra salvación y del mundo entero. Pidamos a Él hacernos amar a la Iglesia como la ha amado Cristo, su hijo y nuestro Señor, y de tener la valentía de reconocernos pecadores y necesitados de su Misericordia y de no tener miedo a abandonar nuestra mano entre sus manos maternas.

Muchas felicidades por una santa Navidad a todos ustedes, a sus familias y a sus colaboradores. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. Gracias de corazón.

1. **A SACERDOTES**

**10.- Homilía en la misa de** **inicio de su pontificado Custodio**

19 de marzo de/ 2013

Queridos hermanos y hermanas

Doy gracias al Señor por poder celebrar esta Santa Misa de **comienzo del ministerio petrino** en la solemnidad de san **José, esposo de la Virgen María y patrono de la Iglesia universal**: es una **coincidencia** muy rica de significado, y es también el onomástico de mi venerado Predecesor: le estamos cercanos con la oración, llena de afecto y gratitud.

Saludo con afecto a los hermanos Cardenales y Obispos, a los presbíteros, diáconos, religiosos y religiosas y a todos los fieles laicos. Agradezco por su presencia a los representantes de las otras Iglesias y Comunidades eclesiales, así como a los representantes de la comunidad judía y otras comunidades religiosas. Dirijo un cordial saludo a los Jefes de Estado y de Gobierno, a las delegaciones oficiales de tantos países del mundo y al Cuerpo Diplomático.

Hemos escuchado en el Evangelio que «***José hizo lo que el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su muje****r*» (Mt 1,24). **En estas palabras se encierra ya la misión que Dios confía a José, la de ser custos, custodio. Custodio ¿de quién? De María y Jesús; pero es una custodia que se alarga luego a la Iglesia, como ha señalado el beato Juan Pablo II:** «*Al igual que cuidó amorosamente a María y se dedicó con gozoso empeño a la educación de Jesucristo, también custodia y protege su cuerpo místico, la Iglesia, de la que la Virgen Santa es figura y modelo*» (Exhort. ap. Redemptoris Custos, 1).

**¿Cómo ejerce José esta custodia? Con discreción, con humildad, en silencio, pero con una presencia constante y una fidelidad total, aun cuando no comprende.** Desde su matrimonio con María hasta el episodio de Jesús en el Templo de Jerusalén a los doce años, **acompaña** en todo momento con esmero y amor. Está junto a María, su esposa, tanto en los momentos **serenos** de la vida como los **difíciles**, en el viaje a Belén para el censo y en las horas temblorosas y gozosas del parto; en el momento dramático de la huida a Egipto y en la afanosa búsqueda de su hijo en el Templo; y después **en la vida cotidiana** en la casa de Nazaret, en el taller donde enseñó el oficio a Jesús

¿Cómo vive José su vocación como custodio de María, de Jesús, de la Iglesia? Con la **atención constante a Dios**, **abierto a sus signos**, **disponible** a su proyecto, y no tanto al propio; y eso es lo que Dios le pidió a David, como hemos escuchado en la primera Lectura: Dios no quiere una casa construida por el hombre, sino la fidelidad a su palabra, a su designio; y es Dios mismo quien construye la casa, pero de piedras vivas marcadas por su Espíritu. **Y José «custodio» porque sabe escuchar a Dios, se deja guiar por su voluntad, y precisamente por eso es más sensible aún a las personas que se le han confiado, sabe cómo leer con realismo los acontecimientos, está atento a lo que le rodea, y sabe tomar las decisiones más sensatas. En él, queridos amigos, vemos cómo se responde a la llamada de Dios, con disponibilidad, con prontitud; pero vemos también cuál es el centro de la vocación cristiana: Cristo. Guardemos a Cristo en nuestra vida, para guardar a los demás, salvaguardar la creación.**

**Pero la vocación de custodiar no sólo nos atañe a nosotros, los cristianos, sino que tiene una dimensión que antecede y que es simplemente humana, corresponde a todos. Es custodiar toda la creación, la belleza de la creación, como se nos dice en el libro del Génesis y como nos muestra san Francisco de Asís: es tener respeto por todas las criaturas de Dios y por el entorno en el que vivimos. Es custodiar a la gente, el preocuparse por todos, por cada uno, con amor, especialmente por los niños, los ancianos, quienes son más frágiles y que a menudo se quedan en la periferia de nuestro corazón. Es preocuparse uno del otro en la familia: los cónyuges se guardan recíprocamente y luego, como padres, cuidan de los hijos, y con el tiempo, también los hijos se convertirán en cuidadores de sus padres. Es vivir con sinceridad las amistades, que son un recíproco protegerse en la confianza, en el respeto y en el bien. En el fondo, todo está confiado a la custodia del hombre, y es una responsabilidad que nos afecta a todos. Sed custodios de los dones de Dios.**

**Y cuando el hombre falla en esta responsabilidad, cuando no nos preocupamos por la creación y por los hermanos, entonces gana terreno la destrucción y el corazón se queda árido.**

**Por desgracia, en todas las épocas de la historia existen «Herodes» que traman planes de muerte, destruyen y desfiguran el rostro del hombre y de la mujer. Quisiera pedir, por favor, a todos los que ocupan puestos de responsabilidad en el ámbito económico, político o social, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad: seamos «custodios» de la creación, del designio de Dios inscrito en la naturaleza, guardianes del otro, del medio ambiente; no dejemos que los signos de destrucción y de muerte acompañen el camino de este mundo nuestro. Pero, para «custodiar», también tenemos que cuidar de nosotros mismos.**

**Recordemos que el odio, la envidia, la soberbia ensucian la vida. Custodiar quiere decir entonces vigilar sobre nuestros sentimientos, nuestro corazón, porque ahí es de donde salen las intenciones buenas y malas: las que construyen y las que destruyen. No debemos tener miedo de la bondad, más aún, ni siquiera de la ternura.**

**Y aquí añado entonces una ulterior anotación: el preocuparse, el custodiar, requiere bondad, pide ser vivido con ternura. En los Evangelios, san José aparece como un hombre fuerte y valiente, trabajador, pero en su alma se percibe una gran ternura, que no es la virtud de los débiles, sino más bien todo lo contrario: denota fortaleza de ánimo y capacidad de atención, de compasión, de verdadera apertura al otro, de amor. No debemos tener miedo de la bondad, de la ternura.**

Hoy, junto a la fiesta de San José, celebramos el **inicio del ministerio del nuevo Obispo de Roma**, Sucesor de Pedro, que comporta también un poder. Ciertamente, **Jesucristo ha dado un poder a Pedro**, pero ¿de qué poder se trata? A las tres preguntas de Jesús a Pedro sobre el amor, sigue la triple invitación: Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas. Nunca olvidemos que **el verdadero poder es el servicio**, y que también el Papa, para ejercer el poder, debe entrar cada vez más en ese servicio que **tiene su culmen luminoso en la cruz**; debe poner sus ojos en el servicio humilde, concreto, rico de fe, de san José y, como él, abrir los brazos para custodiar a todo el Pueblo de Dios y acoger con afecto y ternura a toda la humanidad, especialmente los más pobres, los más débiles, los más pequeños; eso que Mateo describe en el juicio final sobre la caridad: al hambriento, al sediento, al forastero, al desnudo, al enfermo, al encarcelado (cf. Mt 25,31-46). Sólo el que sirve con amor sabe custodiar.

En la segunda Lectura, san Pablo habla de Abraham, que «apoyado en la esperanza, creyó, contra toda esperanza» (Rm 4,18). Apoyado en la esperanza, contra toda esperanza. También hoy, ante tantos cúmulos de cielo gris, hemos de ver la luz de la esperanza y dar nosotros mismos esperanza. Custodiar la creación, cada hombre y cada mujer, con una mirada de ternura y de amor; es abrir un resquicio de luz en medio de tantas nubes; es llevar el calor de la esperanza.

Y, para el creyente, para nosotros los cristianos, como Abraham, como san José, la esperanza que llevamos tiene el horizonte de Dios, que se nos ha abierto en Cristo, está fundada sobre la roca que es Dios.

Custodiar a Jesús con María, custodiar toda la creación, custodiar a todos, especialmente a los más pobres, **custodiarnos a nosotros mismos**; he aquí un servicio que el Obispo de Roma está llamado a desempeñar, pero al que todos estamos llamados, para hacer brillar la estrella de la esperanza: protejamos con amor lo que Dios nos ha dado.

Imploro la intercesión de la Virgen María, de san José, de los Apóstoles san Pedro y san Pablo, de san Francisco, para que el Espíritu Santo acompañe mi ministerio, y a todos vosotros os digo: Orad por mí. Amen.

**11.-** **En la Misa** **crismal de 2013. La unción sacerdotal**

**Jueves Santo, 28 de marzo de 2013**

Queridos hermanos y hermanas

Celebro con alegría la primera Misa Crismal como Obispo de Roma. Os saludo a todos con afecto, especialmente a vosotros, queridos sacerdotes, que hoy recordáis, como yo, el día de la ordenación.

Las Lecturas, también el Salmo, nos hablan de **los «Ungidos**»: el **siervo de Yahvé** de Isaías, **David** y **Jesús**, nuestro Señor. Los tres tienen en común que la **unción que reciben es para ungir al pueblo** fiel de Dios al que sirven; **su unción es para los pobres, para los cautivos, para los oprimidos**... Una imagen muy bella de este «ser para» del santo crisma es la del Salmo 133: «**Es como óleo perfumado sobre la cabeza, que se derrama sobre la barba, la barba de Aarón, hasta la franja de su ornamento**» (v. 2). La imagen del óleo que se derrama, que desciende por la barba de Aarón hasta la orla de sus vestidos sagrados, es imagen de la **unción sacerdotal que, a través del ungido, llega hasta los confines del universo representado mediante las vestiduras**.

La **vestimenta sagrada** del sumo sacerdote es **rica en simbolismos**; uno de ellos, es el de los **nombres de los hijos de Israel grabados sobre las piedras de ónix** que adornaban las **hombreras del efod**, del que proviene nuestra casulla actual**, seis sobre la piedra del hombro derecho y seis sobre la del hombro izquierdo** (cf. Ex 28,6-14). **También en el pectoral estaban grabados los nombres de las doce tribus de Israe**l (cf. Ex 28,21). Esto significa que el **sacerdote celebra cargando sobre sus hombros al pueblo que se le ha confiado y llevando sus nombres grabados en el corazón**. Al revestirnos con nuestra **humilde casulla**, puede hacernos bien sentir **sobre los hombros y en el corazón el peso y el rostro** de nuestro pueblo fiel, de nuestros santos y de nuestros mártires, que en este tiempo son tantos.

De la belleza de lo **litúrgico, que no es puro adorno y gusto por los trapos**, sino **presencia de la gloria de nuestro Dios resplandeciente** en su pueblo vivo y consolado, pasamos ahora a fijarnos en la acción.

El óleo precioso que unge la cabeza de Aarón **no se queda perfumando su sola persona** sino que se derrama y **alcanza «las periferias**». El Señor lo dirá claramente: su unción es para los pobres, para los cautivos, para los enfermos, para los que están tristes y solos. La unción, queridos hermanos, **no es para perfumarnos a nosotros mismos,** **ni mucho menos para que la guardemos en un frasco**, ya que se pondría **rancio el aceite... y amargo el corazón**.

Al buen sacerdote se lo reconoce por **cómo anda ungido su pueblo**; esta es una prueba clara. Cuando la gente nuestra anda ungida con óleo de alegría **se le nota**: por ejemplo, **cuando sale de la misa** con cara de haber recibido una buena noticia. Nuestra gente agradece el evangelio predicado con unción, agradece cuando el evangelio que predicamos **llega a su vida cotidiana**, cuando baja como el óleo de Aarón **hasta los bordes de la realidad**, cuando ilumina las situaciones límites, «las periferias» donde el pueblo fiel está más expuesto a la invasión de los que quieren saquear su fe. Nos lo agradece porque siente que **hemos rezado con las cosas de su vida cotidiana, con sus penas y alegrías**, con sus angustias y sus esperanzas. Y cuando siente que el perfume del Ungido, de Cristo, llega a través nuestro, se anima a confiarnos todo lo que quieren que le llegue al Señor: «**Rece por mí, padre**, que tengo este problema...». «**Bendígame, padre**», y «rece por mí» son la señal de que la unción llegó a la orla del manto, porque vuelve convertida en súplica, súplica del Pueblo de Dios. Cuando estamos en esta relación con Dios y con su Pueblo, y **la gracia pasa a través de nosotros**, somos sacerdotes, mediadores entre Dios y los hombres. Lo que quiero señalar es que siempre tenemos que reavivar la gracia e intuir en toda petición, a veces inoportunas, a veces puramente materiales, incluso banales – pero lo son sólo en apariencia – **el deseo de nuestra gente de ser ungidos con el óleo perfumado, porque sabe que lo tenemos**. Intuir y sentir como sintió el Señor la angustia esperanzada de la hemorroisa cuando tocó el borde de su manto. Ese momento de Jesús, metido en medio de la gente que lo rodeaba por todos lados, encarna toda la belleza de Aarón revestido sacerdotalmente y con el óleo que desciende sobre sus vestidos. Es una belleza oculta que resplandece sólo para los ojos llenos de fe de la mujer que padecía derrames de sangre. Los mismos discípulos – futuros sacerdotes – todavía no son capaces de ver, no comprenden: en la «periferia existencial» sólo ven la superficialidad de la multitud que aprieta por todos lados hasta sofocarlo (cf. Lc 8,42). El Señor en cambio siente la fuerza de la unción divina en los bordes de su manto.

Así hay que salir **a experimentar nuestra unción, su poder y su eficacia redentora: en las «periferias» donde hay sufrimiento**, hay sangre derramada, ceguera que desea ver, donde hay cautivos de tantos malos patrones. No es precisamente en autoexperiencias ni en introspecciones reiteradas que vamos a encontrar al Señor: los **cursos de autoayuda** en la vida pueden ser útiles, pero vivir nuestra vida sacerdotal pasando de un curso a otro, de método en método, lleva a **hacernos pelagianos**, a minimizar el poder de la gracia que se activa y crece en la medida en que **salimos con fe a darnos y a dar el Evangelio a los demás**; a dar la poca unción que tengamos a los que no tienen nada de nada.

**El sacerdote que sale poco de sí, que unge poco** – no digo «nada» porque, gracias a Dios, la gente **nos roba la unción** **– se pierde lo mejor de nuestro pueblo**, eso que es capaz de activar lo más hondo de su corazón presbiteral. El que no sale de sí, en vez de mediador, se va convirtiendo poco a poco en intermediario, en gestor. Todos conocemos la diferencia: **el intermediario y el gestor «ya tienen su paga**», y puesto que no ponen en juego la propia piel ni el corazón, **tampoco reciben un agradecimiento afectuoso** que nace del corazón. De aquí proviene precisamente la insatisfacción de algunos, que terminan tristes**, sacerdotes tristes, y convertidos en una especie de coleccionistas de antigüedades o bien de novedades**, en vez de **ser pastores con «olor a oveja»** – esto os pido: sed pastores con «olor a oveja», que eso se note. Debéis ser pastores en medio al propio rebaño, y pescadores de hombres. Es verdad que la así llamada crisis de identidad sacerdotal nos amenaza a todos y se suma a una crisis de civilización; pero si sabemos barrenar su ola, podremos meternos mar adentro en nombre del Señor y echar las redes. Es bueno que la realidad misma nos lleve a ir allí donde lo que somos por gracia se muestra claramente como pura gracia, en ese mar del mundo actual donde sólo vale la unción – y no la función – y resultan fecundas las redes echadas únicamente en el nombre de Aquél de quien nos hemos fiado: Jesús.

Queridos fieles, acompañad a vuestros sacerdotes con el afecto y la oración, para que sean siempre Pastores según el corazón de Dios.

Queridos sacerdotes, que Dios Padre renueve en nosotros el Espíritu de Santidad con que hemos sido ungidos, que lo renueve en nuestro corazón de tal manera que la unción llegue a todos, también a las «periferias», allí donde nuestro pueblo fiel más lo espera y valora. Que nuestra gente nos sienta discípulos del Señor, sienta que estamos revestidos con sus nombres, que no buscamos otra identidad; y pueda recibir a través de nuestras palabras y obras ese óleo de alegría que les vino a traer Jesús, el Ungido.

Amén.

**12.-** **Ordenación de 10 nuevos sacerdotes**

**Jueves Santo, 28 de marzo de 2013**

Roma, en la basílica vaticana, el **domingo 21 de abril de 2013**, domingo del **Buen Pastor**, IV Domingo de Pascua, Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones

Queridísimos hermanos y hermanas:

Estos hermanos e hijos nuestros han sido llamados al orden del presbiterado. Reflexionemos atentamente a cuál ministerio serán elevados en la Iglesia. Como bien saben, el Señor Jesús es el único Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento, pero en Él también todo el pueblo santo de Dios ha sido constituido pueblo sacerdotal.

Sin embargo, entre todos sus discípulos, el Señor Jesús quiere elegir algunos en particular para que, ejerciendo públicamente en la Iglesia en su nombre el oficio sacerdotal en favor de todos los hombres, **continúen su personal misión de maestro, sacerdote y pastor**.

Así como en efecto, para ello Él **había sido enviado** por el Padre, del mismo modo Él **envió** a su vez al mundo, primero a los apóstoles y luego a los obispos y sus sucesores, a los cuales, en fin, se dio como colaboradores a los presbíteros, que –unidos a ellos en el ministerio sacerdotal – están llamados al servicio del pueblo de Dios.

Después de madura reflexión y oración, ahora estamos por elevar al orden de los presbíteros a estos hermanos nuestros, para que al servicio de Cristo, Maestro, Sacerdote y Pastor, cooperen en la edificación del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia como pueblo de Dios y Templo Santo del Espíritu Santo.

En efecto, ellos serán configurados en Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, es decir que serán consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento y con este título que los une en el sacerdocio a su obispo, serán predicadores del Evangelio, pastores del Pueblo de Dios y presidirán las acciones de culto, especialmente en la celebración del sacrificio del Señor.

1. **Cristo maestro**

En cuanto a ustedes, hermanos e hijos amadísimos, que están por ser promovidos al orden del presbiterado, consideren que ejerciendo el ministerio de la Sagrada Doctrina serán partícipes de la misión de Cristo, **único Maestro**. Dispensen a todos aquella Palabra de Dios que ustedes mismos han recibido con alegría. Recuerden a sus mamás, abuelitas, catequistas, que les dieron la Palabra de Dios, la fe…. este don de la fe, que les transmitieron, este don de la fe. Lean y mediten asiduamente la Palabra del Señor, para creer lo que han leído, para enseñar lo que aprendieron en la fe, vivir lo que han enseñado. Recuerden también que la Palabra de Dios no es propiedad de ustedes: es Palabra de Dios. Y la Iglesia es la que custodia la Palabra de Dios.

Por lo tanto, que la doctrina de ustedes sea alimento para el Pueblo de Dios; alegría y sostén a los fieles de Cristo el perfume de vuestra vida, para que con su palabra y su ejemplo ustedes edifiquen la casa de Dios, que es la Iglesia.

1. **Cristo sacerdote**

Ustedes continuarán la obra santificadora de Cristo. Mediante el ministerio de ustedes, el sacrificio espiritual de los fieles se hace perfecto, porque se une al sacrificio de Cristo, que por medio de las manos de ustedes, en nombre de toda la Iglesia, es ofrecido de modo incruento sobre el altar de la celebración por los Santos Misterios. Reconozcan pues lo que hacen. Imiten lo que celebren, para que participando en el misterio de la muerte y resurrección del Señor, lleven la muerte de Cristo en sus miembros y caminen con Él en novedad de vida.

Con el Bautismo agregarán nuevos fieles al Pueblo de Dios. Con el Sacramento de la Penitencia remitirán los pecados en nombre de Cristo y de la Iglesia: hoy les pido en nombre de Cristo y de la Iglesia, por favor, no se cansen de ser misericordiosos. Con el óleo santo darán alivio a los enfermos y también a los ancianos: no se avergüencen de dar ternura a los ancianos … Celebrando los sagrados ritos y elevando sus oraciones de alabanza y súplica durante las distintas horas del día, ustedes se harán voz del Pueblo de Dios y de la humanidad entera.

1. **Cristo pastor**

Conscientes de haber sido elegidos entre los hombres y constituidos en favor de ellos para cuidar las cosas de Dios, ejerzan con alegría y caridad sincera la obra sacerdotal de Cristo, con el único anhelo de gustar a Dios y a no a ustedes mismos. Sean pastores, no funcionarios. Sean mediadores, no intermediarios.

En fin, participando en la misión de Cristo, Cabeza y Pastor, en comunión filial con su obispo, comprométanse en unir a sus fieles en una única familia para conducirlos a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo.

Tengan siempre ante sus ojos el ejemplo del Buen Pastor, que no ha venido para ser servido, sino para servir y para tratar de salvar lo que estaba perdido.

13.-**El Sacerdote** **según el Papa Francisco (resumen)**

En menos de cuatro meses de pontificado, el Papa Francisco ha hablado asiduamente de cómo concibe el papel de los sacerdotes, que para él deben ser pastores humildemente al servicio de su rebaño.

Las palabras del Papa han entrado ya dentro de la vida cotidiana de la Iglesia y Francisco se refiere con frecuencia al Evangelio que presenta la llamada y el envío de los Apóstoles por parte de Jesús.

El concepto es sencillo, incluso si la tecnología difusa, con su “aire tan limpio” y un poco esnob, nos ha hecho a todos un poco como ella, es decir “asépticos”, mientras quien ejerce un oficio de esos prácticos, donde las manos se ensucian, lleva consigo el olor de lo que hace. El olor de la tierra, el olor del mar o el del establo, o incluso ese olor “dulce” de la madera o el “acre” del cuero.

Olores que son la “segunda piel”, o quizá la primera de un campesino, de un carpintero, de un pescador o de cualquier artesano. Y ésta es la “piel” que el Papa Francisco quiere como “vestido” para quien ejerce el “oficio” de sacerdote, como aclaró con esa extraordinaria ocurrencia del pasado Jueves Santo que pronunció desde el altar de la cátedra en la basílica de San Pedro y que dio la vuelta al mundo en el tiempo de un tweet: “Esto yo les pido: sean pastores con olor a oveja”. (Misa Crismal, 28 de marzo

Por tanto, el sacerdote debe tener el olor de las almas que apacienta. Y, además, indicaba el Papa en aquella circunstancia, con otra fragancia: el óleo de Cristo, el Ungido de Dios que vino a derramar sobre la humanidad su sustancia divina. “El buen sacerdote – afirma Francisco – se reconoce por como es ungido su pueblo; ésta – dice – es una prueba clara”:

“Cuando la gente nuestra anda ungida con óleo de alegría se le nota: por ejemplo, cuando sale de la misa con cara de haber recibido una buena noticia (…) Y cuando siente que el perfume del Ungido, de Cristo, llega a través nuestro, se anima a confiarnos todo lo que quieren que le llegue al Señor: ‘Rece por mí, padre, que tengo este problema...’. ‘Bendígame, padre’, y ‘rece por mí’ son la señal de que la unción llegó a la orla del manto, porque vuelve convertida en súplica, súplica del Pueblo de Dios. (...) El sacerdote que sale poco de sí, que unge poco (...) en vez de mediador, se va convirtiendo poco a poco en intermediario, en gestor”. (Misa Crismal, 28 marzo).

El “sacerdote-gestor” es una de las variaciones del ministerio sacerdotal que quizá más inquieta al Papa Francisco. El olor que emana de los hábitos de este tipo de presbítero, da a entender, puede ser socialmente refinado cuanto cristianamente falso, porque el olor de un pastor puede ser de un tipo y no de otros:

“Son pastores, no funcionarios. Son mediadores, no intermediarios. (...) Tengan siempre presente el ejemplo del Buen Pastor, que no vino para ser servido, sino para servir, y buscar y salvar lo que estaba perdido”. (Ordenación de nuevos sacerdotes, 21 de abril).

En el Evangelio – observaba el Papa Francisco en su encuentro con la diócesis de Roma hace tres semanas – hay un pasaje del Evangelio que “habla del pastor que, cuando vuelve al redil, se da cuenta de que falta una oveja, deja a las 99 y va a buscarla”. “Va a buscar una”, subrayaba, y exclamaba después llamando en causa a todos los cristianos: “¡Nosotros tenemos una; nos faltan las 99! Debemos salir, debemos ir con ellas”:

“Esta es una gran responsabilidad y debemos pedir al Señor la gracia de la generosidad y el valor y la paciencia para salir, para salir a anunciar el Evangelio. Ah, esto es difícil. Es más fácil quedarse en casa, con esa única oveja. Es más fácil con esa oveja, peinarla, acariciarla... pero nosotros sacerdotes, también vosotros cristianos, todos: el Señor nos quiere pastores, no peinadores de ovejas; ¡pastores! (Asamblea diocesana de Roma, 17 de junio).

Y así como un rebaño no pude prescindir de la guía del pastor, un pastor no existe sin una grey a ala que pastorear:

“Al final un obispo no es obispo para sí mismo, es para el pueblo; y un sacerdote no es sacerdote para sí mismo, es para el pueblo: al servicio de, para hacer crecer, para pastorear al pueblo, precisamente al rebaño, ¿no? Para defenderlo de los lobos. ¡Es bello pensar esto! Cuando en este camino el obispo hace eso es una bella relación con el pueblo, como el obispo Pablo hizo con su pueblo, ¿no? Y cuando el sacerdote tiene esa bella relación con el pueblo, nos da un amor: viene un amor entre ellos, un verdadero amor, y la Iglesia se vuelve unida”. (Misa en la capilla de Santa Marta, 15 de mayo).

**14.- La alegría de la** **paternidad pastoral**

**Misa matutina del miércoles 26 de junio de 2013**

La gracia de la paternidad. Fue el tema en el que se centró el Papa Francisco en su homilía del 26 de junio. Destacando que “todos noso­tros, para ser maduros, debemos sentir la alegría de la paternidad”. Un tema que es válido también en el caso del celibato sacer­dotal, porque “paternidad es dar vida a los demás”: para los sacerdotes será, por lo tanto, “la paternidad pastoral, la paternidad espiritual”, que es siempre y de todas formas “dar vida, convertirse en padres”.

El Papa Bergoglio hizo referencia a las lecturas del día, deteniéndose sobre todo en la primera, del libro del Génesis (15,1-12.17-18), que habla de la alianza de Abrahán con el Señor. Nuestro padre en la fe - “sen­tía que el Señor le quería mucho, que le había prometido muchas cosas, pero sentía la necesidad de un hijo”; percibía dentro de sí “ese grito propio de la naturaleza: yo quiero tener un hijo”. En­tonces habló con el Señor de su “deseo de convertirse en padre”. Porque “cuando un hom­bre no tiene este deseo” hay algo que falta en él, “algo no funciona”.

La paternidad de Abrahán se ve de nuevo en otro episodio: el momento “muy bello en el que prepara el sacrifi­cio: toma los animales, los divide, pero llegan las aves rapaces. Y a mí me con­mueve verdaderamente ver a este hombre de noventa años con el bastón en la mano que de­fiende el sacrificio, que defiende lo que es suyo”. Se trata de una imagen que el Papa Francisco asocia a la de “un pa­dre cuando defiende a la familia”, de “un padre que sabe” qué significa “de­fender a los hijos”. Y ello “es una gracia que nosotros sacerdotes debemos pedir: la gracia de la paternidad pastoral, de la paternidad espiritual”.

**15.-** **A obispos, sacerdotes y seminaristas en** **Río**

Catedral de San Sebastián, Sábado 27 de julio de 2013

Queridos hermanos en Cristo,

Al ver esta catedral llena de obispos, sacerdotes, seminaristas, religiosos y religiosas detodo el mundo, pienso en las palabras del Salmo de la misa de hoy: «Oh Dios, que te alaben los pueblos» (Sal 66). Sí, estamos aquí para alabar al Señor, y lo hacemos reafirmando nuestra voluntad de ser instrumentos suyos, para que alaben a Dios no sólo algunos pueblos, sino todos. Con la misma parresia de Pablo y Bernabé, anunciamos el Evangelio a nuestros jóvenes para que encuentren a Cristo, luz para el camino, y se conviertan en constructores de un mundo más fraterno. En este sentido, quisiera reflexionar con vosotros sobre tres aspectos de nuestra vocación: llamados por Dios, llamados a anunciar el Evangelio, llamados a promover la cultura del encuentro.

1. **Llamados por Dios**.

Es importante reavivar en nosotros este hecho, que a menudo damos por descontado entre tantos compromisos cotidianos: «No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes», dice Jesús (Jn 15,16). Es un caminar de nuevo hasta la fuente de nuestra llamada.

Al comienzo de nuestro camino vocacional hay una elección divina. Hemos sido llamados por Dios y llamados para permanecer con Jesús (cf. Mc 3,14), unidos a él de una manera tan profunda como para poder decir con san Pablo: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Ga 2,20). En realidad, este vivir en Cristo marca todo lo que somos y lo que hacemos.

Y esta «vida en Cristo» es precisamente lo que garantiza nuestra eficacia apostólica y la fecundidad de nuestro servicio: «Soy yo el que los elegí a ustedes, y los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea duradero» (Jn 15,16).

No es la creatividad pastoral, no son los encuentros o las planificaciones lo que aseguran los frutos, sino el ser fieles a Jesús, que nos dice con insistencia: «Permanezcan en mí, como yo permanezco en ustedes» (Jn 15,4). Y sabemos muy bien lo que eso significa: contemplarlo, adorarlo y abrazarlo especialmente a través de nuestra fidelidad a la vida de oración, en nuestro encuentro cotidiano con él en la Eucaristía y en las personas más necesitadas.

El «permanecer» con Cristo no es aislarse, sino un permanecer para ir al encuentro de los otros. Recuerdo algunas palabras de la beata Madre Teresa de Calcuta: «Debemos estar muy orgullosos de nuestra vocación, que nos da la oportunidad de servir a Cristo en los pobres. Es en las «favelas»", en los «cantegriles», en las «villas miseria» donde hay que ir a buscar y servir a Cristo.

Debemos ir a ellos como el sacerdote se acerca al altar: con alegría» (Mother Instructions, I, p. 80). Jesús, el Buen Pastor, es nuestro verdadero tesoro, tratemos de fijar cada vez más nuestro corazón en él (cf. Lc 12,34).

**2. Llamados a anunciar el Evangelio**.

Queridos Obispos y sacerdotes, muchos de ustedes, si no todos, han venido para acompañar a los jóvenes a la Jornada Mundial de la Juventud. También ellos han escuchado las palabras del mandato de Jesús: «Vayan, y hagan discípulos a todas las naciones » (cf. Mt 28,19).

Nuestro compromiso es ayudarles a que arda en su corazón el deseo de ser discípulos misioneros de Jesús. Ciertamente, muchos podrían sentirse un poco asustados ante esta invitación, pensando que ser misioneros significa necesariamente abandonar el país, la familia y los amigos.

Me acuerdo de mi sueño cuando era joven: ir de misionero al lejano Japón. Pero Dios me mostró que mi tierra de misión estaba mucho más cerca: mi patria. Ayudemos a los jóvenes a darse cuenta de que ser discípulos misioneros es una consecuencia de ser bautizados, es parte esencial del ser cristiano, y que el primer lugar donde se ha de evangelizar es la propia casa, el ambiente de estudio o de trabajo, la familia y los amigos.

No escatimemos esfuerzos en la formación de los jóvenes. San Pablo, dirigiéndose a sus cristianos, utiliza una bella expresión, que él hizo realidad en su vida: «Hijos míos, por quienes estoy sufriendo nuevamente los dolores del parto hasta que Cristo sea formado en ustedes» (Ga 4,19).

Que también nosotros la hagamos realidad en nuestro ministerio. Ayudemos a nuestros jóvenes a redescubrir el valor y la alegría de la fe, la alegría de ser amados personalmente por Dios, que ha dado a su Hijo Jesús por nuestra salvación.

Eduquémoslos a la misión, a salir, a ponerse en marcha. Así ha hecho Jesús con sus discípulos: no los mantuvo pegados a él como una gallina con sus polluelos; los envió. No podemos quedarnos enclaustrados en la parroquia, en nuestra comunidad, cuando tantas personas están esperando el Evangelio. No es un simple abrir la puerta para acoger, sino salir por ella para buscar y encontrar. Pensemos con decisión en la pastoral desde la periferia, comenzando por los que están más alejados, los que no suelen frecuentar la parroquia. También ellos están invitados a la mesa del Señor.

**3. Llamados a promover la cultura del encuentro.**

En muchos ambientes se ha abierto paso lamentablemente una cultura de la exclusión, una «cultura del descarte». No hay lugar para el anciano ni para el hijo no deseado; no hay tiempo para detenerse con aquel pobre a la vera del camino. A veces parece que, para algunos, las relaciones humanas estén reguladas por dos «dogmas»: la eficiencia y el pragmatismo.

Queridos obispos, sacerdotes, religiosos y también ustedes, seminaristas que se preparan para el ministerio, tengan el valor de ir contracorriente. No renunciemos a este don de Dios: la única familia de sus hijos. El encuentro y la acogida de todos, la solidaridad y la fraternidad, son los elementos que hacen nuestra civilización verdaderamente humana.

Ser servidores de la comunión y de la cultura del encuentro. Permítanme decir que debemos estar casi obsesionados en este sentido. No queremos ser presuntuosos imponiendo «nuestra verdad». Lo que nos guía es la certeza humilde y feliz de quien ha sido encontrado, alcanzado y transformado por la Verdad que es Cristo, y no puede dejar de proclamarla (cf. Lc 24,13-35).

Queridos hermanos y hermanas, estamos llamados por Dios, llamados a anunciar el Evangelio y a promover con valentía la cultura del encuentro. Que la Virgen María sea nuestro modelo. En su vida ha dado el «ejemplo de aquel amor de madre que debe animar a todos los que colaboran en la misión apostólica de la Iglesia para engendrar a los hombres a una vida nueva» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Lumen gentium, 65). Que ella sea la Estrella que guía con seguridad nuestros pasos al encuentro del Señor. Amén.

**16.- Sacerdotes sin** **esperanza**

**Misa del lunes 9 Septiembre de 2013 en Santa Marta**

**Dan tristeza esos sacerdotes que han perdido la esperanza**. Por ello el Papa Francisco, en la misa del lunes, 9 de septiembre, diri­gió a los sacerdotes presentes la invi­tación a cultivar esta virtud «que para los cristianos tiene el nombre de Je­sús». «Veo a muchos sacerdotes hoy aquí y me surge deciros algo: es un poco triste cuando uno encuen­tra a un sacerdote sin esperanza, sin esa pasión que da la esperanza; y es muy bello cuando uno encuentra a un sacerdote que llega al final de su vida siempre con esa esperanza, no con el optimismo, sino con la esperanza, sembrando esperanza». Porque quiere decir que «este sacerdote está apegado a Jesucristo. Y el pueblo de Dios tiene necesidad de que noso­tros, sacerdotes, demos esta esperan­za en Jesús, que rehace todo, es ca­paz de rehacer todo y está rehaciendo todo: en cada eucaristía Él rehace la creación, en cada acto de caridad Él rehace su amor en nosotros».

La reflexión del día se vincula con la de los precedentes, durante los cua­les se había propuesto a Jesús como la totalidad, el centro de la vida del cris­tiano, el único esposo de la Iglesia. En esta ocasión se detuvo en el concepto expresado en la Carta de San Pablo a los Colosenses (1, 24-2, 3): **Jesús «misterio, misterio escondido, Dios**». Un misterio, el de Dios, que «se ha mostrado en Jesús» que es «nuestra esperanza: es el todo, es el centro y es también nuestra es una actitud humana que depende de mu­chas cosas; pero la **esperanza es otra cosa: «es un don, es un regalo del Es­píritu Santo y por esto Pablo dirá que no decepciona jamás».** Y también tiene un nombre. Y «este nombre es Jesús»: no se puede decir que se espera en la vida si no se espera en Jesús. «No se trataría de esperanza sino de buen humor, optimismo, como en el caso de las personas positivas, que ven siempre el vaso medio lleno y nunca medio vacío».

Una confirmación de este concep­to la encontramos en el pasaje del Evangelio de Lucas (6, 6-11), en la referencia al tema de la libertad. El re­lato de Lucas sitúa ante los ojos una doble esclavitud: la del hombre «con la mano paralizada, esclavo de su en­fermedad» y la «de los fariseos, los es­cribas, esclavos de sus actitudes rígi­das, legalistas». Jesús «libera a ambos: hace ver a los rígidos que aquella no es la vía de la libertad; y al hombre de la mano paralizada le libera de la enfermedad». ¿Qué quiere demostrar? Que «libertad y esperanza van juntas: donde no hay esperanza, no puede haber libertad».

Con todo la verdadera enseñan­za de la liturgia del día es que Jesús no es un sanador, es un hombre que recrea la existencia. Y esto nos da esperanza, porque Jesús ha venido precisamente para este gran milagro, para recrear todo». Tanto que la Iglesia, en una be­llísima oración, dice: «Tú, Señor, que has sido tan grande, tan maravilloso en la creación, pero más maravillo­so en la redención...». Así que «la gran maravilla es la gran reforma de Jesús. Y esto nos da esperanza: Jesús que recrea todo». cuando «nos unimos a Jesús en su pasión con Él rehacemos el mundo, lo hacemos nuevo».

**17.- Con el clero, personas de vida consagrada**  **y miembros de consejos pastorales en** **Asís**

Catedral de San Rufino Viernes 4 de octubre de 2013

Queridos hermanos y hermanas de la comunidad diocesana, ¡buenas tardes!

Os doy las gracias por vuestra acogida, sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos comprometidos en los consejos pastorales. ¡Cuán necesarios son los **consejos pastorales**! Un obispo no puede guiar una diócesis sin el consejo pastoral. Un párroco no puede guiar la parroquia sin el consejo pastoral. Esto es fundamental. Estamos en la catedral. Aquí se conserva la pila bautismal en la que fueron bautizados san Francisco y santa Clara, que en ese tiempo se encontraba en la iglesia de Santa María. La memoria del Bautismo es importante. El Bautismo es nuestro nacimiento como hijos de la Madre Iglesia. Desearía haceros una pregunta: ¿quién de vosotros sabe el día de su Bautismo? Pocos, pocos… Ahora, la tarea en casa. Mamá, papá, dime: ¿cuándo fui bautizado? Es importante, porque es el día del nacimiento como hijo de Dios. Un solo Espíritu, un solo Bautismo, en la variedad de los carismas y de los ministerios. ¡Qué gran don ser Iglesia, formar parte del pueblo de Dios! Todos somos el Pueblo de Dios. En la armonía, en la comunión de la diversidad, que es obra del Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo es la armonía y construye la armonía: es un don de Él, y debemos estar abiertos para recibirlo.

El **obispo es custodio de esta armonía**. El obispo es custodio de este don de la armonía en la diversidad. Por ello el Papa Benedicto quiso que la actividad pastoral en las basílicas papales franciscanas esté integrada en la pastoral diocesana. Porque él debe construir la armonía: es su tarea, su deber y su vocación. Y él tiene un don especial para hacerlo. Me alegra que estéis caminando bien por esta senda, con beneficio para todos, colaborando juntos con serenidad, y os aliento a continuar. La visita pastoral que concluyó hace poco y el Sínodo diocesano que estáis por celebrar son momentos fuertes de crecimiento para esta Iglesia, que Dios bendijo de modo particular. La Iglesia crece, no por hacer proselitismo: no, no. La Iglesia no crece por proselitismo. La Iglesia crece por atracción, la atracción del testimonio que cada uno de nosotros da al Pueblo de Dios.

Ahora, brevemente, quisiera destacar algunos aspectos de vuestra vida de comunidad. No quiero deciros cosas nuevas, sino confirmaros en aquellas más importantes, que caracterizan vuestro camino diocesano.

**1.- La primera cosa es *escuchar la Palabra de Dios***.

La Iglesia es esto: la comunidad —lo dijo el obispo—, la comunidad que escucha con fe y con amor al Señor que habla. El plan pastoral que estáis viviendo juntos insiste precisamente en esta dimensión fundamental. Es la Palabra de Dios la que **suscita la fe, la nutre, la regenera**. Es la Palabra de Dios la que toca los corazones, los convierte a Dios y a su lógica, que es muy distinta a la nuestra; es la Palabra de Dios la que renueva continuamente nuestras comunidades…

Pienso que todos podemos mejorar un poco en este aspecto: convertirnos todos en **mejores oyentes de la Palabra de Dios, para ser menos ricos de nuestras palabras y más ricos de sus Palabras**.

Pienso en el **sacerdote**, que tiene la tarea de predicar. ¿Cómo puede predicar si antes no ha abierto su corazón, no ha escuchado, en el silencio, la Palabra de Dios? Fuera estas **homilías interminables, aburridas, de las cuales no se entiende nada.** Esto es para vosotros.

Pienso en el **papá y en la mamá**, que son los primeros educadores: ¿cómo pueden educar si su conciencia no está iluminada por la Palabra de Dios, si su modo de pensar y de obrar no está guiado por la Palabra? ¿Qué ejemplo pueden dar a los hijos? Esto es importante, porque luego papá y mamá se lamentan: «este hijo…». Pero tú, ¿qué testimonio le has dado? ¿Cómo le has hablado? ¿De la Palabra de Dios o de la palabra del telediario? ¡Papá y mamá deben hablar ya de la Palabra de Dios!

Y pienso en los **catequistas**, en todos los educadores: si su corazón no está caldeado por la Palabra, ¿cómo pueden caldear el corazón de los demás, de los niños, los jóvenes, los adultos? No es suficiente leer la Sagrada Escritura, es necesario escuchar a Jesús que habla en ella: es precisamente Jesús quien habla en la Escritura, es Jesús quien habla en ella. Es necesario ser antenas que reciben, sintonizadas en la Palabra de Dios, para ser antenas que transmiten. Se recibe y se transmite. Es el Espíritu de Dios quien hace viva la Escritura, la hace comprender en profundidad, en su sentido auténtico y pleno. Preguntémonos, como una de las preguntas hacia el Sínodo: ¿qué lugar tiene la Palabra de Dios en mi vida, en la vida de cada día? ¿Estoy sintonizado en Dios o en las tantas palabras de moda o en mí mismo? Una pregunta que cada uno de nosotros debe hacerse.

2.- **El segundo aspecto es el de *caminar***.

Es una de las palabras que prefiero cuando pienso en el cristiano y en la Iglesia. Pero para vosotros tiene un sentido especial: estáis entrando en el Sínodo diocesano, y formar «**sínodo**» quiere decir **caminar juntos.** Pienso que esta es verdaderamente la experiencia más bella que vivimos: formar parte de **un pueblo en camino,** en camino en la historia, junto con su Señor, que camina en medio de nosotros. No estamos aislados, no caminamos solos, sino que somos parte del único rebaño de Cristo que camina junto.

Aquí pienso una vez más en vosotros **sacerdotes**, y dejad que me ponga también yo con vosotros. ¿Hay algo más bello para nosotros que el **caminar con nuestro pueblo**? ¡Es bello! Cuando pienso en estos párrocos que conocían el nombre de las personas de la parroquia, que iban a visitarlas; incluso como uno me decía: «Conozco el nombre del perro de cada familia», conocían incluso el nombre del perro. ¡Cuán hermoso era! ¿Hay algo más bello? Lo repito a menudo: caminar con nuestro pueblo, a veces delante, a veces en medio y a veces detrás: delante, para guiar a la comunidad; en medio, para alentarla y sostenerla; detrás, para mantenerla unida y que nadie se quede demasiado atrás, para mantenerla unida, y también por otra razón: porque el pueblo tiene «olfato». Tiene olfato en encontrar nuevas sendas para el camino, tiene el *«sensus fidei»*, que dicen los teólogos. ¿Hay algo más bello? En el Sínodo debe estar también lo que el Espíritu Santo dice a los laicos, al Pueblo de Dios, a todos. Pero la cosa más importante es **caminar juntos**, colaborando, ayudándose mutuamente; pedir disculpas, reconocer los propios errores y pedir perdón, pero también aceptar las disculpas de los demás perdonando —¡cuán importante es esto!—.

A veces pienso en **los matrimonios** que después de muchos años se separan. «Eh… no, no nos entendemos, nos hemos separado». Tal vez no han sabido pedir disculpas a tiempo. Tal vez no han sabido perdonar a tiempo. A los recién casados les doy siempre este consejo: «Reñid lo que queráis. Si vuelan los platos, dejadlos. Pero nunca acabar el día sin hacer las paces. ¡Nunca!». Si los matrimonios aprenden a decir: «Perdona, estaba cansado», o sólo un gesto: esta es la paz; y retomar la vida al día siguiente. Este es un buen secreto, y evita estas separaciones dolorosas. Cuán importante es caminar unidos, sin evasiones hacia adelante, sin nostalgias del pasado. Y mientras se camina se habla, se conocen, se cuentan unos a otros, se crece en el ser familia. Aquí preguntémonos: ¿cómo caminamos? ¿Cómo camina nuestra realidad diocesana? ¿Camina unida? ¿Qué hago yo para que camine verdaderamente unida? No quisiera entrar en el tema de las habladurías, pero vosotros sabéis que las habladurías siempre dividen.

3.- Por lo tanto: escuchar, caminar, y el **tercer aspecto es la dimensión misionera: *anunciar hasta las periferias*.**

También esto lo he tomado de vosotros, de vuestros proyectos pastorales. El obispo me ha hablado recientemente de ello. Pero quiero subrayarlo, también porque es un elemento que viví mucho cuando estaba en Buenos Aires: la importancia de salir para ir al encuentro del otro, en las periferias, que son sitios, pero son sobre todo personas en situaciones de vida especial. Es el caso de la diócesis que tenía antes, la de Buenos Aires. Una periferia que me hacía mucho mal, era encontrar en las familias de clase media niños que no sabían hacer la señal de la cruz. ¡Esta es una periferia! Os pregunto: aquí, en esta diócesis, ¿hay niños que no saben hacer la señal de la cruz? Pensad en ello. Estas son verdaderas periferias existenciales, donde no está Dios.

En un primer sentido, las periferias de esta diócesis, por ejemplo, son las zonas de la diócesis que corren **el riesgo de quedar al margen**, fuera de las luces de los reflectores. Pero son también personas, realidades humanas de hecho **marginadas, despreciadas**. Son personas que tal vez se encuentran físicamente cercanas al «centro», pero espiritualmente están lejos.

No tengáis miedo de salir e ir al encuentro de estas personas, de estas situaciones. No os dejéis bloquear por los prejuicios, las costumbres, rigideces mentales o pastorales, por el famoso «siempre se ha hecho así». **Se puede ir a las periferias sólo si se lleva la Palabra de Dios en** el corazón y si se camina con la Iglesia, como san Francisco. De otro modo, nos llevamos a nosotros mismos, no la Palabra de Dios, y esto no es bueno, no sirve a nadie. No somos nosotros quienes salvamos el mundo: es precisamente el Señor quien lo salva.

Bien, queridos amigos, no os he dado recetas nuevas. No las tengo, y no creáis a quien dice tenerlas: no existen. He encontrado en el camino de vuestra Iglesia aspectos bellos e importantes que se deben hacer crecer y quiero confirmaros en ellos. Escuchad la Palabra, caminad juntos en fraternidad, anunciad el Evangelio en las periferias. Que el Señor os bendiga, la Virgen os proteja, y san Francisco os ayude a todos a vivir la alegría de ser discípulos del Señor. ¡Gracias!

**18.- De qué tiene que** **desnudarse la Iglesia**

Papa Francisco en Asís - 4 de octubre 2013

Discurso del Papa Francisco en su encuentro con los pobres asistidos por Cáritas en la Sala del Desnudamiento del Obispado de Asís (4-10-2013)

Ha dicho mi hermano obispo que es la primera vez, en ochocientos años, que un Papa viene aquí. Durante estos días, en los periódicos, en los medios de comunicación, se decían cosas fantasiosas: «¡El Papa irá ahí a desnudar a la Iglesia!»; «¿De qué desnudará a la Iglesia?»; «Desnudará a los obispos y a los cardenales de sus hábitos; se desnudará a sí mismo». Esta es una buena ocasión para invitar a la Iglesia a desnudarse. ¡Pero la Iglesia somos todos! ¡Todos! Desde el primer bautizado, todos somos Iglesia, y todos debemos ir por el camino de Jesús, que recorrió, él mismo, un camino de desnudamiento: se convirtió en siervo, en servidor; quiso ser humillado hasta la cruz. Y si nosotros queremos ser cristianos, no hay otro camino. Pero ¿no podemos hacer un cristianismo un poco más humano –dicen-, sin cruz, sin Jesús, sin desnudamiento? ¡De esta manera nos convertiremos en cristianos de confitería, como bonitas tartas, como bonitas cosas dulces! ¡Muy bonito, pero no cristianos de verdad! Alguno dirá: «Pero ¿de qué tiene que desnudarse la Iglesia?». Debe desnudarse, hoy, de un peligro gravísimo, que amenaza a toda persona en la Iglesia, a todos: el peligro de la mundanidad. El cristiano no puede convivir con el espíritu del mundo. La mundanidad, que nos lleva a la vanidad, a la prepotencia, al orgullo. Y esto es un ídolo, no es Dios. ¡Es un ídolo! ¡Y la idolatría es el pecado más fuerte!

Cuando en los medios se habla de la Iglesia, creen que la Iglesia somos los curas, las monjas, los obispos, los cardenales y el Papa. Pero la Iglesia somos todos nosotros, como he dicho. Y todos nosotros debemos desnudarnos de esa mundanidad: del espíritu contrario al espíritu de las Bienaventuranzas, del espíritu contrario al espíritu de Jesús. La mundanidad nos hace daño. ¡Es tan triste encontrarse a un cristiano mundano, seguro –según él– de esa seguridad que le da la fe y seguro de la seguridad que le da el mundo! No se puede trabajar en ambos tajos. La Iglesia –todos nosotros– debe desnudarse de la mundanidad, que la lleva a la vanidad, al orgullo, que es la idolatría.

El propio Jesús nos decía: «No se puede servir a dos señores: o sirves a Dios o sirves al dinero» (cf. Mt 6, 24). En el dinero estaba todo ese espíritu mundano: dinero, vanidad, orgullo, ese camino… nosotros no podemos… Es triste borrar con una mano lo que escribimos con la otra. ¡El Evangelio es el Evangelio! ¡Dios es único! Y Jesús se hizo siervo por nosotros, y el espíritu del mundo no tiene nada que ver con ello. Hoy estoy aquí con vosotros. Muchos de vosotros habéis sido desnudados por este mundo salvaje, que no da trabajo, que no ayuda; al que no le importa que haya niños que mueren de hambre en el mundo; no le importa que tantas familias no tengan  para comer, no tengan la dignidad de llevar pan a casa; no le importa que tanta gente tenga que huir de la esclavitud, del hambre, y huir en busca de la libertad. Con cuánto dolor, tantas veces, vemos que hallan la muerte, como sucedió ayer en Lampedusa: ¡hoy es un día de llanto! Estas cosas las hace el espíritu del mundo. Es completamente ridículo que un cristiano –un cristiano auténtico–, que un cura, que una monja, que un obispo, que un cardenal, que un Papa, quieran ir por el camino de esta mundanidad, que es una actitud homicida. ¡La mundanidad espiritual mata! ¡Mata al alma! ¡Mata a las personas! ¡Mata a la Iglesia!

Cuando Francisco, aquí, hizo aquel gesto de desnudarse, era un chico joven, no tenía la fuerza necesaria para hacerlo. Fue la fuerza de Dios lo que lo impulsó a hacerlo, la fuerza de Dios, que quería recordarnos lo que Jesús nos decía sobre el espíritu del mundo; lo que Jesús pidió al Padre para que el Padre nos salvara del espíritu del mundo.

Hoy, aquí, pidamos la gracia para todos los cristianos. ¡Que el Señor nos dé a todos el valor de desnudarnos, pero no de 20 liras, sino de desnudarnos del espíritu del mundo, que es la lepra, el cáncer de la sociedad! ¡Es el cáncer de la revelación de Dios! ¡El espíritu del mundo es el enemigo de Jesús! Le pido al Señor que, a todos nosotros, nos dé esta gracia de desnudarnos. ¡Gracias!

Palabras para ser leídas que entregó al obispo de Asís

Queridos hermanos y hermanas:

 ¡Gracias por vuestra acogida! Este lugar es un lugar especial, y por eso he querido hacer un alto aquí, aunque la jornada es muy apretada. Aquí Francisco se desnudó de todo, ante su padre, ante el obispo y ante la gente de Asís. Fue un gesto profético, y fue también un acto de oración, un acto de amor y de encomienda al Padre que está en el cielo.

Con aquel gesto, Francisco hizo su elección: **la elección de ser pobre**. No es una elección sociológica, ideológica; es la elección de ser como Jesús, de imitarlo, de seguirlo hasta el final. Jesús es Dios que se desnuda de su gloria. Lo leemos en San Pablo: Cristo Jesús, que era Dios, se desnudó de sí mismo, se vació de sí mismo, y se hizo  como nosotros, y en ese abajamiento llegó hasta la muerte de cruz (cf. Flp 2, 6-8). Jesús es Dios, pero nació desnudo, fue puesto en un pesebre, y murió desnudo y crucificado.

Francisco se desnudó de todo, de su vida mundana, de sí mismo, para seguir a su Señor, Jesús, para ser como él. El obispo Guido comprendió ese hecho y enseguida se levantó, abrazó a Francisco y lo cubrió con su manto, y fue siempre su auxilio y protector (cf. Vida primera, FF 344).

**El desnudamiento de San Francisco** nos dice simplemente lo que enseña el Evangelio: seguir a Jesús significa ponerlo en el primer lugar, desnudarnos de las muchas cosas que tenemos y que ahogan nuestro corazón, renunciar a nosotros mismos, tomar la cruz y llevarla con Jesús. Desnudarse del yo orgulloso y desprenderse de la codicia del tener, del dinero, que es un ídolo que nos posee.

Todos estamos llamados a ser pobres, a desnudarnos de nosotros mismos; ¡y para ello tenemos que aprender a estar con los pobres, a compartir con quien carece de lo necesario, a tocar la carne de Cristo! El cristiano no es uno que trae siempre en la boca a los pobres, ¡no! Es uno que se encuentra con ellos, que los mira a los ojos, que los toca. No están aquí para «ser noticia», sino para indicar que este es el camino cristiano, el que recorrió San Francisco. San Buenaventura, al hablar del desnudamiento de San Francisco, escribe: «Así, quedó desnudo el siervo del Rey altísimo para poder seguir al Señor desnudo en la cruz, a quien tanto amaba». Y añade que así Francisco **se salvó del «naufragio del mundo**» (FF 1043).

Pero, como pastor, quisiera preguntarme también: **¿De qué tiene que desnudarse la Iglesia?**

Desnudarse **de toda mundanidad espiritual**, que es una tentación para todos; desnudarse **de toda acción que no sea para Dios, que no sea de Dios**; **del miedo a abrir las puertas** y de salir al encuentro de todos, especialmente de los más pobres, necesitados, alejados, sin esperarlos –ciertamente, no para perderse en el naufragio del mundo, sino para llevar con valentía la luz de Cristo, la luz del Evangelio, incluso en la oscuridad, allí donde no se ve, donde puede suceder que se tropiece–; desnudarse de la tranquilidad aparente que dan las estructuras, ciertamente necesarias e importantes, pero que no deben ofuscar nunca la única verdadera fuerza que la Iglesia  lleva consigo: la de Dios. ¡Él es nuestra fuerza! Desnudarse **de lo que no es esencial**, porque la referencia es Cristo: ¡la Iglesia es de Cristo! Muchos son las pasos que se han dado ya, sobre todo durante estos últimos decenios. ¡Sigamos por este camino, que es el de Cristo, el de los santos!

Para todos –también para nuestra sociedad, que da señales de cansancio–, si queremos salvarnos del naufragio, es necesario que sigamos el camino de la pobreza, que no es la miseria –a esta hay que combatirla–, sino saber compartir, ser solidarios con quien está necesitado, fiarnos más de Dios y menos de nuestras fuerzas humanas. Monseñor Sorrentino ha recordado la obra de solidaridad del obispo Nicolini, que ayudó a centenares de judíos ocultándolos en los conventos, y el centro de repartición clandestina estaba precisamente aquí, en el Obispado. ¡Esto también es desnudamiento, que nace siempre del amor, de la misericordia de Dios!

En este lugar que nos interpela, quisiera rezar para que todo cristiano, la Iglesia, cada hombre y mujer de buena voluntad, sepa desnudarse de lo que no es esencial, para salir al encuentro de quien es pobre y pide ser amado. ¡Gracias a todos!

**19.- Discípulos de Cristo, no de la** **ideología**

**Misa matutina del jueves 17 de octubre**

Cuando un cristiano **se convierte en discípulo de la ideología, ha perdido la fe y ya no es discípulo de Jesús»**. Y el único antídoto contra tal peligro es la ora­ción. La homilía se centró en el pasaje evangélico de Lucas (11, 47-54) que relata la advertencia de Jesús a los doctores de la ley -«Ay de voso­tros, que os habéis apoderado de la llave de la ciencia; vosotros no habéis entrado y a los que intentaban entrar se lo habéis impedido»-, asociando a ello la imagen de «una iglesia cerrada» en la que «la gente que pasa delante no puede entrar» y de donde «el Señor que está dentro no puede salir». De aquí la referencia a esos «cristianos que tienen en su mano la llave y se la llevan, no abren la puerta»; o peor, «se detienen en la puerta» y «no dejan en­trar».

¿Pero cuál es la causa de todo ello? La falta de testimonio cristiano, que se presenta aún más grave si el cris­tiano en cuestión es un sacerdote, un obispo, un Papa. Por lo demás, Jesús es muy claro cuando dice: «Id, salid hasta los confines del mundo.

Enseñad lo que yo he enseñado. Bautizad, id a las encrucijadas de los caminos y traed a todos dentro, buenos y malos. Así dice Jesús. ¡To­dos dentro!.

En el cristiano que asume esta ac­titud de llave en el bolsillo y puerta cerrada» existe todo un proceso espiritual y mental» que lleva a que la fe pase por un alambique transformándola en ideo­logía. Pero la ideología no convoca. En las ideologías no está Jesús. Jesús es ternura, amor, manse­dumbre, y las ideologías, de cualquier sentido, son siempre rígidas». Se corre el riesgo de hacer al cristiano «discí­pulo de esta actitud de pensamiento» antes que discípulo de Jesús.

Por ello sigue siendo actual el re­proche de Cristo: Vosotros os habéis llevado la llave del conocimiento, pues el conocimiento de Jesús se ha transformado en un conocimiento ideológico y también moralista, se­gún el mismo comportamiento de los doctores de la ley que cerraban la puerta con tantas prescripciones. Hay otra adver­tencia de Cristo —contenida en el ca­pítulo 23 del Evangelio de Mateo- contra escribas y fariseos que lían fardos pesados y se los cargan a la gente en los hombros. Es precisa­mente a causa de estas actitudes que se desencadena un proceso por el que la fe se convierte en ideología ¡y la ideología espanta! La ideología ex­pulsa a la gente y aleja a la Iglesia de la gente.

Es una en­fermedad grave esta de los cristianos ideólogos; pero se trata de una en­fermedad no nueva. Ya había hablado de ello el apóstol Juan en su pri­mera carta, describiendo a «los cristia­nos que pierden la fe y prefieren las ideologías: su actitud es hacerse rí­gidos, moralistas, "eticistas", pero sin bondad».

Entonces es necesario preguntar­se qué provoca en el corazón de ese cristiano, de ese sacerdote, de ese obispo, o de ese Papa una acti­tud así. La res­puesta es sencilla: Ese cristiano no reza. Y si no hay oración, se cierra la puerta.

Así que la llave que abre la puerta a la fe es la oración. Porque cuando un cristiano no ora, su testimonio es soberbio. Y él mismo es un sober­bio, es un orgulloso, es uno seguro de sí, no es humilde. Busca la propia pro­moción. En cambio, cuando un cristia­no ora, no se aleja de la fe: habla con Jesús.

El verbo «orar» no significa «decir oraciones», porque también los doctores de la ley decían muchas oraciones, pero solo para hacerse ver. En efecto, una cosa es orar y otra es decir oraciones. En este últi­mo caso se abandona la fe, transfor­mándola precisamente en ideología moralista y sin Jesús.

Quienes oran como los doctores de la ley reaccio­nan de igual modo cuando un profe­ta o un buen cristiano les reprocha, utilizando el mismo método que se usó contra Jesús: Al salir de allí los escribas y los fariseos empezaron a acosarlo implacablemente y a tirarle de la lengua con mu­chas preguntas capciosas, tendiéndole trampas para cazarle con alguna pala­bra en su boca. Porque estos ideólogos son hostiles e insi­diosos. ¡No son transparentes! Y, pobrecitos, ¡son gente ensuciada por la soberbia!.

De ahí la invitación conclusiva a pe­dir al Señor la gracia de no dejar nun­ca de orar para no perder la fe y de permanecer humildes a fin de no transformarse en personas cerradas que cierran el camino al Señor.

**20.- El** **ocaso del apóstol**

**Misa matutina del viernes 18 de octubre de 2013**

Una peregrinación singular es la visita a las **residencias don­de se hospedan sacerdotes y religiosas ya ancianos.** Se trata de auténticos «santuarios de apostolicidad y de santi­dad que te­nemos en la Iglesia», por lo tanto adon­de vale la pena ir como «en peregrina­ción». Esta indicación fue el punto de llegada de una reflexión que partió de la comparación entre las lecturas de la liturgia del día: el pasaje del Evangelio de Lucas (10, 1-9) -en el que se relata «el inicio de la vida apostólica», cuando los discípulos fueron llamados y eran «jóvenes, fuertes y alegres»— y el pasaje de la segunda carta de San Pablo a Ti­moteo (4,10-17) en el que el apóstol, ya cercano al «ocaso de su existencia», profundiza sobre el «final de la vida apostólica». De esta comparación se entiende que todo «apóstol tiene un inicio alegre, entusias­ta, con Dios dentro; pero no se le aho­rra el ocaso». Y «a mí me hace bien pensar en el ocaso del apóstol».

Por lo tanto dirigió el pensamiento a «tres imágenes»: Moisés, Juan el Bautista y Pablo. Moisés es «ese jefe del pueblo de Dios, valiente, que lu­chaba contra los enemigos y luchaba también con Dios para salvar al pue­blo. Es fuerte, pero al final se encuen­tra solo en el monte Nebo mirando la tierra prometida», en la que en cambio no puede entrar. En cuanto a Juan Bautista, tampoco a él «en los últimos tiempos se le ahorran angustias». Se pregunta si se ha equivocado, si ha tomado el verdadero camino, y a sus amigos les pide que vayan a pregun­tar a Jesús: «¿Eres tú o debemos espe­rar todavía?». Está atormentado por la angustia; hasta el punto de que «el hombre más grande nacido de mujer», como le definió Cristo mismo, acaba «bajo el poder de un gobernante débil, ebrio y corrupto, sometido al poder de la envidia de una adúltera y al capricho de una bailarina».

Finalmente está Pablo, quien confía a Timoteo toda su amargura. Para descri­bir su sufrimiento, el Obispo de Roma usó la expresión: «No está en el sépti­mo cielo». Y propuso las palabras del apóstol: «Hijo mío, Demas me ha aban­donado, enamorado de este mundo presente; Crescente se marchó a Galacia; Tito a Dalmacia; Lucas es el único que está conmigo. Toma a Marcos y tráelo contigo, pues me es útil para el ministerio. El manto que dejé, tráelo cuando vengas, y también los libros y los pergaminos. Alejandro, el herrero, se ha portado muy mal conmigo. Guár­date de él también tú, porque se opuso vehementemente a nuestras palabras». El Papa prosiguió recordando el relato que Pablo hace del proceso: «En mi pri­mera defensa, nadie estuvo a mi lado, sino que todos me abandonaron. Mas el Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas para que, a través de mí, se proclamara plenamente el mensaje». Una imagen que contiene en sí el «ocaso» de todo após­tol: «solo, abandonado, traicionado»; asistido solo por el Señor que «no abandona, no traiciona», porque «él es fiel, no puede renegar de sí mismo».

La grandeza del apóstol está por lo tanto en hacer con la vida lo que Juan el Bautista de­cía: «Es necesario que Él crezca y yo disminuya». En efecto, el apóstol es aquel «que da la vida para que el Se­ñor crezca. Y al final está el ocaso». Fue así también para Pedro, a quien Jesús pre­dijo: «Cuando seas viejo, te llevarán adonde tú no quieres ir».

La meditación sobre las fases finales de la vida de estos personajes sugirió así al Santo Padre «el recuerdo de esos santuarios de apostolicidad y de santi­dad que son las residencias de los sa­cerdotes y de las religiosas». Estructu­ras que acogen «a buenos sacerdotes y buenas religiosas, enveje­cidos, con el peso de la soledad, que esperan que venga el Señor a llamar a la puerta de sus corazones». Lamenta­blemente tende­mos a olvidar estos santuarios: «No son sitios bellos, porque uno ve qué espera». Pero al contrario, «si mira­mos más en lo profundo, son bellísi­mos», por la riqueza de humanidad que hay dentro. Visitarlos, por lo tanto, significa hacer «verdaderas peregrina­ciones hacia estos santuarios de santi­dad y de apostolicidad», en la misma medida de las peregrinaciones que se hacen a los santuarios marianos o a aquellos dedicados a los santos.

«Pero me pregunto si nosotros, cristianos, tenemos deseo de hacer una visita ¡qué será una verda­dera peregrinación!- a estos santuarios de santidad y de apostolicidad que son las residencias de los sacerdotes y de las religiosas? Uno de vosotros me de­cía, hace días, que cuando iba a un país de misión, acudía al cementerio y veía todas las tumbas de los ancianos misio­neros, sacerdotes y religiosas, allí desde hace 50,100,200 años, desconocidos. Y me decía: "Pero todos estos pueden ser canonizados, porque al final cuenta solo esta santidad cotidiana, esta santi­dad de todos los días"».

En las residencias «estas religiosas y estos sacerdotes espe­ran al Señor un poco como Pablo: un poco tristes, realmente, pero también con una cierta paz, con el rostro ale­gre». Precisamente por esto hace «bien a todos pensar en esta etapa de la vida que es el ocaso del apóstol» Y, concluyendo, pidió rogar al Señor que custodie a los sacerdotes y a las reli­giosas que se hallan en la fase final de su existencia, a fin de que puedan re­petir al menos otra vez: «sí, Señor, quiero seguirte».

**21.- El poder de las** **llaves. La confesión**

Audiencia general del Papa Francisco del miércoles 20 de noviembre de 2013El

El miércoles pasado hablé del perdón de los pecados, con especial referen­cia al bautismo. Hoy proseguimos con el tema del perdón de los pecados, pero con referencia a lo que se denomi­na «poder de las llaves», que es un sím­bolo bíblico de la misión que Jesús en­comendó a los Apóstoles.

Ante todo, hemos de recordar que el protagonista del perdón de los pecados es el Espíritu Santo. En su primera apari­ción a los Apóstoles, en el Cenáculo, Je­sús resucitado hizo el gesto de soplar sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los peca­dos, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20, 22-23). Jesús, transfigurado en su cuerpo, es ya el hombre nuevo, que otorga los dones pascuales de su muer­te y resurrección. ¿Cuáles son estos do­nes? La paz, la alegría, el perdón de los pecados, la misión; pero,- sobre todo, da el Espíritu Santo, que es la fuente de to­dos ellos. El soplo de Jesús, acompaña­do de las palabras con las que comuni­ca el Espíritu, indica la transmisión de la vida, de la vida nueva regenerada por el perdón.

Pero, **antes de hacer el gesto de so­plar y dar el Espíritu**, Jesús **enseña sus llagas**, en las manos y en el costado: esas heridas representan el precio de nuestra salvación. El Espíritu Santo nos trae el perdón de Dios «pasando a tra­vés» de las llagas de Jesús: esas llagas que él quiso conservar; también en este momento, en el cielo, él enseña al Padre las llagas con las que nos rescató. Por el poder de esas llagas, nuestros pecados quedan perdonados: así Jesús entregó su vida por nuestra paz, por nuestra alegría, por el don de la gracia de nues­tra alma, por el perdón de nuestros pe­cados. ¡Es tan bonito mirar así a Jesús!

Y pasemos al segundo elemento: Je­sús da a los Apóstoles el poder de per­donar los pecados. Resulta algo difícil entender cómo puede un hombre per­donar los pecados, pero Jesús da ese poder. La Iglesia es depositaría del poder de las llaves, de abrir o cerrar al perdón. Dios perdona a todo hombre, en su mi­sericordia soberana, pero él mismo ha querido que cuantos pertenecen a Cris­to y a la Iglesia reciban el perdón por medio de los ministros de la comuni­dad. A través del ministerio apostólico, la misericordia de Dios me alcanza, mis culpas quedan perdonadas y me es dada la alegría. De este modo, Jesús nos llama a vivir la reconciliación tam­bién en la dimensión eclesial, comunita­ria. Y esto es muy bonito. La Iglesia, que es santa pero que, al mismo tiempo, está necesitada de penitencia, acompa­ña nuestro camino de conversión du­rante toda nuestra vida. La Iglesia no es dueña del poder de las llaves, sino sierva del ministerio de la misericordia, y se alegra cada vez que puede otorgar este don divino.

Muchas personas no entienden qui­zá la dimensión eclesial del perdón, porque siempre domina el individualis­mo, el subjetivismo, y también nosotros, los cristianos, nos resentimos de ello. Ciertamente, Dios perdona a todo peca­dor arrepentido, personalmente, pero el cristiano está vinculado a Cristo, y Cris­to está unido a la Iglesia. Para nosotros, los cristianos, hay un don más, y hay también un compromiso más: pasar humildemente a través del ministerio eclesial. Debemos valorizar esto: es un don, un tratamiento, una protección, y es también la seguridad de que Dios me ha perdonado. Voy a mi hermano sa­cerdote y le digo: «Padre, he hecho esto...». Y él contesta: «Pues yo te perdo­no; Dios te perdona». ¡En ese momento, tengo la seguridad de que Dios me ha perdonado! Y esto es bonito; significa tener la seguridad de que Dios nos per­dona siempre, de que no se cansa de perdonar. Y no debemos cansarnos de ir a pedir perdón. Podemos sentir ver­güenza al contar nuestros pecados, pero nuestras madres y nuestras abue­las decían que más vale ponerse rojo una vez que mil veces amarillo. Nos po­nemos rojos una vez, pero nos quedan perdonados los pecados y seguimos adelante.

Finalmente, un último punto: **el sacer­dote, instrumento del perdón de los peca­dos**. El perdón de Dios que se nos da en la Iglesia nos es transmitido a través del ministerio de un hermano nuestro: el sacerdote; también él es un hombre que, como nosotros, necesita misericor­dia, pero se convierte realmente en ins­trumento de misericordia, dándonos el amor sin límites de Dios Padre. También los sacerdotes deben confesarse, tam­bién los obispos: todos somos pecado­res. **También el Papa se confiesa cada quince días**, porque también el Papa es un pecador. Y el confesor escucha lo que yo le digo, me aconseja y me per­dona, porque todos necesitamos ese perdón. A veces oyes a alguien sostener que se confiesa directamente con Dios... Sí: como decía antes, Dios te escucha siempre, pero en el sacramento de la re­conciliación envía a un hermano a traerte el perdón, la seguridad del per­dón, en nombre de la Iglesia.

El servicio que el sacerdote presta como ministro, de parte de Dios, para perdonar los pecados, es **muy delicado**, y exige que su **corazón esté pacificado**, que el sacerdote tenga el corazón paci­ficado; que **no maltrate a los fieles**, sino que sea apacible, benévolo y misericor­dioso; que sepa sembrar esperanza en los corazones y, sobre todo, que sea consciente de que el hermano o la her­mana que se acerca al sacramento de la reconciliación busca el perdón, y lo busca como tantas personas que se acercaban a Jesús para que las curase. **El sacerdote que no tenga esta disposi­ción de espíritu será mejor que, hasta que no se corrija, no administre este sa­cramento**. Los fíeles penitentes -todos los fieles- tienen el derecho de hallar en los sacerdotes a unos servidores del perdón de Dios.

Queridos hermanos: Como miem­bros de la Iglesia, ¿somos conscientes de la belleza de este don que Dios mis­mo nos otorga? ¿Sentimos la alegría de este tratamiento, de este desvelo mater­nal que la Iglesia tiene para con noso­tros? ¿Sabemos valorizarlo con sencillez y asiduidad? No olvidemos que Dios nunca se cansa de perdonarnos: me­diante el ministerio del sacerdote nos estrecha en un nuevo abrazo que nos regenera y nos permite levantarnos y retomar de nuevo el camino. Porque esta es nuestra vida: levantarnos conti­nuamente y retomar el camino.

**22.- Cuando los sacerdotes no son** **noticia**

Homilía del lunes 27 de enero de 2014 en Santa Marta

No son noticia en los periódicos, pero dan fuerza y esperanza a los hombres: son todos los obispos y sacerdotes anónimos que siguen ofreciendo su vida en nombre de Cristo al servicio de las diócesis y las parroquias. Por esos sacerdotes valientes, santos, buenos y fieles el Papa Francisco invitó a rezar en la misa celebrada el lunes 27 de enero.

La primera lectura, tomada del segundo libro de Samuel (5, 1-7. 10), narra la unción del rey David. Hemos escu­chado la historia de esa reu­nión en Hebrón, cuando todas las tri­bus de Israel fueron a ver a David para proponerle que fuera su rey. En efec­to, David era rey de Judá, pero el reino estaba dividido. Todos los an­cianos del pueblo vieron que el único que podía ser rey era David. Así, fueron a verlo para sellar una alianza. Juntos seguramen­te hablaron, discutieron sobre cómo establecer la alianza. Y, al final, decidie­ron proclamarlo rey. Pero esa deci­sión, digamos, no era una decisión de­mocrática; más bien, era una decisión unánime: tú eres rey. Ese fue el primer paso. Des­pués llegó el segundo: el rey David se­lló una alianza con ellos, y los ancia­nos del pueblo ungieron a David como rey de Israel. He aquí, pues, la importancia de la unción. Sin esa un­ción David habría sido sola­mente el jefe, el organizador de una empresa que llevaba adelante esa so­ciedad política, que era el reino de Is­rael. En cambio, la unción era otra cosa; y precisamente la unción con­sagró a David como rey.

¿Cuál es la diferencia entre ser un organizador po­lítico del país y ser un rey ungido? Cuando David fue ungido rey de Judá por Samuel, era pequeño, era un niño. Dice la Biblia que, tras la un­ción, el Espíritu del Señor descendió sobre David. Y así la unción hace que el Espíritu del Señor descienda sobre una persona y esté con ella. También el pasaje propuesto por la liturgia dice lo mismo: David iba aumentando su fuerza y el Señor, Dios de los ejércitos, estaba con él.

No hay que olvidar la actitud de David ante el rey Saúl, que quería matarlo por ce­los, por envidia. David tuvo la opor­tunidad de matar al rey Saúl, pero no quiso hacerlo: jamás tocaré al ungido del Señor, es una persona elegida por el Señor, ungida por el Señor. En sus palabras, está el sentido de la sacrali­dad de un rey.

En la Iglesia hemos heredado esto en la persona de los obispos y los sacerdotes. En efec­to, los obispos no son elegidos sola­mente para llevar adelante una organi­zación que se llama Iglesia particular. Son ungidos, tienen la unción, y el es­píritu del Señor está con ellos. Todos los obispos, somos pecadores, todos, pero estamos ungi­dos. Y todos queremos ser cada día más santos, más fieles a esta unción. Lo que edifica a la Iglesia, lo que da unidad a la Iglesia, es la persona del obispo, en nombre de Jesucristo, por­que está ungido, no porque fue votado por la mayoría, sino porque está ungi­do.

Precisamente en esta unción la Igle­sia particular tiene su fuerza, y por par­ticipación, también los sacerdotes es­tán ungidos: el obispo les impone las manos y los unge. Así, los sacerdotes llevan adelante las parro­quias y muchos otros trabajos. Es la unción la que acerca al Señor obispos y sacerdotes, que son elegidos por el Señor. Por lo tanto, esta unción es para los obispos y para los sacerdotes su fuerza y alegría. Fuerza, porque precisamente en la unción en­cuentran la vocación para guiar al pue­blo, para ayudar al pueblo y para vi­vir al servicio del pueblo. Y también alegría, porque se sienten elegidos por el Señor, protegidos por el Señor con el amor con que el Señor nos pro­tege a todos nosotros.

He aquí por qué cuando pensamos en los obispos y en los sa­cerdotes -todos son sacerdotes, por­que este es el sacerdocio de Cristo: obispo y sacerdote-, debemos conce­birlos así: ungidos. De lo contrario no se comprende la Igle­sia. Pero no solo no se la comprende, sino que tampoco puede explicarse cómo la Iglesia va adelante solamente con las fuerzas humanas. Una dióce­sis va adelante porque tiene un pueblo santo, tiene muchas cosas, y también tiene a un ungido que la guía, que la ayuda a crecer. Esto mismo vale para una parroquia, que va adelante por­que tiene muchas organizaciones, tiene muchas cosas, pero también porque tiene a un sacerdote: un ungido que la guía.

Nosotros solo recordamos una mínima parte de cuántos obispos santos, cuántos sa­cerdotes, cuántos sacerdotes santos han dedicado toda su vida al servicio de la diócesis, de la parroquia. Y, por consiguiente, de cuánta gente ha reci­bido la fuerza de la fe, la fuerza del amor, la esperanza, de estos párrocos anónimos, a quienes no conocemos. Y son muchos. Son párrocos de campo o párrocos de ciudad que, con su un­ción, han dado fuerza al pueblo, le han transmitido la doctrina, le han dado los sacramentos, es decir, la santidad.

Algunos po­drían objetar: Pero padre, he leído en un diario que un obispo hizo tal cosa o que un sacerdote hizo tal otra. Obje­ción a la que el Pontífice respondió: Sí, yo también lo he leído. Pero dime: ¿se publican en los diarios las noticias lo que hacen muchos sacerdotes, muchos sacerdotes en tantas parroquias de ciudad o de campo? ¿La gran obra de caridad que hacen? ¿El gran trabajo que hacen para guiar a su pueblo? No, esta no es noticia. Vale siempre el conocido proverbio según el cual hace más ruido un árbol que cae que un bosque que crece.

Hay que pensar en esta un­ción de David y, en consecuencia, en nuestros obispos y en nuestros sacer­dotes valientes, santos, buenos y fie­les. Y pidió rezar por ellos: gracias a ellos hoy estamos aquí, son ellos quie­nes nos han bautizado.

**23.- La** **misericordia del sacerdote**

Encuentro del santo padre Francisco con los sacerdotes de la diócesis de Roma

Aula Pablo VI Jueves 6 de marzo de 2014

Cuando juntamente con el cardenal vicario hemos pensado en este encuentro, le dije que podía hacer para vosotros una **meditación sobre el tema de la misericordia**. Al inicio de la Cuaresma reflexionar juntos, como sacerdotes, sobre la misericordia nos hace bien. Todos nosotros lo necesitamos. Y también los fieles, porque como pastores debemos dar mucha misericordia, mucha.

El pasaje del Evangelio de Mateo que hemos escuchado nos hace dirigir la mirada a Jesús que camina por las ciudades y los poblados. Y esto es curioso. ¿Cuál es el sitio donde Jesús estaba más a menudo, donde se le podía encontrar con más facilidad? Por los caminos. Podía parecer un sin morada fija, porque estaba siempre por la calle. La vida de Jesús estaba por los caminos. Sobre todo nos invita a percibir la profundidad de su corazón, lo que Él siente por la multitud, por la gente que encuentra: esa actitud interior de «compasión», viendo a la multitud, sintió compasión. Porque ve a las personas «cansadas y extenuadas, como ovejas sin pastor». Hemos escuchado muchas veces estas palabras, que tal vez no entran con fuerza. Pero son fuertes. Un poco como muchas personas que vosotros encontráis hoy por las calles de vuestros barrios... Luego el horizonte se amplía, y vemos que estas ciudades y estos poblados no son sólo Roma e Italia, sino que son el mundo... y aquellas multitudes extenuadas son poblaciones de muchos países que están sufriendo situaciones aún más difíciles...

Entonces comprendemos que nosotros no estamos aquí para hacer un hermoso ejercicio espiritual al inicio de la Cuaresma, sino para escuchar la voz del Espíritu que habla a toda la Iglesia en este tiempo nuestro, que es precisamente el tiempo de la misericordia. De ello estoy seguro. No es sólo la Cuaresma; nosotros estamos viviendo en tiempo de misericordia, desde hace treinta años o más, hasta ahora.

***En toda la Iglesia es el tiempo de la misericordia****.*

Ésta fue una **intuición del beato Juan Pablo II**. Él tuvo el «**olfato**» de que éste era el tiempo de la misericordia. Pensemos en la beatificación y canonización de sor [Faustina Kowalska](http://www.vatican.va/news_services/liturgy/saints/ns_lit_doc_20000430_faustina_sp.html); luego introdujo la **fiesta de la Divina Misericordia**. Despacito fue avanzando, siguió adelante con esto.

En la [homilía para la canonización](http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/homilies/2000/documents/hf_jp-ii_hom_20000430_faustina_sp.html), que tuvo lugar en el año 2000, Juan Pablo II destacó que el mensaje de Jesucristo **a sor Faustina** se sitúa temporalmente **entre las dos guerras mundiales** y está muy vinculado a la historia del siglo XX. Y mirando al futuro dijo: «¿Qué nos depararán los próximos años? ¿Cómo será el futuro del hombre en la tierra? No podemos saberlo. Sin embargo, es cierto que, además de los nuevos progresos, no faltarán, por desgracia, experiencias dolorosas. Pero la luz de la misericordia divina, que el Señor quiso volver a entregar al mundo mediante el carisma de sor Faustina, iluminará el camino de los hombres del tercer milenio». Está claro. Aquí es explícito, en el año 2000, pero es algo que en su corazón maduraba desde hacía tiempo. En su oración tuvo esta intuición.

Hoy olvidamos todo con demasiada rapidez, incluso el Magisterio de la Iglesia. En parte es inevitable, pero los grandes contenidos, las grandes intuiciones y los legados dejados al Pueblo de Dios no podemos olvidarlos. Y el de la divina misericordia es uno de ellos. Es un legado que él nos ha dado, pero que viene de lo alto. Nos corresponde a nosotros, como ministros de la Iglesia, **mantener vivo este mensaje, sobre todo en la predicación y en los gestos, en los signos, en las opciones pastorales, por ejemplo la opción de restituir prioridad al sacramento de la Reconciliación, y al mismo tiempo a las obras de misericordia**. Reconciliar, poner paz mediante el Sacramento, y también con las palabras, y con las obras de misericordia.

***¿Qué significa misericordia para los sacerdotes?***

Me viene a la memoria que algunos de vosotros me habéis telefoneado, escrito una carta, luego hablé por teléfono... «Pero, padre, ¿por qué usted se mete así con los sacerdotes?». Porque **decían que yo apaleo a los sacerdotes. No quiero apalear aquí**...

Preguntémonos qué significa misericordia para un sacerdote, permitidme decir para nosotros sacerdotes. Para nosotros, para todos nosotros**. Los sacerdotes se conmueven ante las ovejas, como Jesús, cuando veía a la gente cansada y extenuada** como ovejas sin pastor. Jesús tiene las «entrañas» de Dios, Isaías habla mucho de ello: está **lleno de ternura hacia la gente**, especialmente hacia las personas excluidas, es decir, hacia los pecadores, hacia los enfermos de los que nadie se hace cargo... De modo que a imagen del buen Pastor, el sacerdote es hombre de misericordia y de compasión, cercano a su gente y servidor de todos. Éste es un criterio pastoral que quisiera subrayar bien: **la cercanía**. **La proximidad y el servicio, pero la proximidad, la cercanía**... Quien sea que se encuentre herido en su vida, de cualquier modo, puede encontrar en él atención y escucha... En especial el sacerdote demuestra entrañas de misericordia al administrar **el sacramento de la Reconciliación**; lo demuestra en toda su actitud, en el modo de acoger, de escuchar, de aconsejar, de absolver... Pero esto deriva del modo en el cual **él mismo vive el sacramento en primera persona**, del modo como se deja abrazar por Dios Padre en la Confesión, y permanece dentro de este abrazo... Si uno vive esto dentro de sí, en su corazón, puede también donarlo a los demás en el ministerio. Y os dejo una pregunta**: ¿Cómo me confieso? ¿Me dejo abrazar?** Me viene a la mente un gran sacerdote de Buenos Aires, tiene menos años que yo, tendrá 72... Una vez vino a mí. Es un gran confesor: siempre hay fila con él... Los sacerdotes, la mayoría, van a él a confesarse... Es un gran confesor. Y una vez vino a mí: «Pero padre...». «Dime». «Tengo un poco de escrúpulos, porque sé que perdono demasiado». «Reza... si tú perdonas demasiado...». Y hemos hablado de la misericordia. A un cierto punto me dijo: «Sabes, cuando yo siento que es fuerte este escrúpulo, voy a la capilla, ante el Sagrario, y le digo: Discúlpame, Tú tienes la culpa, porque me has dado un mal ejemplo. Y me marcho tranquilo...». Es una hermosa oración de misericordia. Si uno en la confesión vive esto en sí mismo, en su corazón, puede también donarlo a los demás.

El sacerdote está llamado a aprender esto, **a tener un corazón que se conmueve**. Los sacerdotes —me permito la palabra— «**fríos», los «de laboratorio**», todo limpio, todo hermoso, no ayudan a la Iglesia. Hoy podemos pensar a la Iglesia como un «hospital de campo». Esto, perdonadme, lo repito, porque lo veo así, lo siento así: **un «hospital de campo». Se necesita curar las heridas, muchas heridas**. Muchas heridas. Hay mucha gente herida, por los problemas materiales, por los escándalos, incluso en la Iglesia... Gente herida por las falacias del mundo... Nosotros, sacerdotes, debemos estar allí, cerca de esta gente. Misericordia significa ante todo curar las heridas. Cuando uno está herido, necesita en seguida esto, no los análisis, como los valores del colesterol, de la glucemia... Pero está la herida, sana la herida, y luego vemos los análisis. **Después se harán los tratamientos especializados**, pero **antes se deben curar las heridas** **abiertas**. Para mí, en este momento, esto es más importante. Y hay también heridas ocultas, porque hay gente que se aleja para no mostrar las heridas... Me viene a la mente la costumbre, por la ley mosaica, de los leprosos en tiempo de Jesús, que siempre estaban alejados, para no contagiar... Hay gente que se aleja por vergüenza, **por esa vergüenza de no mostrar las heridas**... Y se alejan tal vez un poco con la cara torcida, en contra de la Iglesia, pero en el fondo, dentro, está la herida... ¡Quieren una caricia! Y vosotros, queridos hermanos —os pregunto—, ¿conocéis las heridas de vuestros feligreses? ¿Las intuís? ¿Estáis cercanos a ellos? Es la única pregunta...

***Misericordia significa ni manga ancha ni rigidez*.**

Volvamos al sacramento de la Reconciliación. Sucede a menudo, a nosotros, sacerdotes, escuchar la experiencia de nuestros fieles que nos cuentan de haber encontrado en la Confesión un sacerdote muy «riguroso», o por el contrario muy «liberal», ***rigorista*o *laxista****.*Y esto no está bien. Que haya diferencias de estilo entre los confesores es normal, pero estas diferencias no pueden referirse a la esencia, es decir, a la sana doctrina moral y a la misericordia. Ni el laxista ni el rigorista dan testimonio de Jesucristo, porque ni uno ni otro se hace cargo de la persona que encuentra. El rigorista se lava las manos: en efecto, la clava a la ley entendida de modo frío y rígido; el laxista, en cambio, se lava las manos: sólo aparentemente es misericordioso, pero en realidad no toma en serio el problema de esa conciencia, minimizando el pecado. La misericordia auténtica *se hace cargo* de la persona, la escucha atentamente, se acerca con respeto y con verdad a su situación, y la acompaña en el camino de la reconciliación. Y esto es fatigoso, sí, ciertamente. El sacerdote verdaderamente misericordioso se comporta como el buen Samaritano... pero, ¿por qué lo hace? Porque su corazón es capaz de compasión, es el corazón de Cristo.

Sabemos bien que ***ni el laxismo ni el rigorismo hacen crecer la santidad***. Tal vez **algunos rigoristas parecen santos**, santos... Pero pensad en **Pelagio** y luego hablamos... No santifican al sacerdote, y no santifican al fiel, ni el laxismo ni el rigorismo. La misericordia, en cambio, acompaña el camino de la santidad, la acompaña y la hace crecer... ¿Demasiado trabajo para un párroco? Es verdad, demasiado trabajo. ¿Y de qué modo acompaña y hace crecer el camino de la santidad? A través del sufrimiento pastoral, que es una forma de la misericordia. ¿Qué significa **sufrimiento pastoral**? Quiere decir sufrir por y con las personas. Y esto no es fácil. Sufrir como un padre y una madre sufren por los hijos; me permito decir, incluso con ansiedad...

Para explicarme os hago algunas preguntas que me ayudan cuando un sacerdote viene a mí. Me ayudan también cuando estoy solo ante el Señor.

Dime: **¿Tú lloras? ¿O hemos perdido las lágrimas?** Recuerdo que en los Misales antiguos, los de otra época, hay una oración hermosa para pedir el don de las lágrimas. Comenzaba así la oración: «Señor, Tú que diste a Moisés el mandato de golpear la piedra para que brotase agua, golpea la piedra de mi corazón para que las lágrimas...»: era así, más o menos, la oración. Era hermosísima. Pero, ¿cuántos de nosotros lloramos ante el sufrimiento de un niño, ante la destrucción de una familia, ante tanta gente que no encuentra el camino?... El llanto del sacerdote... ¿Tú lloras? ¿O en este presbiterio hemos perdido las lágrimas?

**¿Lloras por tu pueblo? Dime, ¿tú haces la oración de intercesión ante el sagrario?**

¿**Tú luchas con el Señor por tu pueblo, como luchó Abrahán**: «¿Y si fuesen menos? ¿Y si son 25? ¿Y si son 20?...» (cf. *Gn* 18, 22-33). Esa oración valiente de intercesión... Nosotros hablamos de *parresia*, de valor apostólico, y pensamos en los proyectos pastorales, esto está bien, pero la *parresia*misma es necesaria también en la oración. ¿Luchas con el Señor? **¿Discutes con el Señor como hizo Moisés?** Cuando el Señor estaba harto, cansado de su pueblo y le dijo: «Tú quédate tranquilo... destruiré a todos, y te haré jefe de otro pueblo». «¡No, no! Si tú destruyes al pueblo, me destruyes también a mí». ¡Éstos tenían los pantalones! Y hago una pregunta: ¿Tenemos nosotros los pantalones para luchar con Dios por nuestro pueblo?

Otra pregunta que hago: por la noche, **¿cómo concluyes tu jornada? ¿Con el Señor o con la televisión?**

**¿Cómo es tu relación con quienes te ayudan a ser más misericordioso**? Es decir, ¿cómo es tu relación con los niños, los ancianos, los enfermos? ¿Sabes acariciarlos, o te avergüenzas de acariciar a un anciano?

No tengas vergüenza de la carne de tu hermano (cf. *Reflexiones en esperanza*, I cap.). Al final, seremos juzgados acerca de cómo hemos sabido acercarnos a «toda carne» —esto es Isaías. No te avergüences de la carne de tu hermano. «Hacernos prójimo»: la proximidad, la cercanía, hacernos cercanos a la carne del hermano. El sacerdote y el levita que pasaron antes que el buen samaritano no supieron acercarse a esa persona maltratada por los bandidos. Su corazón estaba cerrado. Tal vez el sacerdote miró el reloj y dijo: «Debo ir a la misa, no puedo llegar tarde a misa», y se marchó. ¡Justificaciones! Cuántas veces buscamos justificaciones, para dar vueltas alrededor del problema, de la persona. El otro, el levita, o el doctor de la ley, el abogado, dijo: «No, no puedo porque si hago esto mañana tendré que ir como testigo, perderé tiempo...». ¡Las excusas!... Tenían el corazón cerrado. Pero el corazón cerrado se justifica siempre por lo que no hace. En cambio, el samaritano abrió su corazón, se dejó conmover en las entrañas, y ese movimiento interior se tradujo en acción práctica, en una acción concreta y eficaz para ayudar a esa persona.

Al final de los tiempos, se permitirá contemplar la carne glorificada de Cristo sólo a quien no se haya avergonzado de la carne de su hermano herido y excluido.

Os lo confieso, a mí me hace bien, algunas veces, leer la lista sobre la cual seré juzgado, me hace bien: está en Mateo 25.

Éstas son las cosas que me han venido a mi memoria, para compartirlas con vosotros. Están un poco así, como han salido... [El cardenal Vallini: «Un buen examen de conciencia»] Nos hará bien. [aplausos]

En Buenos Aires —hablo de otro sacerdote— había un confesor famoso: éste era sacramentino. Casi todo el clero se confesaba con él. Cuando, una de las dos veces que vino, **Juan Pablo ii pidió un confesor en la nunciatura, fue él. Era anciano, muy anciano...** Fue provincial en su Orden, profesor... pero siempre confesor, siempre. Y siempre había fila, allí, en la iglesia del Santísimo Sacramento. En ese tiempo, yo era vicario general y vivía en la Curia, y cada mañana, temprano, bajaba al fax para ver si había algo. Y la mañana de Pascua leí un fax del superior de la comunidad: «Ayer, media hora antes de la vigilia pascual, falleció el padre Aristi, a los 94 —¿o 96?— años. El funeral será el día...». Y la mañana de Pascua yo tenía que ir a almorzar con los sacerdotes del asilo de ancianos —lo hacía normalmente en Pascua—, y luego —me dije— después de la comida iré a la iglesia. Era una iglesia grande, muy grande, con una cripta bellísima. Bajé a la cripta y estaba el ataúd, sólo dos señoras ancianas rezaban allí, sin ninguna flor. Pensé: pero este hombre, **que perdonó los pecados a todo el clero de Buenos Aires, también a mí, ni siquiera tiene una flor... Subí y fui a una florería —porque en Buenos Aires, en los cruces de las calles hay florerías, por la calle, en los sitios donde hay gente— y compré flores, rosas...** Regresé y comencé a preparar bien el ataúd, con flores... Miré el rosario que tenía entre las manos... E inmediatamente se me ocurrió —ese ladrón que todos tenemos dentro, ¿no?—, y mientras acomodaba las flores **tomé la cruz del rosario,** y con un poco de fuerza la arranqué. Y en ese momento lo miré y dije: «**Dame la mitad de tu misericordia». Sentí una cosa fuerte que me dio el valor de hacer esto y de hacer esa oración. Luego, esa cruz la puse aquí, en el bolsillo.** Las camisas del Papa no tienen bolsillos, pero yo siempre llevo aquí una bolsa de tela pequeña, y desde ese día hasta hoy, **esa cruz está conmigo**. Y cuando me surge un mal pensamiento contra alguna persona, la mano me viene aquí, siempre. Y siento la gracia. Siento que me hace bien. Cuánto bien hace el ejemplo de un sacerdote misericordioso, de un sacerdote que se acerca a las heridas...

Si pensáis, vosotros seguramente habéis conocido a muchos, a muchos, porque los sacerdotes de Italia son buenos. Son buenos. Creo que si Italia es aún tan fuerte, no es tanto por nosotros obispos, sino por los párrocos, por los sacerdotes. Es verdad, esto es verdad. No es un poco de incienso para consolar, lo siento así.

La misericordia. Pensad en tantos sacerdotes que están en el cielo y pedid esta gracia. Que os concedan esa misericordia que tuvieron con sus fieles. Y esto hace bien. Muchas gracias por la escucha y por haber venido aquí.

**24.-** **Apacentar con amor el rebaño**

Audiencia general del Papa Francisco del miércoles 26 de marzo de 2014

**El sacramento del Orden**

Queridos hermanos y her­manas:

dos

Ya hemos tenido ocasión de resaltar que los tres sacramentos del bautis­mo, de la confirmación y de la eucaristía constituyen juntos el misterio de la «iniciación cris­tiana», un solo gran aconteci­miento de gracia que nos re­genera en Cristo. Esta es la vo­cación fundamental que nos aúna a todos en la Iglesia, como discípulos del Señor Je­sús. Existen, además, dos sa­cramentos que se correspon­den con dos vocaciones espe­cíficas: se trata del orden y del matrimonio. Estos constituyen grandes caminos por los que el cris­tiano puede hacer de su vida una en­trega amorosa, siguiendo el ejemplo de Cristo y en su nombre, cooperan­do así en la edificación de la Iglesia.

El orden, articulado en sus tres gra­dos de episcopado, presbiterado y diaconado, es el sacramento que ha­bilita para el ejercicio del ministerio, encomendado por el Señor Jesús a los Apóstoles, de apacentar su reba­ño, con el poder del Espíritu Santo y según su corazón. Apacentar el reba­ño de Jesús no con el poder de la fuerza humana o con el propio poder, sino con el del Espíritu y según su co­razón, el corazón de Jesús, que es co­razón de amor.

El amor es la clave del ministerio ordenado

El sacerdote, el obispo, el diácono, han de apacentar el rebaño del Señor con amor. Si no lo hacen con amor, no sirven. Y, de esta manera, los mi­nistros que son escogidos y consa­grados para este servicio prolongan en el tiempo la presencia de Jesús, si lo hacen con el poder del Espíritu Santo en nombre de Dios y con amor.

1. **Un primer aspecto**. Quienes son ordenados son puestos **a la cabeza de la comunidad**. Están «a la cabeza», sí, pero para Jesús esto significa poner la propia autoridad **al servicio**, como él mismo mostró y enseñó a sus discípu­los con estas palabras: «Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser gran­de entre vosotros, que sea vuestro ser­vidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo. Igual que el Hijo del hombre no ha ve­nido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos» (Mt 20, 25-28 // Me 10, 42-52). Un obispo que no esté al servicio de la comunidad no hace bien; un sacerdote, un cura que no esté al servicio de su comunidad no hace bien, se equivoca.

2.-**Otra característica** que se deriva de esta misma unión sacramental con Cristo **es el amor apasionado por la Iglesia**. Pensemos en aquel pasaje de la Carta a los Efesios en el que San Pablo dice que Cristo «amó a su Iglesia. Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, pu­rificándola con el baño del agua y la palabra, y para presentársela glorio­sa, sin mancha ni arruga ni nada semejante» (5, 25- 27). En virtud del orden, el ministro dedica todo su ser a su propia comuni­dad, y la ama con todo su corazón: es su familia. El obispo, el sacerdote, aman a la Iglesia en su propia comunidad, la aman poderosamente. ¿Cómo? Como Cristo ama a la Iglesia. Lo mismo dirá San Pablo del matri­monio: el marido ama a su mujer como Cristo ama a la Iglesia. Se trata de un gran misterio de amor: el del ministerio sacerdotal y el del matri­monio, dos sacramentos que consti­tuyen el camino por el que las perso­nas suelen ir al Señor.

3.- **Un último aspecto**. El apóstol Pablo recomienda al discípulo Timo­teo que, lejos de descuidarlo, **reavive el don que hay en él,** el don que le fue dado con la imposición de manos (cf. 1 Tim 4, 14; 2 Tim 1, 6). Cuando no se alimenta el ministerio —el ministerio del obispo, el ministerio del sacerdo­te- con la oración, con la escucha de la Palabra de Dios, con la celebración diaria de la eucaristía y también con una frecuentación del sacramento de la penitencia, se acaba, inevitablemen­te, perdiendo de vista el sentido au­téntico del propio servicio y la alegría que se deriva de una comunión pro­funda con Jesús.

**El obispo que no reza**, el obispo que no escucha la Palabra de Dios, que no celebra todos los días, que no acude a confesarse con regularidad, y análogamente el sacerdote que no hace estas cosas, a largo **plazo pier­den su unión con Jesús** y se vuelven de una mediocridad que no le hace bien a la Iglesia. Por eso debemos ayudar a los obispos y a los sacerdo­tes a rezar; a escuchar la Palabra de Dios, que es el alimento diario; a cele­brar cada día la eucaristía, y a ir a confesarse habitualmente. Esto es muy importante, porque atañe preci­samente a la santificación de los obis­pos y de los sacerdotes.

Quisiera acabar con una cosa que me viene a la mente: ¿Qué hay que hacer para ser sacerdote, **dónde se venden las entradas para el sacer­docio?** No. **No se venden**. Se trata de una **iniciativa que toma el Señor.** El Señor llama. Llama a cada uno de los que quiere que sean sacerdotes. Tal vez haya aquí algunos jóvenes que han sentido en su corazón esta llama­da, las ganas de ser sacerdotes, las ganas de servir a los demás en las co­sas que vienen de Dios, las ganas de estar toda la vida al servicio para cate­quizar, bautizar, perdonar, celebrar la eucaristía, curar a los enfermos... y así toda la vida. Si alguno de vosotros ha sentido esto en su corazón, es Jesús quien se lo ha puesto ahí. Cuidad de esta invitación y rezad para que crez­ca y dé fruto en toda la Iglesia.

**25.- El Papa se confiesa y** **confiesa**

Hace ya varias décadas circuló por todo el mundo una imagen que hizo historia: la de un Juan Pablo II embutido en uno de los confesiona­rios de la basílica de San Pedro del Vati­cano, durante la Cuaresma, oyendo en confesión a un grupo de fieles, como un simple pastor de almas. La misma ima­gen se reprodujo, años más tarde, con Benedicto XVI. Ahora le ha tocado al Papa Francisco, pero en su doble condi­ción de confesor... y de pecador arre­pentido.

El 28 de marzo, en el curso de una ce­lebración penitencial, en la basílica de San Pedro, Francisco confesó a algunos fieles y él mismo se arrodilló, poco antes, con estola morada, para confesarse y re­cibir la absolución de un penitenciero. Una imagen más para la historia. No es que él haya sido, por supuesto, el primer Papa que se confiesa, sino que ese gesto íntimo ha trascendido a todo el mundo, momentos antes de que Francisco pre­guntara a los fieles, en alta voz, «quién de nosotros puede presumir de no ser pe­cador. Nadie».

Él ha querido dar ejemplo, poniéndo­se al nivel de cualquier cristiano, como hombre creyente y pecador. En distintas ocasiones, Francisco se ha confesado en público como pecador, incluso a la hora de aceptar la elección pontificia, en la tar­de del miércoles 13 de marzo de 2013, antes de decir «sí acepto», antepuso que era «un gran pecador».

Más allá de lo llamativo que pueda parecer a simple vista estas declaracio­nes, son de pura lógica, y ningún Papa dijo jamás no ser pecador y todos ellos se confesaron también muy frecuente­mente. Eso sí, no teníamos una foto como esta, imagen que habla más que mil palabras y que es todo un testimonio de que como mejor se predica es con el ejemplo (ver página 5, Editorial).

El Papa citó unas palabras del apóstol San Juan y recordó que si decimos estar libres de pecado nos engañamos a no­sotros mismos. En su homilía, el Pontífice recordó que durante la Cuaresma debe­mos «abandonar los comportamientos pecaminosos y fijar nuestra mirada en lo esencial», de modo que quede clara la diferencia.

**26.- Misa crismal de 2014. Ungidos con** **óleo de alegría**

**Homilía del Papa en la Misa crismal del Jueves santo de 2014**

Queridos hermanos en el sacerdocio. En el Hoy del Jueves Santo, en el que Cristo nos amó hasta el extremo (cf. Jn 13, 1), hacemos memoria del día feliz de la Institución del sacerdocio y del de nuestra propia ordenación sacerdotal. El Señor nos ha ungido en Cristo **con óleo de alegría** y esta unción nos invita a recibir y hacernos cargo de este gran regalo: la alegría, el gozo sacerdotal. **La alegría del sacerdote es un bien precioso no sólo para él** sino también **para todo el pueblo fiel** de Dios: ese pueblo fiel del cual es llamado el sacerdote para ser ungido y al que es enviado para ungir.

**Ungidos** con óleo de alegría **para ungir** con óleo de alegría. La **alegría sacerdotal tiene su fuente** en el Amor del Padre, y el Señor desea que la alegría de este Amor "esté en nosotros" y "sea plena" (Jn 15,11). Me gusta pensar la alegría contemplando a Nuestra Señora: María, la "madre del Evangelio viviente, es manantial de alegría para los pequeños" (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 288), y creo que no exageramos si decimos que el sacerdote es **una persona muy pequeña**: la inconmensurable grandeza del don que nos es dado para el ministerio nos relega entre los más pequeños de los hombres. El sacerdote **es el más pobre de los hombres si Jesús no lo enriquece con su pobreza**, **el más inútil siervo si Jesús no lo llama amigo, el más necio de los hombres si Jesús no lo instruye pacientemente** como a Pedro, el más indefenso de los cristianos si el Buen Pastor no lo fortalece en medio del rebaño. Nadie más pequeño que un sacerdote dejado a sus propias fuerzas; por eso nuestra oración protectora contra toda insidia del Maligno es la oración de nuestra Madre: **soy sacerdote porque Él miró con bondad mi pequeñez** (cf. Lc 1,48). Y desde esa pequeñez asumimos nuestra alegría.

Encuentro **tres rasgos significativos en nuestra alegría sacerdotal**: es una alegría que **nos unge (no que nos unta** y nos vuelve **untuosos, suntuosos y presuntuosos**), es una **alegría incorruptible** y es una **alegría misionera que irradia** y atrae a todos, comenzando al revés: por los más lejanos.

1,- Una alegría que **nos unge**.

Es decir: **penetró** en lo íntimo de nuestro corazón, lo **configuró** y lo fortaleció sacramentalmente. Los signos de la liturgia de la ordenación nos hablan del **deseo maternal** que tiene la Iglesia de transmitir y comunicar todo lo que el Señor nos dio: **la imposición de manos, la unción con el santo Crisma, el revestimiento con los ornamentos sagrados**, la participación inmediata en la primera Consagración... **La gracia nos colma y se derrama íntegra, abundante y plena** en cada sacerdote. Ungidos hasta los huesos... y nuestra alegría, que brota desde dentro, es el eco de esa unción.

2.-**Una alegría incorruptible**.

La **integridad del Don**, a la que nadie puede **quitar ni agregar nada**, es fuente incesante de alegría: una alegría incorruptible, que el Señor prometió, que nadie nos la podrá quitar (cf. Jn 16,22). Puede estar **adormecida o taponada** por el pecado o por las preocupaciones de la vida pero, en el fondo, permanece **intacta como el rescoldo** de un tronco encendido bajo las cenizas, y **siempre puede ser renovada**. La recomendación de **Pablo a Timoteo** sigue siendo actual: Te recuerdo que atices el fuego del don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos (cf. 2 Tm 1,6).

**3.- Una alegría misionera.**

Este tercer rasgo lo quiero compartir y recalcar especialmente: la alegría del sacerdote está en **íntima relación con el santo pueblo fiel de Dios** porque se trata de una alegría eminentemente misionera. La unción es **para ungir al santo pueblo** fiel de Dios: para bautizar y confirmar, para curar y consagrar, para bendecir, para consolar y evangelizar.

Y como es una alegría que solo fluye cuando el pastor está en medio de su rebaño (también en el silencio de la oración, el pastor que adora al Padre está **en medio de sus ovejitas**) es una "**alegría custodiada" por ese mismo rebaño**. Incluso en los momentos de tristeza, en los que todo parece ensombrecerse y el vértigo del aislamiento nos seduce, **esos momentos apáticos y aburridos** que a veces nos sobrevienen en la vida sacerdotal (y por los que también yo he pasado), aun en esos momentos el pueblo de Dios es capaz de custodiar la alegría, es capaz de protegerte, de abrazarte, de ayudarte a abrir el corazón y reencontrar una renovada alegría.

"Alegría custodiada" por el rebaño y **custodiada también por tres hermanas que la rodean**, la cuidan, la defienden: la hermana **pobreza**, la hermana **fidelidad** y la hermana **obediencia**.

La alegría sacerdotal es una alegría que **se hermana a la pobreza**. El sacerdote es pobre en alegría meramente humana **¡ha renunciado a tanto!** Y como es pobre, él, que da tantas cosas a los demás, la alegría tiene que pedírsela al Señor y al pueblo fiel de Dios. No se la tiene que procurar a sí mismo. Sabemos que **nuestro pueblo es generosísimo** en agradecer a los sacerdotes los mínimos gestos de bendición y de manera especial los sacramentos. Muchos, al hablar de crisis de identidad sacerdotal, no caen en la cuenta de **que la identidad supone pertenencia**. No hay identidad -y por tanto alegría de ser- sin pertenencia activa y comprometida al pueblo fiel de Dios (cf. Exhort. ap. Evangelii gaudium, 268). El sacerdote que pretende **encontrar la identidad sacerdotal buceando introspectivamente en su interior** quizá no encuentre otra cosa que **señales que dicen "salida": sal de ti mismo, sal en busca de Dios en la adoración**, sal y **dale a tu pueblo lo que te fue encomendado**, que tu pueblo se encargará de hacerte sentir y gustar quién eres, cómo te llamas, cuál es tu identidad y te alegrará con el ciento por uno que el Señor prometió a sus servidores. Si no sales de ti mismo el óleo se vuelve rancio y la unción no puede ser fecunda. Salir de sí mismo supone despojo de sí, entraña pobreza.

La alegría sacerdotal es una alegría que se hermana a la **fidelidad**. No principalmente en el sentido de que seamos todos "inmaculados" (ojalá con la gracia lo seamos) ya que somos pecadores, pero sí en el sentido de renovada fidelidad a la única Esposa, a la Iglesia. Aquí es clave la fecundidad. **Los hijos espirituales que el Señor le da a cada sacerdote**, los que bautizó, las familias que bendijo y ayudó a caminar, los enfermos a los que sostiene, los jóvenes con los que comparte la catequesis y la formación, los pobres a los que socorre**... son esa "Esposa" a la que le alegra tratar como predilecta y única amada y serle renovadamente fiel**. Es la **Iglesia viva, con nombre y apellido**, que el sacerdote pastorea en su parroquia o en la misión que le fue encomendada, la que lo alegra cuando le es fiel, cuando hace todo lo que tiene que hacer y deja todo lo que tiene que dejar con tal de estar firme en medio de las ovejas que el Señor le encomendó: Apacienta mis ovejas (cf. Jn 21,16.17).

La alegría sacerdotal es una alegría que **se hermana a la obediencia**. **Obediencia a la Iglesia en la Jerarquía** que nos da, por decirlo así, no sólo el marco más externo de la obediencia: la **parroquia** a la que se me envía, **las licencias ministeriales**, la tarea particular... sino también **la unión con Dios Padre**, del que desciende toda paternidad. Pero también la obediencia a la Iglesia en el servicio**: disponibilidad y prontitud para servir a todos**, siempre y de la mejor manera, a imagen de "**Nuestra Señora de la prontitud**" (cf. Lc 1,39: meta spoudes), que acude a servir a su prima y está atenta a la cocina de Caná, donde falta el vino. La disponibilidad del sacerdote hace de la Iglesia **casa de puertas abiertas, refugio de pecadores, hogar para los que viven en la calle, casa de bondad para los enfermos, campamento para los jóvenes, aula para la catequesis de los pequeños de primera comunión....**

**Donde el pueblo de Dios tiene un deseo o una necesidad, allí está el sacerdote que sabe oír (ob-audire) y siente un mandato amoroso** de Cristo que lo envía a socorrer con misericordia esa necesidad o a alentar esos buenos deseos con caridad creativa.

El que es llamado sea consciente de que existe en este mundo una alegría genuina y plena: la de ser sacado del pueblo al que uno ama para ser enviado a él como dispensador de los dones y consuelos de Jesús, el único Buen Pastor que, compadecido entrañablemente de todos los pequeños y excluidos de esta tierra que andan agobiados y oprimidos como ovejas que no tienen pastor, quiso asociar a muchos a su ministerio para estar y obrar Él mismo, en la persona de sus sacerdotes, para bien de su pueblo.

En este Jueves sacerdotal le pido al Señor Jesús que haga descubrir a muchos jóvenes ese ardor del corazón que enciende la alegría apenas uno tiene la audacia feliz de responder con prontitud a su llamado.

En este Jueves sacerdotal le pido al Señor Jesús que **cuide el brillo alegre en los ojos de los recién ordenados, que salen a comerse el mundo, a desgastarse en medio del pueblo fiel de Dios, que gozan preparando la primera homilía, la primera misa, el primer bautismo, la primera confesión**... Es la alegría de poder compartir -maravillados- por vez primera como ungidos, el tesoro del Evangelio y sentir que el pueblo fiel **te vuelve a ungir de otra manera: con sus pedidos, poniéndote la cabeza para que los bendigas, tomándote las manos, acercándote a sus hijos, pidiendo por sus enfermos**... Cuida Señor en tus jóvenes sacerdotes la alegría de salir, de hacerlo todo como nuevo, la alegría de quemar la vida por ti.

En este Jueves sacerdotal le pido al Señor Jesús que confirme la alegría sacerdotal de los que ya tienen varios años de ministerio. Esa alegría que, sin abandonar los ojos, se sitúa en las espaldas de los que soportan el peso del ministerio, esos curas que ya le han tomado el pulso al trabajo, reagrupan sus fuerzas y se rearman: "cambian el aire", como dicen los deportistas. Cuida Señor la profundidad y sabia madurez de la alegría de los curas adultos. Que sepan rezar como Nehemías: "la alegría del Señor es mi fortaleza"..

Por fin, en este Jueves sacerdotal, pido al Señor Jesús que resplandezca la alegría de los sacerdotes ancianos, sanos o enfermos. Es la alegría de la Cruz, que mana de la conciencia de tener un tesoro incorruptible en una vasija de barro que se va deshaciendo. Que sepan estar bien en cualquier lado, sintiendo en la fugacidad del tiempo el gusto de lo eterno (Guardini). Que sientan la alegría de pasar la antorcha, la alegría de ver crecer a los hijos de los hijos y de saludar, sonriendo y mansamente, las promesas, en esa esperanza que no defrauda.

**27.- No os** **canséis jamás de ser misericordiosos**

Homilía en las ordenaciones del IV Domingo de Pascua (11-5-2014)

Estos hijos y hermanos nuestros han sido llamados al orden del presbiterado. Como bien sabéis, el Señor Jesús es el único sumo sa­cerdote del Nuevo Testamento, pero en él todo el pueblo santo de Dios ha sido constituido pueblo sacerdotal. No obstante, entre todos sus discípu­los, el Señor Jesús quiere escoger a algunos en especial para que, ejer­ciendo públicamente en la Iglesia, en su nombre, el oficio sacerdotal en fa­vor de todos los hombres, prosigan su misión personal de Maestro, Sacer­dote y Pastor.

Tras madura reflexión, vamos a ele­var al orden de los presbíteros a estos hermanos nuestros, para que, al servi­cio de Cristo Maestro, Sacerdote y Pastor, contribuyan a edificar el Cuer­po de Cristo, que es la Iglesia, como Pueblo de Dios y templo santo del Es­píritu.

Ellos quedarán, en efecto, configu­rados con Cristo, Sumo y Eterno Sa­cerdote, es decir, que serán consagra­dos como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento, y, por este título, que los une en el sacerdocio a su res­pectivo obispo, serán predicadores del Evangelio, pastores del Pueblo de Dios, y presidirán los actos de culto, particularmente la celebración del sa­crificio del Señor.

Por lo que respecta a vosotros, her­manos e hijos amadísimos, que vais a ser promovidos al orden del presbite­rado, considerad que, al ejercer el mi­nisterio de la sagrada doctrina, seréis partícipes de la misión de Cristo, úni­co Maestro. Dispensad a todos esa Palabra que vosotros mismos recibis­teis con alegría de vuestras madres, de vuestras catequistas. **Leed y meditad asiduamente la palabra del Señor** para creer lo que habéis leído, enseñar lo que habéis aprendido en la fe y vivir lo que habéis enseñado. Sirva, pues, de alimento al Pueblo de Dios vuestra doctrina, que no es vuestra: ¡**No sois dueños de las doctrina**! ¡Es la doctrina del Señor, y vosotros debéis ser fieles a la doctrina del Señor! Sirva, pues, de alimento al Pueblo de Dios vuestra doctrina; de alegría y de ayuda a los fieles de Cristo el perfume de vuestra vida, para que con la palabra y el ejemplo edifiquéis la Casa de Dios, que es la Iglesia.

Y así proseguiréis la obra santificadora de Cristo. **Mediante vuestro mi­nisterio, el sacrificio espiritual de los fieles alcanza su perfección** por su unión con el sacrificio de Cristo, que, a través de vuestras manos, en nombre de toda la Iglesia, es ofrecido de ma­nera incruenta en el altar durante la celebración de los sagrados misterios.

Reconoced, pues, lo que hacéis; imi­tad lo que celebráis, para que, partici­pando en el misterio de la muerte y re­surrección del Señor, llevéis la muerte de Cristo en vuestros miembros y ca­minéis con él en novedad de vida.

Con el bautismo agregaréis nuevos fieles al Pueblo de Dios; con el sacra­mento de la penitencia perdonaréis los pecados en nombre de Cristo y de la Iglesia. Y aquí quiero detenerme y pediros, por amor de Jesucristo: ¡**No os canséis jamás de ser misericordio­sos!** ¡Por favor! ¡Tened la capacidad de perdón que tuvo el Señor, que no vino a condenar, sino a perdonar! ¡Te­ned misericordia, mucha misericordia!

 Y si os asalta el escrúpulo de ser de­masiado «perdonadores», pensad en aquel santo cura del que os he habla­do, que acudía al sagrario y decía: «Señor, perdóname si he perdonado demasiado. ¡Pero fuiste tú el que me diste mal ejemplo!». Y yo os digo, en verdad: me causa mucho dolor en­contrarme con personas que no van ya a confesarse porque **han sido fus­tigadas, regañadas**. ¡Se han visto ce­rrar las puertas de las iglesias en sus propias narices! Por favor, no hagáis eso: ¡Misericordia, misericordia! El buen pastor entra por la puerta, y la puerta de la misericordia son las lla­gas del Señor: si no entráis en vuestro ministerio por las llagas del Señor, no seréis buenos pastores.

Con el óleo santo daréis alivio a los enfermos; celebrando los sagrados ri­tos y elevando en las distintas horas del día la oración de alabanza y de súplica, os haréis voz del Pueblo de Dios y de toda la humanidad.

Conscientes de haber sido escogi­dos entre los hombres y constituidos a favor de ellos para ocuparos de las cosas de Dios, ejerced con alegría y con caridad sincera la obra sacerdotal de Cristo, buscando únicamente com­placer a Dios, y no a vosotros mis­mos.

* pensad en lo que decía San Agus­tín de **los pastores que buscaban com­placerse a sí mismos**, que utilizaban a las ovejitas del Señor como alimento y para vestirse, para revestirse de la ma­jestad de un ministerio que no se sabía si era de Dios. Por último, participando en la misión de Cristo, Cabeza y Pastor, en comunión filial con vuestro obispo, comprometeos a reunir a los fieles en una sola familia, para conducirlos a Dios Padre, por medio de Cristo, en el Espíritu Santo. Tened siempre ante los ojos el ejemplo del Buen Pastor, que no vino para ser servido, sino para ser­vir, y para buscar y salvar lo que esta­ba perdido.

**28.- El** **celibato de los sacerdotes**

27 mayo de 2014

**El papa Francisco ha indicado en una entrevista que el celibato, una de las cuestiones más polémicas en la Iglesia católica, no es un dogma de fe.**

Los periodistas preguntaron al Papa, tras su viaje de regreso a Roma procedente de Palestina, su opinión sobre la carta que recibió hace unos días de un grupo de 26 mujeres enamoradas de sacerdotes. En la carta pedían no [prohibir](http://internacional.elpais.com/internacional/2014/05/27/actualidad/1401143865_393693.html) "un vínculo tan fuerte y hermoso", es decir, permitir que los curas puedan mantener relaciones sentimentales y casarse.

"La Iglesia católica tiene curas casados. Católicos griegos, católicos coptos, hay en el rito oriental. Porque no se debate sobre un dogma, sino sobre una regla de vida que yo aprecio mucho y que es un don para la Iglesia. Al no ser un dogma de fe, siempre está la puerta abierta", comentó el pontífice. Por lo tanto, los teólogos afirman que estas palabras podrían indicar una reforma del celibato. El pontífice también contestó a las preguntas sobre los abusos a menores dentro de la Iglesia. Aseguró que no va a tolerar ni a disculpar a curas culpables de pederastia. **Al no ser un dogma de fe, siempre está la puerta abierta**" En este momento hay tres obispos que están bajo investigación: uno ya está condenado y se está estudiando la pena que hay que ponerle. No existen privilegios. El sacerdote que hace esto traiciona el cuerpo del Señor porque, en vez de llevarlos a la santidad, abusa. Y esto es gravísimo", expresó su indignación el papa [Francisco](http://actualidad.rt.com/tag/Francisco).

**29.- En** **Getsemaní. Fidelidad a Jesús**

A sacerdotes, religiosos y seminaristas en Getsemaní: 26 de mayo de 2014

"Salió… al monte de los Olivos, y lo siguieron los discípulos".

Cuando llegó la hora señalada por Dios para salvar a la humanidad de la esclavitud del pecado, Jesús se retiró aquí, a Getsemaní, a los pies del monte de los Olivos. Nos encontramos en este lugar santo, santificado por la oración de Jesús, por su angustia, por su sudor de sangre; santificado sobre todo por su "sí" a la voluntad de amor del Padre. Sentimos casi temor de acercarnos a los sentimientos que Jesús experimentó en aquella hora; **entramos de puntillas** en aquel espacio interior donde se decidió el drama del mundo.

En aquella hora, Jesús sintió la necesidad de rezar y de tener junto a sí a sus discípulos, a sus amigos, que lo habían seguido y habían compartido más de cerca su misión. Pero aquí, **en Getsemaní, el seguimiento se hace difícil e incierto**; se hace sentir la duda, el cansancio y el terror. En el frenético desarrollo de la pasión de Jesús, los discípulos tomarán diversas actitudes en relación a su Maestro: de acercamiento, de alejamiento, de incertidumbre.

Nos hará bien a todos nosotros, obispos, sacerdotes, personas consagradas, seminaristas, preguntarnos en este lugar: **¿quién soy yo ante mi Señor que sufre?**

¿Soy de los que, invitados por Jesús a velar con él, **se duermen** y, en lugar de rezar, tratan de evadirse cerrando los ojos a la realidad?

¿Me identifico con aquellos que **huyeron por miedo**, abandonando al Maestro en la hora más trágica de su [vida](http://www.aciprensa.com/vida) terrena?

¿Descubro en mí el doblez, **la falsedad de aquel que lo vendió por treinta monedas**, que, habiendo sido llamado amigo, traicionó a Jesús?

¿Me identifico con los que **fueron débiles y lo negaron, como Pedro**? Poco antes, había prometido a Jesús que lo seguiría hasta la muerte; después, acorralado y presa del pánico, jura que no lo conoce.

¿Me parezco a aquellos que **ya estaban organizando su vida sin Él**, como los dos discípulos de **Emaús**, necios y torpes de corazón para creer en las palabras de los profetas?

O bien, gracias a Dios, ¿me encuentro entre aquellos que fueron fieles hasta el **final**, como la Virgen **María** y el apóstol **Juan**? Cuando sobre el Gólgota todo se hace oscuridad y toda esperanza parece apagarse, **sólo el amor es más fuerte que la muerte**. El amor de la Madre y del discípulo amado los lleva a permanecer a los pies de la [cruz](http://www.aciprensa.com/Catecismo/lacruz.htm), para compartir hasta el final el dolor de Jesús.

¿Me identifico con aquellos que han imitado a su Maestro y Señor hasta el **martirio**, dando testimonio de hasta qué punto Él lo era todo para ellos, la fuerza incomparable de su misión y el horizonte último de su vida?

**La amistad de Jesús con nosotros, su fidelidad y su misericordia son el don inestimable** que nos anima a continuar con confianza en el seguimiento a pesar de nuestras caídas, nuestros errores y nuestras traiciones.

Pero esta bondad del Señor **no nos exime de la vigilancia frente al tentador**, al pecado, al mal y a la traición que pueden atravesar también la vida sacerdotal y religiosa. Advertimos la **desproporción entre la grandeza de la llamada de Jesús y nuestra pequeñez**, entre la sublimidad de la misión y nuestra fragilidad humana. Pero el Señor, en su gran bondad y en su infinita misericordia, **nos toma siempre de la mano,** para que no perezcamos en el mar de la aflicción.

Él está siempre a nuestro lado, no nos deja nunca solos. Por tanto, **no nos dejemos vencer por el miedo y la desesperanza**, sino que con entusiasmo y confianza vayamos adelante en nuestro camino y en nuestra misión.

Ustedes, queridos hermanos y hermanas, están llamados a seguir al Señor con alegría en esta Tierra bendita. Es un don y una responsabilidad. Su presencia aquí es muy importante; toda la Iglesia se lo agradece y los apoya con la oración.

Desde este lugar santo deseo dirigir a todos un afectuoso saludo y deseo asegurarles que los recuerdo con afecto y los recuerdo con afecto. Los exhorto a ser testigos de la Pasión del Señor.

**Imitemos a la Virgen María y a San Juan**, y permanezcamos junto a las muchas cruces en las que Jesús está todavía crucificado. Éste es el camino en el que el Redentor nos llama a seguirlo. No hay otro, es este.

"El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí estará mi servidor".

**30.-** **La misericordia,** **corazón del Evangelio**

**El sacerdote en la confesión**

Discurso del Papa Francisco a los participantes en el Curso Anual sobre Fuero Interno

Organizado por la Penitenciaría Apostólica (28-5-2014)

Os doy la bienvenida con oca­sión del Curso Anual sobre Fuero Interno. Doy las gracias al cardenal Mauro Piacenza por las palabras con las que ha introducido este encuentro nuestro.

Desde hace un cuarto de siglo, la Penitenciaría Apostólica brinda, espe­cialmente a los neopresbíteros y a los diáconos, la oportunidad de este Cur­so para contribuir a la formación de buenos confesores, conscientes de la importancia de este ministerio. ¡Os doy las gracias por tan valioso servi­cio y os animo a llevarlo adelante con nueva entrega, atesorando la expe­riencia adquirida y con sabia creativi­dad, con el fin de ayudar cada vez mejor a la Iglesia y a los confesores a desempeñar el ministerio de la miseri­cordia, que tan importante es!

A este respecto, deseo presentaros algunas reflexiones.

Ante todo, el **protagonista del mi­nisterio de la reconciliación es el Espíri­tu Santo**. El perdón que el sacramento otorga es la nueva vida transmitida por el Señor resucitado por medio de su Espíritu: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20, 22-23). Por lo tanto, estáis lla­mados a ser siempre «hombres del Espíritu Santo», testigos y anunciado­res, alegres y fuertes, de la resurrec­ción del Señor. Este testimonio se lee en el rostro, **se oye en la voz del sa­cerdote** que administra con fe y con «unción» el sacramento de la reconci­liación. Él acoge a los penitentes **no con la actitud de un juez, y ni siquiera con la de un simple amigo, sino con la caridad de Dios**, con el amor de un padre que ve a su hijo que vuelve y le sale al encuentro, del pastor que ha recobrado la oveja perdida. El cora­zón del sacerdote es un corazón que sabe conmoverse, no por sentimenta­lismo o por mera emotividad, sino por las «entrañas de misericordia» del Se­ñor! Si es verdad que la tradición nos indica la **doble función de médico y de juez** que desempeña el confesor, no olvidemos nunca que, como médi­co, está llamado a curar, y, como juez, a absolver.

Segundo aspecto: si la reconcilia­ción transmite la vida nueva del Resu­citado y renueva la gracia bautismal, entonces es vuestro cometido **otorgar­la generosamente a los hermanos**. Otorgar esta gracia. Un sacerdote que no cuide esta parte de su ministerio, tanto en la cantidad de tiempo que le dedica como en la calidad espiritual, es como un pastor que no se ocupa de las ovejas perdidas; es como un padre que se olvida del hijo que ha perdido y no lo espera. ¡Pero **la mise­ricordia es el corazón del Evangelio**! No olvidéis esto: ¡La misericordia es el corazón del Evangelio! Es la buena noticia de que Dios nos ama, de que ama siempre al hombre pecador y con ese amor lo atrae a sí y lo invita a la conversión. No olvidemos que, a menudo, a los fieles les cuesta acer­carse a este sacramento, tanto por ra­zones prácticas como por la natural dificultad de confesar a otro hombre sus propios pecados. Por este motivo hemos de trabajar mucho sobre no­sotros mismos, sobre nuestra huma­nidad, para **no ser nunca un obstácu­lo y,** al contrario, favorecer siempre el acercamiento a la misericordia y al perdón. Muchas veces sucede que una persona viene y dice: «No me confieso desde hace muchos años; tuve tal problema y dejé la confesión porque me topé con un sacerdote que me dijo tal y tal», y en lo que esa per­sona cuenta se ve la imprudencia, la falta de amor pastoral. Y se alejan por una mala experiencia en la confesión. Si hay esta actitud de padre, que pro­cede de la bondad de Dios, esto no pasará nunca.

Y hay que guardarse de los dos ex­tremos opuestos: **el rigorismo y el la­xismo**. Ninguno de los dos es bueno, porque, en realidad, no se hacen car­go de la persona del penitente. En cambio, la misericordia escucha real­mente con el corazón de Dios, y quie­re acompañar al alma por el camino de la reconciliación. ¡La confesión no es un tribunal de condena, sino expe­riencia de perdón y de misericordia!

Por último, todos conocemos **las dificultades con las que frecuentemente se topa la confesión**. Son muchas las razones de ello, tanto históricas como espirituales. Sin embargo, nosotros sabemos que el Señor quiso hacer este inmenso obsequio a la Iglesia, ofreciendo a los bautizados la seguri­dad del perdón del Padre. Se trata de esto: la seguridad del perdón del Pa­dre. De ahí la gran importancia de que, en todas las diócesis y en las co­munidades parroquiales, se cuide de especial manera la celebración de este sacramento de perdón y de salvación. Es bueno que, en toda parroquia, **los fieles sepan cuándo pueden encontrar sacerdotes disponibles**: cuando hay fi­delidad, los frutos a la vista están. Ello vale especialmente para las iglesias encomendadas a comunidades reli­giosas, que pueden asegurar una pre­sencia constante de confesores.

Encomendemos a la Virgen, Madre de Misericordia, el ministerio de los sacerdotes y cada comunidad cristia­na, para que comprenda cada vez más el valor del sacramento de la peniten­cia. A todos os confío a nuestra Ma­dre y os bendigo de corazón.

**31. El sacerdote comunicador, buen** **samaritano**

Mensaje a Medios de comunicación social. 1 6 14

Entonces, ¿cómo se puede poner la comunicación al servicio de una auténtica cultura del encuentro? Para nosotros, discípulos del Señor, ¿qué significa encontrar una persona según el Evangelio? ¿Es posible, aun a pesar de nuestros límites y pecados, estar verdaderamente cerca los unos de los otros?

Estas preguntas se resumen en la que un escriba, es decir un comunicador, le dirigió un día a Jesús: «¿Quién es mi prójimo?» (Lc 10,29). La pregunta nos ayuda a entender la comunicación en términos de proximidad. Podríamos traducirla así: ¿cómo se manifiesta la «proximidad» en el uso de los medios de comunicación y en el nuevo ambiente creado por la tecnología digital? Descubro una respuesta en la parábola del buen samaritano, que es también una parábola del comunicador. En efecto, quien comunica se hace prójimo, cercano.

El buen samaritano no sólo se acerca, sino que se hace cargo del hombre medio muerto que encuentra al borde del camino. Jesús invierte la perspectiva: no se trata de reconocer al otro como mi semejante, sino de ser capaz de hacerme semejante al otro. Comunicar significa, por tanto, tomar conciencia de que somos humanos, hijos de Dios. Me gusta definir este poder de la comunicación como «proximidad».

Cuando la comunicación tiene como objetivo preponderante inducir al consumo o a la manipulación de las personas, nos encontramos ante una agresión violenta como la que sufrió el hombre apaleado por los bandidos y abandonado al borde del camino, como leemos en la parábola. El levita y el sacerdote no ven en él a su prójimo, sino a un extraño de quien es mejor alejarse. En aquel tiempo, lo que les condicionaba eran las leyes de la purificación ritual. Hoy corremos el riesgo de que algunos medios nos condicionen hasta el punto de hacernos ignorar a nuestro prójimo real.

No basta pasar por las «calles» digitales, es decir simplemente estar conectados: es necesario que la conexión vaya acompañada de un verdadero encuentro. No podemos vivir solos, encerrados en nosotros mismos. Necesitamos amar y ser amados. Necesitamos ternura. Las estrategias comunicativas no garantizan la belleza, la bondad y la verdad de la comunicación. El mundo de los medios de comunicación no puede ser ajeno de la preocupación por la humanidad, sino que está llamado a expresar también ternura. La red digital puede ser un lugar rico en humanidad: no una red de cables, sino de personas humanas. La neutralidad de los medios de comunicación es aparente: sólo quien comunica poniéndose en juego a sí mismo puede representar un punto de referencia. El compromiso personal es la raíz misma de la fiabilidad de un comunicador. Precisamente por eso el testimonio cristiano, gracias a la red, puede alcanzar las periferias existenciales.

Lo repito a menudo: entre una Iglesia accidentada por salir a la calle y una Iglesia enferma de autorreferencialidad, prefiero sin duda la primera. Y las calles del mundo son el lugar donde la gente vive, donde es accesible efectiva y afectivamente. Entre estas calles también se encuentran las digitales, pobladas de humanidad, a menudo herida: hombres y mujeres que buscan una salvación o una esperanza. Gracias también a las redes, el mensaje cristiano puede viajar «hasta los confines de la tierra» (Hch. 1,8). Abrir las puertas de las iglesias significa abrirlas asimismo en el mundo digital, tanto para que la gente entre, en cualquier condición de vida en la que se encuentre, como para que el Evangelio pueda cruzar el umbral del templo y salir al encuentro de todos.

Estamos llamados a dar testimonio de una Iglesia que sea la casa de todos.

¿Somos capaces de comunicar este rostro de la Iglesia? La comunicación contribuye a dar forma a la vocación misionera de toda la Iglesia; y las redes sociales son hoy uno de los lugares donde vivir esta vocación redescubriendo la belleza de la fe, la belleza del encuentro con Cristo. También en el contexto de la comunicación sirve una Iglesia que logre llevar calor y encender los corazones.

No se ofrece un testimonio cristiano bombardeando mensajes religiosos, sino con la voluntad de donarse a los demás «a través de la disponibilidad para responder pacientemente y con respeto a sus preguntas y sus dudas en el camino de búsqueda de la verdad y del sentido de la existencia humana» (Benedicto XVI, Mensaje para la XLVIII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 2014).

**32.** **Catequesis a sacerdotes y obispos sobre el don del sacerdocio**

**Catequesis del miércoles 12 de noviembre de 2014**

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En la catequesis anterior hemos evidenciado cómo el Señor continúa apacentando a su rebaño a través del ministerio de los obispos, ayudados por los presbíteros y por los diáconos. Es en ellos que Jesús se hace presente, en la potencia de su Espíritu y continúa sirviendo a la Iglesia, alimentando en ella la fe, la esperanza y el testimonio de la caridad. Estos ministerios constituyen, por lo tanto, un don grande del Señor para toda comunidad cristiana y para la Iglesia entera, porque son un signo vivo de su presencia y de su amor. Hoy queremos preguntarnos: ¿**qué se pide a estos ministros de la Iglesia para que puedan vivir en modo auténtico y fecundo** el propio servicio?

En las “Cartas pastorales” enviadas a sus discípulos **Timoteo y Tito**, el apóstol Pablo se detiene con atención sobre la figura de los **obispos, de los presbíteros y de los diáconos**, también sobre la figura de los **fieles, de los ancianos, de los jóvenes**. Se detiene en una descripción de cada cristiano de la Iglesia, delineando, para los obispos, presbíteros y diáconos  aquello a lo que ellos son llamados y las prerrogativas que deben ser reconocidas en los que son elegidos e investidos con estos ministerios.

Ahora, es emblemático como **junto a las dotes inherentes a la fe y la vida espiritual**, que no pueden ser descuidadas en la vida, sean enumeradas **algunas cualidades exquisitamente humanas**: la acogida, la sobriedad, la paciencia, la afabilidad, la fiabilidad, la bondad de corazón. Repito:

la acogida,

la sobriedad,

la paciencia,

la afabilidad,

la fiabilidad,

la bondad de corazón.

¡Éste es el alfabeto, la gramática de base de todo ministerio! ¡Debe ser la gramática de base de todo obispo, de todo sacerdote, de todo diácono! Sí, porque sin esta predisposición bella y genuina

a encontrar,

a conocer,

a dialogar,

a apreciar

y a relacionarse con los hermanos en modo respetuoso y sincero, no es posible ofrecer un servicio y un testimonio de verdad alegría y creíble.

Está luego una actitud de fondo que Pablo recomienda a sus discípulos y, en consecuencia, a todos los que son envestidos del ministerio episcopal, ya sean obispos, sacerdotes, presbíteros o diáconos. El apóstol exhorta a **reanimar continuamente el don recibido** (cfr. 1 Tm 4,14; 2 Tm 1,6). Esto significa que debe ser **siempre viva la conciencia** de que no se es obispos, sacerdotes o diáconos porque se es más inteligentes, más buenos y mejores que los otros, sino sólo **en virtud de un don, un don de amor prodigado por Dios**, en la potencia de su Espíritu, para el bien de su pueblo. Esta conciencia es verdaderamente importante y constituye una gracia que hay que pedir cada día. De hecho, un pastor que es consciente de que su propio ministerio proviene únicamente de la misericordia y del corazón de Dios, **nunca podrá asumir una actitud autoritaria**, como si todos estuvieran a sus pies y la comunidad fuera de su propiedad, su reino personal.

La conciencia de que **todo es un don, todo es don, todo es gracia**, ayuda a un pastor también a no caer en la **tentación de ponerse en el centro de la atención** y de **confiar sólo en sí mismo**: son las tentaciones

de la vanidad,

del orgullo,

de la suficiencia,

de la soberbia.

Ay si un obispo, sacerdote o diácono **pensase que lo sabe todo**, **que siempre tiene la respuesta** justa para cada cosa y que no necesita de nadie. Por el contrario, la conciencia de **ser él, primero, objeto de la misericordia y de la compasión** de Dios debe llevar a un ministro de la Iglesia a ser siempre humilde y comprensivo para con los demás.

Aún en la conciencia de ser llamado a custodiar con valentía el depósito de la fe (1 Tim 6:20), él se pondrá **en escucha de la gente**. Es consciente, de hecho, que **siempre tiene algo que aprender**, **incluso de aquellos que pueden estar todavía alejados de la fe y de la Iglesia**. Con sus propios hermanos, después, todo esto debe llevar a asumir una actitud nueva, encaminada al compartir, a la corresponsabilidad y a la comunión. (El Papa y un campesino juntos saben más que el Papa solo)

Queridos amigos, debemos ser siempre **agradecidos** al Señor, porque en la persona y el ministerio de los obispos, de los sacerdotes y diáconos, continúa guiando y formando a su iglesia, haciéndola crecer a lo largo del camino de la santidad. Al mismo tiempo, tenemos que **seguir rezando** para que los pastores de nuestras comunidades puedan ser imagen viva de la comunión y del amor de Dios. Gracias.

1. **A** **SEMINARISTAS**

**33. A seminaristas del** **Leoniano de Anagni**

4 de abril de 2014

No se están convirtiendo en “funcionarios de una empresa”, sino en “pastores a imagen de Jesús”. Fue la exhortación que el Papa Francisco dirigió este lunes a los seminaristas del Pontificio Colegio Leoniano de Anagni, fundado en 1897 por León XIII y que forma a los futuros sacerdotes de la región italiana de Lacio. Los seminaristas participaron en la audiencia luego de una peregrinación a pie, definida por el Papa como un “símbolo hermoso del camino” a recorrer en el amor de Cristo. Transformar los “proyectos vocacionales en fecunda realidad apostólica”. El Obispo de Roma sintetizó así la tarea del Leoniano, como de todos los demás seminarios y puso el acento sobre la “atmosfera evangélica”, que “consiente a cuantos en ella se sumergen asimilar día a día los sentimientos de Jesucristo, su amor por el Padre y por la Iglesia, su dedicación sin reservas al Pueblo de Dios”. E indicó en la "oración, estudio, fraternidad y vida apostólica" los "cuatro pilares de la formación":

“Ustedes, queridos seminaristas, ustedes **no se están preparando para realizar una profesión**, para convertirse en funcionarios de una **empresa** o de un organismo burocrático. Tenemos tantos, tantos sacerdotes **a mitad del camino**... Es un **dolor**, que ellos no hayan logrado realizar el camino completo; tienen algo de los funcionarios, alguna dimensión burocrática y esto no hace bien a la Iglesia. Les pido, ¡estén atentos a no caer en eso! Ustedes se están convirtiendo en pastores a imagen de Jesús el Buen Pastor, para ser como Él y en persona de Él en medio de su rebaño, para apacentar a sus ovejas”.

“Frente a esta vocación – dijo el Pontífice – podemos responder como la Virgen María al ángel: **‘¿Cómo es posible esto?**’”. Convertirse en “buenos pastores” a imagen de Jesús , observó Francisco, “es una cosa tan grande, y nosotros somos tan pequeños”, pero en realidad “no es obra nuestra”, “es obra del Espíritu Santo, con nuestra colaboración”:

“Se trata de ofrecerse uno mismo con humildad, **como arcilla para modelar**, para que el alfarero, que es Dios, la trabaje con el agua y el fuego, con la Palabra y el Espíritu. Se trata de entrar en aquello que dice san Pablo: ‘ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí’ (Gal 2,20). Solamente así se puede ser diacono y presbítero en la Iglesia, solo así se puede apacentar al pueblo de Dios y guiarlo no por nuestros caminos, sino por el camino de Jesús, es más , sobre el camino que es Jesús ”.

Es verdad, dijo el Papa, “que **al inicio, no siempre existe una total rectitud de intenciones**”, agregando que “**es difícil que exista**”:

“Todos nosotros hemos tenido siempre esas pequeñas cosas que no eran de rectitud de intención, pero con el tiempo esto se resuelve con la conversión de cada día. ¡**Pensemos en los apóstoles**! Piensen en Santiago y Juan, en que uno quería convertirse en primer ministro y el otro en ministro de economía, porque era más importante. Los apóstoles ... pensaban en otras cosas y el Señor con tanta paciencia ... ha hecho la corrección de la intención y al final era tanta su rectitud de intención que han dado la vida en la predicación y en el martirio".

Francisco subrayó así la importancia de “**meditar el Evangelio cada día, para transmitirlo con la vida y la predicación**”. Y además, “experimentar la misericordia de Dios en el sacramento de la Reconciliación, y esto no dejarlo jamás". "¡**Confesarse siempre**!", exhortó, y "así se convertirán en **ministros generosos y misericordiosos porque sentirán la misericordia de Dios sobre ustedes** para convertirse en ministros generosos y misericordiosos”. Ser buenos pastores, agregó, “significa alimentarse de la Eucaristía con amor, para nutrir con ella al pueblo cristiano”, “significa ser **hombres de oración**, para convertirse en **voz de Cristo que alaba al Padre e intercede continuamente por los hermanos**”. Si ustedes “**no están dispuestos a seguir este camino**, con estas actitudes y estas experiencias – advirtió el Papa a los seminaristas – **es mejor que tengan el valor de buscarse otro camino**”:

“**En la Iglesia hay tantas formas** de dar testimonio cristiano y también tantos caminos que conducen a la santidad. En la secuela ministerial de Jesús no hay lugar para la mediocridad, aquella **mediocridad** que lleva siempre a usar al santo pueblo de Dios para ventaja propia. ¡**Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos**! ¿Acaso los pastores no deben apacentar el rebaño? – exclamaban los Profetas (cfr. Ez 34,1-6), con cuánta fuerza”.

Agustín, continuó diciendo el Santo Padre, toma esta frase profética en su De Pastoribus. “Ay de los malos pastores – advirtió el Papa – porque el seminario, digamos la verdad no es un refugio para tantas limitaciones que podamos tener, un refugio de limitaciones psicológicas o un refugio porque no tengo el coraje de ir adelante en la vida y busco allí un lugar que me defienda”:

“No, no es aquello. **Si su seminario fuese eso, ¡se convertiría en una hipoteca para la Iglesia**! No, el seminario es precisamente para ir adelante, adelante en este camino y cuando escuchamos a los profetas decir ‘¡ay!’ que este ‘¡ay!’ nos haga reflexionar seriamente sobre su futuro. Una vez Pío XI dijo que era mejor perder una vocación que arriesgar con un candidato inseguro. Era un alpinista, conocía esas cosas”.

El Papa concluyó su discurso confiando los seminaristas a la Virgen María. “Los místicos rusos – observó – decían que en el momento de las turbulencias espirituales es necesario refugiarse bajo el manto de la Santa Madre de Dios”. Por lo tanto salir, pero **“cubiertos con el manto” de María**.

**34.- A Alumnos de los** **Pontificios colegios de Roma. Preguntas**

**12 de mayo de 2014**

El encuentro tuvo la forma de diálogo. Durante más de una hora, tras el saludo del Cardenal Beniamino Stella, Prefecto de la Congregación para el Clero, el Papa respondió espontáneamente, sin papeles, a las preguntas de seminaristas y sacerdotes que estudian en Roma.

Buenos días, os agradezco mucho vuestra presencia. Le doy las gracias al Cardenal Stella por sus palabras, y os pido perdón por el retraso. Sí, porque están aquí los Obispos mexicanos en visita ad Limina… y cuando estás con los mexicanos, se está tan bien, tan bien, que el tiempo pasa sin darte cuenta.

A los 146 de vosotros que sois de los países del Medio Oriente, y algunos de Ucrania, quiero deciros que estoy muy cerca de vosotros en este momento de sufrimiento: de verdad, ¡muy cerca!, con la oración. ¡Se sufre tanto en la Iglesia! Sufre mucho la Iglesia, y la Iglesia que sufre es también la Iglesia perseguida en algunos sitios. ¡Yo estoy muy cerca de vosotros! Gracias. Y ahora quisiera que… Había unas preguntas, yo las he vistos, pero si queréis cambiarlas o hacerlas un poco más espontáneas, no hay ningún  problema, con toda libertad.

**1.- Buenos días, Santo Padre. Me llamo Daniel, vengo de los Estados Unidos, soy diácono y estoy en el Colegio Norteamericano. Nosotros hemos venido a Roma sobre todo por una formación académica y para mantener la fe en ese empeño. ¿Cómo no descuidar una formación sacerdotal integral, tanto a nivel personal como comunitario? Gracias.**

Gracias por la pregunta. Es verdad: el fin principal de vosotros, aquí, es la formación académica: hacer la tesis en esto, o en aquello… Pero está el peligro del academicismo. Sí, los Obispos os envían aquí para que tengáis un título, pero también para volver a la diócesis. Pero en la diócesis tenéis que trabajar en el presbiterio, como presbíteros titulados. Y si uno cae en ese peligro del academicismo, vuelve no el ‘padre’, sino el ‘doctor’. Y eso es peligroso.

Hay cuatro pilares en la formación sacerdotal: esto lo he dicho muchas veces, quizá ya me lo hayáis oído. Cuatro pilares: la formación espiritual, la formación académica, la formación comunitaria y la formación apostólica. Es verdad que aquí, en Roma, se subraya —y para eso estáis aquí— la formación intelectual; pero los otros tres pilares hay que cultivarlos, y los cuatro interactúan entre sí, por lo que yo no entendería un cura que venga a conseguir un título aquí, en Roma, y que no tenga una vida comunitaria —eso no va—, o no cuide la vida espiritual —la Misa diaria, la oración diaria, la lectio divina, la oración personal con el Señor—, o la vida apostólica. En el fin de semana hacer algo, cambiar un poco de aires, pero también aires apostólicos, hacer algo… Es verdad que el estudio es una dimensión apostólica; pero es importante que también los otros tres pilares se cuiden.

El purismo académico no sienta bien: nada bien. Y por eso me ha gustado tu pregunta, porque me da la oportunidad de deciros estas cosas. El Señor os ha llamado a ser sacerdotes, a ser presbíteros: esta es la regla fundamental. Pero hay otra cosa que quisiera subrayar: si solo se ve la parte académica, está el peligro de deslizarse en ideologías, y eso nos enferma. Y enferma también la concepción de la Iglesia. Para entender la Iglesia hay que comprenderla desde el estudio, pero también desde la oración, desde la vida comunitaria y desde la vida apostólica. Cuando caemos en una ideología, y vamos por ese camino, tendremos una hermenéutica no cristiana, una hermenéutica de la Iglesia ideológica. Y eso hace daño, es una enfermedad. La hermenéutica de la Iglesia debe ser la hermenéutica que la misma Iglesia nos ofrece, la que la misma Iglesia nos da. Comprender la Iglesia con ojos de cristiano; entender la Iglesia con mente de cristiano; comprender la Iglesia con corazón cristiano; entender la Iglesia desde la actividad cristiana. Si no, la Iglesia no se comprende, o acaba malentendida. Por eso, es importante subrayar, sí, el trabajo académico porque para eso estáis aquí; pero sin descuidar los otros tres pilares: la vida espiritual, la vida comunitaria y la vida apostólica. No sé si esto responde a tu pregunta… Gracias.

**2.- Buenos días, Santo Padre. Soy Tomás, de China. Soy seminarista del Colegio Urbano. A veces, vivir en comunidad no es fácil: ¿qué nos aconseja, partiendo también de su experiencia, para hacer de nuestra comunidad un lugar de crecimiento humano y espiritual y de ejercicio de caridad sacerdotal?**

Una vez, un viejo obispo de América Latina decía: “Es mucho mejor el peor seminario que el no-seminario”. Si uno se prepara para el sacerdocio solo, sin comunidad, eso hace daño. La vida del seminario, es decir, la vida comunitaria, es muy importante. Es muy importante porque se comparte con los hermanos que caminan al sacerdocio, y también hay problemas, habrá peleas: luchas de poder, luchas de ideas, hasta luchas ocultas; y salen los vicios capitales: la envidia, los celos… Pero también salen las cosas buenas: las amistades, el intercambio de ideas, y eso es lo importante de la vida comunitaria. La vida comunitaria no es el paraíso: si acaso, el purgatorio… No, no es eso, ¡pero tampoco el paraíso! Un santo jesuita decía que la mayor penitencia, para él, era la vida comunitaria. Es verdad ¿no? Por eso creo que debemos avanzar en la vida comunitaria. ¿Cómo? Hay cuatro o cinco cosas que nos ayudarán mucho. ¡Nunca jamás criticar a los demás! Si tengo algo contra otro, o no soy de su opinión: ¡a la cara! Porque nosotros, los clérigos, tenemos la tentación de no hablar a la cara, de ser demasiado diplomáticos, con ese lenguaje clerical, ¿verdad? ¡Pues, nos hace daño! ¡Está mal!

Recuerdo una vez, hace 22 años, que acababa de ser nombrado obispo, y tenía como secretario en aquella vicaría —Buenos Aires se divide en cuatro vicarías— a un sacerdote joven, recientemente ordenado. En los primeros meses hice algo y tomé una decisión un poco diplomática —demasiado diplomática— con las consecuencias que vienen de las decisiones que no se toman con el Señor. Al final le dije: “Mira qué problema tengo, y no sé cómo arreglarlo”. Él me miró a la cara —era muy joven— y me dijo: “Ha hecho usted mal: no ha tomado una decisión paterna”, y me dijo tres o cuatro cosas de esas fuertes. Luego, cuando se fue, pensé: A este no lo alejaré nunca del puesto de secretario: ¡este es un verdadero hermano!

En cambio, los que te dicen las cosas bonitas por delante y luego no tan bonitas por detrás… Es importante esto… Las murmuraciones son la peste de una comunidad: se habla a la cara, siempre. Y si no tienes el valor de hablar a la cara, habla con el superior o con el director, y él te ayudará. Pero no ir por las habitaciones de los compañeros para criticar. Se dice que murmurar es cosa de mujeres: ¡pues también de varones, también de nosotros! ¡Murmuramos mucho! Y eso destruye la comunidad. Otra cosa es oír, escuchar las diversas opiniones y discutirlas, pero bien, buscando la verdad, buscando la unidad: eso ayuda a la comunidad.

Una vez, acudí a mi padre espiritual —era yo estudiante de filosofía; él era un filósofo, un metafísico, pero era un buen padre espiritual— y salió el problema de que tenía rabia contra uno. "Contra este, por esto, y esto, y esto…"; le dije al padre espiritual todo lo que llevaba dentro. Él me hizo una sola pregunta: “Dime, ¿has rezado por él?”. Nada más. Y yo le dije: “No”. Y él se quedó callado. “Pues hemos terminado”, me dijo. Rezar, rezar por todos los miembros de la comunidad, y rezar principalmente por aquellos con los que tengo problemas o a los que no quiero tanto, porque no querer a una persona algunas veces es algo natural, instintivo. Rezar, y el Señor hará el resto. Pero rezar siempre. La oración comunitaria. Os aseguro que si hacéis esas dos cosas, la comunidad irá adelante, se podrá vivir bien, se podrá hablar bien, se podrá discutir bien, se podrá rezar bien juntos. Dos cosas pequeñas: no murmurar de los demás y rezar por aquellos con los que tengo problemas. Puedo decir más, pero creo que esto es suficiente.

**3.- Buenos días, Santo Padre. Me llamo Charbelle, soy un seminarista del Líbano y me estoy formando en el Colegio Sedes Sapientiae. Antes de hacer la pregunta, quisiera agradecerle su cercanía a nuestro pueblo del Líbano y de todo el Medio Oriente. Mi pregunta es esta: el año pasado dejó usted su tierra y su patria. ¿Qué nos recomienda para gestionar mejor nuestra llegada y estancia en Roma?**

Bueno, es diferente vuestra llegada a Roma que el cambio de diócesis que me han hecho a mí: es un poco diferente, pero está bien… Recuerdo la primera vez que dejé mi tierra para venir a estudiar aqui… Primero está la novedad, es la novedad de las cosas, y debemos ser pacientes con nosotros mismos. Los primeros tiempos son como un tiempo de confianza: todo es bonito, ah, las novedades, las cosas…; pero eso no está mal, es así. A todos nos pasa, a todos nos ocurre que las cosas sean así. Y luego, volviendo a uno de los pilares, lo primero la integración en la vida de la comunidad y en la vida del estudio, directamente. He venido para eso, a hacer eso. Y luego, buscar un trabajo para el fin de semana, un trabajo apostólico: es importante. No quedarse encerrados ni estar dispersos. Pero los primeros tiempos son los tiempos de las novedades: "me gustaría hacer esto, ir a ese museo, o a esa película, o esto, aquello…". Pues adelante, no te preocupes, es normal que pase eso. Pero luego, tomarlo en serio. ¿Qué he venido a hacer? Estudiar. Estudia en serio. Y aprovecha tantas oportunidades que nos da esta estancia. La novedad de la universalidad: conocer gente de tantos sitios diferentes, de tantos Países distintos, de tantas culturas diversas; la oportunidad del diálogo entre vosotros: "¿Cómo es esto en tu patria? ¿Y cómo es aquello? Pues en la mía es…"; Este intercambio hace mucho bien, mucho bien. Creo que sencillamente no diría más. Pero no te asustes por la alegría de las novedades: es la alegría del primer noviazgo, antes de que empiecen los problemas. Adelante. Pero luego, tómatelo en serio.

**4.- Buenos días, Santo Padre. Soy Daniel Ortíz y soy mexicano. Aquí es Roma vivo en el Colegio María Mater Ecclesiae. Santidad, en la fidelidad a nuestra vocación necesitamos un constante discernimiento, vigilancia y disciplina personal. Usted, ¿cómo lo hizo, cuando era seminarista, cuando era sacerdote, cuando era obispo y ahora como Pontífice? ¿Qué nos aconseja al respecto? Gracias.**

Gracias. Tú has dicho la palabra vigilancia. Eso es una actitud cristiana: la vigilancia. La vigilancia de uno mismo: ¿qué pasa en mi corazón? Porque donde está mi corazón está mi tesoro. ¿Qué pasa ahí? Dicen los Padres orientales, que se debe conocer bien si mi corazón está en una turbulencia o mi corazón es tranquillo. Primera pregunta: vigilancia de tu corazón: ¿está in turbulencia? Si está en turbulencia, no se puede ver lo que hay dentro. Como el mar, ¿verdad? No se ven los peces cuando el mar está agitado.

El primer consejo, cuando el corazón esté en turbulencia, es el consejo de los Padres rusos: acudir bajo el manto de la Santa Madre de Dios. Acordaos que la primera antífona latina es esa, precisamente: Sub tuum presidium confúgimus Sancta Dei Genitrix. Lo primero, ir ahí, y esperar a que haya un poco de calma: con oración, con confianza en la Virgen. Es curioso, ¿verdad? Vigilar. ¿Hay turbulencia? Lo primero, ir allí, y esperar allí a que haya un poco de clama: con la oración, con confianza en la Virgen… Alguno de vosotros me dirá: “Pero, en este tiempo de tan buena modernidad, de psiquiatría, de psicología, en esos momentos de turbulencia creo que sería mejor ir al psiquiatra para que me ayude”. No lo descarto, pero antes ir a la Madre: porque un cura que se olvida de la Madre, y sobre todo en los momentos de turbulencia, algo le falta. Es un cura huérfano: ¡se ha olvidado de su madre! En los momentos difíciles es cuando el niño va acude a su madre, siempre. Y nosotros somos niños en la vida espiritual: ¡no lo olvidéis nunca! Vigilar cómo está mi corazón. Tiempo de turbulencia, ir a buscar refugio bajo el manto de la Santa Madre de Dios. Así lo dicen los monjes rusos, y en verdad es así.

¿Y luego qué hago? Procuro entender lo que sucede, pero siempre en paz. Entender en paz. Luego, vuelve la paz y puede hacer la discussio conscientiae. Cuando estoy en paz no hay turbulencia: “¿Qué ha pasado hoy en mi corazón?”. Eso es vigilar. Vigilar no es ir a la sala de tortura, es mirar el corazón. Tenemos que ser dueños de nuestro corazón. ¿Qué siente mi corazón, qué busca? ¿Qué me ha hecho hoy feliz y qué no me ha hecho feliz? No acabéis la jornada sin hacerlo. Una pregunta que y o hacía, como obispo, a los sacerdotes, era: “Dime, ¿cómo te vas a la cama?”. Y ellos no me entendían. “¿Qué quiere decir?”. “Sí, ¿que cómo acabas el día?”. “Oh, destrozado, porque hay mucho trabajo en la parroquia, muchísimo… Luego ceno un poco, me tomo un bocado y me voy a dormir, o veo la tele y me relajo un poco…”. “¿Y no pasas antes por el sagrario?”. Hay cosas que nos hacen ver dónde está nuestro corazón. Nunca, jamás —y esto es vigilancia— terminar la jornada sin ir un poco allí, al sagrario, delante del Señor: mirar y preguntar. ¿Qué ha pasado en mi corazón? En los momentos tristes, en los momentos felilces: ¿cómo era esa tristeza? ¿Cómo era esa alegría? Eso es vigilancia. Vigilar también las depresiones y los entusiasmos. “Hoy estoy flojo, no sé lo que me pasa”. Vigilar: ¿por qué estoy flojo. Quizá tengas que ir a alguien que te ayude. Eso es vigilancia. “¡Estoy feliz!". ¿Por quéestoy feliz hoy? ¿Qué ha pasado en mi corazón? Esto no es una introspección estéril, no, no. Eso es conocer el estado de mi corazón, mi vida, cómo camino por la senda del Señor. Porque si no hay vigilancia, el corazón se va por todas partes, y la imaginación va detrás: “venga, venga…”; y luego se puede acabar nada bien. Me gusta la pregunta sobre la vigilancia. No son cosas antiguas, no son cosas superadas. Son cosas humanas, y como todas las cosas humanas, son eternas. Las llevaremos siempre con nosotros. Vigilar el corazón era propio la sabiduría de los primeros monjes cristianos, enseñaban eso, a vigilar el corazón.

¿Puedo hacer un paréntesis? ¿Por qué he hablado de la Virgen? Yo os aconsejo lo que os he dicho antes: buscar refugio… Un buen trato con la Virgen nos ayuda a tener un buen trato con  la Iglesia: las dos son Madres. Conoceréis el bonito texto de San Isaac, abad de la Estrella: lo que se pude decir de María se puede decir de la Iglesia y también de nuestra alma. Las tres son femeninas, las tres son Madres, las tres dan vida. El trato con la Virgen es un trato de hijo… Vigilad eso: si no se tiene un buen trato con la Virgen, entonces se está huérfano de corazón. Recuerdo una vez, hace 30 años, que estaba en el Norte de Europa. Tenía que ir allí por la educación de la Universidad de Córdoba (Argentina), se la que yo era en aquel momento Vicecanciller. Y me invitó una familia de católicos practicantes, en un país que estaba demasiado secularizado. En la cena, tenían muchos niños, eran católicos practicantes,  los dos profesores universitarios y ambos también catequistas. En determinado momento, hablando de Jesucristo —entusiastas de Jesucristo; hablo de hace 30 años— dijeron esto: “Sí, gracias a Dios, hemos superado la etapa de la Virgen…”. “¿Cómo?”, pregunté. Sí, porque hemos descubierto a Jesucristo, y ya no la necesitamos”. Me quedé un poco dolorido, no lo entendí bien. Y estuvimos hablando un poco de eso. ¡Eso no es madurez, no es madurez! Olvidar a la madre es una cosa fea. Y, por decirlo de otra manera: si no quieres a la Virgen como Madre, seguro que la tendrás como suegra. Y eso no es bueno. Gracias.

**5.- ¡Viva Jesús, viva María! Gracias, Santo Padre, por sus palabras sobre la Virgen. Me llamo don Ignacio y vengo de Manila, Filipinas. Estoy haciendo el doctorado en mariología en la Pontificia Facultad Teológica Marianum, y resido en el Pontificio Colegio Filipino. Santo Padre, mi pregunta es: la Iglesia necesita pastores capaces de guiar, gobernar, comunicar como nos reclama el mundo de hoy. ¿Cómo se aprende y se ejercita el liderazgo en la vida sacerdotal, asumiendo el modelo de Cristo que se anonadó asumiendo la cruz, la muerte en la cruz? ¿Asumiendo la condición de siervo hasta la muerte de cruz? Gracias.**

Pues tu obispo, el cardenal Tagle, es un gran comunicador. El liderato, ese es el centro de la pregunta. Solo hay un camino —luego hablaré de los pastores—, para el liderazgo solo hay un camino: el servicio. No hay otro. Si tienes muchas cualidades, como comunicar, etc., pero no eres servidor, tu liderato se caerá, no sirve, no es capaz de convocar. Solo el servicio: estar al servicio. Recuerdo a un padre espiritual muy bueno: la gente acudía a él tanto, que a  veces no podía rezar todo el breviario. Y por la Niche, iba al Señor y decía: “Señor, mira, no he hecho tu voluntad, ¡ni siquiera la mía! ¡He hecho la voluntad de los demás! Y así, los dos —el Señor y él— se consolaban. El servicio es hacer, muchas veces, la voluntad de los demás. Un sacerdote que trabajaba en un barrio muy humilde —¡muy humilde!— una villa miseria, una favela, dijo: “Yo tendría que cerrar las ventanas, las puertas, todas, porque a veces es tanto, tanto lo que me piden: esta cosa espiritual, esta cosa material, que al final desearía cerrar todo. Pero esto no es del Señor”, decía. Es verdad: cuando no hay servicio, no puedes guiar al pueblo. El servicio del pastor. El pastor debe estar siempre a disposición de su pueblo. El pastor tiene que ayudar al pueblo a crecer, a caminar.

Ayer, en la lectura me entró curiosidad porque en el Evangelio se decía el verbo “empujar”: el pastor empuja a las ovejas para que salgan a buscar hierba. Me pareció curioso: las hace salir, las obliga con fuerza. El original tiene un tono parecido: “hace salir”, pero con fuerza. Es como echarlas fuera: ¡salid, salid! El pastor debe ir delante, para indicar el camino; otras veces, en mdedio, para saber lo que pasa; y muchas veces detrás, para ayudar a las últimas y también para seguir el olfato de las ovejas que saben dónde está la hierba buena.

San Agustín, tomándolo de Ezequiel, dice que el pastor debe estar al servicio de las ovejas y subraya dos peligros: el pastor que se aprovecha de ñas ovejas para comer, para sacar dinero, por interés económico o material, y el  pastor que se aprovecha de las ovejas para vestirse bien. La carne y la lana, dice San Agustín. Leed el sermón De Pastoribus. Hay que leerlo y releerlo. Sí, son los dos pecados de los pastores: el dinero, que los hace ricos y hacen las cosas por dinero —pastores negociantes— y la vanidad, son los pastores que se creen en un estado superior a su pueblo, despegados —pastores príncipes—. El pastor-negociante y el pastor-príncipe. Esas son las dos tentaciones que San Agustín, retomando el texto de Ezequiel, dice en su sermón. Es verdad, un pastor que se busca a sí mismo, sea por el camino del dinero o por el camino de la vanidad, no es un servidor, no tiene verdadero liderazgo. La humildad debe ser el arma del pastor: humilde, siempre al servicio. Tiene quebuscar el servicio. Y no es fácil ser humilde, no, no es fácil. Dicen los monjes del desierto que la vanidad es como la cebolla: cuando cojes una cebolla le vas quitando capas hasta que, al final, no llegas a nada y sólo te queda el olor a cebolla. Eso dicen los monjes del desierto. Así es la vanidad. Una vez, oí a un jesuita —bueno, un hombre bueno— pero era tan vanidoso, tan vanidoso… Y todos le decíamos: “¡Eres vanidoso!”, pero era tan bueno que le perdonábamos siempre. Y se fue a hacer los ejercicios espirituales, y cuando volvió nos dijo a todos, en la comunidad: “¡Qué hermosos ejercicios! He estado ocho días en el cielo, y he visto que soy muy vanidoso. Pero, gracias a Dios, he vencido todas las pasiones”. Así es la vanidad. Es tan difícil quitar la vanidad de un cura. Pero el Pueblo de Dios te perdona tantas cosas. Te perdona si has tenido un resbalón, afectivo, te lo perdona. Te perdona si te has tomado un poco más de vino, te lo perdona. Pero no te perdona si eres un pastor apegado al dinero, si eres un pastor vanidoso que no trata bien a la gente —porque el vanidoso no trata bien a la gente—. Dinero, vanidad y orgullo: los tres escalones que nos llevan a todos los pecados. El pueblo de Dios comprende nuestras debilidades, y las perdona; ¡pero esas dos no las perdona! ¿Es curioso, verdad? Estos dos defectos debemos luchar para no tenerlos.

Así que el liderato debe ir al servicio, pero con amor personal a la gente. De un párroco escuché una vez: “Aquel hombre conocía el nombre de toda la gente de su barrio, ¡hasta el nombre de los perros! ¡Qué bonito! Era cercano, conocía a cada uno, sabía la historia de todas las familias, lo sabía todo. Y ayudaba. Era tan cercano… Cercanía, humildad, pobreza y sacrificio. Recuerdo a los viejos párrocos de Buenos Aires, cuando no había móviles, que dormían con el teléfono al lado. No se moría nadie sin los sacramentos. Los llamaban a cualquier hora: se levantaban y acudían. Servicio, servicio. Y como obispo sufrí cuando llamaba a una parroquia y me respondía el contestador… ¡Así no hay liderazgo! ¿Cómo puedes conducir un pueblo si no lo escuchas, si no estás al servicio? Estas son las cosas que me han venido así, un poco en desorden, para responder a tu pregunta.

**6.- Buenos días, Santo Padre. Me llamo don Sèrge y vengo de Camerún. Mi formación se desarrolla en el Colegio San Pablo Apóstol. Esta es mi pregunta: cuando volvamos a nuestras diócesis y comunidades, seremos llamados a nuevas responsabilidades ministeriales y a nuevas tareas formativas. ¿Cómo podemos hacer convivir de modo equilibrado todas las dimensiones de la vida ministerial: la oración, los encargos pastorales, las tareas formativas, sin descuidar ninguna de ellas? Gracias.**

Hay una pregunta a la que no he respondido: quizá se me ha pasado —¡el inconsciente es deshonesto!— y quiero unirla a esta. Me preguntaban: “¿Cómo hace usted, como Papa, estas cosas?”. Responderé a la tuya, contándote, con sencillez, lo que hago yo para no descuidar las cosas. La oración. Procuro, por la mañana, rezar Laudes y hacer un rato de oración —la lectio divina— con el Señor. Eso, cuando me levanto. Y después celebro la Misa. Luego comienza el trabajo: el trabajo que un día es de un tipo y otro día de otro. Procuro hacerlo en orden. A mediodía almuerzo, y luego un poco de siesta; después de la siesta, a las tres rezo Vísperas. Si no les rezo a esa hora, luego no podré rezarlas. Y también la lectura, el Oficio de lecturas del día siguiente. Después, el trabajo de la tarde, las cosas que haya que hacer. Después, hago un poco de adoración y rezo el Rosario; cena, y a dormir. Este es el esquema. Pero algunas veces no se puede hacer todo, porque me dejo llevar por exigencias poco prudentes: demasiado trabajo, o creer que si no lo hago hoy, no lo haré mañana, y entonces cae la adoración, cae la siesta… También aquí, la vigilancia: vosotros volveréis a la diócesis y os sucederá lo que me pasa a mí: es normal. El trabajo, la oración, un poco de tiempo para descansar, salir de casa, caminar un poco, todo eso es importante, pero tendréis que regularlo con la vigilancia y también con los consejos que os den. Lo ideal es terminar la jornada cansados: eso es lo ideal. No necesitar pastillas para dormir: acabar cansado. Pero con un buen cansancio, no con un cansancio imprudente, porque eso sienta mal a la salud y, a la larga, se paga caro. Veo la cara de Sandro (secretario del Papa), que ríe y dice: “¡Pues usted no lo hace!”. Es verdad. Eso es lo ideal, pero no siempre lo hago, porque también yo soy pecador, y no siempre soy tan ordenado. Pues eso debes hacer tú.

**7.- Buenos días, Santo Padre, soy Fernando Rodríguez, un sacerdote de México ordenado hace un mes, y vivo en el Colegio mexicano. Santo Padre, Usted nos ha recordado que la Iglesia necesita una nueva evangelización. Incluso, en la Evangelii gaudium, se ha detenido en la preparación de la predicación, en la homilía y en el anuncio como forma de un diálogo apasionado entre un pastor y su pueblo. ¿Podría volver sobre este tema de la nueva evangelización? Y también, Santidad, nos preguntamos cómo debería ser un sacerdote para la nueva evangelización. ¿Cuál o cuáles deberían ser sus rasgos característicos? Gracias.**

Cuando san Juan Pablo II habló —yo creía que por primera vez, pero luego me han dicho que no era la primera vez— sobre la nueva evangelización, fue es Santo Domingo en 1992. Y dijo que debe ser nueva en la metodología, en el ardor, en el celo apostólico, y la otra no la recuerdo. ¿Quién lo recuerda? ¡La expresión! Buscar una expresión que sea acorde a los tiempos. Y, para mí, en el Documento de Aparecida está muy claro. El Documento de Aparecida lo desarrolla muy bien.

Para mí la evangelización supone salir de uno mismo; supone la dimensión de lo trascendente: lo trascendente en la adoración de Dios, en la contemplación y lo trascendente con los hermanos, con la gente. ¡Salir, salir! Para mí esto es el núcleo de la evangelización. Y salir significa llegar a, es decir, cercanía. ¡Si no sales de ti mismo, nunca tendrás cercanía! Cercanía. Estar cerca de la gente, cerca de todos, de todos de los que tenemos que estar cerca. Toda la gente. Salir. Cercanía. No se puede evangelizar sin cercanía. Una cercanía cordial, de amor, incluso cercanía física: “estar cerca de”. Y tú has unido a eso la homilía.

El problema de las homilías aburridas —por así decir— es que no hay cercanía. Precisamente en la homilía se mide la cercanía del pastor a su pueblo. Si hablas en la homilía, digamos que 20, 30 o hasta 40 minutos —y no es fantasía; esto pasa—, hablarás de cosas abstractas o de verdades de la fe, pero no haces una homilía; das una clase, que es algo distinto, y no estás cerca de la gente. Por eso son importantes las homilías, para calibrar, para conocer bien la cercanía del sacerdote. Creo que, en general, nuestras homilías no son buenas, no son precisamente del género literario homilético: son conferencias, o lecciones, o reflexiones. Pero la homilía —y esto preguntadlo a los profesores de teología—, la homilía en la Misa es Palabra de Dios fuerte, es un sacramental. Para Lutero era casi un sacramento: era ex opere operato, la Palabra predicada; para otros era solo ex opere operantis. Yo creo que está en medio, un poco ambas cosas. La teología de la homilía es casi un sacramental. Es distinto que decir palabras sobre un tema. Es otra cosa. Las homilías no son conferencias, tienen que ser otra cosa: suponen oración, suponen estudio, suponen conocer a las personas a las que hablarás, suponen cercanía.

Sobre la homilía en la nueva evangelización debemos avanzar bastante, porque estamos atrasados. Es uno de los puntos de conversión que necesita la Iglesia de hoy: preparar bien las homilías, para que la gente entienda. Y luego, después de 8 minutos la atención se pierde. Una homilía de más de 8 o 10 minutos no está bien. Debe ser breve, debe ser fuerte. Yo os aconsejo dos libros, de mis tiempos, pero que son buenos, para este aspecto de la homilía, porque os ayudarán mucho. El primero es una joya: “La teología de la predicación”, de Hugo Rahner (no de Karl, sino de Hugo). Y el otro es del padre Domenico Grasso, que nos introduce en lo que es la homilía. Creo que tiene el mismo título: “Teología de la predicación”. Este os ayudará bastante.

La cercanía, la homilía… Había otra cosa que quería decir… Salir, cercanía, la homilía como medida de si estoy cerca del pueblo de Dios. Y otra categoría que me gusta usar es la de las periferias. Cuando uno sale no debe quedarse a mitad de camino, sino llegar hasta el final. Algunos dicen que se debe comenzar la evangelización por los más lejanos, como hacía el Señor. Esto es lo que se me ocurre decir sobre tu pregunta. Pero lo de la homilía es verdad: para mí es uno de los problemas que la Iglesia debe estudiar y convertirse. Las homilías no son dar clase, no son conferencias, son otra cosa. Me gusta cuando los curas se reúnen dos horas para preparar la homilía del próximo domingo, porque se da un clima de oración, de estudio, de intercambio de opiniones. Eso es bueno, sienta bien. Prepararla con otro, eso va muy bien.

**8.- ¡Sea alabado Jesucristo! Me llamo Voicek, vivo en el Pontificio Colegio Polaco, y estudio Teología moral. Santo Padre, en el ministerio presbiteral al servicio de nuestro pueblo según el ejemplo de Cristo y de su misión, ¿qué nos recomienda para estar siempre dispuestos y alegres para servir al pueblo de Dios? ¿Qué cualidades humanas nos aconseja y nos recomienda cultivar para ser imagen del Buen Pastor y vivir la que Usted ha llamado “la mística del encuentro”?**

He hablado de algunas cosas que se deben hacer en la oración, principalmente. Pero te toma la última palabra para hablarte de algo que añadir a todas las que he dicho, que han sido dichas y que llevan precisamente a tu pregunta. “La mística del encuentro”, has dicho tú. El encuentro. La capacidad de encontrarse. La capacidad de oír, de escuchar a las demás personas. La capacidad de buscar juntos el camino, el método, tantas cosas. Ese encuentro. Y no asustarse, no asustarse de las cosas. El Buen Pastor no debe asustarse. Quizá tenga miedo por dentro, pero nunca se asusta: sabe que el Señor le ayuda. El encuentro con las personas de las que tienes cura pastoral, el encuentro con tu obispo. Es importante el encuentro con el obispo. Y también es importante que el obispo se deje encontrar. Es importante, porque algunas veces se oye: “¿Se lo has dicho al Obispo? Sí, he pedido audiencia, pero ya hace cuatro meses. Estoy esperando”. Eso no es bueno, no. Hay que buscar al Obispo y que el Obispo se deje encontrar: diálogo.

Pero sobre todo, quería hablar de una cosa: el encuentro entre los sacerdotes, entre vosotros. La amistad sacerdotal: es un tesoro que tenéis que cultivar entre vosotros. La amistad entre vosotros. La amistad sacerdotal. No todos pueden ser amigos íntimos. Pero ¡qué cosa más bonita es la amistad sacerdotal! Cuando los sacerdotes, como dos hermanos, tres hermanos, cuatro hermanos, se conocen, hablan de sus problemas, de sus alegrías, de sus expectativas, de tantas cosas… Amistad sacerdotal. Buscadlo, porque es importante. Ser amigos, muy amigos. Creo que esto ayuda bastante a vivir la vida sacerdotal, a vivir la vida espiritual, la vida apostólica, la vida comunitaria y también la vida intelectual: la amistad sacerdotal. Si encontrase a un cura que me dice: “Yo nunca he tenido un amigo”, pensaría que ese cura no ha tenido una de las alegrías más hermosas de la vida sacerdotal: la amistad sacerdotal. Es lo que os deseo a todos: que seáis amigos de los que el Señor os ponga por delante. La amistad sacerdotal es fuerza de perseverancia, de alegría apostólica, de valentía, y hasta de sentido del humor. ¡Es bonito, bellísimo! Esto es lo que pienso.

¡Os agradezo la paciencia! Y ahora podemos rezar a la Virgen, pedir su bendición. Regina Caeli…

1. **ENTREVISTAS**

Las entrevistas no versan específicamente sobre el sacerdocio, pero contienen datos importantes sobre este tema y otros temas conjuntos

**35.- A la** **Repubblica de Scalfari**

1 de octubre de 2013

Hace dos semanas Scalfari recibió una carta del Papa, en la que el pontífice respondió "dudas sobre la fe de un no creyente", que el periodista planteó y expuso en más de una columna en su periódico.

**Aquí la transcripción de la entrevista:**

Me dice el Papa Francisco: "Los más graves de los males que afligen al mundo en estos años son la desocupación de los jóvenes y la soledad en la que son abandonados los viejos. Los viejos necesitan cuidado y compañía; los jóvenes, trabajo y esperanza, pero no tienen ni lo uno ni lo otro, y el problema es que no lo encuentran más. Están aplastados por el presente. Dígame usted: ¿se puede vivir aplastado por el presente? ¿Sin memoria del pasado y sin el deseo de proyectarse en el futuro construyendo un proyecto, un porvenir, una familia? ¿Es posible continuar así? Esto, creo, es el problema más urgente que la Iglesia tiene delante".

**ES.- Santidad, le digo, es un problema sobre todo político y económico, afecta a los estados, los gobiernos, los partidos, las asociaciones sindicales.**

F.- Cierto, tiene usted razón, pero afecta también a la Iglesia, es más, sobre todo a la Iglesia. Porque esta situación no hiere solo los cuerpos sino también las almas. La Iglesia debe sentirse responsable tanto de las almas como de los cuerpos.

**ES.- Santidad, dice que la Iglesia debe sentirse responsable. ¿Debo deducir que la Iglesia no es consciente de este problema y que usted la incita en esta dirección?**

F.- En gran medida se da esa concienciación, pero no lo suficiente. Deseo que lo sea más todavía. Este no es el único problema que tenemos que afrontar pero es el más urgente y el más dramático.

El encuentro con el Papa Francisco tuvo lugar el martes pasado en su residencia de Santa Marta, en una pequeña habitación desnuda, una mesa y cinco o seis sillas, un cuadro en la pared. Estuvo precedido de una llamada telefónica que no olvidaré mientras viva. Eran las dos y media de la tarde. Suena mi teléfono y la voz algo agitada de mi secretaria me dice: "Tengo al Papa en línea, se lo paso inmediatamente".

Me quedo pálido mientras ya la voz de Su Santidad al otro lado del hilo dice: "Buenos días, soy el Papa Francisco". Buenos días, Santidad -digo yo, y añado- estoy estremecido, no me esperaba que me llamase. "¿Por qué estremecido? Usted me ha escrito una carta pidiendo conocerme en persona. Yo tenía el mismo deseo, así que estoy aquí para fijar la cita. Veamos mi agenda: miércoles no puedo, lunes tampoco, ¿le vendría bien el martes?". Respondo: perfecto. "El horario es un poco incómodo, las 15, ¿le va bien? Si no, cambiamos el día". Santidad, es perfecto a esa hora. "Entonces estamos de acuerdo: martes 24 a las 15. En Santa Marta. Tiene que entrar por la puerta del *Sant’ Uffizio*".

No sé cómo acabar esta llamada y me lanzo a decirle: ¿puedo abrazarle por teléfono? "Por supuesto, le abrazo también yo. Después lo haremos en persona. Arrivederci".

Ya estoy aquí. El Papa entra y me da la mano, nos sentamos. El Papa sonríe y me dice: "Alguno de mis colaboradores que le conoce me ha dicho que intentará convertirme". Menuda ocurrencia, le respondo. También mis amigos piensan que usted me quiere convertir.

Ahora sonríe y responde: "El proselitismo es una solemne tontería, no tiene sentido. Hace falta conocerse, escucharse y hacer crecer el conocimiento del mundo que nos rodea. A mí me ocurre que después de un encuentro tengo ganas de mantener otro porque nacen nuevas ideas y se descubren nuevas necesidades. Esto es importante: conocerse, escucharse, ampliar la cerca del pensamiento. El mundo es un recorrido por calles que acercan y alejan, pero lo importante es que lleven al Bien".

**ES.- Santidad, ¿existe una visión del Bien única? ¿Y quién la establece?**

F.- Cada uno de nosotros tiene su visión del Bien y también del Mal. Nosotros debemos incitarle a proceder hacia aquello que él piensa que es el Bien.

**ES.- Usted, Santidad, ya lo escribió en la carta que me envió. La conciencia es autónoma, decía, y cada uno debe obedecer a la propia conciencia. Pienso que eso es uno de los pasajes más valientes dichos por un Papa.**

F.- Y aquí lo repito. Cada uno tiene su idea del Bien y del Mal y debe elegir seguir el Bien y combatir el Mal como él lo concibe. Bastaría esto para mejorar el mundo.

**ES.- ¿La Iglesia lo está haciendo?**

F.- Sí, nuestras misiones tienen esta finalidad: individuar las necesidades materiales e inmateriales de las personas y tratar de satisfacerlas como podamos. ¿Sabe usted qué es el "ágape"?

**ES.- Sí, lo sé.**

F.- Es el amor por los otros, como nuestro Señor ha predicado. No es proselitismo, es amor. Amor por el prójimo, fermento que sirve al bien común.

**ES.- Ama al prójimo como a ti mismo.**

F.- Exactamente, eso es.

**ES.- Jesús, en su predicación, dice que el ágape, el amor a los demás, es el único modo de amar a Dios. Corríjame si me equivoco.**

F.- No se equivoca. El Hijo de Dios se ha encarnado para infundir en el alma de los hombres el sentimiento de la fraternidad. Todos hermanos y todos hijos de Dios. Abba, como él llamaba al Padre. Yo os trazo el camino, decía. Seguidme y encontraréis al Padre y seréis todos sus hijos y él se complacerá en vosotros. El ágape, el amor de cada uno de nosotros hacia todos los demás, desde el más cercano al más alejado, es el único modo que Jesús nos ha indicado para encontrar la vía de la salvación y de las Bienaventuranzas.

**ES.- Siguiendo con las exhortaciones de Jesús, como hemos dicho antes, el amor al prójimo debe ser igual al que tenemos hacia nosotros mismos. Entonces, eso que muchos llaman narcisismo se reconoce como válido, positivo, en la misma medida del otro. Hemos disertado mucho sobre este aspecto.**

F.- A mí la palabra narcisismo no me gusta. Indica un amor desmedido hacia uno mismo y esto no está bien, puede producir daños graves no solo en el alma de quien lo padece sino también en la relación con los otros, con la sociedad en la que vive. El verdadero problema es que los más afectados por esto -que, en realidad, es una especie de trastorno mental- son personas que tienen mucho poder. A menudo los jefes son narcisos.

**ES.- También muchos jefes de la Iglesia lo han sido.**

F.- ¿Sabe qué pienso sobre este punto? Los jefes de la Iglesia a menudo han sido narcisos, adulados y malamente jaleados por sus cortesanos. **La corte es la lepra del papado**.

**ES.- La lepra del papado, ha dicho eso textualmente. ¿Pero cuál es la corte? ¿Está aludiendo a la Curia?, le pregunto.**

F.- No. En la curia a veces hay cortesanos, pero la Curia en su complejo es otra cosa. Es lo que en el ejército se llama intendencia, la que gestiona los servicios que se necesitan en la Santa Sede. Pero tiene un defecto: es Vaticano-céntrica. Mira por los intereses del Vaticano, se ocupa de ellos: son todavía, en gran parte, intereses temporales. Esta visión Vaticano-céntrica descuida el mundo que lo rodea. No comparto esta visión y haré todo lo que pueda por cambiarla.

La Iglesia es, o debe volver a ser, una comunidad del pueblo de Dios; y los presbíteros, los párrocos, los obispos curan almas, están al servicio del pueblo de Dios. La Iglesia es esto, una palabra diferente de la Santa Sede, que tiene una función importante pero está al servicio de la Iglesia. Yo no habría podido tener la plena fe en Dios y en su Hijo si no me hubiera formado en la Iglesia y hubiera tenido la fortuna de encontrarme, en Argentina, en una comunidad sin la cual no habría tomado conciencia de mí y de mi fe.

**ES.- ¿Usted ha sentido su vocación desde joven?**

F.- No, no jovencísimo. Debería haber tenido otro oficio, según mi familia: trabajar, ganar algo de dinero. Fui a la universidad. Y encontré también una profesora con la que tuve una relación de respeto y amistad, era una comunista ferviente. A menudo me leía y me daba a leer textos del Partido Comunista. Así conocí también esa concepción tan materialista. Recuerdo que me hizo llegar también el comunicado de los comunistas americanos en defensa de Rosenberg que habían sido condenados a muerte. La mujer de la que le estoy hablando fue después arrestada, torturada y asesinada por el régimen dictatorial que entonces gobernaba en Argentina.

**ES.- ¿El comunismo le seduce?**

F.- Su materialismo no tiene ninguna atracción para mí. Pero conocerlo a través de una persona valiente y honesta me ha sido útil, he entendido algunas cosas, un aspecto de lo social, que después reencuentras en la doctrina social de la Iglesia.

**ES.- La Teología de la Liberación, que el papa Wojtyla excomulgó, estaba bastante presente en América Latina.**

F.- Sí, muchos de sus exponentes eran argentinos.

**ES.- ¿Usted piensa que es justo que el Papa la combatiese?**

F.- Ciertamente daban un sesgo político a su teología, pero muchos de ellos eran creyentes y con un alto concepto de humanidad.

**ES.- Santidad, ¿me permite que le diga también yo alguna cosa sobre mi formación cultural? Fui educado por una madre muy católica. A los 12 años gané incluso un concurso de catecismo entre todas las parroquias de Roma y tuve un premio de la Vicaría. Comulgaba el primer viernes de cada mes, en resumen, practicaba la liturgia y creía. Pero todo cambió cuando entré en el instituto. Allí, entre otros textos de filosofía, estudiábamos el Discurso del método de Descartes, y me quedé marcado por esa frase que casi se ha convertido en un icono: "Pienso, luego existo". De ahí deviene la base de la existencia humana, la sede autónoma del pensamiento.**

F.- Descartes nunca ha renegado de la fe en un Dios trascendente.

**ES.- Es verdad, pero puso los fundamentos de una visión del mundo distinta y a mí me encaminó por la senda que después, corroborada con otras lecturas, me llevó a la otra orilla.**

F.- Sin embargo, por lo que he detectado, usted es un no creyente pero no un anticlerical. Son dos cosas muy distintas.

**ES.- Es verdad, no soy anticlerical, pero me vuelvo anticlerical cuando encuentro un clerical.**

El Papa sonríe y me dice: "Eso me pasa a mí también. Cuando estoy ante un clerical me vuelvo anticlerical de golpe. El clericalismo no debería tener nada que ver con el cristianismo. San Pablo, que fue el primero que habló a los gentiles, a los paganos, a los creyentes de otras religiones, fue el primero en enseñárnoslo".

**ES.- ¿Puedo preguntarle, Santidad, cuáles son los santos que usted siente más cercanos a su alma y sobre los cuales se ha formado su experiencia religiosa?**

F.- San Pablo es el que fija los puntos cardinales de nuestra religión y de nuestro credo. No se puede ser cristianos conocedores sin San Pablo. Traduce la predicación de Cristo en una estructura doctrinal que, junto a las aportaciones de una enormidad de pensadores, de teólogos, de pastores de almas, ha resistido y resiste dos mil años después. Y luego están Agustín, Benedicto y Tomás e Ignacio. Y, naturalmente, Francisco. ¿Debo explicarle por qué?

Francisco -me tomo la libertad de llamar así al Papa en este punto de la conversación porque él mismo te lo sugiere: por cómo habla, por cómo sonríe, por sus exclamaciones de sorpresa o de asentimiento, me mira como para animarme a poner sobre la mesa también las preguntas más escabrosas o más embarazosas para quien guía la Iglesia-. Así que le digo: de Pablo ha explicado la importancia y el rol que ha tenido, pero me gustaría saber cuál de los que ha nombrado siente más cercano a su alma.

F.- Me pide una clasificación, pero las clasificaciones se pueden hacer si se habla de deporte o cosas así. Podría decirle el nombre de los mejores futbolistas de Argentina. Pero los santos...

**ES.- Se dice "scherzacoifanti" [literalmente, sería "juega con las sotas" (naipes)], ¿conoce el dicho?**

F.- Está bien. No quiero evadir su pregunta porque no me ha pedido una clasificación sobre su importancia cultural y religiosa sino quién está más cercano a mi alma. Entonces, le digo: Agustín y Francisco.

**ES.- ¿No Ignacio, de cuya orden proviene usted?**

F.- A Ignacio, por razones entendibles, le conozco más que a los otros. Fundó nuestra orden. Le recuerdo que de esta orden procedía también Carlo María Martini, a quien usted y yo queremos mucho. Los jesuitas han sido y todavía son la levadura –no la única pero quizá la más eficaz- del catolicismo: cultura, enseñanza, testimonio misionero, fidelidad al Pontífice. Pero Ignacio, que fundó la Compañía, era también un reformador y un místico. Sobre todo un místico.

**ES.- ¿Y piensa que los místicos han sido importantes para la Iglesia?**

F.- Han sido fundamentales. Una religión sin místicos es una filosofía.

**ES.- ¿Usted tiene una vocación mística?**

F.- ¿A usted qué le parece?

**ES.- A mí me parece que no.**

F.- Probablemente, tiene razón. Adoro a los místicos; también Francisco en muchos aspectos de su vida lo fue, pero no creo tener esa vocación. Y, además, hace falta entenderse sobre el significado profundo de esa palabra. El místico se despoja de todo: del hacer, de los hechos, de los objetivos e incluso de la pastoralidad misionera, y se eleva hasta alcanzar la comunión plena con la Beatitud. Son breves momentos pero que llenan la vida entera.

**ES.- ¿A usted le ha pasado?**

F.- Raramente. Por ejemplo, cuando el Cónclave me eligió Papa. Antes de aceptar pedí retirarme por algunos minutos a la habitación que está junto a la del balcón que da a la plaza. Mi cabeza estaba completamente vacía y me había invadido una gran ansiedad. Para que se me pasara y para relajarme cerré los ojos, y desaparecieron todos los pensamientos, también los de renunciar a aceptar, tal y como consiente la liturgia. Cerré los ojos y no tenía ya ninguna ansiedad ni emotividad. En un momento dado, me invadió una gran luz, duró un segundo pero a mí me pareció larguísimo. Después, la luz se disipó y yo me levanté como un resorte; me dirigí a la habitación donde me esperaban los cardenales y la mesa sobre la que estaba la aceptación; lo firmé, el cardenal Camarlengo lo ratificó, y después sobre el balcón ya fue el *"Habemus Papam"*.

Permanecemos un poco en silencio, y después le digo: estábamos hablando de los santos que usted siente más cercanos a su alma, y nos falta hablar de Agustín. ¿Me quiere decir por qué lo siente muy cercano a usted?

F.- También mi predecesor tiene a Agustín como punto de referencia. Es un santo que ha atravesado muchas vicisitudes en su vida y ha cambiado muchas veces su posición doctrinal. También ha tenido palabras muy duras de confrontación con los judíos, que nunca he compartido. Ha escrito muchos libros y el que me parece más revelador de su intimidad intelectual y espiritual son las Confesiones: contienen también algunas manifestaciones de misticismo pero no es completamente, como muchos sostienen, el continuador de Pablo. Es más, ve la Iglesia y la fe en un modo profundamente distinto a Pablo, quizá también porque habían pasado cuatro siglos entre el uno y el otro.

**ES.- ¿Cuál es la diferencia, Santidad?**

F.- Para mí está en dos aspectos sustanciales. Agustín se siente impotente frente a la inmensidad de Dios y a los deberes que un cristiano y un obispo debería cumplir. Y aunque él no fue del todo impotente, su alma se sentía siempre por debajo de cuanto habría querido y debido. Y luego está la gracia dispensada por parte del Señor como elemento fundamental de la fe. De la vida. Del sentido de la vida. Quien no está tocado por la gracia puede ser una persona sin mancha y sin miedo, como quien dice, pero no será nunca como una persona tocada por la gracia. Esta es la intuición de Agustín.

**ES.- ¿Usted se siente tocado por la gracia?**

F.- Esto no puede saberlo ninguno. La gracia no forma parte de la consciencia, y la cantidad de luz que tenemos en el alma no forma parte de la sabiduría ni de la razón. También usted, sin saberlo para nada, puede estar tocado por la gracia.

**ES.- ¿Sin fe? ¿Un no creyente?**

F.- La gracia concierne al alma.

**ES.- Yo no creo en el alma.**

F.- No cree pero la tiene.

**ES.- Santidad, hemos quedado en que usted no tiene ninguna intención de convertirme y creo que no lo conseguiría.**

F.- Eso no se sabe, pero en cualquier caso no tengo ninguna intención.

**ES.- ¿Y Francisco?**

F.- Es grandísimo porque lo es todo. Un hombre que quiere hacer, que quiere construir, funda una orden y sus reglas, es itinerante misionero, es poeta y profeta, es místico, ha experimentado el mal y ha salido de sí mismo, ama la naturaleza, los animales, la hierba del prado y los pájaros que vuelan en el cielo, pero sobre todo ama a las personas, los niños, los viejos, las mujeres. Es el ejemplo más luminoso de ese ágape del que hablábamos antes.

**ES.- Tiene razón, Santidad, la descripción es perfecta. Pero, ¿por qué ninguno de sus predecesores ha elegido ese nombre y, creo yo, ninguno lo elegirá después de usted?**

F.- Esto no lo sabemos, no podemos hacer hipótesis sobre el futuro. Es verdad que antes de mí ninguno lo ha elegido. Aquí llegamos al problema de los problemas. ¿Quiere beber algo?

**ES.- Gracias, quizá un vaso de agua.**

Se levanta, abre la puerta y pide a un colaborador que está en la entrada que traiga dos vasos de agua. Me pregunta si quiero un café, respondo que no. Llega el agua. Al final de nuestra conversación mi vaso estará vacío, pero el suyo permanece lleno. Se aclara la garganta y comienza:

F.- Francisco quería una orden mendicante y también itinerante. Misioneros en busca de encontrar, escuchar, dialogar, ayudar, difundir la fe y el amor. Sobre todo, amor. Y anhelaba una Iglesia pobre que se ocupase de los otros, que recibiera ayuda material y lo utilizara para sostener a los otros, sin ninguna preocupación por sí misma. Han pasado 800 años desde entonces y los tiempos han cambiado mucho, pero el ideal de una Iglesia misionera y pobre sigue siendo más que válido. Esta es, en cualquier caso, la Iglesia que predicaron Jesús y sus discípulos.

**ES.- Vosotros los cristianos ahora sois una minoría. Incluso en Italia, que viene definida como el jardín del Papa, los católicos practicantes serían -según algunos sondeos- entre el 8 y el 15 por ciento. Los católicos que dicen serlo pero en realidad practican poco son un 20 por ciento. En el mundo hay mil millones de católicos e incluso más, y con las otras iglesias cristianas suman más de 1.500 millones, pero el planeta está poblado por 6 o 7 mil millones de personas. Sois ciertamente muchos, especialmente en África y en América Latina, pero sois minoría.**

F.- Siempre lo hemos sido, pero el tema de hoy no es este. Personalmente, pienso que ser una minoría es además una fuerza. Debemos ser una levadura de vida y de amor, y el fermento es una cantidad infinitamente más pequeña que la masa de las frutas, las flores y los árboles que nacen de ese fermento. Me parece que ya he dicho antes que nuestro objetivo no es el proselitismo sino la escucha de las necesidades, de los deseos, de las ilusiones, de la desesperación, de la esperanza. Debemos devolver la esperanza a los jóvenes, ayudar a los viejos, abrir el futuro, difundir el amor. Pobres entre los pobres. Debemos incluir a los excluidos y predicar la paz. El Vaticano II, inspirado por el papa Juan y por Pablo VI, decide mirar al futuro con espíritu moderno y de apertura a la cultura moderna. Los padres conciliares sabían que abrirse a la cultura moderna significaba ecumenismo religioso y diálogo con los no creyentes. Después de aquello se hizo muy poco en esa dirección. Yo tengo la humildad y la ambición de quererlo hacer.

**ES.- También porque -me permito añadir- la sociedad moderna en todo el planeta atraviesa un momento de crisis profunda y no solamente económica sino social y espiritual. Usted, al inicio de este nuestro encuentro, ha descrito una generación aplastada por el presente. También nosotros los no creyentes sentimos este sufrimiento casi antropológico. Por eso queremos dialogar con los creyentes y con quien mejor los representa.**

F.- Yo no sé si soy el que mejor los representa, pero la Providencia me ha puesto a guiar la Iglesia y la Diócesis de Pedro. Haré cuanto esté en mi mano para cumplir con el mandato que me ha sido confiado.

**ES.- Jesús, como usted ha recordado, dijo: ama a tu prójimo como a ti mismo. ¿Le parece que esto se ha cumplido?**

F.- Desgraciadamente, no. El egoísmo ha aumentado y el amor a los demás ha disminuido.

**ES.- Esto es entonces el objetivo que nos iguala: al menos equiparar la intensidad de estos dos tipos de amor. ¿Su Iglesia está lista y preparada para cumplir este deber?**

F.- ¿Usted qué piensa?

**ES.- Pienso que el amor por el poder temporal es todavía más fuerte entre los muros vaticanos y en la estructura institucional que en toda la Iglesia. Pienso que las instituciones predominan sobre la Iglesia pobre y misionera que usted querría.**

F.- Las cosas, de hecho, están así y en esta materia no se hacen milagros. Le recuerdo que también Francisco en su tiempo tuvo que pelear largamente con la jerarquía romana y con el Papa para conseguir el reconocimiento de las reglas de su orden. Al final obtuvo la aprobación pero con profundos cambios y compromisos.

**ES.- ¿Usted tendrá que seguir el mismo camino?**

F.- No soy ciertamente San Francisco de Asís y no tengo su fuerza ni su santidad. Pero soy el Obispo de Roma y el Papa de la catolicidad. He decidido como primera cosa nombrar un grupo de ocho cardenales que sean mi consejo. No cortesanos sino personas sabias y animadas por los mismos sentimientos que yo. Este es el inicio de esa Iglesia con una organización no solamente vertical sino también horizontal. Cuando el cardenal Martini hablaba poniendo el acento sobre los Concilios y los Sínodos sabía perfectamente cuán largo y difícil era el camino que había que recorrer en esa dirección. Con prudencia, pero con firmeza y perseverancia.

**ES.- ¿Y la política?**

F.- ¿Por qué me lo pregunta? Ya he dicho que la Iglesia no se ocupará de política.

**ES.- Pero hace pocos días ha hecho un llamamiento a los católicos para que se impliquen civilmente y políticamente.**

F.- No me dirigía solo a los católicos sino a todos los hombres de buena voluntad. Dije que la política es la primera de las actividades civiles y tiene su propio campo de acción, que no es el de la religión. Las instituciones políticas son laicas por definición y operan en esferas independientes. Esto lo han dicho todos mis predecesores, al menos desde hace muchos años hasta ahora, aunque con acentos diversos. Yo creo que los católicos implicados en la política tienen dentro de ellos los valores de la religión pero con una madura conciencia y competencia para ponerlos en práctica. La Iglesia no tendrá nunca otro deber que el de expresar y difundir sus valores, al menos mientras yo esté aquí.

**ES.- Pero no siempre ha sido así la Iglesia**

F.- No ha sido así casi nunca. Muy a menudo, la Iglesia como institución ha estado dominada por la temporalidad y muchos miembros y altos representantes católicos tienen todavía este modo de sentir. Pero ahora déjeme hacerle una pregunta: usted, laico no creyente en Dios, ¿en qué cree? Usted es un escritor y un hombre de pensamiento. Creerá en alguna cosa, tendrá un valor dominante. No me responda con palabras como la honestidad, la búsqueda, la visión del bien común; todos son principios y valores importantes, pero no es esto lo que le pregunto. Le pregunto qué piensa de la esencia del mundo, es más, del universo. Ciertamente, se preguntará, como todos, qué somos, de dónde venimos, a dónde vamos. Hasta un niño se hace estas preguntas. ¿Y usted?

**ES.- Le agradezco la pregunta. La respuesta es esta: yo creo en el Ser, es decir, en el tejido del cual surgen las formas, los Entes.**

F.- Y yo creo en Dios. No en un Dios católico: no existe un Dios católico, existe Dios. Y creo en Jesucristo, su encarnación. Jesús es mi maestro y mi pastor, pero Dios, el Padre, Abba, es la luz y el Creador. Este es mi Ser. ¿Le parece que estamos muy distantes?

**ES.- Estamos distantes en el pensamiento, pero similares como personas humanas, animadas inconscientemente por nuestros instintos, que se transforman en pulsiones, sentimientos, voluntad, pensamiento y razón. En esto somos similares.**

F.- Pero, ¿eso que vosotros llamáis el Ser, como lo definiría usted?

**ES.- El Ser es un tejido de energía. Energía caótica pero indestructible y en eterno caos. De esa energía emergen las formas cuando la energía llega al punto de explotar. Las formas tienen sus leyes, sus campos magnéticos, sus elementos químicos, que se combinan casualmente, evolucionan, y al final se apagan. Pero su energía no se destruye. El hombre es probablemente el único animal dotado de pensamiento, al menos en nuestro planeta y sistema solar. He dicho que está animado de instintos y deseos, pero añado que contiene también dentro de sí una resonancia, un eco, una vocación de caos.**

F.- Vale. No quería que me hiciera un compendio de su filosofía y con lo que me ha dicho me basta. Observo desde mi ángulo que Dios es luz que ilumina las tinieblas, si bien no las disuelve, y un destello de esa luz divina está dentro de cada uno de nosotros. En la carta que le escribí recuerdo haberle dicho también que nuestra especie acabará, pero no acabará la luz de Dios que en ese momento invadirá todas las almas, y todo será en todos.

**ES.- Sí, lo recuerdo bien. Dice "toda la luz será en todas las almas", lo cual -si me permite- es más una figura de inmanencia que de trascendencia.**

F.- La trascendencia permanece porque esa luz, toda en todos, trasciende el universo y las especies que en esa fase lo poblarán. Pero volvamos al presente. Hemos dado un paso adelante en nuestro diálogo. Hemos constatado que en la sociedad y en el mundo en el que vivimos el egoísmo ha aumentado mucho más que el amor por los otros, y los hombres de buena voluntad deben actuar, cada uno con su propia fuerza y capacidad, para hacer que el amor hacia los otros aumente hasta igualar y posiblemente superar el amor por uno mismo.

**ES.- Aquí también estamos hablando de política.**

F.- Seguramente. Personalmente, pienso que el llamado liberalismo salvaje no ha hecho otra cosa que volver a los fuertes más fuertes, a los débiles más débiles y a los excluidos más excluidos. Hace falta gran libertad, ninguna discriminación, no demagogia y mucho amor. Hacen falta normas de comportamiento y también, si fuera necesario, una intervención directa del Estado para corregir las desigualdades más intolerables.

**ES.- Santidad, usted es ciertamente una persona de gran fe, tocado por la gracia, animado por la voluntad de relanzar una Iglesia pastoral, misionera, regenerada y no temporalística. Pero por como habla y por cuanto yo entiendo, usted es y será un Papa revolucionario. Mitad jesuita, mitad un hombre de Francisco, una combinación que quizá no se ha visto nunca. Y luego, le gustan Los novios de Manzoni, Holderlin, Leopardi y sobre todo Dostoyevski, la película “La strada” y “Ensayo de orquesta” de Fellini, “Roma cittàaperta” de Rossellini y también las películas de Aldo Fabrizi.**

F.- Esas me gustan porque las veía con mis padres cuando era pequeño.

ES.- Eso es. ¿Puedo sugerirle que vea dos películas que han salido hace poco? “Viva la libertad” y la de Ettore Scola sobre Fellini. Estoy seguro de que le gustarán. Sobre el poder le digo: ¿sabe que cuando tenía veinte años hice un mes y medio de ejercicios espirituales con los jesuitas? Estaban los nazis en Roma y yo había desertado del reclutamiento militar. Podían castigarnos con la condena a muerte. Los jesuitas nos hospedaron a condición de que hiciéramos ejercicios espirituales durante todo el tiempo que estuviéramos escondidos en su casa, y así fue.

“Pero es imposible resistir a un mes y medio de ejercicios espirituales”, dice él estupefacto y divertido. Le contaré la segunda parte la próxima vez.

Nos abrazamos. Subimos la pequeña escalera que nos separa de la puerta de salida. Le pido al papa que no me acompañe pero él niega con un gesto. “Hablaremos también del rol de las mujeres en la Iglesia. Le recuerdo que la Iglesia es femenina”.

Y hablaremos si usted quiere de Pascal. Me gustaría saber cómo piensa sobre esa gran alma.

“Haga llegar a todos sus familiares mi bendición y pida que recen por mí. Usted piense en mí, piense en mí a menudo”.

Nos estrechamos la mano y él permanece quieto con los dos dedos alzados en signo de bendición. Yo lo saludo desde el ventanal. Esto es el Papa Francisco. Si la Iglesia se convierte en lo que él piensa y quiere, cambiará una época.

**36.- Entrevista a Spadafora de la** **Civiltà**

Lunes 19 de agosto de 2014.

El papa Francisco me ha dado una cita para las diez de la mañana en Santa Marta. Yo, sin embargo, quizá por herencia paterna, siento la necesidad de llegar siempre con alguna anticipación. Las personas que me acogen me hacen esperar en una salita. La espera es breve y, tras un momento, alguien me acompaña a subir al ascensor. En dos minutos me ha venido a la memoria la propuesta que surgió en Lisboa, durante una reunión de directores de algunas revistas de la Compañía de Jesús. Allí surgió la idea de publicar todos a la vez una entrevista al Papa. Hablando con los demás directores, formulamos algunas preguntas que pudiesen expresar intereses comunes. Salgo del ascensor y veo al Papa, que me espera ya junto a la puerta. En realidad tengo la curiosa impresión de no haber atravesado puerta alguna.

Cuando entro a su habitación, el Papa ofrece que me siente en una butaca. Sus problemas de espalda hacen que él deba ocupar una silla más alta y rígida que la mía. El ambiente es simple y austero. Sobre el escritorio, el espacio de trabajo es pequeño. Me impresiona lo esencial de los muebles y las demás cosas. Los libros son pocos, son pocos los papeles, pocos los objetos. Entre estos, una imagen de san Francisco, una estatua de Nuestra Señora de Luján, patrona de Argentina, un crucifijo y una estatua de san José sorprendido en el sueño, muy parecida a la que vi en su despacho de rector y superior provincial en el Colegio Máximo de San Miguel. La espiritualidad de Bergoglio no está hecha de “energías en armonía”, como las llamaría él, sino de rostros humanos: Cristo, san Francisco, san José, María.

El Papa me acoge con esa sonrisa que a estas alturas ha dado la vuelta al mundo y que ensancha los corazones. Empezamos a hablar de muchas cosas, pero sobre todo de su viaje a Brasil. El Papa lo considera una verdadera gracia. Le pregunto si ha descansado ya. Me responde que sí, que se encuentra bien, pero, sobre todo, que la Jornada Mundial de la Juventud ha supuesto para él un “misterio”. Me dice que no estaba acostumbrado a hablar a tanta gente: “Yo suelo dirigir la vista a las personas concretas, una a una, y ponerme en contacto de forma personal con quien tengo delante. No estoy hecho a las masas”. Le digo que es verdad, que eso se ve, y que a todos nos impresiona. Se ve que, cuando se encuentra en medio de la gente, en realidad posa sus ojos sobre personas concretas. Como luego las cámaras proyectarán las imágenes y todos podrán contemplarle, queda libre para ponerse en contacto directo, por lo menos ocular, con el que tiene delante. Tengo la impresión de que esto le satisface, es decir, poder ser el que es, no sentirse obligado a cambiar su modo normal de comunicarse con los demás, ni siquiera cuando tiene delante a millones de personas, como fue el caso en la playa de Copacabana.

Antes de que pueda encender mi grabadora hablamos todavía de otra cosa. Comentando una publicación mía, me dice que los dos pensadores franceses contemporáneos que más le gustan son Henri de Lubac y Michel de Certeau. Le confieso también yo algo más personal. Y él comienza a hablarme de sí y de su elección al pontificado. Me dice que cuando comenzó a darse cuenta de que podría llegar a ser elegido –era el miércoles 13 de marzo durante la comida– sintió que le envolvía una inexplicable y profunda paz y consolación interior, junto con una oscuridad total que dejaba en sombras el resto de las cosas. Y que estos sentimientos le acompañaron hasta su elección.

Sinceramente hubiera continuado hablando en este tono familiar por mucho tiempo, pero tomo las páginas con las preguntas que llevo anotadas y enciendo la grabadora. Antes de nada, le doy las gracias en nombre de todos los directores de las revistas de la Compañía de Jesús que publicarán esta entrevista.

El Papa, poco antes de la audiencia que concedió a los jesuitas de *La Civiltà Cattolica*, me había mencionado su gran renuencia a conceder entrevistas. Me había confesado que prefiere pensarse las cosas más que improvisar respuestas sobre la marcha en una entrevista. Siente que las respuestas precisas le surgen cuando ya ha formulado la primera: “No me reconocía a mí mismo cuando comencé a responder a los periodistas que me lanzaban sus preguntas durante el vuelo de vuelta de Río de Janeiro”, me dice. Pero es cierto: a lo largo de esta entrevista el Papa se ha sentido libre de interrumpir lo que estaba diciendo en su respuesta a una pregunta, para añadir algo a una respuesta anterior. Hablar con el papa Francisco es una especie de flujo volcánico de ideas que se engarzan unas con otras. Incluso el acto de tomar apuntes me produce la desagradable sensación de estar interrumpiendo un diálogo espontáneo. Es obvio que el papa Francisco está más acostumbrado a la conversación que a la cátedra.

¿QUIÉN ES JORGE MARIO BERGOGLIO?

Tengo una pregunta preparada, pero decido no seguir el esquema prefijado y la formulo un poco a quemarropa: “¿Quién es Jorge Mario Bergoglio?”. Se me queda mirando en silencio. Le pregunto si es lícito hacerle esta pregunta… Hace un gesto de aceptación y me dice: “No sé cuál puede ser la respuesta exacta… **Yo soy un pecador**. Esta es la definición más exacta. Y no se trata de un modo de hablar o un género literario. Soy un pecador”. El Papa sigue reflexionando, concentrado, como si no se hubiese esperado esta pregunta, como si fuese necesario pensarla más. “Bueno, quizá podría decir que soy despierto, que sé moverme, pero que, al mismo tiempo, soy bastante ingenuo. Pero la síntesis mejor, la que me sale más desde dentro y siento más verdadera es esta: “Soy un pecador en quien el Señor ha puesto los ojos”. Y repite: “Soy alguien que ha sido mirado por el Señor. Mi lema, ‘***Miserando atque eligendo’***, es algo que, en mi caso, he sentido siempre muy verdadero”.

El papa Francisco ha tomado este lema de las homilías de **san Beda el Venerable** que, comentando el pasaje evangélico de la **vocación de san Mateo**, escribe: “Jesús vio un publicano y, mirándolo con amor y eligiéndolo, le dijo: Sígueme”.

Añade: “El gerundio latino *miserando* me parece intraducible tanto en italiano como en español. A mí me gusta traducirlo con otro gerundio que no existe: *misericordiando*”.

El papa Francisco, siguiendo el hilo de su reflexión, me dice, dando un salto cuyo sentido no acabo de comprender: “Yo no conozco Roma. Son pocas las cosas que conozco. Entre estas está Santa María la Mayor: solía ir siempre”. Riendo, le digo: “¡Lo hemos entendido todos muy bien, Santo Padre!”. “Bueno, sí –prosigue el Papa–, conozco Santa María la Mayor, San Pedro… pero cuando venía a Roma vivía siempre en Vía della Scrofa. Desde allí me acercaba con frecuencia a visitar la iglesia de San Luis de los Franceses y a contemplar el cuadro de la vocación de san Mateo de Caravaggio”. Empiezo a intuir qué me quiere decir el Papa.

“Ese dedo de Jesús, apuntando así… a Mateo. Así estoy yo. Así me siento. Como Mateo”. Y en este momento el Papa se decide, como si hubiese captado la imagen de sí mismo que andaba buscando: “Me impresiona el gesto de Mateo. Se aferra a su dinero, como diciendo: ‘¡No, no a mí! No, ¡este dinero es mío!’. Esto es lo que yo soy: un pecador al que el Señor ha dirigido su mirada… Y esto es lo que dije cuando me preguntaron si aceptaba la elección de Pontífice”. Y murmura: “*Peccator sum, sed super misericordia et infinita patientia Domini nostri Jesu Christi confisus et in spiritu penitentiae accepto*”.

¿POR QUÉ SE HIZO JESUITA?

Me hago cargo de que esta fórmula de aceptación es para el papa Francisco una tarjeta de identidad. Nada más que añadir. Y continúo con la que llevaba preparada como primera pregunta: “Santo Padre, ¿qué le movió a tomar la decisión de entrar en la Compañía de Jesús? ¿Qué le llamaba la atención en la Orden de los jesuitas?”. “Quería algo más. Pero no sabía qué era. Había entrado en el seminario. Me atraían los dominicos y tenía amigos dominicos. Pero al fin he elegido la Compañía, que llegué a conocer bien, al estar nuestro seminario confiado a los jesuitas. De la Compañía me impresionaron tres cosas: su carácter misionero, la comunidad y la disciplina. Y esto es curioso, porque yo soy un indisciplinado nato, nato, nato. Pero su disciplina, su modo de ordenar el tiempo, me ha impresionado mucho”.

“Y, después, hay algo fundamental para mí: la comunidad. Había buscado desde siempre una comunidad. No me veía sacerdote solo: tengo necesidad de comunidad. Y lo deja claro el hecho de haberme quedado en Santa Marta: cuando fui elegido ocupaba, por sorteo, la habitación 207. Esta en que nos encontramos ahora es una habitación de huéspedes. Decidí vivir aquí, en la habitación 201, porque, al tomar posesión del apartamento pontificio, sentí dentro de mí un ‘no’. El apartamento pontificio del palacio apostólico no es lujoso. Es antiguo, grande y puesto con buen gusto, no lujoso. Pero en resumidas cuentas es como un embudo al revés. Grande y espacioso, pero con una entrada de verdad muy angosta. No es posible entrar sino con cuentagotas, y yo, la verdad, sin gente no puedo vivir. Necesito vivir mi vida junto a los demás”. 5 Mientras el Papa habla de misión y de comunidad, me vienen a la cabeza tantos documentos de la Compañía de Jesús que hablan de “comunidad para la misión”, y los descubro en sus palabras.

Y PARA UN JESUITA, ¿QUÉ SIGNIFICA SER PAPA?

Quiero seguir en esta línea, y lanzo al Papa una pregunta que parte del hecho de que él es el primer jesuita elegido Obispo de Roma: “¿Cómo entiende el servicio a la Iglesia universal, que Ud. ha sido llamado a desempeñar, a la luz de la espiritualidad ignaciana? ¿Qué significa para un jesuita haber sido elegido Papa? ¿Qué aspecto de la espiritualidad ignaciana le ayuda más a vivir su ministerio?”.

“**El discernimiento**”, responde el papa Francisco. “El discernimiento es una de las cosas que Ignacio ha elaborado más interiormente. Para él, es un instrumento de lucha para conocer mejor al Señor y seguirlo más de cerca. Me ha impresionado siempre una máxima con la que suele describirse la visión de Ignacio: ***Non coerceri maximo, sed contineri minimo divinum est***. He reflexionado largamente sobre esta frase por lo que toca al gobierno, a ser superior: **no tener límite para lo grande, pero concentrarse en lo pequeño**. Esta virtud de lo grande y lo pequeño se llama magnanimidad, y, a cada uno desde la posición que ocupa, hace que pongamos siempre la vista en el horizonte. Es hacer las cosas pequeñas de cada día con el corazón grande y abierto a Dios y a los otros. Es dar su valor a las cosas pequeñas en el marco de los grandes horizontes, los del Reino de Dios”.

“Esta máxima ofrece parámetros para adoptar la postura correcta en el discernimiento, para sentir las cosas de Dios desde su ‘punto de vista’. Para san Ignacio hay que encarnar los grandes principios en las circunstancias de lugar, tiempo y personas. A su modo, Juan XXIII adoptó esta actitud de gobierno al repetir la máxima ***Omnia videre, multa disimulare, pauca corrigere***porque, aun viendo *omnia*, dimensión máxima, prefería actuar sobre *pauca*, dimensión mínima”.

“Es posible **tener proyectos grandes y llevarlos a cabo actuando sobre cosas mínimas**. Podemos usar medios débiles que resultan más eficaces que los fuertes, como dice san Pablo en la *Primera Carta a los Corintios*”. “Un discernimiento de este tipo **requiere tiempo**. Son muchos, por poner un ejemplo, los que creen que los cambios y las reformas pueden llegar en un tiempo breve. Yo soy de la opinión de que se necesita tiempo para poner las bases de un cambio verdadero y eficaz. Se trata del tiempo del discernimiento.

Y a veces, **por el contrario, el discernimiento nos empuja a hacer ya lo que inicialmente pensábamos dejar para más adelante**. Es lo que me ha sucedido a mí en estos meses. Y el discernimiento se realiza siempre en presencia del Señor, sin perder de vista los signos, escuchando lo que sucede, el sentir de la gente, sobre todo de los pobres. Mis decisiones, incluso las que tienen que ver con la vida normal, como el usar un coche modesto, van ligadas a un discernimiento espiritual que responde a exigencias que nacen de las cosas, de la gente, de la lectura de los signos de los tiempos. El discernimiento en el Señor me guía en mi modo de gobernar”.

“Pero, mire, yo **desconfío de las decisiones tomadas improvisadamente**. Desconfío de mi primera decisión, es decir, de lo primero que se me ocurre hacer cuando debo tomar una decisión. Suele ser un error. Hay que esperar, valorar internamente, tomarse el tiempo necesario. La sabiduría del discernimiento nos libra de la necesaria ambigüedad de la vida, y hace que encontremos los medios oportunos, que no siempre se identificarán con lo que parece grande o fuerte”.

LA COMPAÑÍA DE JESÚS

El discernimiento es, por tanto, un pilar de la espiritualidad del Papa. Esto es algo que expresa de forma especial su identidad de jesuita. En consecuencia, le pregunto cómo puede la Compañía de Jesús servir a la Iglesia de hoy, con qué rasgos peculiares, y también cuáles son los riesgos que le pueden amenazar.

“La Compañía es **una institución en tensión, siempre radicalmente en tensión**. El jesuita es un descentrado. La Compañía en sí misma está descentrada: su centro es Cristo y su Iglesia. Por tanto, si la Compañía mantiene en el centro a Cristo y a la Iglesia, tiene dos puntos de referencia en su equilibrio para vivir en la periferia. Pero si se mira demasiado a sí misma, si se pone a sí misma en el centro, sabiéndose una muy sólida y muy bien ‘armada’ estructura, corre peligro de sentirse segura y suficiente. La Compañía tiene que tener siempre delante el ***Deus Semper maior*, la búsqueda de la Gloria de Dios cada vez mayor**, la Iglesia Verdadera Esposa *de Cristo nuestro Señor2,* Cristo Rey que nos conquista y al que ofrecemos nuestra persona y todos nuestros esfuerzos, aunque seamos poco adecuados vasos de arcilla. Esta tensión nos sitúa continuamente fuera de nosotros mismos. El instrumento que hace verdaderamente fuerte a una Compañía descentrada es la realidad, a la vez paterna y materna, de la ‘cuenta de conciencia’, y precisamente porque le ayuda a emprender mejor la misión”.

Aquí el Papa hace referencia a un punto específico de las *Constituciones* de la Compañía de Jesús, que dice que el jesuita **debe “manifestar su conciencia**”, es decir, la situación interior que vive, de modo que el superior pueda obrar con conocimiento más exacto al enviar una persona a su misión. “Pero es difícil hablar de la Compañía –prosigue el papa Francisco–. Si somos demasiado explícitos, corremos el riesgo de equivocarnos. De la Compañía se puede hablar solamente en forma narrativa. Solo en la narración se puede hacer discernimiento, no en las explicaciones filosóficas o teológicas, en las que es posible la discusión. El estilo de la Compañía no es la discusión, sino el discernimiento, cuyo proceso supone obviamente discusión. El aura mística jamás define sus bordes, no completa el pensamiento. El jesuita debe ser persona de pensamiento incompleto, de pensamiento abierto. Ha habido etapas en la vida de la Compañía en las que se ha vivido un pensamiento cerrado, rígido, más instructivo-ascético que místico: esta deformación generó el ***Epítome* d**el Instituto”.

Con esto el Papa alude a una especie de resumen práctico, en uso en la Compañía y formulado en el siglo XX, que llegó a ser considerado como sustituto de las *Constituciones*. La formación que los jesuitas recibían sobre la Compañía, durante un tiempo, venía marcada por este texto, hasta el punto que alguno podía no haber leído nunca las *Constituciones*, que constituyen el texto fundacional. Según el Papa, durante este período en la Compañía las reglas han corrido el peligro de ahogar el espíritu, saliendo vencedora la tentación de explicitar y hacer demasiado claro el carisma.

Prosigue: “No. **El jesuita piensa, siempre y continuamente**, con los ojos puestos en el horizonte hacia el que debe caminar, teniendo a Cristo en el centro. Esta es su verdadera fuerza. Y esto es lo que empuja a la Compañía a estar en búsqueda, a ser creativa, generosa. Por eso hoy más que nunca ha de ser contemplativa en la acción; tiene que vivir una cercanía profunda a toda la Iglesia, entendida como ‘pueblo de Dios’ y ‘santa madre Iglesia Jerárquica’. Esto requiere mucha humildad, sacrificio y valentía, especialmente cuando se vive incomprensiones o cuando se es objeto de equívocos o calumnias; pero es la actitud más fecunda. Pensemos en las tensiones del pasado con ocasión de los ritos chinos o los ritos malabares, o lo ocurrido en la reducciones del Paraguay”.

“Yo mismo soy testigo de incomprensiones y problemas que la Compañía ha vivido aun en tiempo reciente. Entre estas estuvieron los tiempos difíciles en que surgió la cuestión de extender el ‘cuarto voto’ de obediencia al Papa a todos los jesuitas. Lo que a mí me daba seguridad en tiempos del padre Arrupe era que se trataba de un hombre de oración, un hombre que pasaba mucho tiempo en oración. Lo recuerdo cuando oraba sentado en el suelo, como hacen los japoneses. Eso creó en él las actitudes convenientes e hizo que tomara las decisiones correctas”.

EL MODELO: PEDRO FABRO, “SACERDOTE REFORMADO”

En este momento me pregunto qué figuras de jesuitas, desde los orígenes de la Compañía hasta hoy, le habrán impresionado de modo especial. Y le pregunto al Pontífice si hay algunos, cuáles son y por qué. El Papa comienza citando a san Ignacio y san Francisco Javier, pero enseguida se detiene en una figura que los jesuitas conocen, pero que no es muy conocida por lo general: el beato **Pedro Fabro (1506-1546), saboyano**. Se trata de uno de los primeros compañeros de san Ignacio, el primero de todos, compañero de habitación cuando los dos eran estudiantes en la Sorbona. El tercer ocupante de aquella habitación era Francisco Javier. Pío IX le declaró beato el 5 de septiembre de 1872, y está tramitándose el proceso de canonización. Me cita una edición de su *Memorial*, cuya publicación él mismo encargó, siendo superior provincial, a dos especialistas jesuitas, los padres Miguel A. Fiorito y Jaime H. Amadeo. Una edición que gusta especialmente al Papa es la preparada por Michael de Certeau. Le pregunto qué le llama tanto la atención de Fabro, y qué rasgos le impresionan más de él.

“**El diálogo con todos, aun con los más lejanos y con los adversarios; su piedad sencilla, cierta probable ingenuidad, su disponibilidad inmediata, su atento discernimiento interior, el ser un hombre de grandes y fuertes decisiones que hacía compatible con ser dulce, dulce**…”.

Al escuchar al papa Francisco, que va enumerando las características personales de su jesuita preferido, comprendo hasta qué punto esta figura haya constituido para él un verdadero modelo de vida. Michel de Certeau define a Fabro sencillamente como el “**sacerdote reformado**” para quien experiencia interior, expresión dogmática y reforma estructural eran realidades estrechamente inseparables. Me parece entender, por eso, que el papa Francisco se inspira en este tipo de reforma. Pero él sigue adelante, reflexionando sobre el verdadero rostro del fundador.

**“Ignacio es un místico, no un asceta**. Me enfada mucho cuando oigo decir que los Ejercicios Espirituales son ignacianos solo porque se hacen en silencio. La verdad es que los Ejercicios **pueden ser perfectamente ignacianos incluso en la vida corriente y sin silencio**. La tendencia que subraya el ascetismo, el silencio y la penitencia es una desviación que se ha difundido incluso en la Compañía, especialmente en el ámbito español. Yo, por mi parte, soy y me siento más cercano a la corriente mística, la de Louis Lallement y Jean-Joseph Surin. Fabro era un místico”.

LA EXPERIENCIA DE GOBIERNO

¿Qué tipo de experiencia de gobierno puede hacer madurar la formación que ha recibido el padre Bergoglio, que fue superior y superior provincial de la Compañía de Jesús? El estilo de gobierno de la Compañía implica que el superior toma las decisiones, pero también que establece diálogo con sus “consultores”. Pregunto al Papa: “¿Piensa que su experiencia de gobierno en el pasado puede ser útil para su situación actual, al frente del gobierno universal de la Iglesia?”.

El Papa Francisco, tras una breve pausa de reflexión se pone serio, pero muy sereno.

“En mi experiencia de superior en la Compañía, si soy sincero, **no siempre me he comportado así, haciendo las necesarias consultas**. Y eso no ha sido bueno. Mi gobierno como jesuita, al comienzo, adolecía de muchos defectos. Corrían tiempos difíciles para la Compañía: había desaparecido una generación entera de jesuitas. Eso hizo que yo fuera provincial aún muy joven. **Tenía 36 años: una locura**. Había que afrontar **situaciones difíciles**, y yo tomaba mis decisiones de manera brusca y personalista. Es verdad, pero debo añadir una cosa: **cuando confío algo a una persona, me fío totalmente de esa persona. Debe cometer un error muy grande para que yo la reprenda**. Pero, a pesar de esto, al final la gente se cansa del autoritarismo. Mi forma autoritaria y rápida de tomar decisiones me ha llevado a tener problemas serios y a ser acusado de ultraconservador. Tuve un momento de gran crisis interior estando en Córdoba. No **habré sido ciertamente como la beata Imelda, pero jamás he sido de derechas**. Fue **mi forma autoritaria de tomar decisiones la que me creó problemas”.**

“Todo esto que digo es experiencia de la vida y lo expreso por dar a entender los peligros que existen. Con el tiempo he aprendido muchas cosas.

El Señor ha permitido esta pedagogía de gobierno, aunque haya sido por medio de mis defectos y mis pecados. Sucedía que, como arzobispo de Buenos Aires, convocaba una reunión con los seis obispos auxiliares cada quince días y varias veces al año con el Consejo presbiteral. Se formulaban preguntas y se dejaba espacio para la discusión. Esto me ha ayudado mucho a optar por las decisiones mejores. Ahora, sin embargo, oigo a algunas personas que me dicen: “No consulte demasiado y decida”. Pero yo creo que consultar es muy importante. Los consistorios y los sínodos, por ejemplo, son lugares importantes para lograr que esta consulta llegue a ser verdadera y activa. Lo que hace falta es darles una forma menos rígida. Deseo consultas reales, no formales. La consulta a los ocho cardenales, ese grupo consultivo externo, no es decisión solamente mía, sino que es fruto de la voluntad de los cardenales, tal como se expresó en las Congregaciones Generales antes del Cónclave. Y deseo que sea una consulta real, no formal”.

“SENTIR CON LA IGLESIA”

No abandono el tema de la Iglesia e intento comprender qué significa exactamente para el Papa Francisco el “sentir con la Iglesia” del que escribe san Ignacio en sus *Ejercicios Espirituales*. El Papa responde sin dudar, partiendo de una imagen.

“Una imagen de Iglesia que me complace es la de **pueblo santo, fiel a Dios**. Es la definición que uso a menudo y, por otra parte, es la de la ***Lumen Gentium* en su número 12**. La pertenencia a un pueblo tiene un fuerte valor teológico: Dios, en la historia de la salvación, ha salvado a un pueblo. **No existe identidad plena sin pertenencia a un pueblo.** Nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana. Dios entra en esta dinámica popular”.

“**El pueblo es sujeto**. Y la Iglesia es el pueblo de Dios en camino a través de la historia, con gozos y dolores. **Sentir con la Iglesia, por tanto, para mí quiere decir estar en este pueblo**. Y **el conjunto de fieles es infalible cuando cree**, y manifiesta esta infalibilidad suya al creer, mediante el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo que camina. Esta es mi manera de entender el sentir con la Iglesia de que habla san Ignacio. Cuando el diálogo entre la gente y los obispos y el Papa sigue esta línea y es leal, está asistido por el Espíritu Santo. No se trata, por tanto, de un sentir referido a los teólogos”.

 “Sucede **como con María**: Si se quiere saber quién es, se pregunta a los teólogos; si se quiere saber cómo se la ama, hay que preguntar al pueblo. María, a su vez, amó a Jesús con corazón de pueblo, como se lee en el Magníficat. Por tanto, no hay ni que pensar que la comprensión del ‘sentir con la Iglesia’ tenga que ver únicamente con sentir con su parte jerárquica”. El Papa, tras un momento de pausa, precisa de manera seca, para evitar ser malentendido:

“Obviamente hay que tener cuidado de no pensar que esta *infallibilitas* de todos los fieles, de la que he hablado a la luz del Concilio, sea una forma de **populismo**. No: es la experiencia de la ‘santa madre Iglesia jerárquica’, como la llamaba san Ignacio, de la Iglesia como pueblo de Dios, pastores y pueblo juntos. La Iglesia es la totalidad del pueblo de Dios”. “Yo veo la santidad en el pueblo de Dios, su santidad cotidiana. Existe una ‘**clase media de la santidad’** de la que todos podemos formar parte, aquella de que habla Malègue”.

El Papa se refiere a Joseph Malègue, escritor francés muy de su agrado, nacido en 1876 y muerto en 1940. En particular a su trilogía incompleta *Pierres noires: Les Classes moyennes du Salut*. Algunos críticos franceses lo han definido como “**el Proust católico**”.

“**Veo la santidad –prosigue el Papa– en el pueblo de Dios paciente**: una mujer que cría a sus hijos, un hombre que trabaja para llevar a casa el pan, los enfermos, los sacerdotes ancianos tantas veces heridos pero siempre con su sonrisa porque han servido al Señor, las religiosas que tanto trabajan y que viven una santidad escondida. Esta es, para mí, la santidad común.

Yo asocio frecuentemente la santidad a la **paciencia**: no solo la paciencia como *hypomoné*, **hacerse cargo** de los sucesos y las circunstancias de la vida, sino también como constancia para seguir hacia delante día a día. Esta es la santidad de la Iglesia militante de la que habla el mismo san Ignacio. Esta era la santidad de mis padres: de mi padre, de mi madre, de mi abuela Rosa, que me ha hecho tanto bien. En el breviario llevo el testamento de mi abuela Rosa, y lo leo a menudo: porque para mí es como una oración. Es una santa que ha sufrido mucho, incluso moralmente, y ha seguido valerosamente siempre hacia delante”.

“Esta Iglesia con la que debemos sentir es **la casa de todos, no una capillita en la que cabe solo un grupito de personas selectas**. No podemos reducir el seno de la Iglesia universal a un nido protector de nuestra mediocridad. Y la Iglesia es Madre –prosigue**–. La Iglesia es fecunda, debe serlo**. Mire, cuando percibo comportamientos negativos en ministros de la Iglesia o en consagrados o consagradas, lo primero que se me ocurre es: ‘un solterón’, ‘una solterona’. No son ni padres ni madres. No han sido capaces de dar vida. Y sin embargo cuando, por ejemplo, leo la vida de los misioneros salesianos que fueron a la Patagonia, leo una historia de vida y de fecundidad”. “Otro ejemplo de estos días: he visto que los periódicos se han hecho mucho eco de una llamada de teléfono que hice a un muchacho que me había escrito una carta. Le telefoneé porque aquella carta había sido muy hermosa, muy sencilla. Para mí, supuso un acto de fecundidad. Caí en la cuenta de que se trataba de un joven que está creciendo, que ha reconocido a su padre y le cuenta, sin más, algo de su vida. El padre no puede decirle, simplemente, ‘paso de ti’. A mí, esta fecundidad me hace mucho bien”.

IGLESIAS JÓVENES E IGLESIAS ANTIGUAS

Sigo con el tema de la Iglesia, y dirijo al Papa una pregunta a la luz de la reciente Jornada Mundial de la Juventud. “Este enorme evento ha puesto bajo los reflectores a los jóvenes, pero no menos a esos ‘pulmones espirituales’ que son las iglesias de institución más reciente. ¿Qué esperanzas le parece que pueden surgir desde estas Iglesias para la Iglesia universal?”

“Las Iglesias jóvenes logran una síntesis de fe, cultura y vida en progreso diferente de la que logran las Iglesias más antiguas. Para mí, la relación entre las Iglesias de tradición más antigua y las más recientes se parece a la relación que existe entre jóvenes y ancianos en una sociedad: construyen el futuro, unos con su fuerza y los otros con su sabiduría. El riesgo está siempre presente, es obvio; las Iglesias más jóvenes corren peligro de sentirse autosuficientes, y las más antiguas el de querer imponer a los jóvenes sus modelos culturales. Pero el futuro se construye unidos”.

¿ES LA IGLESIA UN HOSPITAL DE CAMPAÑA?

El papa Benedicto XVI, al anunciar su renuncia al pontificado, describía un mundo actual sometido a rápidos cambios y agitado por unas cuestiones de enorme importancia para la vida de fe, que reclaman gran vigor de cuerpo y alma. Pregunto al Papa, también a la luz de lo que acaba de decir: “¿De qué tiene la Iglesia mayor necesidad en este momento histórico? ¿Hacen falta reformas? ¿Cuáles serían sus deseos para la Iglesia de los próximos años?

¿Qué Iglesia ‘sueña’?”.

El papa Francisco, refiriéndose al comienzo de mi pregunta, comienza diciendo: “El papa Benedicto realizó un acto de santidad, de grandeza y de humildad. Es un hombre de Dios”. Mostrando así un gran afecto y gran estima por su predecesor.

“Veo con claridad –prosigue– que lo que la Iglesia necesita **con mayor urgencia hoy es una capacidad de curar heridas y dar calor a los corazones de los fieles, cercanía, proximidad**. Veo a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla. ¡Qué inútil es preguntarle a un herido si tiene altos el colesterol o el azúcar! Hay que curarle las heridas. Ya hablaremos luego del resto. Curar heridas, curar heridas... Y hay que comenzar por lo más elemental”.

“La Iglesia a veces **se ha dejado envolver en pequeñas cosas, en pequeños preceptos**. Cuando lo más importante es el anuncio primero: ‘¡Jesucristo te ha salvado!’. Y los ministros de la Iglesia deben ser, ante todo, **ministros de misericordia**. Por ejemplo, el confesor corre siempre peligro de ser o **demasiado rigorista o demasiado laxo**. Ninguno de los dos es misericordioso, porque ninguno de los dos se hace de verdad cargo de la persona. El rigorista se lava las manos y lo remite a lo que está mandado. El laxo se lava las manos diciendo simplemente ‘esto no es pecado’ o algo semejante. A las personas hay que acompañarlas, las heridas necesitan curación”.

“¿Cómo estamos tratando al pueblo de Dios? **Yo sueño con una Iglesia Madre y Pastora**. Los ministros de la Iglesia tienen que ser misericordiosos, hacerse cargo de las personas, acompañándolas como el buen samaritano que lava, limpia y consuela a su prójimo. Esto es Evangelio puro. Dios es más grande que el pecado.

Las reformas organizativas y estructurales son secundarias, es decir, vienen después. **La primera reforma debe ser la de las actitudes**. Los ministros del Evangelio deben ser personas capaces de **caldear el corazón de las personas**, de caminar con ellas en la noche, de saber dialogar e incluso descender a su noche y su oscuridad sin perderse. **El pueblo de Dios necesita pastores y no funcionarios ‘clérigos de despacho’.** Los obispos, especialmente, han de ser hombres capaces de apoyar con paciencia los pasos de Dios en su pueblo, de modo que nadie quede atrás, así como de acompañar al rebaño, con su olfato para encontrar veredas nuevas”. “En lugar de ser solamente una Iglesia que acoge y recibe, manteniendo sus puertas abiertas, busquemos más bien ser **una Iglesia que encuentra caminos nuevos, capaz de salir de sí misma** yendo hacia el que no la frecuenta, hacia el que se marchó de ella, hacia el indiferente. El que abandonó la Iglesia a veces lo hizo por razones que, si se entienden y valoran bien, pueden ser el inicio de un retorno. Pero es necesario tener audacia y valor”.

Recojo lo que está diciendo el Santo Padre para hablar de aquellos **cristianos que viven situaciones irregulares para la Iglesia,** o diversas situaciones complejas; cristianos que, de un modo o de otro, mantienen heridas abiertas. Pienso en los divorciados vueltos a casar, en parejas homosexuales y en otras situaciones difíciles. ¿Cómo hacer pastoral misionera en estos casos? ¿Dónde encontrar un punto de apoyo? El Papa da a entender con un gesto que ha comprendido lo que quiero decirle y me responde.

“Tenemos que anunciar el Evangelio en todas partes, predicando la buena noticia del Reino y curando, también con nuestra predicación, todo tipo de herida y cualquier enfermedad. En Buenos Aires recibía cartas de personas homosexuales que son verdaderos ‘heridos sociales’, porque me dicen que sienten que la Iglesia siempre les ha condenado. Pero la Iglesia no quiere hacer eso. Durante el vuelo en que regresaba de Río de Janeiro dije que si una persona homosexual tiene buena voluntad y busca a Dios, yo no soy quién para juzgarla. Al decir esto he dicho lo que dice el *Catecismo*. La religión tiene derecho de expresar sus propias opiniones al servicio de las personas, pero Dios en la creación nos ha hecho libres: no es posible una injerencia espiritual en la vida personal. Una vez una persona, para provocarme, me preguntó si yo aprobaba la homosexualidad. Yo entonces le respondí con otra pregunta: ‘Dime, Dios, cuando mira a una persona homosexual, ¿aprueba su existencia con afecto o la rechaza y la condena?’. Hay que tener siempre en cuenta a la persona. Y aquí entramos en el misterio del ser humano. En esta vida Dios acompaña a las personas y es nuestro deber acompañarlas a partir de su condición. Hay que acompañar con misericordia. Cuando sucede así, el Espíritu Santo inspira al sacerdote la palabra oportuna”.

“Esta es la grandeza de la confesión: que se evalúa caso a caso, que se puede discernir qué es lo mejor para una persona que busca a Dios y su gracia. **El confesionario no es una sala de tortura, sino aquel lugar de misericordia en el que el Señor nos empuja a hacer lo mejor que podamos**. Estoy pensando en la situación de una mujer que tiene a sus espaldas el fracaso de un matrimonio en el que se dio también un aborto. Después de aquello esta mujer se ha vuelto a casar y ahora vive en paz con cinco hijos. El aborto le pesa enormemente y está sinceramente arrepentida. Le encantaría retomar la vida cristiana. ¿Qué hace el confesor?”.

“**No podemos seguir insistiendo solo en cuestiones referentes al aborto, al matrimonio homosexual o al uso de anticonceptivos.** Es imposible. Yo he hablado mucho de estas cuestiones y he recibido reproches por ello. Pero si se habla de estas cosas hay que hacerlo en un contexto. Por lo demás, **ya conocemos la opinión de la Iglesia y yo soy hijo de la Iglesia, pero no es necesario estar hablando de estas cosas sin cesar**”.

“**Las enseñanzas de la Iglesia, sean dogmáticas o morales, no son todas equivalentes**. Una pastoral misionera no se obsesiona por transmitir de modo desestructurado un conjunto de doctrinas para imponerlas insistentemente. El **anuncio misionero se concentra en lo esencial**, en lo necesario, que, por otra parte es lo que más apasiona y atrae, es lo que hace arder el corazón, como a los discípulos de Emaús”.

“Tenemos, por tanto, que encontrar un nuevo equilibrio, porque de otra manera el edificio moral de la Iglesia corre peligro de caer como un castillo de naipes, de perder la frescura y el perfume del Evangelio. La propuesta evangélica debe ser más sencilla, más profunda e irradiante. Solo de esta propuesta surgen luego las consecuencias morales”.

“Digo esto pensando también en **la predicación y en los contenidos de nuestra predicación**. Una buena homilía, una verdadera homilía, debe comenzar con el primer anuncio, con el anuncio de la salvación. **No hay nada más sólido, profundo y seguro que este anuncio. Después vendrá una catequesis**. Después se podrá extraer alguna consecuencia moral. Pero el anuncio del amor salvífico de Dios es previo a la obligación moral y religiosa. Hoy parece a veces que prevalece el orden inverso. La homilía es la piedra de toque si se quiere medir la capacidad de encuentro de un pastor con su pueblo, porque el que predica tiene que reconocer el corazón de su comunidad para buscar dónde permanece vivo y ardiente el deseo de Dios. Por eso el mensaje evangélico no puede quedar reducido a algunos aspectos que, aun siendo importantes, no manifiestan ellos solos el corazón de la enseñanza de Jesús”.

EL PRIMER PAPA RELIGIOSO DESPUÉS DE 182 AÑOS…

El papa Francisco es el primer Pontífice que proviene de una orden religiosa después del camaldulense Gregorio XVI, elegido en 1831, hace 182 años. Así, pues, pregunto: “¿Qué puesto específico tienen hoy en la Iglesia los religiosos y las religiosas?”.

“**Los religiosos son profetas**. Son los que eligieron un modo de seguir a Jesús que imita su vida con la obediencia al Padre, la pobreza, la vida de comunidad y la castidad. En este sentido, los votos no pueden acabar convirtiéndose en caricaturas, porque cuando así sucede, por ejemplo, la vida de comunidad se vuelve un infierno y la castidad una vida de solterones. El voto de castidad debe ser un voto de fecundidad. En la Iglesia los religiosos son llamados especialmente a ser profetas que dan testimonio de cómo se vive a Jesús en este mundo, y que anuncian cómo será el Reino de Dios cuando llegue a su perfección. Un religioso no debe jamás renunciar a la profecía. Lo cual no significa actitud de oposición a la parte jerárquica de la Iglesia, aunque función profética y estructura jerárquica no coinciden. Estoy hablando de una propuesta positiva, que no debe realizarse con temor. Pensemos en lo que han hecho tantos grandes santos de la vida monástica, religiosos y religiosas, desde tiempos de san Antonio Abad. Ser profeta implica, a veces, hacer ruido, no sé cómo decir… La profecía crea alboroto, estruendo, alguno diría que crea ‘gran confusión’. Pero en realidad su carisma es ser levadura: la profecía anuncia el espíritu del Evangelio”.

DICASTERIOS ROMANOS, SINODALIDAD, ECUMENISMO

Partiendo de la alusión a la Jerarquía, en este momento pregunto al Papa: “¿Qué piensa de los dicasterios romanos?”.

“Los dicasterios romanos **están al servicio del Papa y de los obispos:** tienen que ayudar a las Iglesias particulares y a las conferencias episcopales. Son **instancias de ayuda**. Pero, en algunos casos, cuando no son bien entendidos, corren peligro de convertirse en organismos de censura. Impresiona ver las denuncias de falta de ortodoxia que llegan a Roma. Pienso que quien debe estudiar los casos son las conferencias episcopales locales, a las que Roma puede servir de valiosa ayuda. La verdad es que los casos se tratan mejor sobre el terreno. Los dicasterios romanos son mediadores, no intermediarios ni gestores”.

Recuerdo al Papa que el pasado 29 de junio, durante la ceremonia de bendición e imposición de los palios a los 34 arzobispos metropolitanos, definió “**la vía de la sinodalidad**” como el camino que lleva a la Iglesia unida “a crecer en armonía con el servicio del primado”. En consecuencia, mi pregunta es esta: “¿Cómo conciliar en armonía primado petrino y solidaridad? ¿Qué caminos son practicables, incluso con perspectiva ecuménica?”.

“Debemos caminar juntos: la gente, los obispos y el Papa. Hay que vivir la sinodalidad a varios niveles. Quizá es tiempo de cambiar la metodología del sínodo, porque la actual me parece estática. Eso podrá llegar a tener valor ecuménico, especialmente con nuestros hermanos ortodoxos. De ellos podemos aprender mucho sobre el sentido de la colegialidad episcopal y sobre la tradición de sinodalidad. El esfuerzo de reflexión común, observando cómo se gobernaba la Iglesia en los primeros siglos, antes de la ruptura entre Oriente y Occidente, acabará dando frutos. Para las relaciones ecuménicas es importante una cosa: no solo conocerse mejor, sino también reconocer lo que el Espíritu ha ido sembrando en los otros como don también para nosotros. Yo deseo proseguir la reflexión sobre cómo ejercer el primado petrino que inició ya en 2007 la Comisión Mixta y que condujo a la firma del Documento de Rávena. Hay que seguir esta vía”.

Intento captar cómo ve el Papa el futuro de la unidad de la Iglesia. Me responde: “**Tenemos que caminar unidos en las diferencias: no existe otro camino para unirnos**. El camino de Jesús es ese”. ¿Y el papel de la mujer en la Iglesia? El Papa se ha referido más de una vez a este tema en ocasiones diversas. En una entrevista afirmó que **la presencia femenina en la Iglesia apenas se ha hecho notar, porque la tentación del machismo no ha dejado espacio para hacer visible el papel que corresponde a la mujer en la comunidad**. Retomó el tema durante el viaje de vuelta de Río de Janeiro, afirmando que **no se ha hecho aún una teología profunda de la mujer.** Yo le pregunto: “¿Cuál debe ser el papel de la mujer en la Iglesia? ¿Qué hacer hoy para darle una mayor visibilidad?”.

“Es necesario **ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia.** **Temo la solución del ‘machismo con faldas’**, porque la mujer tiene una estructura diferente del varón. Pero los discursos que oigo sobre el rol de la mujer a menudo se inspiran en una ideología machista. Las mujeres están formulando cuestiones profundas que debemos afrontar. **La Iglesia no puede ser ella misma sin la mujer y el papel que esta desempeña. La mujer es imprescindible para la Iglesia. María, una mujer**, es más importante que los obispos. Digo esto porque no hay que confundir la función con la dignidad. Es preciso, por tanto, profundizar más en la figura de la mujer en la Iglesia. Hay que trabajar más hasta elaborar una teología profunda de la mujer. Solo tras haberlo hecho podremos reflexionar mejor sobre su función dentro de la Iglesia. En los lugares donde se toman las decisiones importantes es necesario el genio femenino. Afrontamos hoy este desafío: reflexionar sobre el puesto específico de la mujer incluso allí donde se ejercita la autoridad en los varios ámbitos de la Iglesia”.

EL CONCILIO VATICANO II

“¿Qué hizo el Concilio Vaticano II? ¿Qué fue, en realidad?”. Le dirijo esta pregunta a la luz de las afirmaciones que acaba de hacer, imaginando una respuesta larga y organizada. Y, sin embargo, me da la impresión de que el Papa considerase el Concilio un hecho tan incontestable que apenas valiera la pena dedicarle mucho tiempo corroborando su importancia.

“El Vaticano II supuso una relectura del Evangelio a la luz de la cultura contemporánea. Produjo un movimiento de renovación que viene sencillamente del mismo Evangelio. Los frutos son enormes. Basta recordar la liturgia. El trabajo de reforma litúrgica hizo un servicio al pueblo, releyendo el Evangelio a partir de una situación histórica completa. Sí, hay líneas de continuidad y de discontinuidad, pero una cosa es clara: la dinámica de lectura del Evangelio actualizada para hoy, propia del Concilio, es absolutamente irreversible. Luego están algunas cuestiones concretas, como la liturgia según el *Vetus Ordo*. Pienso que la decisión del papa Benedicto estuvo dictada por la prudencia, procurando ayudar a algunas personas que tienen esa sensibilidad particular. Lo que considero preocupante es el peligro de ideologización, de instrumentalización del *Vetus Ordo*”.

BUSCAR Y ENCONTRAR A DIOS EN TODAS LAS COSAS

El discurso del papa Francisco se inclina hacia la apertura cuando habla de los desafíos que afrontamos hoy. Hace algunos años escribía que para ver la realidad hace falta una mirada de fe, porque si no, se contempla una realidad fragmentada, dividida. Este sería uno de los temas de la encíclica *Lumen fidei.* Tengo presente algunos pasajes de los discursos del papa Francisco durante la Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro. Se los cito: “Dios es real, si se manifiesta en nuestro hoy”; “Dios está en todas partes”. Son frases que se hacen eco de la expresión ignaciana “buscar y encontrar a Dios en todas las cosas”.

Le pregunto al Papa: “Santidad, ¿cómo se hace para buscar y encontrar a Dios en todas las cosas?”.

“Lo que dije en Río tiene un valor temporal. Es verdad que tenemos la tentación de buscar a Dios en el pasado o en lo que creemos que puede darse en el futuro. Dios está ciertamente en el pasado porque está en las huellas que ha ido dejando. Y está también en el futuro como promesa. Pero el Dios

‘concreto’, por decirlo así, es *hoy*. Por eso las lamentaciones jamás nos ayudan a encontrar a Dios. Las lamentaciones que se oyen hoy sobre cómo va este mundo ‘bárbaro’ acaban generando en la Iglesia deseos de orden, entendido como pura conservación, como defensa. No: hay que encontrar a Dios en nuestro hoy”.

“Dios se manifiesta en una revelación histórica, en el tiempo. Es el tiempo el que inicia los procesos, el espacio los cristaliza. Dios se encuentra en el tiempo, en los procesos en curso. No hay que dar preferencia a los espacios de poder frente a los tiempos, a veces largos, de los procesos. Lo nuestro es poner en marcha procesos, más que ocupar espacios. Dios se manifiesta en el tiempo y está presente en los procesos de la historia. Esto nos hace preferir las acciones que generan dinámicas nuevas. Y exige paciencia y espera”. “Encontrar a Dios en todas las cosas no es un *eureka* empírico. En el fondo, cuando deseamos encontrar a Dios nos gustaría constatarlo inmediatamente por medios empíricos. Pero así no se encuentra a Dios. Se le encuentra en la brisa ligera de Elías. Los sentidos capaces de percibir a Dios son los que Ignacio llama ‘sentidos espirituales’. Ignacio quiere que abramos la sensibilidad espiritual y así encontremos a Dios más allá de un contacto puramente empírico. Se necesita una actitud contemplativa: es el sentimiento del que va por el camino bueno de la comprensión y del afecto frente a las cosas y las situaciones. Señales de que estamos en ese buen camino son la paz profunda, la consolación espiritual, el amor de Dios y de todas las cosas en Dios”.

CERTEZAS Y ERRORES

Si el encuentro con Dios en todas las cosas no es un “*eureka* empírico” – le digo al Papa– y si, por tanto, se trata de un camino que va leyendo en la historia, es posible cometer errores…

“Sí, este buscar y encontrar a Dios en todas las cosas deja siempre un margen a la incertidumbre. Debe dejarlo. Si una persona dice que ha encontrado a Dios con certeza total y ni le roza un margen de incertidumbre, algo no va bien. Yo tengo esto por una clave importante. Si uno tiene respuestas a todas las preguntas, estamos ante una prueba de que Dios no está con él. Quiere decir que es un falso profeta que usa la religión en bien propio. Los grandes guías del pueblo de Dios, como Moisés, siempre han dado espacio a la duda. Tenemos que hacer espacio al Señor, no a nuestras certezas, hemos de ser humildes. En todo discernimiento verdadero, abierto a la confirmación de la consolación espiritual, está presente la incertidumbre”. “El riesgo que existe, pues, en el buscar y hallar a Dios en todas las cosas, son los deseos de ser demasiado explícito, de decir con certeza humana y con arrogancia: ‘Dios está aquí’. Así encontraríamos solo un Dios a medida nuestra. La actitud correcta es la agustiniana: buscar a Dios para hallarlo, y hallarlo para buscarle siempre. Y frecuentemente se busca a tientas, como leemos en la Biblia. Esta es la experiencia de los grandes Padres de la fe, modelo nuestro. Hay que releer el capítulo 11 de la *Carta a los Hebreos*. Abrahán, por la fe, partió sin saber a dónde iba. Todos nuestros antepasados en la fe murieron teniendo ante los ojos los bienes prometidos, pero muy a lo lejos... No se nos ha entregado la vida como un guion en el que ya todo estuviera escrito, sino que consiste en andar, caminar, hacer, buscar, ver… Hay que embarcarse en la aventura de la búsqueda del encuentro y del dejarse buscar y dejarse encontrar por Dios”.

“Porque Dios está primero, está siempre primero, Dios *primerea*. Dios es un poco como la flor del almendro de tu Sicilia, Antonio, que es siempre la primera en aparecer. Así lo leemos en los profetas. Por tanto, a Dios se le encuentra caminando, en el camino. Y al oírme alguno podría decir que esto es relativismo. ¿Es relativismo? Sí, si se entiende mal, como una especie de confuso panteísmo. No, si se entiende en el sentido bíblico, según el cual Dios es siempre una sorpresa y jamás se sabe dónde y cómo encontrarlo, porque no eres tú el que fija el tiempo ni el lugar para encontrarte con Él. Es preciso discernir el encuentro. Y por eso el discernimiento es fundamental”.

“Un cristiano restauracionista, legalista, que lo quiere todo claro y seguro, no va a encontrar nada. La tradición y la memoria del pasado tienen que ayudarnos a reunir el valor necesario para abrir espacios nuevos a Dios. Aquel que hoy buscase siempre soluciones disciplinares, el que tienda a la ‘seguridad’ doctrinal de modo exagerado, el que busca obstinadamente recuperar el pasado perdido, posee una visión estática e involutiva. Y así la fe se convierte en una ideología entre tantas otras. Por mi parte, tengo una certeza dogmática: Dios está en la vida de toda persona. Dios está en la vida de cada uno. Y aun cuando la vida de una persona haya sido un desastre, aunque los vicios, la droga o cualquier otra cosa la tengan destruida, Dios está en su vida. Se puede y se debe buscar a Dios en toda vida humana. Aunque la vida de una persona sea terreno lleno de espinas y hierbajos, alberga siempre un espacio en que puede crecer la buena semilla. Es necesario fiarse de Dios”.

¿DEBEMOS SER OPTIMISTAS? Estas palabras del Papa me recuerdan algunas reflexiones suyas de hace tiempo, en las que el entonces cardenal Bergoglio escribía que Dios vive ya en la ciudad, mezclado vitalmente con todos y unido a cada uno. Es otro modo de decir, me parece, lo que escribe san Ignacio en los *Ejercicios Espirituales* cuando dice que Dios “trabaja y labora” en nuestro mundo. Le pregunto: “¿Debemos ser optimistas? ¿Qué signos de esperanza hay en el mundo actual? ¿Cómo hacemos para ser optimistas en un mundo en crisis?”. “No me gusta mucho la palabra ‘optimismo’ porque expresa una actitud psicológica. Me gusta más usar la palabra ‘esperanza’, tal como se lee en el capítulo 11 de la *Carta a los Hebreos* que he citado más arriba. Los Padres siguieron caminando a través de grandes dificultades. La esperanza no defrauda, como leemos en la *Carta a los Romanos*. Piense en la primera adivinanza del *Turandot* de Puccini”, me dice el Papa.

Sobre la marcha he hecho memoria para recordar los versos de aquella adivinanza de la princesa, que tiene como solución la esperanza: *En la oscuridad de la noche vuela un irisado fantasma. / Sube y despliega las alas / sobre la negra, infinita humanidad. / Todos lo invocan / y todos le imploran. / Pero el fantasma se esfuma con la aurora / para renacer en el corazón. / ¡Cada noche nace / y cada día muere!* Son versos que revelan el deseo de una esperanza que, sin embargo, es un fantasma irisado que desaparece con la aurora.

“Pues bien –prosigue el papa Francisco–, la esperanza cristiana no es un fantasma y no engaña. Es una virtud teologal y, en definitiva, un regalo de Dios que no se puede reducir a un optimismo meramente humano. Dios no defrauda la esperanza ni puede traicionarse a sí mismo. Dios es todo promesa”.

EL ARTE Y LA CREATIVIDAD

He quedado tocado por la alusión del Papa a *Turandot*, hablando del misterio de la esperanza. Me gustaría captar un poco más cuáles son sus coordenadas artísticas y literarias. Le recuerdo que el año 2006 decía que los grandes artistas saben cómo presentar con belleza las realidades trágicas y dolorosas de la vida. Y le pregunto cuáles son sus artistas y escritores preferidos, si tienen algo en común…

 “He sido aficionado a autores muy diferentes entre sí. Amo muchísimo a Dostoyevski y Hölderlin. De Hölderlin me gusta recordar aquella poesía tan bella para el cumpleaños de su abuela, que me ha hecho tanto bien espiritual. Es aquella que termina con el verso ‘Que el hombre mantenga lo que prometió el niño’. Me impresionó porque quería mucho a mi abuela Rosa y en esa poesía Hölderlin pone a su abuela junto a María, la que dio a luz a Jesús, al que él consideraba el amigo de la tierra que no consideró extranjero a ningún viviente. He leído *Los novios* tres veces y ahora lo tengo sobre la mesa para volverlo a leer. Manzoni me ha dado mucho. Mi abuela me hacía, de niño, aprender de memoria el comienzo de *Los novios*: ‘Quel ramo del lago di Como, che volge a mezzogiorno, tra due catene non interrotte di monti…’. También Gerard Manley Hopkins me ha gustado mucho”. “En pintura admiro a Caravaggio: sus lienzos me hablan. Pero también Chagall con su *Crucifixión blanca*...”.

“En música amo a Mozart, obviamente. Aquel *‘Et Incarnatus est’* de su *Misa en Do* es insuperable: ¡te lleva a Dios! Me encanta Mozart interpretado por Clara Haskil. Mozart me llena: no puedo pensarlo, tengo que sentirlo. A Beethoven me gusta escucharlo, pero prometeicamente. Y el intérprete más prometeico para mí es Furtwängler. Y después, las *Pasiones* de Bach. El pasaje de Bach que me gusta mucho es el *Erbarme Dich*, el llanto de Pedro de la *Pasión según San Mateo*. Sublime. Después, a distinto nivel, no de la misma intimidad, me gusta Wagner. Me gusta escucharlo, pero no siempre. *La Tetralogía del anillo*, dirigido por Furtwängler en la Scala el año 1950 es lo mejor que hay. Sin olvidar *Parsifal* dirigido el ’62 por Knappertsbusch”. “Deberíamos pasar a hablar de cine. *La Strada* de Fellini es quizá la película que más me haya gustado. Me identifico con esa película, en la que hay una referencia implícita a san Francisco. Luego creo haber visto todas las películas de Anna Magnani y Aldo Fabrizi cuando tenía entre 10 y 12 años. Otra película que me gustó mucho fue *Roma città aperta*. Mi cultura cinematográfica se la debo sobre todo a mis padres, que nos llevaban muy a menudo al cine”. “En general puedo decir que me gustan los artistas trágicos, especialmente los más clásicos. Hay una bella definición que Cervantes pone en boca del bachiller Carrasco haciendo el elogio de la historia de Don Quijote: ‘Los niños la traen en las manos, los jóvenes la leen, los adultos la entienden, los viejos la elogian’. Esta puede ser para mí una buena definición de lo que son los clásicos”.

Me doy cuenta de que me han absorbido todas estas citas del Papa y de que desearía entrar en su vida por la puerta de sus preferencias artísticas. Sería, imagino, un largo itinerario. Incluiría el cine, desde el neorrealismo italiano al *Festín de Babette*. Me vienen a la cabeza otros autores y otras obras que él ha citado en otras ocasiones, quizá menores o peor conocidas o de carácter local, del *Martín Fierro* de José Hernández a la poesía de Nino Costa, a *El gran éxodo* de Luigi Orsenigo. Pienso también en Joseph Malègue y José María Pemán. Y obviamente en Dante y Borges, pero también en Leopoldo Marechal, el autor de *Adán Buenosayres*, *El banquete de Severo Arcángelo* y *Megafón o la guerra*.

Pienso en Borges porque Bergoglio, entonces profesor de literatura a los veintiocho años en el *Colegio de la Inmaculada* de Santa Fe, lo conoció personalmente. Bergoglio enseñaba en los dos últimos años del liceo cuando inició a sus alumnos en la escritura creativa. Yo mismo he tenido una experiencia parecida a la suya cuando tenía su edad, en el Istituto Massimo de Roma, fundando *BombaCarta*, y se la cuento. Al final pido al Papa que me narre su experiencia.

“Fue una cosa un poco atrevida –responde–. Quería encontrar la manera de que mis alumnos estudiasen *El Cid*. Pero a los chicos no les apetecía. Me pedían leer a García Lorca. Entonces decidí que estudiaran *El Cid* en casa y que en clase yo hablaría de los autores que les gustaban más. Naturalmente los chicos querían leer obras literarias más ‘picantes’, contemporáneas, como *La casada infiel* o clásicas, como *La Celestina* de Fernando de Rojas. Pero leyendo estas cosas que les resultaban entonces más atractivas, le cogían gusto a la literatura y a la poesía en general, y pasaban a otros autores. Y a mí me resultó una gran experiencia. Pude acabar el programa, aunque de forma no estructurada, es decir, no según el orden previsto, sino siguiendo el que iba surgiendo con naturalidad a partir de la lectura de los autores. Esta modalidad se me acomodaba muy bien: no era de mi agrado hacer una programación rígida, todo lo más conocer, sobre poco más o menos, a donde quería llegar. Y entonces empecé a hacerles escribir. Al final decidí pedir a Borges que leyera dos narraciones escritas por mis chicos. Conocía a su secretaria, que me había dado clases de piano. A Borges le gustaron muchísimo. Y me propuso redactar la introducción de una recopilación”.

“Entonces, Santo Padre, para la vida de una persona ¿es importante la creatividad?”, le pregunto. Se ríe y me responde: “¡Para un jesuita es enormemente importante! Un jesuita debe ser creativo”.

FRONTERAS Y LABORATORIOS

Creatividad, pues: importante para un jesuita. El papa Francisco, cuando recibió a los padres y colaboradores de *La Civiltà Cattolica*, había enunciado otras tres características importantes para el trabajo cultural del jesuita. Vuelvo con la memoria a aquel día, 14 de junio pasado. Recuerdo que entonces, en el intercambio que tuvimos, previo al encuentro con todo el grupo, ya me las había anunciado: diálogo, discernimiento y frontera. Y había insistido en particular en el último punto, citándome a Pablo VI que en un famoso discurso había dicho de los jesuitas: “Dondequiera que en la Iglesia las más candentes exigencias del hombre se han medido con el mensaje perenne del Evangelio, aun en los campos más difíciles y punteros, sea en las encrucijadas de las ideologías o en las trincheras sociales, allí han estado los jesuitas”. Le pido al papa Francisco que me lo aclare un poco: “Nos ha pedido que estemos atentos a no caer ‘en la tentación de domesticar las fronteras: hay que salir al encuentro de las fronteras, y no traerse las fronteras a casa para darles un barniz y domesticarlas’. ¿A qué se refería? ¿Qué quería decirnos exactamente? Esta entrevista ha surgido de un acuerdo entre un grupo de revistas dirigidas por la Compañía de Jesús: ¿desea hacerles alguna invitación especial? ¿Cuáles deben ser sus prioridades?”.

“Las tres palabras clave que dirigí a *La Civiltà Cattolica* pueden extenderse a todas las revistas de la Compañía, quizá con acentos diferentes propios de su naturaleza y sus objetivos. Cuando insisto en la frontera de un modo especial, me refiero a la necesidad que tiene el hombre de cultura de estar inserto en el contexto en que actúa y sobre el que reflexiona. Nos acecha siempre el peligro de vivir en un laboratorio. La nuestra no es una felaboratorio, sino una fe-camino, una fe histórica. Dios se ha revelado como historia, no como un compendio de verdades abstractas. Me dan miedo los laboratorios porque en el laboratorio se toman los problemas y se los lleva uno a su casa, fuera de su contexto, para domesticarlos, para darles un barniz. No hay que llevarse la frontera a casa, sino vivir en frontera y ser audaces”. Le pregunto al Papa si puede ponerme algún ejemplo a partir de su experiencia personal.

“Cuando se habla de problemas sociales, una cosa es reunirse a estudiar el problema de la droga de una *villa miseria*, y otra cosa es ir allí, vivir allí y captar el problema desde dentro y estudiarlo. Hay una carta genial del padre Arrupe a los Centros de Investigación y Acción Social (CIAS) sobre la pobreza, en la que dice claramente que no se puede hablar de pobreza si no se la experimenta, con una inserción directa en los lugares en los que se vive esa pobreza. La palabra ‘inserción’ es peligrosa, porque algunos religiosos la han tomado como una moda, y han sucedido desastres por falta de discernimiento. Pero es verdaderamente importante”.

“Y las fronteras son muchas. Pensemos en las religiosas que viven en hospitales: viven en las fronteras. Yo mismo estoy vivo gracias a ellas. Con ocasión de mi problema de pulmón en el hospital, el médico me prescribió penicilina y estreptomicina en cierta dosis. La hermana que estaba de guardia la triplicó porque tenía ojo clínico, sabía lo que había que hacer porque estaba con los enfermos todo el día. El médico, que verdaderamente era un buen médico, vivía en su laboratorio, la hermana vivía en la frontera y dialogaba con la frontera todos los días. Domesticar las fronteras significa limitarse a hablar desde una posición de lejanía, encerrase en los laboratorios, que son cosas útiles. Pero la reflexión, para nosotros, debe partir de la experiencia”.

CÓMO SE ENTIENDE EL HOMBRE A SÍ MISMO

 Pregunto al Papa si esto tiene validez también, y cómo, en el caso de una frontera tan importante como es la del desafío antropológico. La antropología que la Iglesia ha tomado tradicionalmente como punto de referencia y el lenguaje con el que la ha expresado siguen siendo referencia sólida, fruto de una sabiduría y una experiencia seculares. Y, sin embargo, el hombre al que se dirige la Iglesia no parece ya comprender esa antropología y ese lenguaje, ni considerarlos suficientes. Comienzo exponiendo el hecho de que el hombre se está interpretando a sí mismo de modo diferente a como lo ha hecho en el pasado, con categorías diferentes. Y esto se debe también a grandes cambios en la sociedad y a un estudio más hondo de sí mismo.

El Papa, en este momento, se levanta y va coger su Breviario de la mesa de trabajo. Es un Breviario en latín y ya muy ajado por el uso. Lo abre por el Oficio de Lectura de la *Feria sexta*, es decir del viernes, de la semana XXVII. Me lee un pasaje del *Commonitorium Primum* de san Vincente de Lerins: “*Ita etiam christianae religionis dogma sequatur has decet profectuum leges, ut annis scilicet consolidetur, dilatetur tempore, sublimetur aetate* (El mismo dogma de la religión cristiana debe someterse a estas leyes. Progresa, consolidándose con los años, desarrollándose con el tiempo, haciéndose más profundo con la edad)”. 26 Y prosigue el Papa: “San Vicente de Lerins compara el desarrollo biológico del hombre con la transmisión del *depositum fidei* de una época a la otra, que crece y se consolida con el paso del tiempo. Ciertamente la comprensión del hombre cambia con el tiempo y su conciencia de sí mismo se hace más profunda. Pensemos en cuando la esclavitud era cosa admitida y cuando la pena de muerte se aceptaba sin problemas. Por tanto, se crece en comprensión de la verdad. Los exegetas y los teólogos ayudan a la Iglesia a madurar su propio juicio. Las demás ciencias y su evolución ayudan también a la Iglesia a aumentar en comprensión. Hay normas y preceptos eclesiales secundarios, una vez eficaces pero ahora sin valor ni significado. Es equivocada una visión monolítica y sin matices de la doctrina de la Iglesia”.

“Por lo demás, en cada época el hombre intenta comprenderse y expresarse mejor a sí mismo. Y por tanto el hombre, con el tiempo, cambia su modo de percibirse: una cosa es el hombre que se expresa esculpiendo la *Nike* de Samotracia, otra la de Caravaggio, otra la de Chagall y, todavía, otra la de Dalí. Las mismas formas de expresión de la verdad pueden ser múltiples, es más, es necesario que lo sean para la transmisión del mensaje evangélico en su significado inmutable”.

“El hombre va a la búsqueda de sí mismo, y es natural que en esta búsqueda pueda cometer errores. La Iglesia ha vivido tiempos de genialidad, como por ejemplo el del tomismo. Pero también vive tiempos de decadencia del pensamiento. Por ejemplo: no debemos confundir la genialidad del tomismo con el tomismo decadente. Yo, desgraciadamente, estudié la filosofía en manuales de tomismo decadente. En su pensamiento sobre el hombre la Iglesia debería tender a la genialidad, no a la decadencia”.

“¿Cuándo deja de ser válida una expresión del pensamiento? Cuando el pensamiento pierde de vista lo humano, cuando le da miedo el hombre o cuando se deja engañar sobre sí mismo. Podemos representar el pensamiento engañado en la figura de Ulises ante el canto de las sirenas, o como Tannhäuser, rodeado de una orgía de sátiros y bacantes, o como Parsifal, en el segundo acto de la ópera wagneriana, en el palacio de Klingsor. El pensamiento de la Iglesia debe recuperar genialidad y entender cada vez mejor la manera como el hombre se comprende hoy, para desarrollar y profundizar sus propias enseñanzas”.

ORAR

Lanzo al Papa una última pregunta sobre su modo preferido de orar. “Rezo el Oficio todas las mañanas. Me gusta rezar con los Salmos. Después, inmediatamente, celebro la misa. Rezo el Rosario. Lo que verdaderamente prefiero es la Adoración vespertina, incluso cuando me distraigo pensando en otras cosas o cuando llego a dormirme rezando. Por la tarde, por tanto, entre las siete y las ocho, estoy ante el Santísimo en una hora de adoración. Pero rezo también en mis esperas al dentista y en otros momentos de la jornada”.

“La oración es para mí siempre una oración ‘memoriosa’, llena de memoria, de recuerdos, incluso de memoria de mi historia o de lo que el Señor ha hecho en su Iglesia o en una parroquia concreta. Para mí, se trata de la memoria de que habla san Ignacio en la primera Semana de los Ejercicios, en el encuentro misericordioso con Cristo Crucificado. Y me pregunto: ‘¿Qué he hecho yo por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué debo hacer por Cristo?’. Es la memoria de la que habla también Ignacio en la *Contemplación para alcanzar amor*, cuando nos pide que traigamos a la memoria los beneficios recibidos. Pero, sobre todo, sé que el Señor me tiene en su memoria. Yo puedo olvidarme de Él, pero yo sé que Él jamás se olvida de mí. La memoria funda radicalmente el corazón del jesuita: es la memoria de la gracia, la memoria de la que se habla en el *Deuteronomio*, la memoria de las acciones de Dios que están en la base de la alianza entre Dios y su pueblo. Esta es la memoria que me hace hijo y que me hace también ser padre”.

\*\*\* Me doy cuenta de que seguiría mucho tiempo este diálogo, pero sé que, como dijo el Papa una vez, no hay que “maltratar los límites”. En total hemos dialogado durante más de seis horas a lo largo de tres sesiones, el 19, el 23 y el 29 de agosto. He preferido organizar la redacción sin divisiones, para que no perdiera continuidad. Lo nuestro ha sido más una conversación que una entrevista: las preguntas han constituido como un telón de fondo que no imponía rígidos parámetros predefinidos. Incluso desde el punto de vista lingüístico hemos pasado con soltura del italiano al español, a menudo sin advertir la transición. No ha habido nada de mecánico, y las respuestas nacían del diálogo y dentro de un razonamiento que he procurado reflejar aquí, de modo sintético, como he podido.

**37.- Entrevista al** **Corriere della Sera**

Coincidiendo con su primer año de pontificado, el Papa Francisco concede una entrevista al Corriere della Sera que reproducimos en su totalidad.

Un año ha transcurrido desde aquel simple “buonasera” que conmovió al mundo. El lapso de doce meses tan intensos no alcanza para contener la gran masa de novedades y los muchos signos profundos de la innovación pastoral de Francisco. Nos encontramos en una salita de Santa Marta. Una única ventana da a un patio interior que abre un minúsculo ángulo de cielo azul. Hace un día buenísimo, primaveral, cálido. El Papa aparece de improviso, casi de repente, por una puerta, con la cara distendida y sonriente. Mira divertido las grabadoras varias que la ansiedad senil de un periodista ha colocado sobre la mesa. "¿Funcionan? ¿Sí? Menos mal." ¿El balance de un año? No, los balances no le gustan. "Yo sólo hago balance cada quince días, con mi confesor".

**Usted, Santo Padre, cada tanto llama por teléfono a quien le pide ayuda. Y a veces no le creen.**

Sí, me ha pasado. Cuando uno llama es porque tiene ganas de hablar, una pregunta que hacer, un consejo que pedir. Cuando era cura en Buenos Aires, era más fácil. Y a mí me ha quedado esa costumbre. Es un servicio. Lo siento dentro. Cierto, ahora no es tan fácil hacerlo, vista la cantidad de gente que me escribe.

**¿Hay algún contacto, algún encuentro, que recuerde con particular afecto?**

Una señora viuda de 80 años que había perdido a su hijo. Me escribió. Y ahora le doy una llamadita cada mes. Ella es feliz; yo ejerzo de cura. Me gusta.

**La relación con su predecesor. ¿Ha pedido alguna vez consejo a Benedicto XVI?**

Sí, el Papa emérito no es una estatua en un museo. Es una institución. No estábamos acostumbrados. Hace sesenta o setenta años, el obispo emérito no existía. Eso vino después del Concilio. Hoy es una institución. Lo mismo tiene que pasar con el Papa emérito. Benedicto es el primero y tal vez haya otros. No lo sabemos. Él es discreto, humilde, no quiere molestar. Lo hablamos y decidimos juntos que era mejor que viera gente, que saliera y participara de la vida de la Iglesia. Una vez vino aquí para la bendición de la estatua de San Miguel Arcángel, después a un almuerzo en Santa Marta, y después de Navidad le invité a participar del consistorio y él aceptó. Su sabiduría es un don de Dios. Alguno habría querido que se retirase a una abadía benedictina lejos del Vaticano. Yo pensé en los abuelos que, con su sabiduría y sus consejos, dan fuerza a la familia y no merecen terminar en un asilo.

**A nosotros nos parece que su modo de gobernar la Iglesia es así: usted escucha a todos y después decide solo. Un poco como el general de los jesuitas. ¿El Papa es un hombre solo?**

Sí y no. Entiendo lo que me quiere decir. El Papa no está solo en su trabajo porque es acompañado y aconsejado por muchas personas. Y sería un hombre solo si decidiese sin escuchar o fingiendo que escucha. Pero hay un momento, cuando se trata de decidir, de poner una firma, en el cual está solo con su sentido de la responsabilidad.

**Usted ha innovado, ha criticado algunas actitudes del clero, ha revolucionado la curia. Con algunas resistencias y algunas oposiciones. ¿La Iglesia ya ha cambiado como usted quería hace un año?**

Yo en marzo del año pasado no tenía ningún proyecto de cambiar la Iglesia. No me esperaba, por decirlo de alguna manera, este traslado de diócesis. Empecé a gobernar buscando poner en práctica todo lo que había surgido en el debate entre los cardenales durante las diversas congregaciones. En mi forma de actuar espero a que el Señor me dé la inspiración. Le pongo un ejemplo. Se había hablado del cuidado espiritual de las personas que trabajan en la Curia, y entonces se empezaron a hacer retiros espirituales. Había que darles más importancia a los ejercicios espirituales anuales: todos tienen derecho a pasar cinco días de silencio y meditación, mientras que antes en la Curia se escuchaban tres predicaciones al día y después algunos seguían trabajando.

**La ternura y la misericordia son la esencia de su mensaje pastoral…**

Y del Evangelio. Es el centro del Evangelio. De lo contrario, no se entiende a Jesucristo, ni la ternura del Padre que lo envía a escucharnos, a curarnos, a salvarnos.

**¿Pero se ha comprendido este mensaje? Usted ha dicho que la "franciscomanía" no duraría mucho. ¿Hay algo de su imagen pública que no le guste?**

Me gusta estar entre la gente, junto a los que sufren, ir a las parroquias. No me gustan las interpretaciones ideológicas, una cierta mitología del papa Francisco. Cuando se dice, por ejemplo, que sale de noche del Vaticano para ir a darles de comer a los mendigos de Via Ottaviano. No se me ha pasado jamás por la mente. Sigmund Freud decía, si no me equivoco, que en toda idealización hay una agresión. Pintar al Papa como si fuese una especie de Superman, una especie de estrella, me parece ofensivo. El Papa es un hombre que ríe, llora, duerme tranquilo y tiene amigos como todos. Una persona normal.

**¿Nostalgia de su Argentina?**

La verdad es que no tengo nostalgia. Me gustaría ir a encontrarme con mi hermana, que está enferma, es la última de nosotros cinco. Me gustaría verla, pero esto no justifica un viaje a Argentina: le llamo por teléfono y esto basta. No pienso ir antes de 2016, porque en América Latina ya he estado en Río. Ahora debo ir a Tierra Santa, a Asia, después a África.

**Acaba de renovar el pasaporte argentino. Y sin embargo usted es un jefe de Estado.**

Lo he renovado porque caducaba.

**¿Le disgustaron aquellas acusaciones de marxismo, sobre todo americanas, después de la publicación de la Evangelii Gaudium?**

Para nada. Nunca compartí la ideología marxista, porque es falsa, pero conocí a muchas personas buenas que profesaban el marxismo.

**Los escándalos que turbaron la vida de la Iglesia han quedado afortunadamente atrás. Sobre el delicado tema de los abusos a menores, a usted le han dirigido una petición desde las páginas de Il Foglio, firmada entre otros por los filósofos Besançon y Scruton, para que alce su voz contra los fanatismos y la mala fe del mundo secularizado, que respeta poco la infancia.**

Quiero decir dos cosas. Los casos de abusos son tremendos porque dejan heridas profundísimas. Benedicto XVI fue muy valiente y abrió un camino. La Iglesia, siguiendo ese camino, ha hecho mucho. Tal vez más que nadie. Las estadísticas sobre el fenómeno de las agresiones contra los niños son impresionantes, pero muestran también con claridad que la gran mayoría de los abusos suceden en el entorno familiar y de gente cercana. La Iglesia Católica es tal vez la única institución pública que se ha movido con transparencia y responsabilidad. Ningún otro ha hecho tanto. Y, sin embargo, la Iglesia es la única que es atacada.

**Santo Padre, usted dice que "los pobres nos evangelizan". La atención a la pobreza, la impronta más fuerte de su mensaje pastoral, es tomada por algunos observadores como una profesión del pauperismo. El Evangelio no condena el bienestar. Y Zaqueo era rico y caritativo.**

El Evangelio condena el culto al bienestar. El pauperismo es una de las interpretaciones críticas. En el Medioevo había muchas corrientes pauperistas. San Francisco tuvo la genialidad de colocar el tema de la pobreza en el camino evangélico. Jesús dice que no se puede servir a dos señores, a Dios y al dinero. Y cuando seamos juzgados al final de los tiempos (Mateo 25) contará nuestra cercanía con la pobreza. La pobreza nos aleja de la idolatría, abre las puertas a la Providencia. Zaqueo entrega la mitad de sus riquezas a los pobres. Y a quienes tienen sus graneros llenos de su propio egoísmo, el Señor, al final, les pide cuentas. Lo que pienso de la pobreza lo he expresado bien en la Evangelii Gaudium.

**Usted ha señalado en la globalización, sobre todo la financiera, algunos de los males que agreden a la humanidad. Pero la globalización ha sacado de la indigencia a millones de personas. Ha dado esperanza, un sentimiento raro que no debe confundirse con el optimismo.**

Es verdad, la globalización ha salvado de la pobreza a muchas personas, pero ha condenado a muchas otras a morir de hambre porque con este sistema económico se vuelve selectiva. La globalización en la que piensa la Iglesia no se parece a una esfera en la que cada punto es equidistante del centro y en la cual, por lo tanto, se pierde la particularidad de los pueblos, sino que es un poliedro, con sus diversas caras, en el que cada pueblo conserva su propia cultura, lengua, religión, identidad. La actual globalización "esférica" económica, y sobre todo financiera, produce un pensamiento único, un pensamiento débil. En el centro ya no está la persona humana, solo el dinero.

**El tema de la familia es central en la actividad del Consejo de los Ocho Cardenales. Desde la exhortación Familiaris Consortio de Juan Pablo II han cambiado muchas cosas. Hay dos sínodos programados. Se esperan grandes novedades. Usted ha dicho a los divorciados: que no sean condenados, que sean ayudados.**

Es un largo camino que la Iglesia debe completar. Un proceso querido por el Señor. Tres meses después de mi elección, me fueron presentados los temas para el sínodo, y se propuso discutir sobre cuál es la aportación de Jesús al hombre contemporáneo. Pero al final, con pasos graduales –que para mí han sido signos de la voluntad de Dios- se decidió debatir sobre la familia, que atraviesa una crisis muy seria. Es difícil formar una familia. Los jóvenes se casan poco. Hay muchas familias separadas, cuyo proyecto de vida en común fracasó. Los hijos sufren mucho. Nosotros debemos dar una respuesta. Pero para esto hace falta reflexionar mucho en profundidad. Y es lo que el Consistorio y el Sínodo están haciendo. Hace falta evitar quedarse en la superficie. La tentación de resolver cada problema con la casuística es un error, una simplificación de cosas profundas, como hacían los fariseos, una teología muy superficial. Es a la luz de la reflexión profunda como se podrán afrontar seriamente las situaciones particulares, también las de los divorciados, con profundidad pastoral.

**¿Por qué el informe del cardenal Walter Kasper en el último consistorio (“un abismo entre la doctrina sobre matrimonio y familia y la vida real de muchos cristianos”) ha dividido así a los purpurados? ¿Cómo cree que la Iglesia podrá recorrer estos dos años de camino fatigoso llegando a un amplio y sereno consenso? Si la doctrina es sólida, ¿por qué es necesario el debate?**

El cardenal Kasper hizo una bellísima y profunda presentación, que pronto será publicada en alemán, y abordó cinco puntos: el quinto era el de los segundos matrimonios. Me habría preocupado si en el Consistorio no hubiera habido una discusión intensa, no habría servido de nada. Los cardenales sabían que podían decir lo que quisieran, y presentaron muchos puntos de vista distintos, que enriquecen. Las confrontaciones fraternas y abiertas hacen crecer el pensamiento teológico y pastoral. De esto no tengo miedo; es más, lo busco.

**En un pasado reciente era habitual referirse a los llamados "valores no negociables", sobre todo en bioética y en moral sexual. Usted no ha usado esa fórmula. Los principios doctrinales y morales no han cambiado. ¿Esta elección quiere quizá indicar un estilo menos preceptivo y más respetuoso de la conciencia personal?**

Nunca he entendido la expresión “valores no negociables”. Los valores son valores, y punto. No puedo decir que entre los dedos de una mano haya uno menos útil que otro. Por eso no entiendo en qué sentido pueda haber valores negociables. Lo que tenía que decir sobre el tema de la vida, lo he escrito en la exhortación Evangelii Gaudium.

**Muchos países han regulado las uniones civiles. ¿Es un camino que la Iglesia puede comprender? ¿Hasta qué punto?**

El matrimonio es entre un hombre y una mujer. Los Estados laicos quieren justificar la unión civil para regular diversas situaciones de convivencia, impulsados por la necesidad de regular aspectos económicos entre las personas, como por ejemplo asegurar la asistencia sanitaria. Se trata de pactos de convivencia de diversa naturaleza, de los cuales no sabría enumerar las distintas formas. Es necesario ver los distintos casos y evaluarlos en su variedad.

**¿Cómo será promovido el rol de la mujer en la Iglesia?**

Tampoco en esto ayuda la casuística. Es verdad que la mujer puede y debe estar más presente en los puestos de decisión de la Iglesia. Pero a esto yo lo llamaría una promoción de tipo funcional. Solo con eso no se avanza demasiado. Más bien hay que pensar que la Iglesia lleva el artículo femenino, "la": es femenina desde los orígenes. El gran teólogo Urs von Balthasar trabajó mucho sobre este tema: el principio mariano guía a la Iglesia junto al principio petrino. La Virgen María es más importante que cualquier obispo y que cualquier apóstol. La profundización teologal está en marcha. El cardenal Rylko, con el Consejo Pontificio de los Laicos, está trabajando en esta dirección con muchas mujeres expertas en diversas materias.

**Medio siglo después de la Humanae Vitae de Pablo VI, ¿la Iglesia puede retomar el tema del control de la natalidad? El cardenal Martini, su hermano, sostenía que quizá había llegado el momento.**

Todo depende de cómo sea interpretada la Humanae Vitae. El mismo Pablo VI, al final, recomendaba a los confesores mucha misericordia, atención a las situaciones concretas. Pero su genialidad fue profética, tuvo la valentía de enfrentarse a la mayoría, de defender la disciplina moral, de ejercitar un freno cultural, de oponerse al neo-malthusianismo presente y futuro. La cuestión no es cambiar la doctrina, sino profundizar en ella y asegurarse de que la pastoral tome en cuenta las situaciones y lo que para esas personas es posible hacer. También de esto se hablará en el camino del Sínodo.

**La ciencia evoluciona y rediseña los confines de la vida. ¿Tiene sentido prolongar artificialmente la vida en estado vegetativo? ¿El testamento biológico puede ser una solución?**

No soy un especialista en argumentos bioéticos. Y temo que cada frase mía pueda ser equivocada. La doctrina tradicional de la Iglesia dice que ninguno está obligado a usar medios extraordinarios cuando se sabe que está en fase terminal. En mi pastoral, en estos casos, siempre he aconsejado los cuidados paliativos. En casos más específicos está bien acudir, si es necesario, al consejo de los especialistas.

**El próximo viaje a Tierra Santa, ¿llevará al acuerdo de comunión con los ortodoxos que Pablo VI, hace cincuenta años, casi llegó a firmar con Atenágoras?**

Estamos todos impacientes por obtener resultados “cerrados”. Pero el camino de la unidad con los ortodoxos quiere decir sobre todo caminar y trabajar juntos. En Buenos Aires, a los cursos de catequesis venían varios ortodoxos. Yo pasaba la Navidad y el 6 de enero junto a sus obispos, que a veces pedían también consejo a nuestros diocesanos. No sé si es verdad el episodio que se cuenta de Atenágoras, según el cual habría propuesto a Pablo VI que caminasen juntos y mandasen a una isla a todos los teólogos para que discutieran entre ellos. Es una broma, pero lo importante es que caminemos juntos. La teología ortodoxa es muy rica. Y creo que ellos tienen en este momento grandes teólogos. Su visión de la Iglesia y de la sinodalidad es maravillosa.

**Dentro de algunos años, la mayor potencia mundial será China, con la que el Vaticano no tiene relaciones. Matteo Ricci era jesuita como usted.**

Estamos cercanos a China. Yo le mandé una carta al presidente Xi Jin Ping cuando fue elegido, tres días después que yo. Y él me respondió. Las relaciones existen. Es un pueblo grande al que quiero.

**¿Por qué, Santo Padre, no habla más de Europa? ¿Qué es lo que no le convence del diseño europeo?**

¿Usted recuerda el día en que hablé de Asia? ¿Qué dije? [Aquí el cronista se aventura en algunas explicaciones, recogiendo vagos recuerdos para después darse cuenta de que ha caído en una simpática trampa]. Yo no he hablado de Asia, ni de África, ni de Europa. Solo de América Latina cuando estuve en Brasil y cuando he tenido que recibir a la Comisión Pontificia para América Latina. No se ha dado todavía la ocasión para hablar de Europa. Llegará.

**¿Qué libro está leyendo en estos días?**

Pietro e Maddalena, de Damiano Marzotto, sobre la dimensión femenina de la Iglesia. Un libro precioso.

**¿Y no le da tiempo a ver alguna película buena, otra de sus pasiones? 'La gran belleza' ha ganado el Oscar. ¿La verá?**

No lo sé. La última película que he visto es 'La vida es bella', de Benigni. Y antes había vuelto a ver La Strada de Fellini. Una obra maestra. Me gustaba también Wajda…

**San Francisco tuvo una juventud despreocupada. Le pregunto: ¿alguna vez se ha enamorado?**

En el libro El Jesuita cuento que tuve una novieta a los 17 años. Y hago referencia también en Entre el Cielo y la Tierra, el volumen que escribí con Abraham Skorka. Cuando estaba en el seminario, una chica me hizo perder la cabeza durante una semana.

**¿Y cómo acabó, si no es indiscreción?**

Eran cosas de jóvenes. Hable con mi confesor. [Una gran sonrisa]
**Gracias, Padre Santo.**
Gracias a usted.

**Conferencia de prensa del santo Padre Francisco**

**durante el vuelo de regreso a Roma**

Domingo 28 de julio de 2013

**Padre Lombardi**:

Queridos amigos, tenemos la alegría de tener con nosotros en este viaje de vuelta al Santo Padre Francisco; y ha sido tan amable de concedernos un amplio espacio de tiempo para hacer con nosotros balance del viaje y responder con total libertad a las preguntas que le hagan. Le doy la palabra para una pequeña introducción, y después comenzamos con la lista de los que se han inscrito para hablar, escogiéndolos un poco de los distintos grupos nacionales y lingüísticos. A Usted, Santidad, la palabra para comenzar:

Papa Francisco: Buenas tardes, y muchas gracias. Estoy contento. Ha sido un viaje hermoso; espiritualmente me ha hecho bien. Estoy cansado, bastante, pero con el corazón alegre, y estoy bien, bien, me ha hecho bien espiritualmente. Encontrar a la gente hace bien, porque el Señor obra en cada uno de nosotros, trabaja el corazón, y la riqueza del Señor es tanta que siempre podemos recibir muchas cosas hermosas de los demás. Y esto me hace bien. Esto, como primer balance. Diré además que la bondad, el corazón del pueblo brasileño es grande; es verdad, es grande. Es un pueblo tan amable, un pueblo que ama la fiesta, que incluso en el sufrimiento siempre encuentra un camino para descubrir el bien en cualquier parte. Y esto está bien, es un pueblo alegre, el pueblo ha sufrido mucho. Es contagiosa la alegría de los brasileños, es contagiosa. Y tiene un gran corazón, este pueblo.

Además, debo hablar también de los organizadores, tanto de nuestra parte, como de la parte de los brasileños; me he sentido como si estuviera ante un ordenador, ese ordenador encarnado… De verdad, estaba todo cronometrado ¿no? Pero hermoso. Sí, hemos tenido problemas con las hipótesis de seguridad; la seguridad de aquí, la seguridad de allí; no ha habido ni un incidente en todo Río de Janeiro en estos días, y todo era espontáneo. Con menos seguridad, he podido estar con la gente, abrazarla, saludarla, sin coches blindados: es la seguridad de fiarse de un pueblo. Es verdad que siempre está el peligro de que haya un loco. Eh, sí, que haya un loco que haga algo, pero también está el Señor. Crear un espacio blindado entre el obispo y el pueblo es una locura, y yo prefiero esta otra locura: fuera, y correr el riesgo de la otra locura. Prefiero esta locura: fuera. La cercanía hace bien a todos.

Además, la organización de la Jornada, no de algo en concreto, sino todo: la parte artística, la parte religiosa, la parte catequética, la parte litúrgica... Ha sido muy hermoso. Ellos tienen capacidad para expresarse en el arte. Ayer, por ejemplo, hicieron cosas preciosas, preciosas.

Luego, Aparecida; Aparecida, para mí es una experiencia religiosa, fuerte. Recuerdo la Quinta Conferencia. He ido allí para rezar, para rezar. Me hiera gustado ir solo, casi de incógnito, pero había una multitud impresionante. Y no es posible, lo sabía antes de venir. Y hemos rezado, nosotros.

También ustedes: su trabajo ha sido, me dicen —yo no he leído los periódicos en estos días, no tenía tiempo, no he visto la televisión, nada –, ha sido un trabajo bueno, bueno, bueno. Gracias, gracias por la colaboración, gracias por haber hecho esto. Luego el número, el número de jóvenes. Hoy, yo no lo puedo creer, pero hoy el Gobernador hablaba de tres millones. No puedo creerlo. Desde el altar —eso es verdad—, no sé si ustedes, algunos de ustedes han estado en el altar, desde el altar hasta el final, toda la playa estaba llena, hasta la curva: más de cuatro kilómetros. ¡Tantos jóvenes! Y dicen, me ha dicho Mons. Tempesta, que eran de 178 países, ¡178! También el Vicepresidente me ha dicho este número, esto es seguro. Es importante. Fuerte.

Padre Lombardi:

Gracias. Ahora damos la palabra en primer lugar a Juan de Lara, que es de EFE, y es español, y es el último viaje que hace con nosotros; por tanto, estamos contentos de darle esta posibilidad.

**Juan de Lara:**

Santidad, buenas noches. En nombre de todos los compañeros le queremos agradecer estos días que nos ha regalado en Río de Janeiro, el trabajo que ha hecho y el esfuerzo que ha supuesto; y también en nombre de todos los periodistas españoles, le queremos agradecer las plegarias y los rezos por las víctimas del accidente ferroviario de Santiago de Compostela. Muchísimas gracias. Y la primera pregunta no tiene mucho que ver con el viaje, pero aprovechamos la ocasión de que nos da esta posibilidad y quería preguntarle: Santidad, en estos cuatro meses de pontificado, hemos visto que ha creado varias comisiones para reformar la Curia vaticana. Quisiera preguntarle: ¿Qué tipo de reforma tiene en mente, contempla la posibilidad de suprimir el IOR, el llamado Banco del Vaticano? Gracias.

**Papa Francisco**:

Los pasos que fui dando en estos cuatro meses y medio, vienen de dos vertientes: el contenido de lo que había que hacer, todo, viene de la vertiente de las congregaciones generales que tuvimos los cardenales. Fueron cosas que los cardenales pedimos al que iba a ser el nuevo Papa. Yo me acuerdo que pedía muchas cosas, pensando en otro. O sea, pedíamos, hay que hacer esto… por ejemplo, la comisión de ocho cardenales. Sabemos que es importante tener una consulta *outsider*, no las consultas que se tienen, sino *outsider.* Y esto va en la línea —aquí hago como una abstracción, pensando, pero para explicarlo—, en la línea, cada vez de la maduración de la relación entre sinodalidad y primado. O sea, estos ocho cardenales favorecen la sinodalidad, ayudan a que los diversos episcopados del mundo se vayan expresando en el mismo gobierno de la Iglesia. Hay muchas propuestas que se hicieron, que todavía no están puestas en práctica, como la reforma de la Secretaría del Sínodo, en la metodología; como la comisión post-sinodal que tenga carácter permanente de consulta; como los consistorios cardenalicios con temáticas no tanto formales —como, por ejemplo, la canonización—, sino también temáticas, etc. Bueno, la vertiente de los contenidos viene de ahí.

La segunda vertiente es la oportunidad. Les confieso, a mí no me costó, al mes de pontificado, armar la comisión de los ocho cardenales, que es una cosa… La parte económica yo pensaba tratarla el año que viene, porque no es lo más importante que había que tocar. Sin embargo, la agenda se cambió debido a circunstancias que ustedes conocen, que son de dominio público y que aparecieron problemas y que había que enfrentarlos. El primero, el problema del IOR, o sea, cómo encaminarlo, cómo delinearlo, cómo reformularlo, cómo sanear lo que haya que sanear, y ahí está la primera comisión de referencia, ése es el nombre. Ustedes conocen el quirógrafo, lo que se pide, los integrantes y todo. Después tuvimos la reunión de la comisión de los quince cardenales que se ocupan de los aspectos económicos de la Santa Sede. Son de todas partes del mundo. Y ahí, preparando esa reunión, se vio la necesidad de hacer una misma comisión de referencia para toda la economía de la Santa Sede. O sea, que se tocó el problema económico fuera de agenda, pero estas cosas suceden cuando en el oficio de gobierno ¿cierto?, uno va por aquí, pero le patean un golazo de allá y lo tiene que atajar, ¿no es cierto? Entonces, la vida es así y, eso es lo lindo de la vida también. Repito, la pregunta que me hacía del IOR... Perdón, estoy hablando en castellano. Perdón… me venía la respuesta en castellano.

En referencia a la pregunta que me hacía del IOR, no sé cómo terminará el IOR; algunos dicen que tal vez es mejor que sea un banco, otros que sea un fondo de ayuda, otros dicen que hay que cerrarlo. Bien. Se oyen estas voces. No sé, me fío del trabajo de las personas del IOR, que están trabajando en esto, también de la comisión. El Presidente del IOR sigue siendo el mismo de antes; en cambio, el Director y el Vicepresidente han presentado su dimisión. Pero esto, yo no sabría decirle cómo terminará esta historia, y esto es hermoso también, porque se intenta, se busca: somos humanos, en esto debemos encontrar lo mejor. Pero, eso sí: las características del IOR —sea banco, sea fondo de ayuda, sea lo que sea— transparencia y honestidad. Esto debe ser así. Gracias.

**Padre Lombardi**:

Muchas gracias, Santidad. Ahora pasamos a una persona de los representantes del grupo italiano, y tenemos uno que usted conoce bien: Andrea Tornielli, que hace una pregunta en nombre del grupo italiano.

**Andrea Tornielli**:

Santo Padre, tendría una pregunta tal vez un poco indiscreta: ha dado la vuelta al mundo una fotografía en la que usted sube la escalerilla del avión cuando veníamos, llevando una cartera negra, y se han escrito artículos en todo el mundo que han comentado esta novedad: Sí, del Papa que sube… no se había visto, digamos, que el Papa subiese con su equipaje de mano. Se han hecho incluso hipótesis sobre lo que contenía la cartera negra. Mis preguntas son: una, por qué ha llevado usted su cartera negra y no la ha llevado un colaborador, y dos, si nos puede decir qué había dentro. Gracias.

**Papa Francisco**:

No estaba la llave de la bomba atómica. La llevaba porque siempre lo he hecho así: cuando viajo, la llevo. Y dentro, pues tengo la maquinilla de afeitar, el breviario, la agenda, un libro para leer... Me he traído uno sobre santa Teresita, de la que soy muy devoto. Siempre he llevado una cartera cuando viajo, es normal. Tenemos que ser normales. No sé, me resulta un poco extraño lo que usted me dice, que haya dado la vuelta al mundo esa foto. Hemos de habituarnos a ser normales. La normalidad de la vida. No sé, Andrea, si te he respondido.

**Padre Lombardi**:

Ahora damos la palabra a una representante de la lengua portuguesa, Aura Miguel, que es de *Radio Renascença*.

**Aura Miguel**:

Santidad, quisiera preguntarle por qué pide tan insistentemente que se rece por usted. No es normal, habitual, escuchar a un Papa pedir tanto que recen por él.

**Papa Francisco**:

Siempre lo he pedido. Cuando era sacerdote lo pedía, aunque no tan frecuentemente; comencé a pedirlo con cierta frecuencia en la tarea de obispo, porque siento que si el Señor no ayuda en este trabajo de ayudar al Pueblo de Dios a ir adelante, uno no puede… De verdad, me considero limitado, con muchos problemas, incluso pecador —lo saben—, y tengo que pedir esto. Me sale de dentro. También a la Virgen le pido que rece por mí al Señor. Es una costumbre, pero una costumbre que me sale del corazón y también de la necesidad que tengo por mi tarea. Siento que debo pedirlo… No sé, es así.

**Padre Lombardi**:

Ahora pasamos al grupo de lengua inglesa, y damos la palabra a nuestro colega Pullella de *Reuters*, que está aquí delante.

**Philip Pullella**:

Santidad, gracias por su disponibilidad, en nombre del grupo inglés. El colega Juan de Lara ya ha hecho la pregunta que nosotros queríamos hacer; así pues, prosigo un poco en esa línea, pero sólo un poco: usted, a propósito del intento de hacer estos cambios, me acuerdo que dijo al grupo de América Latina que hay muchos santos que trabajan en el Vaticano, pero también hay personas que no son tan santas, ¿no? ¿Ha encontrado resistencia a este deseo suyo de cambiar las cosas en el Vaticano? ¿Ha encontrado resistencia? La segunda pregunta es: usted vive muy austeramente, se ha quedado en *Santa Marta*, etc. ¿Usted quiere que sus colaboradores, incluidos los cardenales, sigan su ejemplo, y vivan en comunidad, o es algo sólo para usted?

**Papa Francisco:**

Los cambios… Los cambios vienen también de dos vertientes: lo que los cardenales hemos pedido, y lo que viene de mi personalidad. Usted hablaba del hecho que yo me haya quedado en *Santa Marta*: pero es que yo no podría vivir solo en el Palacio, y no es lujoso. El apartamento pontificio no es tan lujoso. Es amplio, es grande, pero no es lujoso. Yo no puedo vivir solo o con un pequeño grupito. Necesito gente, estar con la gente, hablar con la gente… Y por eso cuando los chicos de las escuelas de los jesuitas me preguntaron: “¿Por qué? ¿Por austeridad? ¿Por pobreza?”. No, no: por motivos psiquiátricos, simplemente, porque psicológicamente no puedo. Cada uno tiene que llevar adelante su vida, con su modo de vivir, de ser. Los cardenales que trabajan en la Curia no viven como ricos ni con opulencia: viven en un pequeño apartamento, son austeros, ellos son austeros. Los que conozco, esos apartamentos que el APSA da a los cardenales. Además, me parece que hay otra cosa que quisiera decir. Cada uno vive como el Señor le pide vivir. La austeridad —una austeridad general—, creo que es necesaria para todos los que trabajamos al servicio de la Iglesia. Hay tantos matices en la austeridad… cada uno debe buscar su camino.

Respecto a los santos, ciertamente los hay, santos: cardenales, sacerdotes, obispos, religiosas, laicos; gente que reza, gente que trabaja mucho, e incluso que va con los pobres, sin hacerse ver. Yo sé de algunos que se preocupan de dar de comer a los pobres o después, en su tiempo libre, van a ejercer su ministerio en una iglesia o en otra… Son sacerdotes. Hay santos en la Curia. Y también alguno que no es tan santo, y éstos son los que hacen más ruido. Saben que hace más ruido un árbol que cae que un bosque que crece. Y esto a mí me duele, cuando hay estas cosas. Pero son algunos los que dan escándalo, algunos. Tenemos a este monseñor en la cárcel, creo que sigue en la cárcel; no ha ido a la cárcel por parecerse a la beata Imelda precisamente, no era un beato. Estos escándalos, éstos, hacen daño. Una cosa —esto no lo he dicho nunca, pero me he dado cuenta—, creo que en la Curia ha descendido el nivel que tenía hace tiempo, con los viejos curiales… el perfil del viejo curial, fiel, que hacía su trabajo. Tenemos necesidad de estas personas. Creo… las hay, pero no son tantas como antes. El perfil del viejo curial: yo lo diría así. Debemos tener más de éstos.

¿Si encuentro resistencia? Si hay resistencia, todavía no la he visto. Es verdad que no he hecho tantas cosas, pero se puede decir que, sí, he encontrado ayuda, y también he encontrado gente leal. Por ejemplo, a mí me gusta cuando una persona me dice: “Yo no estoy de acuerdo”, y esto lo he encontrado. “Esto no lo veo, no estoy de acuerdo: yo se lo digo, usted verá”. Éste es un verdadero colaborador. Esto lo he encontrado en la Curia. Esto es bueno. Pero cuando hay esos que dicen: “Ah, qué bonito, qué bonito, qué bonito”, y después dicen lo contrario en otro sitio… Todavía no me he dado cuenta. Puede que sí, que haya algunos, pero no me he dado cuenta. Resistencia: en cuatro meses no se puede encontrar mucha…

**Padre Lombardi**:

Ahora pasamos a una brasileña; me parece justo: Patricia Zorzan. También se puede acercar Izoard y así después tenemos un francés.

**Patricia Zorzan:**

Hablando en nombre de los brasileños. La sociedad ha cambiado, los jóvenes han cambiado, y vemos en Brasil muchos jóvenes. Usted no ha hablado sobre el aborto, el matrimonio entre personas del mismo sexo. En Brasil han aprobado una ley que amplía el derecho al aborto y ha permitido el matrimonio entre personas del mismo sexo. ¿Por qué no ha hablado sobre esto?

**Papa Francisco**:

La Iglesia se ha expresado ya perfectamente sobre eso. No era necesario volver sobre eso, como tampoco hablé sobre la estafa o la mentira, u otras cosas, en las cuales la Iglesia tiene una doctrina clara.

**Patricia Zorzan**:

Pero es un asunto que interesa a los jóvenes…

**Papa Francisco**:

Sí, pero no era necesario hablar de eso, sino de las cosas positivas que abren camino a los chicos, ¿no es cierto? Además, los jóvenes saben perfectamente cuál es la postura de la Iglesia.

**Patricia Zorzan**:

¿Cuál es la postura de Su Santidad? ¿Puede hablarnos?

**Papa Francisco**:

La de la Iglesia. Soy hijo de la Iglesia.

**Padre Lombardi**:

Volvamos al grupo español: Darío Menor Torres… Ah, perdón, Izoard, que ya le habíamos llamado, así tenemos uno del grupo francés. Y después Darío Menor.

**Antoine-Marie Izoard**:

Buenos días, Santidad. En nombre de los colegas de lengua francesa en el vuelo —somos 9 en este vuelo—. Para un Papa que no quiere dar entrevistas, verdaderamente le estamos agradecidos. Usted desde el 13 de marzo se presenta como Obispo de Roma, con una grandísima y fortísima insistencia. Y quisiéramos entender cuál es el sentido profundo de esta insistencia, si más que de colegialidad se trata, tal vez, de ecumenismo, de ser *primus inter pares*de la Iglesia. Gracias.

**Papa Francisco**:

Sí, en esto no se debe ir más allá de lo que se dice. El Papa es obispo, Obispo de Roma, y porque es Obispo de Roma es Sucesor de Pedro, Vicario de Cristo. Hay más títulos, pero el primero es “Obispo de Roma”, y de ahí viene todo. Hablar, pensar que esto quiera decir ser *primus inter pares*, no, no es consecuencia una cosa de la otra. Simplemente, es el primer título del Papa: Obispo de Roma. Pero están también los otros… Creo que usted ha dicho algo de ecumenismo: creo que esto favorece un poco el ecumenismo. Pero, solamente eso...

**Padre Lombardi:**

Ahora, Darío Menor de *La Razón*, de España

**Darío Menor Torres:**

Una pregunta sobre sus sentimientos. Comentó hace una semana de aquel niño que le preguntó que cómo se sentía, si alguno se podía imaginar cómo se podía ser Papa y si lo podía desear. Decía que había que estar loco para ello. Después de su primera experiencia multitudinaria como han sido estos días en Río, si nos puede contar cómo se siente siendo Papa, si es muy duro, si es feliz siéndolo y si, además, también de alguna manera, ha acrecentado su fe o, por el contrario, ha tenido alguna duda. Gracias.

**Papa Francisco:**

Hacer la tarea de obispo es hermoso, es hermoso. El problema es cuando uno busca este trabajo; eso no es tan hermoso, esto no es del Señor. Pero cuando el Señor llama a un sacerdote a que sea obispo, esto es hermoso. Está siempre el peligro de creerse un poco superiores a los demás, de no ser como los demás, un poco *príncipe.*Son peligros y pecados. Pero la tarea de obispo es hermosa: es ayudar a los hermanos a ir adelante. El obispo *delante*de los fieles, para marcar el camino; el obispo *en medio*de los fieles, para favorecer la comunión; y el obispo *detrás de los fieles*, porque los fieles muchas veces tienen el olfato del camino. El obispo debe ser así. La pregunta decía si me gustaba. A mí me gusta ser obispo, me gusta. En Buenos Aires era muy feliz, muy feliz. He sido feliz, es cierto. El Señor me ha ayudado en esto. He sido feliz como sacerdote, y he sido feliz como obispo. En este sentido digo que me gusta.

**Pregunta de otros**:

¿Y ser Papa?

**Papa Francisco:**

También, también. Cuando el Señor te pone allí, si tú haces lo que el Señor quiere, eres feliz. Éste es mi sentir, es lo que siento.

**Padre Lombardi:**

Ahora otro del grupo italiano: Salvatore Mazza de *Avvenire.*

**Salvatore Mazza:**

No consigo ni siquiera ponerme de pie. Perdone, no puedo ponerme de pie con todos los cables que tengo bajo los pies. Hemos visto en estos días, lo hemos visto lleno de energía incluso por la noche, ya tarde; le vemos ahora en el avión que se zarandea, y usted está tranquilamente de pie, sin apenas inmutarse. Quisiéramos preguntarle: Se habla mucho de los próximos viajes. Se habla de Asia, de Jerusalén, de Argentina. ¿Tiene ya un calendario más o menos definido para el próximo año, o todavía está todo por ver?

**Papa Francisco:**

Definido, definido, no hay nada. Pero puedo decir algo de lo que se está pensado. Perdón, está definido ir el 22 de septiembre a Cagliari. Después, el 4 de octubre a Asís. En mente, dentro de Italia, quisiera ir a estar con los míos, un día: ir en avión por la mañana y volver el mismo día, porque ellos, los pobrecillos, me llaman y tenemos una buena relación. Pero sólo un día. Fuera de Italia: el Patriarca Bartolomé I quiere organizar un encuentro para conmemorar los 50 años de Atenágoras y Pablo VI en Jerusalén. También el Gobierno israelí ha enviado una invitación especial para que vaya a Jerusalén. Creo que el Gobierno de la Autoridad Palestina también. Esto se está pensando: no se sabe bien si se irá o no. Por otra parte, no creo que haya posibilidad de volver a América Latina, porque el Papa latinoamericano, el primer viaje a América Latina. Adiós. Hay que esperar un poco. Creo que se podría ir a Asia, pero esto está todo en el aire. He recibido una invitación para ir a Sri Lanka y también a Filipinas. A Asia, hay que ir. Porque el Papa Benedicto no tuvo tiempo de ir a Asia, y es importante. Él fue a Australia, y a Europa, y a América, pero Asia… Ir a Argentina: en este momento creo que se puede esperar un poco, porque todos estos viajes tienen una cierta prioridad. Me gustaría ir a Constantinopla el 30 de septiembre, para visitar a Bartolomé I, pero no es posible, no es posible por mi agenda. Si nos encontramos, lo haremos en Jerusalén.

**Pregunta de otros**:

¿Fátima?

**Papa Francisco:**

Fátima, también hay una invitación a Fátima, es verdad, es verdad. Hay una invitación a para ir a Fátima.

**Pregunta de otros:**

¿30 de septiembre o 30 de noviembre?

**Papa Francisco**:

Noviembre, noviembre: San Andrés.

**Padre Lombardi**:

Bien. Volvamos a Estados Unidos, y llamemos a Hada Messia, de la *CNN*, para que le haga una pregunta.

**Hada Messia**:

Hola... Usted mantiene el equilibrio mejor que yo... No, no: está bien, está bien. Mi pregunta es: cuando se encontró con los jóvenes argentinos, un poco bromeando, tal vez también en serio, les dijo que usted también se siente alguna vez enjaulado: quisiéramos saber a qué se refería exactamente...

**Papa Francisco**:

Usted sabe cuántas veces he tenido ganas de ir por las calles de Roma, porque a mí me gustaba, en Buenos Aires, ir por la calle, me gustaba mucho. En este sentido, me siento un poco enjaulado. Pero, esto debo decirlo porque son muy buenos estos de la Gendarmería vaticana, son buenos, buenos, buenos, y les estoy agradecido. Ahora me dejan hacer algo más. Creo... su deber es custodiar la seguridad. Enjaulado, en ese sentido. Me gustaría ir por la calle, pero entiendo que no es posible: lo entiendo. En ese sentido lo dije. Porque mi costumbre era —como decimos nosotros, de Buenos Aires—, yo era un sacerdote *callejero*...

**Padre Lombardi:**

Ahora llamamos de nuevo a un brasileño: está Marcio Campos, y pido también a Guénois que se acerque para el próximo turno, por los franceses.

**Papa Francisco:**

Yo preguntaba el tiempo, porque deben servir la cena, ¿pero ustedes no tienen hambre?

Respuesta general:

No, no...

**Marcio Campos:**

Santidad, Santo Padre. Quiero decirle que cuando tenga nostalgia de Brasil, del alegre pueblo brasileño, se abrace a la bandera que le he entregado. Quisiera expresar también mi agradecimiento a mis colegas de los diarios *Folha de São Paulo*, *Estado*, *Globo* y *Veja* por permitirme representarlos con esta pregunta. Santo Padre, es muy difícil acompañar a un Papa, muy difícil. Estamos todos cansados, usted está bien y nosotros estamos cansados. En Brasil, la Iglesia católica ha perdido fieles en estos últimos años. El Movimiento de la Renovación Carismática, ¿es una baza para evitar que los fieles se vayan a las iglesias pentecostales? Muchas gracias por su presencia y por estar con nosotros.

**Papa Francisco:**

Es muy cierto lo que dice sobre el descenso del número de fieles; es cierto, es cierto. Ahí están las estadísticas. Hemos hablado con los obispos brasileños del problema, en una reunión que tuvimos ayer. Usted preguntaba por el Movimiento de la Renovación Carismática. Les digo una cosa. Hace años, al final de los años setenta, inicio de los ochenta, yo no los podía ver. Una vez, hablando con ellos, dije esta frase: “Éstos confunden una celebración litúrgica con una escuela de samba”. Esto fue lo que dije. Me he arrepentido. Después los he conocido mejor. Es también cierto que el movimiento, con buenos asesores, ha hecho un buen camino. Y ahora creo que este movimiento, en general, hace mucho bien a la Iglesia.

En Buenos Aires, yo les reunía frecuentemente y una vez al año celebraba la Misa con todos ellos en la catedral. Les he apoyado siempre, cuando me he *convertido*, cuando he visto el bien que hacían. Porque en este momento de la Iglesia y aquí amplío un poco la respuesta, creo que los movimientos son necesarios. Los movimientos son una gracia del Espíritu. “¿Pero cómo se puede sostener un movimiento que es tan libre?”. También la Iglesia es libre. El Espíritu Santo hace lo que quiere. Además, Él hace el trabajo de la armonía, pero creo que los movimientos son una gracia: aquellos movimientos que tienen el espíritu de la Iglesia. Por eso creo que el Movimiento de la Renovación Carismática no sólo sirve para evitar que algunos pasen a las confesiones pentecostales: no es eso. Sirve a la misma Iglesia. Nos renueva. Y cada uno busca su propio movimiento según su propio carisma, donde lo lleva el Espíritu.

**Papa Francisco:**

Estoy cansado, estoy cansado.

**Padre Lombardi**:

Ahora Guénois de *Le Figaro*por el grupo francés.

**Jean-Marie Guénois**:

Santo Padre, una pregunta junto con mi colega de *La Croix*: Ha dicho que la Iglesia sin la mujer pierde fecundidad ¿Qué medidas concretas tomará? Por ejemplo, ¿el diaconado femenino o una mujer responsable de un dicasterio? Y una pequeñísima pregunta técnica. Usted dice que está cansado. ¿Tiene una acomodación especial para la vuelta? Gracias, Santidad.

**Papa Francisco**:

Empecemos por lo último. Este avión no tiene dispositivos especiales. Yo estoy delante, en una hermosa butaca, común, pero común, como la que tienen todos aquí. Hice escribir una carta y llamar por teléfono para advertir de que *yo no quería* ningún dispositivo especial en el avión, ¿está claro?

Segundo, la mujer. Una Iglesia sin mujeres es como un Colegio apostólico sin María. El papel de la mujer en la Iglesia no es solamente la maternidad, la mamá de la familia, sino que es más fuerte; es precisamente el icono de la Virgen, de María, la que ayuda a crecer a la Iglesia. Pero dense cuenta de que la Virgen es más importante que los Apóstoles. Es más importante. La Iglesia es femenina: es Iglesia, es esposa, es madre. Pero la mujer en la Iglesia no sólo debe… no sé cómo se dice en italiano… el papel de la mujer en la Iglesia no se puede limitar al de mamá, al de trabajadora, limitado… ¡No! Es otra cosa. Los Papas…

Pablo VI escribió una cosa hermosísima sobre las mujeres, pero creo que se debe ir más allá en la explicitación de este papel y carisma de la mujer. No se puede entender una Iglesia sin mujeres, pero mujeres activas en la Iglesia, con su estilo, que llevan adelante. Pienso un ejemplo que no tiene nada que ver con la Iglesia, sino que es un ejemplo histórico, en América Latina, en Paraguay. Para mí, la mujer de Paraguay es la mujer más gloriosa de América Latina. ¿Tú eres paraguayo? Después de la guerra, quedaron ocho mujeres por cada hombre, y estas mujeres tomaron una decisión un poco difícil, la decisión de tener hijos para salvar la patria, la cultura, la fe y la lengua. En la Iglesia, se debe pensar en la mujer desde este punto de vista: de decisiones arriesgadas, pero como mujeres. Esto se debe explicitar más. Creo que nosotros no hemos hecho todavía una teología profunda de la mujer, en la Iglesia. Solamente puede hacer esto, puede hacer aquello, ahora hace de monaguilla, ahora lee la lectura, es la presidenta de *Caritas*… Pero, hay algo más. Es necesario hacer una profunda teología de la mujer. Esto es lo que yo pienso.

**Padre Lombardi**:

Del grupo español, tenemos a Pablo Ordaz, de *El País*:

**Pablo Ordaz**:

Queríamos saber su relación de trabajo, no tanto amistosa, de colaboración con Benedicto XVI. No ha habido antes una circunstancia así, y si tiene contactos frecuentes, y le está ayudando en esa carga. Muchas gracias.

**Papa Francisco:**

Creo que la última vez que hubo dos Papas, o tres Papas, no se hablaban entre ellos, estaban peleando a ver quién era el verdadero. Tres llegaron a haber en el Cisma de Occidente. Hay algo que…

Hay algo que caracteriza mi relación con Benedicto: yo le quiero mucho. Siempre le he querido. Para mí es un hombre de Dios, un hombre humilde, un hombre que reza. Me alegré mucho cuando fue elegido Papa. También cuando dimitió fue un ejemplo de grandeza. Un grande. Sólo un grande hace esto. Un hombre de Dios y un hombre de oración. Ahora reside en el Vaticano, y algunos me dicen: ¿Pero cómo puede ser esto? ¡Dos Papas en el Vaticano! Pero, ¿no te estorba? ¿No te hace la revolución en contra? Todas esas cosas me dicen, ¿no? He encontrado una frase para responder a esto: “Es como tener el abuelo en casa”, pero un abuelo sabio. Cuando en una familia el abuelo está en la casa, es venerado, querido, escuchado. ¡Es un hombre prudente! No se mete en nada.

Yo le he dicho muchas veces: “Santidad, usted reciba, haga su vida, venga con nosotros”. Vino a la inauguración y a la bendición de la estatua de San Miguel. Esa frase lo dice todo. Para mí es como tener al abuelo en casa: mi papá. Si tuviese una dificultad o algo que no entiendo, le llamaría; pero dígame, ¿puedo hacerlo, eso? Y cuando he ido para hablar de aquel grave problema, el de *Vatileaks*, él me ha dicho todo con sencillez… al servicio. Es algo que no sé si ustedes saben, creo que sí, pero no estoy seguro: cuando nos habló en el discurso de despedida, el 28 de febrero, nos dijo: “Entre ustedes está el próximo Papa, yo le prometo obediencia”. Es un grande, es un grande.

**Padre Lombardi**:

Ahora damos la palabra de nuevo a una brasileña, Ana Fereira; y que se acerque también Gianguido Vecchi, de los italianos.

**Ana Ferreira:**

Santo Padre, buenas noches. Gracias. Quisiera decir muchas veces “gracias”: gracias por haber llevado tanta alegría a Brasil, y gracias también por responder a nuestras preguntas. A los periodistas nos gusta mucho hacer preguntas. Quisiera saber por qué habló ayer a los obispos brasileños de la participación de las mujeres en nuestra Iglesia. Quisiera entenderlo mejor: ¿Cómo debe ser nuestra participación, como mujeres, en la Iglesia? ¿Qué piensa usted sobre la ordenación de las mujeres? ¿Cuál debe ser nuestro puesto en la Iglesia?

**Papa Francisco**:

Quisiera explicar un poco lo que he dicho sobre la participación de las mujeres en la Iglesia: no se puede limitar al hecho de que hagan de monaguillas, sean presidentas de *Caritas*, catequistas… ¡No! Debe haber algo más, pero más en profundidad, incluso más de místico, es lo que he dicho sobre la teología de la mujer. Y en referencia a la ordenación de las mujeres, la Iglesia se ha pronunciado y ha dicho: “No”. Lo ha dicho Juan Pablo II, pero con una formulación definitiva. Ésa está cerrada, esa puerta, pero sobre esto quiero decirle algo. Ya lo he dicho, pero lo repito. La Virgen María era más importante que los Apóstoles, los obispos, los diáconos y los sacerdotes. La mujer, en la Iglesia, es más importante que los obispos y los sacerdotes; el *cómo* es lo que debemos intentar explicitar mejor, porque creo que falta una explicitación teológica de esto. Gracias.

**Padre Lombardi:**

Gianguido Vecchi, del *Corriere della Sera*; ruego que se acerquen a continuación la señora Pigozzi y Nicole.

**Gianguido Vecchi:**

Santo Padre, en este viaje ha hablado varias veces también de la misericordia. A propósito del acceso a los sacramentos de los divorciados vueltos a casar, ¿hay posibilidad de que cambie algo la disciplina de la Iglesia? ¿Que estos sacramentos sean una ocasión para acercar a estas personas, en vez de una barrera que los separa de los otros fieles?

**Papa Francisco:**

Éste es un tema que se pregunta siempre. La misericordia es más grande que el caso que usted platea. Creo que éste es el tiempo de la misericordia. Este cambio de época, junto a tantos problemas de la Iglesia ?como el testimonio impropio de algunos sacerdotes, los problemas de corrupción en la Iglesia, el problema del clericalismo, por poner un ejemplo ?, ha dejado a muchos heridos, tantos heridos. Y la Iglesia es Madre: debe ir a curar a los heridos, con misericordia. Si el Señor no se cansa de perdonar, nosotros no tenemos otra elección que ésta: lo primero, curar a los heridos. Es mamá, la Iglesia, y debe seguir por el camino de la misericordia. Y tratar con misericordia a todos. Pero, pienso, cuando el hijo pródigo volvió a casa, el papá no le dijo: “Pero, tú, escucha, siéntate, ¿qué has hecho con el dinero?”. No, ha hecho fiesta. Después, tal vez, cuando el hijo ha querido hablar, ha hablado. La Iglesia debe hacer lo mismo. Cuando hay alguno…, no sólo hay que esperarlo: ¡vayan a buscarlo! Ésta es la misericordia. Y creo que esto es un *kairós*: este tiempo es un *kairós* de misericordia. Esta primera intuición la tuvo Juan Pablo II cuando comenzó, con Faustina Kowalska, la Divina Misericordia… Él tenía algo, había intuido que era una necesidad de esta época.

Con referencia al problema de la comunión a las personas en segunda unión, porque los divorciados pueden hacer la comunión, no hay problema, pero cuando viven en una segunda unión, no pueden. Creo que es necesario verlo desde el conjunto de la pastoral matrimonial. Y por eso es un problema. Pero también -hago un paréntesis- los ortodoxos tienen una praxis diferente. Ellos siguen la teología de la *economía*, como dicen ellos, y dan una segunda oportunidad, lo permiten. Pero creo que este problema -cierro el paréntesis- se debe estudiar en el marco de la pastoral matrimonial. Y por eso, dos cosas; primera: uno de los temas a consultar con estos ocho del consejo de los cardenales, cuando nos reunamos con ellos los días 1, 2 y 3 de octubre, es cómo se puede avanzar en la pastoral matrimonial, y este problema saldrá allí. Y, otra cosa: hace quince días, estuvo conmigo el Secretario del Sínodo de los Obispos para el tema del próximo Sínodo. Era un tema antropológico, pero hablando y hablando, yendo y viniendo, hemos visto este tema antropológico: la fe como ayuda a la planificación de la persona, pero en la familia, y tratar por tanto sobre la pastoral matrimonial. Estamos en camino hacia una pastoral matrimonial más profunda. Y esto es un problema que afecta a todos, porque hay tantos implicados, ¿no? Por ejemplo, les digo uno solamente: el cardinal Quarracino, mi predecesor, decía que para él la mitad de los matrimonios eran nulos. Pero ¿por qué lo decía? Porque se casan sin madurez, se casan sin darse cuenta que es para toda la vida, o se casan porque socialmente se deben casar. Y en esto entra también la pastoral matrimonial. Y también el problema judicial de la nulidad de los matrimonios, esto se debe revisar, porque los Tribunales eclesiásticos no bastan para esto. Es complejo, el problema de la pastoral matrimonial. Gracias.

**Padre Lombardi:**

Gracias. Ahora tenemos a la señora Pigozzi de *Paris Match*, también del grupo francés…

**Carolina Pigozzi**:

Buenas tardes, Santo Padre. Quisiera saber si usted, desde que es Papa, se siente todavía jesuita…

**Papa Francisco**:

Es una pregunta teológica, porque los jesuitas hacen voto de obedecer al Papa. Pero si el Papa es jesuita, tal vez debe hacer voto de obedecer al General de los jesuitas… No sé cómo se resuelve esto… Yo me siento jesuita en mi espiritualidad; en la espiritualidad de los Ejercicios, la espiritualidad que llevo en el corazón. Y tan es así que dentro de tres días iré a celebrar con los jesuitas la fiesta de san Ignacio: diré la Misa por la mañana. No he cambiado de espiritualidad, no. Francisco, franciscano: no. Me siento jesuita y pienso como jesuita. No hipócritamente, sino que pienso como jesuita. Gracias a usted.

**Padre Lombardi**:

Si aguanta todavía, hay alguna pregunta más. Ahora, Nicole Winfield, de *Associated Press*.

**Nicole Winfield**:

Santidad, gracias de nuevo por haber venido “entre los leones”. Santidad, después de cuatro meses de pontificado, quisiera pedirle que hiciera un pequeño balance. Nos puede decir qué ha sido lo mejor de ser Papa, una anécdota, y qué lo peor, y qué es lo que más le ha sorprendido en este periodo.

**Papa Francisco**:

Pues no sé cómo responder a esto, de verdad. Cosas graves, cosas graves no ha habido. Cosas hermosas sí, por ejemplo, el encuentro con los obispos italianos fue muy hermoso, muy hermoso. Como obispo de la capital de Italia, con ellos me he sentido en mi casa. Y esto ha sido hermoso, pero no sé si esto ha sido lo mejor.

Una cosa dolorosa, pero que ha entrado bastante en mi corazón, fue la visita a Lampedusa. Porque eso es para llorar, me hizo bien. Cuando llegan en estas barcas, los abandonan a algunas millas de la costa y ellos deben, con la barca, llegar solos. Y esto me hace sufrir porque pienso que estas personas son víctimas de un sistema socio-económico mundial.

Pero lo peor -con perdón- es que me vino una ciática -de verdad- que tuve el primer mes, porque para hacer las entrevistas me hacían sentarme en un sillón, y esto me hizo daño. Es una ciática dolorosísima, dolorosísima. No se la deseo a nadie. Pero estas cosas, hablar con la gente, el encuentro con los seminaristas y las religiosas ha sido hermosísimo, ha sido hermosísimo. También el encuentro con los alumnos de los colegios de los jesuitas ha sido hermosísimo, cosas buenas.

**Pregunta de otros**:

¿Qué ha sido lo que más le ha sorprendido?

**Papa Francisco:**

Las personas, las personas, las personas buenas que he encontrado. He encontrado tantas personas buenas en el Vaticano. He pensado qué decir, pero esto es cierto. Hago justicia diciendo esto: tantas personas buenas. Muchas personas buenas, muchas personas buenas, pero buenas, buenas, buenas.

**Elisabetta Piqué**:

Papa Francisco, ante todo en nombre de los 50 mil argentinos que encontré ahí y me decían: “Vas a viajar con el Papa. Por favor decíle que fue fantástico, estupendo. Preguntále, cuándo va a viajar”. Pero ya dijo que no va a viajar… Entonces le voy a hacer una pregunta más difícil: ¿Se asustó cuando vio el informe “Vatileaks”?

**Papa Francisco**:

No. Te voy a contar una anécdota sobre el informe “Vatileaks”. Cuando fui a ver al Papa Benedicto, después de rezar en la capilla, fuimos a su estudio y vi una caja grande y un sobre grueso. Benedicto me dijo, me decía: “En esta caja grande están todas las declaraciones, lo que han dicho los testigos, todas están ahí. Pero el resumen y el juicio final está en este sobre. Y aquí se dice ta-ta-ta”. Tenía todo en la cabeza. Pero ¡qué inteligencia! Todo de memoria, todo. Pero no, no me he asustado, no. No, no. Pero es un problema grave, ¿eh? Pero no me he asustado.

**Sergio Rubín**:

Santidad, dos cositas. La primera es ésta: Usted ha insistido mucho en detener la pérdida de fieles. En Brasil ha sido muy fuerte. Tiene la esperanza de que este viaje contribuya a que mucha gente vuelva a la Iglesia, se sienta más cercana. Y la segunda, la más familiar: a usted le gustaba mucho la Argentina, y llevaba muy en el corazón a Buenos Aires. Los argentinos se preguntan si usted no extraña esa Buenos Aires, que recorría en colectivo, en micro, iba por las calles. Muchas gracias.

**Papa Francisco**:

Creo que un viaje papal siempre hace bien. Y creo que a Brasil le hará bien, pero no sólo la presencia del Papa, sino lo que se ha hecho en la Jornada de la Juventud. Ellos se han movilizado y harán mucho bien, seguramente ayudarán mucho a la Iglesia. Pero estos fieles que se han marchado, muchos no son felices porque sienten que pertenecen a la Iglesia. Creo que esto será positivo, no sólo por el viaje, sino sobre todo por la Jornada; la Jornada ha sido un acontecimiento maravilloso. Y de Buenos Aires, sí, a veces me falta. Y eso se siente. Pero con serenidad, es una pérdida serena, es una pérdida serena. Pero creo que usted, Sergio, me conoce mejor que los demás. Usted puede responder a esta pregunta. ¡Con el libro que ha escrito!

**Padre Lombardi**:

Tenemos el ruso y después estaba Valentina, que es la decana y quería cerrar ella.

**Alexey Bukalov**:

Buenas noches, Santo Padre. Santo Padre, volviendo al ecumenismo: hoy los ortodoxos celebran los 1025 años de cristianismo; hay grandes celebraciones en muchas capitales. Si quisiera hacer un comentario sobre este hecho, me alegraría. Gracias.

**Papa Francisco**:

En las Iglesias ortodoxas se ha conservado esa primigenia liturgia, tan hermosa. Nosotros hemos perdido un poco el sentido de la adoración. Ellos lo conservan, alaban a Dios, adoran a Dios, cantan, el tiempo no cuenta. El centro es Dios, y con ocasión de la pregunta que usted me hace, quisiera decir que esto es una riqueza. Una vez, hablando de la Iglesia occidental, de Europa occidental, sobre todo de la Iglesia más evolucionada, me dijeron esta frase: “*Lux ex oriente, ex occidente luxus*”. El consumismo, el bienestar, nos han hecho mucho daño. Sin embargo, ustedes conservan esta belleza de Dios en el centro, como referencia. Cuando se lee a Dostoievski ?creo que es para todos un autor que se debe leer y releer, porque tiene una sabiduría?, se percibe cuál es el alma rusa, el alma oriental. Es algo que nos hará mucho bien. Tenemos necesidad de esta renovación, de este aire fresco de Oriente, de esta luz del Oriente. Juan Pablo II lo escribió en su Carta. Pero muchas veces el *luxus*de Occidente nos hace perder el horizonte. No lo sé, esto se me ocurre. Gracias.

**Padre Lombardi**:

Y ahora cerramos con Valentina que, así como había comenzado en el viaje de ida, ahora cierra en el viaje de vuelta.

**Valentina Alazraki**:

Santidad, gracias por haber mantenido la promesa de responder a nuestras preguntas a la vuelta…

**Papa Francisco**:

Les atrasé la cena…

**Valentina Alazraki**:

No importa, no importa… La pregunta sería, bueno, de parte de todos los mexicanos. ¿Cuándo va a Guadalupe?, pero ésa es de los mexicanos. La mía sería: Usted va a canonizar a dos grandes Papas, Juan XXIII y Juan Pablo II. Quisiera saber cuál es, según usted, el modelo de santidad que se desprende del uno y del otro, y el impacto que han tenido en la Iglesia y en usted.

**Papa Francisco**:

Juan XXIII es un poco la figura del “cura de pueblo”, el sacerdote que quiere a cada uno de los fieles, que sabe cuidar a los fieles, y esto lo ha hecho como obispo, como nuncio. ¡Cuántos certificados de bautismo falsos hizo en Turquía para los judíos! Es un valiente, un cura de pueblo bueno, con un sentido del humor muy grande, muy grande, y una gran santidad. Cuando era nuncio, algunos no le querían en el Vaticano, y cuando iba a llevar alguna cosa o a solicitar algo, en algunas oficinas le hacían esperar. Nunca se quejó: rezaba el Rosario, leía el Breviario, nunca. Manso, humilde, también se preocupaba por los pobres. Cuando el Cardenal Casaroli volvió de una misión -creo en Hungría o en la Checoslovaquia de aquel tiempo, no recuerdo cuál de las dos-, fue a explicarle cómo le había ido la misión, en aquella época de la diplomacia de los “pequeños pasos”. Y tuvieron la audiencia -20 días después murió Juan XXIII- y cuando Casaroli ya se iba, lo detuvo: “Ah, Eminencia -No, no era Eminencia-, Excelencia, una pregunta: ¿Usted sigue yendo donde aquellos jóvenes?”. Porque Casaroli solía ir a la Prisión de Menores de Casal del Marmo y jugaba con ellos. Y Casaroli le dijo: “Sí, sí”. “No los deje nunca”. Esto a un diplomático, que volvía de hacer un recorrido de diplomacia, un viaje tan absorbente, Juan XXIII le dijo: “No abandone nunca a los chicos”. Es un grande, un grande.

Además, lo del Concilio: es un hombre dócil a la voz de Dios, porque eso le vino del Espíritu Santo, le vino y él fue dócil. Pío XII pensaba hacerlo, pero las circunstancias no estaban maduras para hacerlo. Creo que él [Juan XXIII] no pensó en las circunstancias: lo sintió y lo hizo. Un hombre que se dejaba guiar por el Señor.

De Juan Pablo II se me ocurre decir que fue “el gran misionero de la Iglesia”: es un misionero, es un misionero, un hombre que ha llevado el Evangelio por todas partes. Lo saben mejor que yo. ¿Cuántos viajes hizo? Y él iba. Sentía este fuego de llevar adelante la Palabra del Señor. Es un Pablo, un san Pablo, es un hombre así; esto para mí es grande. Y hacer la ceremonia de canonización de los dos juntos creo que es un mensaje para la Iglesia: éstos son dos magníficos, son magníficos, son dos magníficos. También está en curso la causa de Pablo VI y de Papa Luciani: estas dos están en curso.

Y todavía algo que creo que he dicho, pero no sé si aquí o en otra parte: la fecha de la canonización. Se pensaba en el 8 de diciembre de este año, pero hay un gran problema; los que vienen de Polonia, los pobres, porque los que tienen recursos pueden venir en avión, pero los que vienen, los pobres, vienen en autobús y ya en diciembre las carreteras tienen hielo y creo que se debe reconsiderar la fecha. He hablado con el Cardenal Dziwisz y me ha sugerido dos posibilidades: o Cristo Rey de este año, o el Domingo de la Misericordia del próximo. Creo que hay poco tiempo para Cristo Rey de este año, porque el Consistorio será el 30 de septiembre y queda poco tiempo para final de octubre, pero no lo sé. Tengo que hablar con el Cardenal Amato sobre esto. Creo que el 8 de diciembre no será.

**Pregunt**a:

Pero, ¿serán canonizados juntos?

**Papa Francisco**:

Juntos, los dos juntos, sí.

**Padre Lombardi**:

Gracias, Santidad. ¿Quién queda todavía? ¿Ilze? Ya han pasado todos, incluso más de los que se habían apuntado antes en la lista…

**Ilze Scamparini**:

Quisiera pedirle permiso para hacer una pregunta un poco delicada: hay otra imagen que también ha dado la vuelta al mundo, que ha sido la de Mons. Ricca y las noticias sobre su intimidad. Quisiera saber, Santidad, ¿qué pretende hacer en esta cuestión? ¿Cómo afrontar esta cuestión y cómo Su Santidad pretende afrontar toda la cuestión del lobby gay?

**Papa Francisco**:

Lo de Mons. Ricca: He hecho lo que el Derecho Canónico manda hacer, que es la *investigatio previa.*Y en esta *investigatio*no hay nada de lo que le acusan, no hemos encontrado nada de eso. Ésa es la respuesta. Pero quisiera añadir otra cosa sobre esto: Yo veo que muchas veces en la Iglesia, independientemente de este caso, pero también en este caso, se van a buscar “pecados de juventud”, por ejemplo, y se publican. No los delitos, ¡eh!, los delitos son otra cosa: el abuso de menores es un delito. No, los pecados. Pero si una persona, laica o sacerdote o religiosa, ha cometido un pecado y después se convierte, el Señor perdona, y cuando el Señor perdona, el Señor olvida y esto para nuestra vida es importante. Cuando vamos a confesarnos y decimos de verdad: “He pecado en esto”, el Señor olvida y nosotros no tenemos derecho a no olvidar, porque corremos el riesgo de que el Señor no se olvide de nuestros pecados. Es un peligro éste. Esto es importante: una teología del pecado. Muchas veces pienso en san Pedro: cometió uno de los peores pecados, renegar de Cristo, y con este pecado lo hicieron Papa. Tenemos que pensarlo bien. Pero, volviendo a su pregunta más concreta, en este caso, he realizado la *investigatio previa*y no hemos encontrado. Ésta es la primera pregunta.

Además, usted hablaba del lobby gay. Bien, se escribe mucho del lobby gay. Todavía no he encontrado quién me enseñe un carnet de identidad que diga “gay” en el Vaticano. Dicen que los hay. Creo que cuando uno se encuentra con una persona así, debe distinguir el hecho de ser una persona gay, del hecho de hacer un lobby, porque ningún lobby es bueno. Son malos. Si una persona es gay y busca al Señor y tiene buena voluntad, ¿quién soy yo para juzgarla? El Catecismo de la Iglesia Católica explica esto de una manera muy hermosa; dice... Un momento, cómo se dice… y dice: “No se debe marginar a estas personas por eso, deben ser integradas en la sociedad”. El problema no es tener esta tendencia; no, debemos ser hermanos, porque éste es uno, pero si hay otro, otro. El problema es hacer el lobby de esta tendencia: lobby de avaros, lobby de políticos, lobby de los masones, tantos lobby. Éste es el problema más grave para mí. Y le agradezco mucho la pregunta. Muchas gracias.

**Padre Lombardi**:

Gracias. Me parece que mejor no hubiera podido ser. Incluso hemos abusado del Papa que había dicho que estaba ya un poco cansado y le deseamos que ahora pueda descansar un poco.

**Papa Francisco:**

Gracias a ustedes, y buenas tardes, buen viaje y que descansen.

EL PAPA FRANCISCO

A LOS SACERDOTES